

HECHOS DE PAZ

El Presidente habla de Paz

TOMO III

2000 - 2001

ANDRÉS PASTRANA ARANGO

Presidencia de la República de Colombia
Oficina del Alto Comisionado para la Paz



ANDRÉS PASTRANA ARANGO
Presidente de la República
NOHRA PUYANA DE PASTRANA
Primera Dama de la Nación
GUSTAVO BELL LEMUS
Vicepresidente de la República

CAMILO GÓMEZ ALZATE
Alto Comisionado para la Paz
LUIS FERNANDO CRIALES
Comisionado Adjunto para la Paz

MARÍA INÉS RESTREPO CAÑÓN
Directora Fondo de Programas Especiales
para la Paz (E)

Supervisión General
MARÍA ALEJANDRA VILLAMIZAR MALDONADO
Asesora de Comunicaciones
Oficina del Alto Comisionado para la Paz

Compilación y edición
JUAN CARLOS GONZÁLEZ JIMÉNEZ
Coordinador de Publicaciones
Oficina del Alto Comisionado para la Paz

Colaboraron en este número
JUAN CARLOS TORRES
Asesor Secretaría Privada
Presidencia de la República

LUCÍA SANTOFIMIO DE FANDIÑO
Directora Oficina de Publicaciones
Presidencia de la República

Diseño y diagramación
Oficina de Publicaciones Presidencia de la República
LILIANA BARRERA RICO
GABRIEL J. SÁNCHEZ J.

Diseño de portada
GABRIEL J. SÁNCHEZ J.

EL PRESIDENTE HABLA DE PAZ
TOMO III • 2000-2001

Corrección de textos e impresión
IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I PROCESO DE PAZ	15
• A LOS QUE SE EMPEÑAN EN LA VIOLENCIA LES NOTIFICO QUE SEGUIREMOS COMBATIÉNDOLOS HASTA DERROTARLOS Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, sobre los avances del Proceso de Paz. Bogotá, D. C., 9 de noviembre de 2000.	17
• COMO GOBERNANTES, NUESTRA PRIMERA MISIÓN ES ESCUCHAR AL PUEBLO Y TRADUCIR SUS NECESIDADES EN GESTIÓN DE GOBIERNO Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Vigésima Novena Asamblea General de Gobernadores. Barranquilla, Atlántico, 24 de noviembre de 2000.	21
• QUEREMOS UNA PAZ FRUTO DE LA UNIÓN NACIONAL EN TORNO DEL BENEFICIO SOCIAL, EL DESARROLLO Y LA EQUIDAD Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la séptima sesión del Consejo Nacional de Paz en la Casa de Nariño. Bogotá, D. C., 29 de noviembre de 2000.	31
• AGOTAREMOS TODOS LOS ESFUERZOS PARA CONSEGUIR LA PAZ Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango. Bogotá, D. C., 29 de noviembre de 2000.	37
• ¡LA FUERZA DE UN PAÍS UNIDO ES LA ÚNICA QUE PUEDE SACAR ADELANTE LA PAZ Y LA ECONOMÍA DE COLOMBIA! Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación del Congreso Nacional de Comerciantes de Fenalco. Cartagena, Bolívar, 29 de noviembre de 2000.	41
• EL EJÉRCITO NACIONAL LIDERA GRAN OFENSIVA PARA RECUPERAR A COLOMBIA DE QUIENES QUIEREN DESTRUIRLA Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la ceremonia de ascenso de Oficiales Generales del Ejército Nacional. Bogotá, D. C., 7 de diciembre de 2000.	51

- **EL FORTALECIMIENTO DE LA ARMADA NACIONAL QUE VENIMOS IMPULSANDO NO SE DETENDRÁ**
 Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la ceremonia de graduación de Oficiales Navales y de Infantería de Marina. Cartagena de Indias, Bolívar, 7 de diciembre de 2000. 59
- **LOS INFANTES DE COLOMBIA LLEVAN EN SUS ESPALDAS EL PESO DE LA GLORIA**
 Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo de la celebración del Día de la Infantería. Base Militar de Tolomaida, Melgar, Tolima, 12 de diciembre de 2000. 69
- **"HERRAMIENTAS PARA LA PAZ" NOS PERMITEN CONSTRUIR UN PAÍS MÁS JUSTO, EQUITATIVO Y SOLIDARIO**
 Alocución radiotelevisada del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, sobre las Herramientas para la Paz. Bogotá, D. C., 14 de diciembre de 2000. 77
- **LA PAZ ESTÁ Y EMPIEZA EN CADA UNO DE NOSOTROS, LA RESPUESTA ESTÁ EN NUESTRAS MANOS**
 Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo de la Navidad. Bogotá, D. C., 21 de diciembre de 2000. 81
- **BALANCE DE FIN DE AÑO**
 Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango. Bogotá, D. C., 29 de diciembre de 2000. 85
- **CON LA PAZ GANAMOS TODOS**
 Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, sobre prórroga a Zona de Distensión. Bogotá, D. C., 31 de enero de 2001. 89
- **COMO GOBERNANTES NUESTRO PRIMER DEBER ES OBRAR CON RESPONSABILIDAD, PENSANDO EN EL FUTURO Y EN LAS CONSECUENCIAS DE NUESTROS ACTOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, ante la XXX Asamblea General de Gobernadores que se realiza en la ciudad de Medellín. Medellín, Antioquia, 23 de febrero de 2001. 93
- **¡QUE LAS VELAS DEL BUQUE ESCUELA GLORIA SE HINCHEN COMO BANDERAS DE PAZ!**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión del zarpe del Buque Escuela ARC Gloria. Cartagena de Indias, Bolívar, 24 de febrero de 2001. 107

<ul style="list-style-type: none"> • RECONOCIMIENTO DE COLOMBIA ENTERA A UNA VIDA ENTREGADA A LA CONSTRUCCIÓN DE UN PAÍS JUSTO Y PROGRESISTA Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la imposición de la condecoración "Orden de Boyacá" a Adolfo Carvajal Quelquejeu. Cali, Valle del Cauca, 31 de mayo de 2001. 	113
<ul style="list-style-type: none"> • LA PAZ REQUIERE EL APOYO Y EL IMPULSO DE TODAS LAS FUERZAS VIVAS DE LA NACIÓN Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la reunión del IX Consejo Nacional de Paz. Bogotá, D. C., 20 de junio de 2001. 	121
<ul style="list-style-type: none"> • ¡BIENVENIDOS A LA LIBERTAD, HÉROES DE COLOMBIA! Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, al dar la bienvenida a los 242 soldados y policías que recobraron la libertad al amparo del Acuerdo Humanitario. Base Militar de Tolomaida, Melgar, Tolima, 28 de junio de 2001. 	125
<ul style="list-style-type: none"> • RESPONSABILIDAD EN TIEMPOS DE TRANSICIÓN Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación de las sesiones ordinarias del Congreso de la República. Bogotá, D. C., 20 de julio de 2001. 	131
CAPÍTULO II	
DIPLOMACIA POR LA PAZ	165
<ul style="list-style-type: none"> • ECUADOR Y COLOMBIA RECORREN UN MISMO SENDERO ENFILADO HACIA UNA DEMOCRACIA MÁS FUERTE Y PARTICIPATIVA Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, ante el Congreso de Ecuador. Quito, Ecuador, 28 de septiembre de 2000. 	167
<ul style="list-style-type: none"> • TESTIMONIO DE UN PUEBLO DECIDIDO A FORJAR SU PROPIO FUTURO Texto de la clase magistral que dictó el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Universidad Adolfo Ibáñez de Santiago de Chile. Santiago de Chile, 10 de octubre de 2000. 	175
<ul style="list-style-type: none"> • CHILE Y COLOMBIA SE ENCUENTRAN EN UN NIVEL EXCEPCIONAL DE COOPERACIÓN BILATERAL Y MULTILATERAL Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la cena ofrecida en su honor por su homólogo de Chile, Ricardo Lagos Escobar. Santiago de Chile, 10 de octubre de 2000. 	187

- **LA DIPLOMACIA POR LA PAZ, POLÍTICA EXTERIOR COLOMBIANA QUE BUSCA LA PAZ NACIONAL E INTERNACIONAL**
 Texto de la Conferencia del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, ante el Consejo Argentino de Relaciones Internacionales, CARI. Buenos Aires, Argentina, 12 de octubre de 2000. 195
- **LAS NACIONES UNIDAS, ESTANDARTE DE LA PAZ UNIVERSAL**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el acto de celebración del 55 aniversario de las Naciones Unidas. Bogotá, D. C., 24 de octubre de 2000. 209
- **COLOMBIA, TIERRA BUENA HABITADA POR 40 MILLONES DE SERES HUMANOS ABIERTOS A LA AMISTAD, AL TRABAJO Y A LA VIDA**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Instituto de Altos Estudios de América Latina, Laeal, ante empresarios e intelectuales especialistas en el caso colombiano. París, Francia, 22 de enero de 2001. 215
- **LAS RELACIONES INTERNACIONALES, ESCENARIO PROPICIO PARA LA SOLIDARIDAD Y LA RESPONSABILIDAD**
 Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Instituto Francés de Relaciones Internacionales, IFRI, en donde presentó una conferencia sobre "Colombia y la Diplomacia por la Paz.". París, Francia, 22 de enero de 2001. 227
- **LA COOPERACIÓN ENTRE FRANCIA Y COLOMBIA EN MATERIA CULTURAL, EDUCATIVA, CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA ES UNA CORRIENTE QUE NO CESA**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el encuentro con el ministro de Educación de Francia, Jack Lang. París, Francia, 22 de enero de 2001. 237
- **EL TIEMPO QUE VIVIMOS LOS COLOMBIANOS REQUIERE UN COMPROMISO CON LA VIDA, LA LIBERTAD Y LA PROTECCIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, al recibir el Premio Anual otorgado por la Asociación de Política Extranjera de la Sorbona y por Politique Internationale. París, Francia, 23 de enero de 2001. 243
- **CON EL RESPALDO DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL ESTAMOS CONSTRUYENDO LA COLOMBIA DEL SIGLO XXI**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, pronunciado ante políticos, empresarios y medios de comunicación miembros del Club de Ejecutivos del diario Svenska Dagbladet. Estocolmo, Suecia, 25 de enero de 2001. 255

- **VERDADERA VOCACIÓN DE COOPERACIÓN DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL CON COLOMBIA**
 Saludo del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, al cuerpo diplomático acreditado en Colombia. Bogotá, D. C., 6 de febrero de 2001. 269
- **LAS OPORTUNIDADES QUE NUESTRO PAÍS OFRECE PERMITEN AMPLIAR LOS INTERCAMBIOS COMERCIALES**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Conferencia de la Asociación Nacional de Gobernadores. Washington, D. C., Estados Unidos, 25 de febrero de 2001. 277
- **MALASIA, PUNTO DE REFERENCIA PARA COLOMBIA, DECIDIDO A AVANZAR POR LA SENDA DE DESARROLLO Y JUSTICIA SOCIAL**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el banquete de Estado ofrecido por el rey de Malasia, sultán Salahuddin Abdul Aziz Shah. Kuala Lumpur, Malasia, 1º de marzo de 2001. 285
- **ENCUENTRO DONDE SE ABRAZAN DOS CULTURAS COMPLEMENTARIAS**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la cena ofrecida por el presidente de la India, Shri Kocheril Raman Narayanan. Nueva Delhi, India, 5 de marzo de 2001. 291
- **LA FUERZA DE LATINOAMÉRICA RESIDE EN LA UNIÓN DE SUS ESFUERZOS**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante su encuentro con empresarios mexicanos y colombianos, en el marco de la visita de Estado del mandatario azteca, Vicente Fox. Bogotá, D. C., 6 de abril de 2001. 297
- **LA POLÍTICA QUE LES PROPONGO, ES EL ARTE DE EQUILIBRAR EL PRESENTE Y EL FUTURO**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Primera Sesión Plenaria de la III Cumbre de las Américas. Quebec, Canadá, 21 de abril de 2001. 303
- **COLOMBIA: UNA NACIÓN AMANTE DE LA VIDA ENFRENTADA AL MOMENTO MÁS CRUCIAL DE SU HISTORIA RECIENTE**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante una Mesa Redonda celebrada en el Instituto Alfred Nobel de Noruega. Oslo, Noruega, 24 de abril de 2001. 309

- **EL APOYO DE NORUEGA AL PROCESO DE PAZ ES EL RESPALDO AL ESFUERZO COMÚN DE TODOS LOS COLOMBIANOS**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante un encuentro con el primer ministro del Reino de Noruega, Jens Stoltenberg. Oslo, Noruega, 25 de abril de 2001. 323
- **LA PAZ: DESAFÍO PRIMORDIAL DE LA ACCIÓN POLÍTICA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Fundación Konrad Adenauer. Berlín, Alemania, 26 de abril de 2001. 329
- **LAS RELACIONES ENTRE VENEZUELA Y COLOMBIA SE CONCENTRAN AHORA EN EL PROGRESO CONJUNTO Y ARMÓNICO DE SUS PUEBLOS**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la cena oficial ofrecida al presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez Frías. Bogotá, D. C., 4 de mayo de 2001. 347
- **PERÚ Y COLOMBIA TIENEN UN COMPROMISO INAPLAZABLE CON LA INTEGRACIÓN ANDINA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del homenaje ofrecido por el presidente de la República de Perú, Valentín Paniagua Corazao. Lima, Perú, 7 mayo de 2001. 353
- **LOS PERUANOS ESTÁN CONSCIENTES DE QUE NO TIENEN NADA QUE TEMER Y SÍ MUCHO QUE GANAR CON LA ADECUADA IMPLEMENTACIÓN DEL PLAN COLOMBIA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Congreso de Perú. Lima, Perú, 7 mayo de 2001. 359
- **NUESTRA FUERZA ES LA FE INCONMOVIBLE EN LOS PRINCIPIOS DE LA LIBERTAD Y DE LA DEMOCRACIA**
 Conferencia del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Academia Diplomática de Perú. Lima, Perú, 7 de mayo de 2001. 367

CAPÍTULO III
FUERZAS ARMADAS Y PAZ 377

- **NORMAS PROPIAS PARA LA FUERZA PÚBLICA COLOMBIANA DEL SIGLO XXI**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la expedición de los decretos de reestructuración de las Fuerzas Armadas. Bogotá, D. C., 14 de septiembre de 2000. 379

- **VALOR, CORAJE Y PERSISTENCIA IDENTIFICAN A NUESTROS POLICÍAS A LA HORA DE DEFENDERNOS Y DEFENDER SUS INSTITUCIONES**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo de la celebración de los 109 años de la Policía Nacional. Bogotá, D. C., 3 de noviembre de 2000. 389
- **SE FORMAN MILITARES NO SÓLO PARA LA GUERRA SINO TAMBIÉN SERES HUMANOS INTEGRALES PARA LA SOCIEDAD Y LA VIDA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la clausura de los cursos de Altos Estudios Militares, Estado Mayor e Integral de Defensa Nacional de la Escuela Superior de Guerra. Bogotá, D. C., 22 de noviembre de 2000. 397
- **FORTALECIMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS DE COLOMBIA, ÚNICAS LEGÍTIMAS DE NUESTRA INSTITUCIONALIDAD**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la entrega de seis helicópteros Black Hawk a las Fuerzas Militares. Base Militar de Tolemaida, Melgar, Tolima, 13 de febrero de 2001. 407
- **¡LAS FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA: CADA VEZ MEJORES!**
 Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del quincuagésimo aniversario del Comando General de las Fuerzas Militares, celebrado en la Escuela Militar de Cadetes "José María Córdoba.". Bogotá, D. C., 16 de abril de 2001. 411
- **LA NACIÓN RECONOCE EL VALOR, LA CAPACIDAD Y EL PATRIOTISMO DE NUESTRAS FUERZAS ARMADAS**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la celebración del nonagésimo segundo aniversario de la Escuela Superior de Guerra de Bogotá. Bogotá, D. C., 3 de mayo de 2001. 425
- CAPÍTULO IV**
- IDEARIO PARA LA PAZ 439**
- **LA PAZ SÓLO CRECE DONDE SE SIEMBRA PAZ**
 Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la instalación del Seminario Internacional Celam-kas. Bogotá, D. C., 20 de septiembre de 2000. 441
- **LA PAZ COMIENZA POR LA PROTECCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA**
 Mensaje del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del "Congreso Nacional de Reconciliación" convocado por la Conferencia Episcopal de Colombia. Bogotá, D. C., 25 de septiembre de 2000. 451

- **CULTURA DE VIDA, PAZ, DERECHOS HUMANOS Y SOLIDARIDAD, CONSTRUCTORES DE UNA NUEVA SOCIEDAD**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la I Conferencia Internacional de Líderes Demócrata-Cristianos, Populares y de Centro. Santiago de Chile, Chile, 9 de octubre de 2000. 455
- **LA CONCILIACIÓN, POR LA VÍA DEL DIÁLOGO, GARANTIZA UNA PAZ CIERTA Y DURADERA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el II Encuentro de Egresados Rosaristas: contribución de la Universidad al Proceso de Paz. Bogotá, D. C., 20 de octubre de 2000. 465
- **SI TODOS LOS COLOMBIANOS, LOS QUE VIVIMOS EN COLOMBIA Y LOS QUE ESTÁN EN EL EXTERIOR SEGUIMOS LUCHANDO POR NUESTRO SUEÑO DE PAZ, PODREMOS CONSTRUIR UN PAÍS RECONCILIADO**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la misa por la paz en la catedral de San Mateo. Washington, D. C., Estados Unidos, 25 de febrero de 2001. 473
- **UN NUEVO "DON DE PAZ" PARA COLOMBIA**
 Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con ocasión de la imposición de la Orden de Boyacá al cardenal Pedro Rubiano Sáenz. Bogotá, D. C., 26 de marzo de 2001. 477
- **HACER NACIÓN: PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL PROCESO DE PAZ, UNA VISIÓN DE PATRIA**
 Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la Asamblea de Asomedios. Bogotá, D. C., 27 de marzo de 2001. 483

INTRODUCCIÓN

PALABRAS DE PAZ

No cabe duda de que el tercer año del periodo presidencial de Andrés Pastrana fue un año difícil para la paz, en cuya consecución está empeñada la nación colombiana, donde se presentaron varios obstáculos que fueron salvándose con decisión y audacia.

Al proceso con las Farc-Ep se logró darle una nueva inyección de dinamismo y reglas claras a través de la firma, por parte del mismo Presidente Pastrana y el comandante de las Farc-Ep, del llamado Acuerdo de Los Pozos, que posibilitó, semanas después, la firma del Acuerdo Humanitario gracias al cual se logró la liberación de 360 militares y policías.

Se intercambiaron, además, propuestas de cada una de las partes para un cese del fuego y hostilidades.

En cuanto a las aproximaciones con el Eln, que tuvieron buenos auspicios en diversas reuniones en Cuba y Venezuela, el tercer año de Gobierno terminó, sin embargo, con la decisión del presidente Pastrana de suspender el proceso con esta organización hasta que se defina de su parte una voluntad seria y comprometida para buscar la paz y llegar a acuerdos.

Por otra parte, el tema de la posible Zona de Diálogos con el Eln en el sur de Bolívar generó una intensa actividad gubernamental para ambientar esta posibilidad, que finalmente no se concretó.

Además, se convocó por parte del Presidente un Frente Común por la Paz y contra la Violencia, con representación de todos los sectores de la vida política nacional y, en varias oportunidades, el Consejo Nacional de Paz, para hacer de la búsqueda de la paz una verdadera política de Estado, con el compromiso y los aportes de toda la sociedad colombiana.

De esta manera transcurrió el tercer año de esfuerzos de paz del Gobierno Pastrana.

CAPÍTULO I

PROCESO DE PAZ

A LOS QUE SE EMPEÑAN EN LA VIOLENCIA LES NOTIFICO QUE SEGUIREMOS COMBATIÉNDOLOS HASTA DERROTARLOS

*Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
sobre los avances del Proceso de Paz*

Bogotá, D. C., 9 de noviembre de 2000.

Colombianos:

Hoy voy a referirme a los sucesos recientes en el tema de la paz y algunos que están por venir y que quiero compartir esta noche con ustedes.

Además de felicitar de nuevo a nuestro Ejército por la acertada persecución de los guerrilleros del Eln en los hechos de Cali, gracias a los cuales se logró la liberación de los secuestrados sanos y salvos, quiero ratificar mi posición decidida y firme de que, mientras esté en mis manos salvar la vida de colombianos, siempre elegiré ese camino y no uno en donde exista la posibilidad de que en un rescate mueran civiles y se sacrifiquen héroes de nuestro Ejército y Policía que dan su vida por salvarlos.

Reitero mi invitación a la guerrilla a acelerar el diálogo y alcanzar acuerdos pronto de paz que permitan poner fin al secuestro, lograr el retorno a sus hogares de los soldados y policías que hoy se encuentran en poder de la insurgencia, el cese de fuegos y hostilidades, terminar las pescas milagrosas y los ataques a pueblos indefensos, para pasar así a los hechos de paz por los que hemos trabajado.

Acojo las palabras de Manuel Marulanda pronunciadas hace un par de semanas, cuando manifestó que no hay problema que no tenga salida

y que esperaba muy pronto reunirse conmigo para entregarle a Colombia las primeras acciones específicas de la paz definitiva que todos estamos esperando.

Agradezco la patriótica carta que con generosidad me envió el doctor Horacio Serpa, en la cual manifiesta su decisión de acompañar al Gobierno en este proceso y la recibo como un decisivo impulso en la construcción de un gran frente común en donde estemos todos los colombianos, para buscar la mejor salida al difícil momento que vive el país.

En este nuevo escenario, con quienes aspiran a sucederme, los partidos políticos y las fuerzas vivas del país, sale fortalecida la paz. Una posición única de Estado le mostrará a la guerrilla que este proceso no es solamente un empeño de Andrés Pastrana, sino la expresión de este gran frente común por la paz.

A pesar de las dificultades que hemos tenido, sé que la gran mayoría de colombianos sigue creyendo que la solución política negociada es el camino hacia la paz y quiero manifestarles mi infinita gratitud. A los que perdieron la paciencia, quiero también invitarlos a que nos acompañen en el proceso y recuperen la esperanza en un desenlace pronto y feliz.

A los que se empeñan en la violencia y la guerra, en sembrar la semilla de la muerte, la extorsión y el secuestro, les notifico que seguiremos combatiéndolos, redoblabremos esfuerzos para derrotarlos como ya lo hemos venido haciendo.

A la población del Putumayo le reitero que el Gobierno la está protegiendo y respaldando hasta lograr, no sólo una salida a la difícil situación que vive hoy, sino que me comprometo a la inversión de los cuantiosos recursos que ya hemos conseguido de la comunidad internacional para inversión social en la construcción de carreteras, acueductos, escuelas, en la sustitución de cultivos ilícitos y en la creación de nuevos frentes de trabajo para mejorar su calidad de vida.

Con el propósito de no correr el riesgo de perder la labor que hemos desarrollado hasta hoy en el ámbito internacional, iré a Alemania, Sue-

cia y Noruega a finales de noviembre a promover los acuerdos que se requirieren para obtener los recursos económicos que necesitamos para la inversión social que contribuya a la Paz.

Colombianos:

Colombia siembra paz. Con la ayuda de Dios, de la mano de todos ustedes, con el acompañamiento y compromiso de los partidos políticos, de quienes aspiran a sucederme en la Presidencia y de toda la sociedad civil, y con la decisión de la guerrilla de hacer la paz, esta será una realidad.

Me la he jugado toda por la paz, porque creo que es posible y que sólo mediante el diálogo se puede conseguir. En este proceso sé que muchos de ustedes, que con su voto me confiaron el manejo del país, han perdido la paciencia.

Con los hechos de paz tengo la certeza de que la recuperarán, pero, sobre todo, podré entregarles a nuestros niños la posibilidad no sólo de soñar, sino de tener un mejor país y un mejor futuro para todos.

COMO GOBERNANTES, NUESTRA PRIMERA MISIÓN ES ESCUCHAR AL PUEBLO Y TRADUCIR SUS NECESIDADES EN GESTIÓN DE GOBIERNO

Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en la Vigésima Novena Asamblea General de Gobernadores.

Barranquilla, Atlántico, 24 de noviembre de 2000.

"El que gobierna una gran familia tiene que pasar por todo, sea agradable o no. Usted no debe incomodarse porque le digan el dictamen de los otros; a mí me lo dicen todos los días y no me incomodo, porque el que manda debe oír aunque sean las más duras verdades y, después de oídas, debe aprovecharse de ellas para corregir los males que producen los errores (...) Es muy difícil dar gusto a muchos y mucho más cuando la República está rodeada de males e inconvenientes".

Estas palabras fueron escritas por el Libertador Simón Bolívar en una carta al general Páez, aun cuando no estoy muy seguro de que Páez haya sido receptivo a estos consejos, pues al poco tiempo inició una sublevación armada contra Bolívar, que culminó con la separación de Venezuela. Pero, seguro de que aquí impera la sensatez, señores gobernadores salientes, sé que ustedes entienden más que nadie la rotunda y a veces difícil verdad de estas frases. Y ustedes, gobernadores entrantes, presienten con clarividencia que escuchar al pueblo, y oír con paciencia y humildad las críticas, es la clave para realizar una gestión productiva.

Ahora, cuando termina este año 2000, es tiempo de balances y de empalmes, pero también de análisis y programas de acción. Es la oportunidad para que miremos, sobre la base de lo hasta ahora expuesto en esta Asamblea, qué hemos hecho y qué nos resta por hacer en pro de

los departamentos del país y por el bienestar social de sus habitantes, vale decir, de todos los colombianos.

A ustedes, señores gobernadores salientes, les ha tocado enfrentar una situación de crisis fiscal territorial que no tenía antecedentes. Digámoslo en palabras sencillas: A ustedes les correspondió "bailar con la más fea".

Después del sobreendeudamiento generado en la última década, de la intemperancia con que se usó la pignoración de las transferencias para obtener recursos frescos, después de lo que podríamos llamar "la parranda territorial de los noventa", a ustedes les tocó lidiar con la resaca ajena y, en esas condiciones, pasar ese guayabo asumiendo su responsabilidad de actuar con seriedad y pulcritud. Hoy quiero hacerles un reconocimiento por su labor de exploradores en medio de la selva financiera, abriendo camino con los recursos disponibles y acompañando al Gobierno en las diversas vías de solución que hemos planteado.

Afortunadamente, el panorama fiscal comienza a despejarse, y en buena parte se debe a las medidas tomadas por ustedes y nosotros, y a aquellas que están próximas a producirse, que han posibilitado un ambiente de mayor estabilidad y optimismo donde antes sólo reinaba la zozobra.

Ya los funcionarios del Gobierno Nacional que me han precedido han hecho el balance del éxito de las principales herramientas aprobadas hasta ahora. Los ingresos adicionales generados por la sobretasa a la gasolina y el ACPM; la creación del Fondo de Pensiones Territoriales para garantizar en el mediano y largo plazo el pago de las pensiones, y la Ley de Intervención Económica, que facilita sus acuerdos con los acreedores bajo circunstancias favorables, a la cual ya se han acogido cinco departamentos, son tres ejemplos concretos del compromiso del Gobierno con las regiones.

Más recientemente, con la Ley 617 de 2000, de Ajuste Fiscal Territorial, logramos introducir importantes correctivos para garantizar el fortalecimiento de la descentralización y asegurar la viabilidad financiera de los departamentos y municipios del país.

A través de esta ley hemos buscado que nunca más las entidades territoriales gasten en sus labores administrativas y burocráticas más de lo que reciben por rentas propias, atando el nivel de los gastos de funcionamiento a la disponibilidad de recursos de libre destinación. Además, para aliviar la carga del endeudamiento territorial, se ha autorizado al Gobierno Nacional para que avale con garantías de hasta el ciento por ciento los créditos otorgados por las entidades financieras a los departamentos para financiar programas de saneamiento fiscal y hasta en un 40 por ciento las deudas que sean refinanciadas.

Aparte de las trascendentales leyes que he mencionado, el Ministerio de Hacienda ha continuado con el programa de Apoyo al Saneamiento Fiscal y Fortalecimiento Institucional de las Entidades Territoriales, a través del cual se conceden créditos a las entidades que se comprometan con procesos de ajuste fiscal y reorganización administrativa. Gracias a este programa, en este año se atendieron 59 entidades territoriales, desembolsando créditos por más de 300 mil millones de pesos.

En suma: hemos afrontado, ustedes y nosotros, con decisión la difícil situación financiera en que encontramos a los departamentos, y seguiremos haciéndolo, pero no para reforzar la dependencia de ellos del Gobierno central, sino todo lo contrario, para que sean cada día más autónomos, responsables y autosuficientes.

En esta dirección, estamos impulsando el proyecto de ley de Régimen Propio sobre Juegos de Suerte y Azar, el cual ya está a punto de cumplir su última etapa en el Congreso. Gracias al mismo, los recursos de las loterías y las apuestas permanentes serán directamente de propiedad de los departamentos, con lo que éstos podrán aumentar sus ingresos en 150 mil millones de pesos durante el primer año. Si contamos, además, con el porcentaje de los ingresos de juegos localizados para los departamentos que se distribuirán a través de la nueva entidad rectora, Etesa, y los recursos provenientes de los nuevos juegos que se autoricen, estamos hablando del ingreso de, por lo menos, otros 75 mil millones de pesos, también para el primer año. Los juegos de suerte y azar, como ocurre en tantos otros países del mundo, darán la mano a los departamentos y producirán réditos para el beneficio de la salud de todos los colombianos.

Por otra parte, como ya lo anunció el Ministro de Hacienda, para el primer semestre del año entrante tenemos prevista la presentación de un proyecto de reforma tributaria territorial que ordene y unifique la legislación tributaria territorial, reduciendo los términos e instancias de discusión de los tributos.

Especial mención quiero hacer hoy de dos actos legislativos de reforma a la Constitución Nacional que avanzan promisoriamente en las comisiones y plenarias del Congreso. Se trata de la Reforma al Régimen de Transferencias y de la Reforma Política.

En la primera, con su invaluable aporte, señores Gobernadores, hemos logrado al fin un consenso entre todos los interesados, gracias al cual podremos corregir las deficiencias detectadas en el modelo de transferencias adoptado por el constituyente de 1991 y hacerlo mucho más realista y adecuado a la situación del país.

Esta es una reforma que busca garantizar la sostenibilidad de las finanzas públicas en el mediano y largo plazo, desatando durante los próximos años la relación directa entre los ingresos corrientes de la Nación y las transferencias a las entidades territoriales, y estableciendo fórmulas que garanticen el crecimiento estable de las mismas.

Es importante destacar, por otra parte, que con este acto legislativo no nos limitamos a atacar los problemas fiscales sino que buscamos contribuir a la profundización del proceso de descentralización, para lo cual se modifica la distinción sectorial que resulta de tener dos conceptos diferentes: el Situado Fiscal y las Participaciones, y se crea una bolsa única de recursos de las entidades territoriales, que se denominará el Sistema General de Participaciones (SGP).

Pero este acto legislativo va más allá del tema de las transferencias, buscando también limitar el crecimiento de los gastos de funcionamiento del gobierno central, de forma que el ajuste nos toque a todos. La idea es equilibrar los ingresos y egresos del Estado, garantizando la salud de las finanzas en el largo plazo.

Además, estamos proponiendo una ampliación de tres a cuatro años al periodo de los alcaldes, gobernadores, diputados, concejales y ediles,

procurando una mayor estabilidad para el cumplimiento de los programas y planes de acción en cada territorio.

Quiero compartir con ustedes algunas reflexiones que venía haciendo con motivo de esta Cumbre y que creo tocan la fibra íntima de la estructura política actual del país. Revisando las cifras históricas del endeudamiento territorial, encontraba algunas claves que dicen mucho sobre la errónea estructura de incentivos y castigos que tiene nuestra estructura política.

En efecto, si comparamos las cifras de endeudamiento territorial, encontramos extremos alarmantes. Entre 1996 y 1997 la deuda de los departamentos subió de 0,85 a 1,38 billones de pesos, vale decir, se incrementó en un 63 por ciento. Por el contrario, desde 1997 hasta marzo de 2000, la deuda departamental solo subió en un 23 por ciento, llegando a 1,69 billones de pesos, y eso que parte de ese incremento se debió únicamente a procesos de refinanciación de deudas. ¿Cómo puede explicarse la diferencia de comportamiento de esos años? Sugeriría que por lo menos, en parte, se debe al relajamiento financiero que antecede a los periodos electorales, en especial cuando el mandatario no es responsable frente a una organización política que aspira a mantenerse en el Gobierno.

La verdad es que ustedes, señores Gobernadores, han sido los grandes damnificados por la falta de partidos políticos fuertes, verdaderos partidos con sentido y responsabilidad de colectividad. Los departamentos en bancarrota que recibieron son el producto de las acciones de algunos antecesores suyos que obraban más a título personal, que como miembros partícipes y actuantes de un partido político, con compromiso político de largo aliento frente a sus electores. Un gobernador o un alcalde que es elegido a través de una organización política sin vocación de permanencia, que responde sólo a la coyuntura electoral, responde exclusivamente a su conciencia, y no a la conciencia colectiva, al finalizar su mandato.

¿Cómo es posible que un mandatario regional pueda incrementar alegremente el endeudamiento sin pensar en la herencia que deja, no sólo a su sucesor, sino a todos sus paisanos? Aquí lo que falta es un compro-

miso que involucre, más allá de los mismos gobernadores, a toda la colectividad política a la que pertenecen. Con partidos políticos fuertes, una actividad irresponsable o derrochadora sería castigada por el mismo partido y, por supuesto, por el electorado, que buscaría otra opción política. Una actitud responsable, en cambio, sería premiada con la continuidad del partido a la cabeza del departamento.

Yo estoy seguro de que fortalecer los partidos y el sistema político es también generar consecuencias a los actos de los gobernantes y una mayor responsabilidad fiscal.

De ahí la importancia de la reforma política que planteamos con la convocatoria del Referendo, y que ahora venimos tramitando en el Congreso con amplia receptividad por parte de sus miembros.

El propósito sigue siendo el mismo: recuperar la legitimidad del sistema político, garantizando una mejor representatividad y una mayor transparencia y eficiencia en el desempeño del Congreso y de los partidos políticos. Propuestas como la lista única, el umbral electoral, la cifra repartidora, la consulta interna para la elección de candidatos y el voto obligatorio por una sola vez depurarán definitivamente nuestro sistema electoral. Otras, como el estatuto de la oposición y la actuación de los partidos políticos por bancadas en el Congreso, lograrán un fortalecimiento de los partidos políticos, tan necesario para el cabal cumplimiento de la democracia. La pérdida de investidura de por vida, por otro lado, es una eficaz herramienta de sanción contra la corrupción.

La reforma política es una reforma integral, con cuya aprobación el Congreso podrá mandar al país el mensaje positivo de que, cuando se lo propone, sí es capaz de reformarse a sí mismo y de crear instrumentos para purificar la actividad política.

Amigas y amigos Gobernadoras y Gobernadores:

Hemos hablado ya de lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo para superar la crisis fiscal de los departamentos y para generar mayores y más estables ingresos para los mismos. Ahora surge otra pregunta esencial: ¿Cómo garantizar que los recursos obtenidos se gasten bien?

Hay una única respuesta, que todos sabemos que es la valdeera: Permi-
tiendo que sea la comunidad la que determine sus propias necesidades, la
que proponga, la que analice, la que decida y, finalmente, la que fiscalice
la buena utilización de los recursos de los cuales es beneficiaria.

Con el fin de cumplir a cabalidad con este principio, hemos diseñado
Empresa Colombia, un programa de cobertura nacional que ha puesto
a pensar y a participar a las mismas comunidades sobre el país que
quieren y cómo lo quieren.

Desde hace poco menos de cuatro meses, cuando se lanzó el Programa,
hemos realizado un fuerte esfuerzo, coordinado por la Red de Solidari-
dad Social, para que las comunidades –y cuando digo comunidades me
refiero, por supuesto, a la gente de la región y también a ustedes, seño-
res Gobernadores– prioricen los proyectos más sentidos a través de
Mesas y Foros Ciudadanos, con procesos complementarios de veedurías
ciudadanas, para presentar a la financiación del Fondo Nacional de Re-
galías.

Este proceso ha ido avanzando, sin mayor despliegue publicitario, pero
con mucha eficiencia, y hoy podemos contar que hemos concluido com-
pletamente la etapa de priorización y suscripción de Pactos Ciudadanos
en 28 departamentos, hemos realizado aproximadamente 150 eventos
a los cuales asistieron cerca de 14.000 delegados de las comunidades y
se han priorizado cerca de 400 proyectos inscritos y viabilizados.

El primer resultado concreto está a la vista. En las sesiones de la Comi-
sión Nacional de Regalías que han tenido lugar hasta el momento, se
han aprobado 90 de los proyectos presentados por Empresa Colombia,
en 21 departamentos, por un valor de 53.000 millones de pesos. Y esto
es sólo el comienzo, porque se espera continuar el proceso de análisis
de proyectos y asignación de recursos en lo que queda del año.

Empresa Colombia es la oportunidad para llevar la acción social a las
regiones, bajo la orientación de la misma comunidad beneficiada y con
todo el apoyo técnico del Programa. Este es el momento, señores Go-
bernadores, para que ustedes –sobre todo los que en un mes se pose-
sionarán como mandatarios de sus regiones– se hagan socios partíci-

pes y promotores de esta Empresa, que es de todos. Porque en esto quiero ser muy claro: la Empresa Colombia no funciona ni puede funcionar bien si lo hace a espaldas de las autoridades locales; todo lo contrario: la Empresa Colombia opera mejor con ustedes, con su liderazgo y su orientación.

Como gobernantes, nuestra primera misión es escuchar al pueblo y traducir sus necesidades e inquietudes en gestión de gobierno. Esa es la idea de Empresa Colombia, y yo sé que contaré con su apoyo para que cada día más los recursos públicos –y no sólo los del Fondo Nacional de Regalías– lleguen a sus regiones a través de la iniciativa popular, con el concurso y bajo la fiscalización de las propias comunidades. Sólo así podremos garantizar la eficiencia y la transparencia en la realización de las obras que más necesitan los colombianos.

Señoras y señores Gobernadores:

Hace dos días me reuní en la Casa de Nariño con los líderes de las más distintas facciones del panorama político colombiano y logramos un consenso para buscar la paz y enfrentar la violencia. ¡Esta es una prueba concreta de que sí podemos trabajar juntos, y a eso los invito hoy más que nunca!

Ante la insensatez de los grupos armados al margen de la ley, la sociedad colombiana toda se ha levantado para poner un dique a la violencia que nos sangra. Hoy, bajo los parámetros de convivencia planteados por el Frente Común por la Paz y contra la Violencia, enviamos un claro mensaje a los intolerantes: Colombia se cansó de la violencia, se cansó de los secuestros, de las extorsiones, de las masacres, de las poblaciones arrasadas, y no vamos a consentir que nos sigan destruyendo el país.

Pero no solo hemos hecho una convocatoria a quienes ejercen la función de liderazgo en el país. También reuniremos el Consejo Nacional de Paz el próximo martes donde confluye la enorme diversidad de organizaciones sociales, sindicales, no gubernamentales, las universidades, la mujer, en fin, la gran riqueza del pensamiento colombiano y testimonio de la convocatoria más incluyente, amplia y participativa que haya

conocido el país. De la misma manera, en mi condición de Jefe de Estado, he extendido este llamado de unidad alrededor de la paz a las demás ramas y órganos de control, para que en los asuntos de paz no existan fisuras ni grietas que pretendan ser utilizadas para destruir el Estado social de derecho.

Seguiremos buscando la paz porque es un mandato popular, porque es una convicción de vida y porque es la única forma de recuperar nuestra viabilidad como nación; pero no renunciaremos a cumplir con nuestra misión constitucional, garantizando la presencia institucional del Estado en todas las regiones del país.

La paz de Colombia, señores Gobernadores, es una sola: no se puede compartimentar, ni atomizar, ni dividir en linderos regionales, que tarde o temprano generen la chispa de la implosión del país en fragmentos débiles y desunidos. Nuestra tarea patriótica, como gobernantes, es preservar y acrecentar la unidad nacional.

Para hacerlo, tenemos también que fortalecer nuestras Fuerzas Armadas, como las únicas fuerzas legítimas de la nación. Ustedes, señores gobernadores entrantes, serán los primeros beneficiados de este fortalecimiento, que hoy es una realidad apabullante.

Hemos pasado en dos años de 74.000 soldados, entre profesionales y regulares, a tener hoy 106.000, cerca de un 50 por ciento más, y nuestra meta es llegar a 140.000 en los próximos dos años, duplicando el pie de fuerza en defensa de la democracia. Además, estamos cuadruplicando nuestra capacidad de aerotransportación y creando nuevos batallones, con mejor capacidad de movilización, todo lo cual se comienza a traducir en mejores resultados operacionales.

Además, el proceso de profesionalización de los soldados nos está generando soldados más preparados, con capacidad disuasiva y ofensiva, y con unas condiciones laborales y sociales dignas de quienes defienden a la patria.

Estas son las Fuerzas Armadas que necesita Colombia en cada uno de los rincones de su territorio: Fuerzas listas para afrontar el combate, pero también preparadas para la paz.

Apreciados amigos Gobernadores de Colombia:

Lo más difícil ya ha pasado, pero no podemos bajar la guardia, porque nuestro compromiso va más allá del presente: es un compromiso con la viabilidad del país y de sus regiones en el largo plazo, un compromiso con las nuevas generaciones de colombianos. De nuestra labor, desde el Gobierno Nacional y en cada una de las instancias del poder regional, depende que los departamentos vuelvan a ser entidades viables, orientadoras, coordinadoras y coautoras de la política nacional.

Yo no quiero departamentos contrahechos, como prótesis dentro de la anatomía institucional del país. Quiero departamentos con una clara funcionalidad, activos en la planificación y actuantes en la coordinación municipal. Quiero que los nuevos gobernadores tengan la oportunidad de ser visionarios, no simplemente funcionarios de la realidad regional. A construir esa nueva visión del país y del territorio los invito hoy.

QUEREMOS UNA PAZ FRUTO DE LA UNIÓN NACIONAL EN TORNO DEL BENEFICIO SOCIAL, EL DESARROLLO Y LA EQUIDAD

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la séptima sesión del Consejo Nacional de Paz
en la Casa de Nariño.*

Bogotá, D. C., 29 de noviembre de 2000.

Estimados Consejeros de Paz:

Hoy quiero iniciar esta reunión manifestando mi más enérgico rechazo al secuestro de Juliana Villegas, hija de uno de los miembros de este Consejo Nacional de Paz y presidente de la ANDI, quien permanentemente se ha entregado al servicio de los demás y ha sido un incansable obrero de la paz en nuestro país.

Ningún colombiano ni la comunidad internacional pueden seguir impasibles frente al abominable delito del secuestro. Son muchos los compatriotas que están hoy en poder de los secuestradores y todos deben regresar pronto a sus hogares.

Ninguna ideología, ninguna circunstancia, ningún motivo, absolutamente nada justifica un secuestro.

Nuevamente hago un llamado a todos los colombianos a unirse en torno a la lucha contra el secuestro. Invito a todos los países amigos de Colombia a sumarse al rechazo categórico a tan infame delito.

La semana pasada realicé una amplia convocatoria de las principales fuerzas políticas de la nación para construir un consenso en torno a la búsqueda de la paz. Como resultado, suscribimos el Frente Común por

la Paz y contra la Violencia, el cual pretende fortalecer la búsqueda de la paz con la participación y el apoyo decidido de todos y, al mismo tiempo, enviar un claro mensaje para que los violentos entiendan que Colombia está cansada de la violencia, la rechaza profundamente, sea cual fuere su origen, sea cual fuere su fin.

El Frente Común lo conformamos con las fuerzas políticas, pero lo consolidaremos con toda la sociedad colombiana. Ustedes, como representantes de las diferentes expresiones sociales, empresariales, sindicales y ciudadanas, así como los representantes de diferentes poderes del Estado aquí presentes, tienen el compromiso histórico con el país de hacer su aporte, de sumarse a este vital esfuerzo de reconciliación nacional y en especial, en razón a sus funciones, tienen la responsabilidad de convertirse en el eje fundamental para la promoción de este propósito.

Esta convocatoria por la paz es una invitación abierta para todos los colombianos. La política de paz, como política de Estado requiere el concurso especial de todos ustedes y de la ciudadanía en general, para alcanzar así la reconciliación nacional.

En todos los estados hay temas de unidad nacional, frente a los cuales no debe haber divergencia alguna. Sin duda, la paz es el principal tema de unidad nacional para Colombia.

Como Presidente de todos los colombianos, me corresponde simbolizar la unidad nacional y, en consecuencia, liderar estos consensos de fundamental importancia para nuestro futuro como Nación. Pero su participación en la construcción de este propósito es esencial.

Ante este Consejo Nacional de Paz quiero reiterar que el Gobierno Nacional nunca ha tenido, ni tiene, ningún dilema frente a la guerra y la paz. La decisión de hoy es la misma de ayer: construcción de la paz a través de la negociación política y con el concurso de todos.

Queremos una paz en función del bienestar del hombre, como razón de ser fundamental de la existencia de nuestras instituciones políticas. Una paz resultante del fruto de la unión nacional en torno a los propósitos comunes de beneficio social, desarrollo y equidad.

Creo en una paz de realidades, transformaciones y acuerdos, en la que todo el país gane por igual. Una paz que beneficie a los colombianos de a pie. Una paz pensada en beneficio de los ciudadanos, sin exclusión ni favorecimientos de ninguna naturaleza. Una paz en la que todos ganemos. Una paz de acuerdos, no de capitulaciones.

Para la edificación de esa paz construida entre todos, es necesaria una sociedad civil fuerte, unos ciudadanos movilizándose en torno a unos propósitos comunes, promoviendo la reconciliación nacional y rechazando la barbarie de la violencia.

Hoy debemos decirles a los violentos que estamos todos unidos en nuestro propósito de avanzar en el camino de la paz y hoy más que nunca debemos evitar caer en los espejismos de la guerra.

La violencia no puede ser la salida elegida para la solución del conflicto colombiano. No concibo una sociedad polarizada entre la violencia de los unos y la violencia de los otros.

No acepto propuestas que involucren a los ciudadanos, aún más, en la confrontación armada. Precisamente, nuestro objetivo primordial en el proceso de negociación es la desvinculación de los ciudadanos de los efectos atroces de la guerra.

Tampoco acepto, y ningún colombiano puede hacerlo, el accionar de los grupos de autodefensa o justicia privada. Su accionar degrada el conflicto, y toda la fuerza de las instituciones debe utilizarse para combatirlos.

Luchamos en contra de las autodefensas por convicción y no por imposición. Luchamos contra ellas porque hoy son enemigas perversas de todas las instituciones democráticas.

Las acciones de dolor y muerte de las llamadas autodefensas, como los recientes hechos en el Magdalena, deben ser rechazadas y condenadas por todos, están en contravía de los anhelos de paz del pueblo colombiano y atentan claramente en contra de la dignidad de la Nación y de sus instituciones.

Debemos enviarles un claro mensaje a los intolerantes: Colombia se cansó de la violencia, de las masacres, del secuestro, de las extorsiones, de las poblaciones arrasadas, de los desplazamientos forzados y de todas las formas de violencia que hoy se ciernen sobre nuestro pueblo.

No hay que tenerle miedo a la paz, sino a la violencia.

La insurgencia no debe tenerle miedo a la paz, porque en paz sus posibilidades para lograr sus proyectos y objetivos en lo político serían mayores. Por el contrario, debe estar convencida de la inminente necesidad de paz que tiene el país.

Los ciudadanos tampoco deben tenerle miedo a la paz. Algunos no la quieren, porque le temen o desconfían de ella, o porque prefieren la violencia.

A quienes le temen, debemos decirles que Colombia en paz será la única posibilidad para nuestros hijos y para sus hijos. Debemos decirles que en la paz todos ganamos y todos viviremos mejor.

A quienes desconfían, hay que darles confianza, rodearlos de garantías y razonar sobre sus temores y preocupaciones. Seguramente están alimentados por la intolerancia de quienes no quieren la paz o tal vez por el miedo a lo desconocido, a enfrentarse a un mundo nuevo, a una nueva vida.

Y frente a quienes prefieren la violencia y no quieren la paz, hay que actuar con la fuerza de nuestras instituciones y convencerlos con los argumentos de la razón de nuestra propia existencia como nación que merece construir su futuro con dignidad y sin violencia.

Para perder las dudas en la paz y en el proceso, el mejor remedio es la celebración pronta de acuerdos. El Gobierno y los colombianos estamos listos a concretar estos acuerdos. Espero que las Farc-Ep y el Eln también lo estén para demostrarle así al país y al mundo que avanzamos en el proceso y también avanzamos en la paz.

Repito, y no me cansaré de hacerlo, se requieren hechos de paz concretos, no más discursos ni justificaciones. O nos sentamos a hacer la paz

de verdad, o estaremos condenados a continuar este inútil enfrentamiento armado. La paz solo se construye con hechos de paz.

Hoy los ataques a la población civil y el secuestro son también enemigos del avance del proceso entre la sociedad. Es fundamental sacar a la población civil del conflicto armado. Así de simple y de concreto. Apartando a la sociedad de la violencia atroz del conflicto armado, el Estado y la insurgencia podremos construir mejor las bases de una paz duradera en un país más justo.

La sociedad no puede seguir intimidada, arrinconada, atemorizada y de luto por cuenta de la violencia. La solución es acordar salidas a corto plazo para la violencia que azota a la sociedad. El tema del cese al fuego y las hostilidades está sobre la mesa.

Estoy seguro de que el respaldo de la sociedad al Proceso de Paz irá en aumento, en la medida en que la violencia no tenga a los ciudadanos secuestrados en su más mínimo entorno social, político y económico.

Debemos, pues, construir la voluntad de paz de la Nación. Esta no nace como producto de una ley o un decreto, y tampoco se ordena. La voluntad de paz la debemos construir entre todos. Entre el Estado del cual hacen parte ustedes y también con la insurgencia. Escenarios como el Consejo Nacional de Paz, donde confluye la enorme diversidad del país, todos con el único propósito de lograr abrir la trocha por donde pase por fin la paz, son los espacios de diálogo pero también de propuestas que necesitamos, para que entiendan los violentos que el país democrático está unido en torno a la búsqueda de una salida política al conflicto armado.

Este es un momento decisivo para la paz de Colombia. Nuestra tarea es construir esa voluntad colectiva, coincidiendo en el sueño conjunto, avanzando juntos en la única dirección posible: la paz de Colombia.

AGOTAREMOS TODOS LOS ESFUERZOS PARA CONSEGUIR LA PAZ

Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango.

Bogotá, D. C., 29 de noviembre de 2000.

Colombianos:

Me la he jugado toda por la paz y les confieso que no ha sido fácil. Lo he hecho en representación no sólo de los millones de compatriotas que votaron masivamente hace tres años el mandato por la paz, sino en nombre de cada uno de los colombianos, porque creo que el camino de la paz es el único posible para sacar adelante a Colombia y porque sigo firmemente convencido de que la paz sí es posible.

Este no ha sido un proceso improvisado, sino el fruto de una estrategia de paz que ha madurado durante mucho tiempo y que encuentra hoy, en el Frente Común por la Paz y contra la Violencia, ese nuevo espacio que logra responder a mi llamado para que todos nos pongamos por encima de nuestros egoísmos y ánimo de protagonismo, y podamos alcanzar la gran meta de la paz.

Dentro del marco de la Constitución y la ley, bajo mi liderazgo y con el apoyo de todos los firmantes del Frente Común por la Paz, se unió hoy el Consejo Nacional de Paz, ratificando el compromiso de dialogar y encontrar una salida negociada al conflicto, como una política de Estado.

Queda así conformado un grupo que respalda el proceso en representación de todas las regiones, la Iglesia, las centrales obreras, los gremios,

los partidos políticos y las ONG, entre otros, que rechaza de manera enérgica cualquier forma de violencia y de nuevo enfatiza en la importancia del respeto por la vida de todos, el derecho internacional humanitario y la búsqueda urgente de la paz.

No más masacres, no más extorsión, no más secuestro, no más ataques cobardes a poblaciones indefensas, no más paros armados, no más destrucción de riqueza a la infraestructura del país y a su medio ambiente, no más armas prohibidas universalmente.

También nos comprometemos en redoblar los esfuerzos para acabar con el narcotráfico, que no es más que el origen de tanta corrupción, tanta violencia y tanto deterioro de nuestros valores y del respeto elemental por la vida.

Seguiremos combatiendo sin pausa toda la cadena de producción, desde los cultivos ilícitos hasta el consumo del producto terminado y el lavado de dinero.

En cuanto al tema de las autodefensas, el Gobierno las está combatiendo con decisión y contundencia. Lo hacemos por convicción y porque también es nuestra obligación. El Gobierno no puede aceptar que organizaciones privadas, sin importar las razones, resuelvan atribuirse las facultades que la Constitución ha confiado tan solo a la fuerza pública del Estado.

Y esta lucha no es solo del Gobierno, es también la lucha de las entidades del Estado, dentro de las cuales la Fiscalía General de la Nación ha desarrollado una trascendental labor para que los crímenes de estas organizaciones no queden impunes y sin castigo. Los resultados han sido claros y concretos, nunca antes se había combatido tanto este flagelo.

Continuaremos fortaleciendo nuestras fuerzas armadas para que sigan trabajando por la defensa de la democracia, respetando y protegiendo, incluso con su vida, la vida de todos los colombianos de bien.

El Frente Común por la Paz y contra la Violencia y el Consejo Nacional de Paz apoyan los diálogos con el Eln y la zona de encuentro que se

tiene que crear para que estos sean una realidad, que será estrechamente vigilada y controlada por una veeduría internacional y nacional con reglamentos claros.

Además del apoyo que hoy tenemos de todas las fuerzas vivas de Colombia para seguir adelante con el proceso, he buscado y conseguido una participación vital de la comunidad internacional, que se interesa por la suerte del proceso y el futuro de nuestro país.

La Diplomacia por la Paz ya ha dado sus frutos y hoy por hoy la comunidad internacional respalda el proceso y participa con determinación y respeto en el mismo, con la esperanza de que los colombianos alcancemos la pronta reconciliación.

El mundo está pendiente de nosotros y nos ofrece su apoyo y recursos económicos importantes para que se consolide el proceso de paz y se desarrollen los programas de inversión social que con urgencia necesita el país.

Quiero repetir y ser enfático en que el Gobierno siempre ha querido adelantar los diálogos de paz en paz y no en medio de la guerra en la que mueren cientos de colombianos: todos los muertos me duelen, todos, incluso los de la guerrilla. La verdad es que en un país como el nuestro, con las inmensas posibilidades que tenemos de vivir, progresar y hacer la paz, nadie debería morir, nadie.

No puedo dejar de expresar mi rechazo enfático a las masacres que reiteradamente azotan diferentes poblaciones del país dejando a sus habitantes sumidos en la tristeza, el dolor y la angustia. Soy reiterativo, se debe marginar a la población civil del conflicto, sobre esto no cabe discusión.

También quiero expresar la urgencia de acabar de una vez por todas con la terrible pesadilla del secuestro, que causa un inmenso sufrimiento y tristeza a tantas familias colombianas.

A todos quienes sufren sus consecuencias quiero reiterarles mi solidaridad y mi decisión permanente de continuar luchando por el derecho

fundamental a la libertad. A Luis Carlos Villegas, a Juliana y a su familia los acompaño en este difícil momento al que esperamos pronto poner fin.

Colombianos:

Tenemos que agotar todos los esfuerzos para conseguir la paz. Le hago un nuevo llamado a la guerrilla para que se una y participe activamente de este nuevo frente común y les demos paso a los primeros hechos de paz que le devuelvan al país la fe y la esperanza.

Es por eso que hoy, ante cada uno de los casi 40 millones de colombianos, quiero decirles que el Gobierno Nacional, y con el soporte del nuevo Frente Común por la Paz y contra la Violencia, el de los integrantes del Consejo Nacional de Paz y el apoyo decidido de todos los colombianos, reitera ahora más que nunca su voluntad de paz.

¡Aquí estamos todos los colombianos de bien, juntos y listos, alrededor de la paz!

**¡LA FUERZA DE UN PAÍS UNIDO ES LA ÚNICA
QUE PUEDE SACAR ADELANTE LA PAZ
Y LA ECONOMÍA DE COLOMBIA!**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación del Congreso Nacional de Comerciantes de Fenalco.*

Cartagena, Bolívar, 29 de noviembre de 2000.

Cuando la demencia de los violentos arrecia contra lo más sagrado, como es nuestra juventud; cuando las mujeres y los niños dejan de ser intocables frente a la crueldad; cuando nos sentimos incomprendidos en nuestro dolor y en nuestra lucha, incluso por nuestros propios hermanos, es cuando más una nación es puesta a prueba por la historia.

No fue esta realidad la que quisimos ni la que quisieron nuestros padres, pero es la realidad que nos toca afrontar. Y es por golpes como los que vivimos –golpes "como del odio de Dios", dice un poeta– cuando más tenemos el deber de entender esa realidad, no para someternos a ella, sino para transformarla.

Porque es en momentos como estos cuando rendimos cuentas de lo que hemos aprendido como nación y se nos exige asumir responsabilidades como país.

Hemos aprendido que somos una nación de hombres y mujeres valerosos que no se arrodillan ante la adversidad sino que se crecen en el infortunio.

Hemos aprendido también que las grandes transformaciones las hemos hecho entre nosotros mismos, sobre la base de la persuasión y no de la imposición.

Hemos aprendido que somos una nación generosa, capaz de perdonar cuando el culpable asume por dentro su pena y tiene la valentía de confesar su delito.

Pero también aprendimos que es demasiado el tiempo y largo el recorrido que hemos transitado solos, cada uno pensando en su propia carrera por la supervivencia.

Sí, hemos aprendido que es inútil la labor de tejer el manto de la convivencia si a cada momento lo rasgamos con las tijeras de la intolerancia.

Hemos aprendido, en fin, que no tiene sentido exigir si de antemano no hemos comprendido lo que implica entregar.

Es en estos momentos cuando le corresponde al gobernante convocar a todos los que se debaten entre el temor y el desconuelo y encender la antorcha que guíe en medio de la noche.

Como Presidente de todos los colombianos, me corresponde simbolizar la unidad nacional. He creído, y lo sigo haciendo, que la búsqueda de una solución política al conflicto armado es un imperativo para la consecución de una paz cierta y duradera para Colombia.

Creo en una paz de realidades, transformaciones y acuerdos, en la que todo el país gane por igual. Una paz que beneficie a los colombianos de a pie. Una paz pensada en beneficio de los ciudadanos, sin exclusión ni favorecimientos de ninguna naturaleza. Una paz en la que todos ganemos. Una paz de acuerdos, no de capitulaciones.

Alejémonos del árbol que nos impide ver el bosque. En estos dos últimos años hemos logrado, por fin, establecer un mecanismo de diálogo con las Farc-Ep para discutir una agenda de negociación. También hemos logrado que la comunidad de naciones respalde este proceso y esté dispuesta a apoyarlo en el momento y mediante el procedimiento que consideremos oportunos. El proceso que hemos vivido estos dos años ha sido definitivo para que todos los colombianos comprendan que éste no es un problema de las partes en conflicto, sino que en él se juega el futuro de toda la nación.

Por supuesto, todos quisiéramos que avanzara más rápido, pero tenemos que entender la complejidad de la situación y ponerla en perspectiva, pensando inclusive en otros ejemplos internacionales, como el caso de Irlanda del Norte o el Medio Oriente. En dos años –a pesar de todos los escollos– es mucho lo que hemos avanzado.

Pero este sendero hacia la paz no lo puedo transitar solo, ni es únicamente del Gobierno. Esta marcha la tenemos que emprender todos nosotros, con nuestros hijos, con nuestros vecinos, con nuestros conciudadanos.

La semana pasada realicé una amplia convocatoria de las principales fuerzas políticas de la nación para construir un consenso en torno a la búsqueda de la paz. Como resultado, suscribimos el "Frente Común por la Paz y contra la Violencia", el cual pretende fortalecer la búsqueda de la paz con la participación y el apoyo decidido de todos y, al mismo tiempo, enviar un claro mensaje para que los violentos entiendan que Colombia está cansada de la violencia, la rechaza profundamente, sea cual fuere su origen, sea cual fuere su fin.

Esta misma mañana instalé, a su vez, en la Casa de Nariño una nueva reunión del Consejo Nacional de Paz, que incluye el más amplio espectro de la sociedad nacional, para que acompañe con sus luces y su aporte el proceso de paz, que es de todos los colombianos.

Yo sé que con el respaldo de este Consejo, así como con el del Frente Común por la Paz y contra la Violencia, todos los colombianos vamos a poder hablar con una sola voz y un solo corazón ante quienes se empeñan en la violencia. Y sé también que allí estarán los comerciantes, listos, como siempre, para hacer su contribución a la paz, con sus manos abiertas hacia la conciliación y no con los puños levantados hacia la confrontación.

Fenalco, como gremio, y a través de la gestión patriótica de su presidente, el doctor Sabas Pretelt, ha sido particularmente receptiva a esta convocatoria, y hoy quiero hacerle un especial reconocimiento por su aporte al camino de la paz y por su papel de liderazgo positivo dentro de la sociedad civil, en aras de la convivencia y el entendimiento entre todos los colombianos.

La democracia implica necesariamente la construcción de una sociedad sobre el principio de la tolerancia. El disenso, la discusión o la misma

contradicción son elementos propios de una sociedad abierta y pluralista. Pero si hay algo que una democracia no puede permitir, para defender la tolerancia que la sustenta, es la intolerancia misma.

Así como he creído firmemente que tenemos que encontrar el camino de la reconciliación, buscando escenarios que propicien el diálogo y la negociación con los grupos insurgentes, no voy a permitir que su actitud autoritaria e intolerante, como la que implica que antepongan su visión de Estado a la vida misma de hombres, niños y mujeres, termine por subyugarnos.

A los grupos alzados en armas les decimos hoy que la cosa con nosotros es de frente y que, si en realidad quieren la paz, si en realidad no le tienen miedo a la paz, tienen que asumir también responsabilidades de llegar a acuerdos y entregar resultados concretos a un país cansado de tanta violencia, de tanta sangre derramada, de tantos compatriotas privados de la libertad.

Y así como hemos constituido un Frente Común por la Paz, tenemos la responsabilidad de conformar un gran frente de todos los colombianos contra el infame delito del secuestro. No podemos doblegarnos ante el secuestro sino que tenemos que doblegar a los secuestradores. En esta lucha no puede haber aguas tibias. El compromiso de todos debe ser total, con unas medidas que den señales claras de que, como sociedad, no vamos a permitir que los secuestradores, que los violadores de almas, sigan ejecutando estos actos de crueldad.

Hace dos semanas entregamos en funcionamiento la cárcel especial de Valledupar, una cárcel con las más altas medidas y estándares de seguridad. Allí vamos a llevar a los secuestradores, para que el país sepa que están y que estarán por muchísimos años de verdad tras las rejas. También llevaremos a estos criminales a la nueva cárcel de Acacias.

¡No nos vamos a dejar amedrentar! ¡Los colombianos debemos tener la tranquilidad de saber que los secuestradores están en prisión! ¡Y si no nos bastaran estas cárceles, si nos tocara volver a abrir la cárcel de Gorgona, también lo haremos, porque vamos a usar todos los medios que sean necesarios para combatir este delito!

El proyecto que les había anunciado para aumento de penas a los secuestradores ya está presentado y se comienza a discutir este martes en

el Congreso, para que quienes se atrevan a privar de libertad a un colombiano sepan que igualmente se exponen a pasar su vida sin libertad.

Además, hemos entregado más de 20.000 millones de pesos adicionales para fortalecer la actividad de los grupos Gaula, y les daremos todos los recursos que sean necesarios. Que no quepa una sombra de duda: ¡Todos y con todo contra el secuestro! ¡Esa es la consigna de Colombia!

Yo sé, señores comerciantes, que ustedes comparten conmigo la convicción de que las únicas fuerzas legítimas del Estado son las Fuerzas Armadas y de que la mejor forma de proteger y defender nuestra democracia y nuestras instituciones, es fortaleciéndolas a ellas, y no a ningún otro tipo de cuerpo armado, que sólo debilita su actuación.

Un país puede ser generoso con la paz si tiene seguridad y confianza frente a sus Fuerzas Militares.

Hace dos años, la capacidad operativa de nuestras Fuerzas Militares era tan débil que era incapaz de responder ante las amenazas de los grupos armados al margen de la ley.

Parece un chiste, pero apenas contábamos con 53.000 soldados regulares, 4 helicópteros artillados y tan sólo 21.000 soldados profesionales, muchos de ellos dedicados a cuidar infraestructura. ¡Y con un ejército de ese tamaño pretendíamos cubrir un millón ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados de territorio y proteger a 40 millones de habitantes! ¡Una tarea prácticamente imposible!

Hoy tenemos unas Fuerzas Militares totalmente distintas: más profesionales, más eficientes y más preparadas. En estos dos años logramos pasar de 21.000 soldados profesionales a 43.000 y voy a entregar mi mandato con 55.000 soldados preparados y entrenados para el combate –¡150 por ciento más que en 1998!–. Con un incremento similar en los soldados regulares, la meta es alcanzar en el año 2002 un pie de fuerza de por lo menos 140.000 hombres fuertes y bien dotados para proteger a los colombianos.

Pero no sólo duplicaremos el pie de fuerza, sino que se duplicará también el número de helicópteros disponibles y se cuadruplicará el número de helicópteros artillados.

Ahora sí tenemos unas Fuerzas Armadas que tienen verdadera capacidad de despliegue rápido para garantizar el éxito, las mismas que acorralaron a los secuestradores en Cali y que hoy libran una batalla por nosotros en Putumayo. ¡Estas sí son unas Fuerzas Armadas que pueden perseguir y derrotar a los violentos, y también ser garantes de la paz!

Apreciados amigos:

El país, en materia económica, pasó, como dirían los médicos, de la sala de emergencias a la de recuperación, y su condición ahora es estable y mejorando. La recesión ha sido superada y casi todos los sectores de la economía están regresando a sus niveles naturales de actividad. Sin embargo, la generación de empleo y la contratación de nuevos créditos siguen rezagados, y todavía no estamos al otro lado del río. Esto debe recordarnos la urgencia de dar buen y pronto trámite a las reformas que aún nos quedan por implementar.

El corto plazo transcurrirá sin mayores altercados; nuestro reto es cimentar el futuro para el país de nuestros hijos. Como muchos de ustedes, soy padre y esposo, y no descansaré hasta estar seguro de que hice todo lo que pude para que nuestros hijos puedan vivir con la paz y la prosperidad que a nuestra generación le ha sido tan esquiva. Hoy, aquí, nos tenemos que comprometer con el mañana, y para ello tenemos que terminar la labor de ajuste ya iniciada.

La tarea es ardua. El desempleo, tema de mi más profunda preocupación, no ha cedido, a pesar de los esfuerzos realizados hasta ahora. Pero hay que llamar la atención y destacar que entre septiembre de 1999 y septiembre de 2000 hemos creado 250.000 empleos, que corresponden a un incremento del 4,5 por ciento con respecto al año pasado. ¡Y escuchen esto!: Los empleos generados en los últimos 12 meses superan a los creados en todo el cuatrienio comprendido entre septiembre de 1994 y el mismo mes de 1998, que fueron 246.000.

Sin embargo, estos empleos ya no son suficientes. Más y más colombianos, jóvenes y mujeres, entran cada día al mercado de trabajo. Cada día es más difícil reducir el desempleo y por eso necesitamos con tanta urgencia la paz. No cabe duda alguna de que la violencia es, hoy por hoy, el mayor generador de desempleo en el país.

Apreciados amigos:

Nuestra concepción de un gobierno va más allá de las encuestas de opinión. Queremos dejarles a ustedes y al próximo gobernante, sea quien sea, un país viable, a través del fortalecimiento de las instituciones y de la recuperación del espacio económico para la sociedad civil.

Para consolidar la labor del Gobierno en materia económica, no basta con la seriedad y coherencia de la política económica. Para progresar hay que invertir, y el Estado ha demostrado no tener la infraestructura de poderes y controles que le permita hacer óptimamente esta labor.

Son ustedes, señores comerciantes, los que han generado los empleos, los que nos proveen los alimentos, el vestido y las fuentes de entretenimiento. Con denuedo trabajamos en hacer las reglas claras. Estamos comprometidos en disminuir el gasto excesivo de la burocracia, cuya participación en el PIB creció un monstruoso 44 por ciento desde 1994 hasta 1999 y cuya enorme necesidad por recursos, en momentos de debilidad política, lo obligó a endeudarse. Esto mantuvo la tasa real de interés activa en niveles promedio superiores al 16 por ciento, lo que hizo del pago de intereses una penosa carga para todo el sector productivo. La industria manufacturera, que este año, mes a mes, nos sorprende con sus admirables tasas de crecimiento, en realidad, a pesar de su 11,3 por ciento de crecimiento en lo corrido del año hasta septiembre, apenas supera en 0,45 por ciento sus niveles de producción en los tres primeros trimestres de 1994.

El comercio presenta resultados similares. Señores comerciantes: su perseverancia se ha traducido en el último trimestre en un crecimiento del 7,9 por ciento anual, mientras que en lo corrido del año ha crecido cerca al 5,5 por ciento. Sin embargo, como la manufactura, la realidad es dura: el nivel de producción de los tres primeros trimestres es tan sólo superior en 0,15 por ciento al de 1994, e inferior al de todos los años siguientes, exceptuando 1999.

Ahora bien: sus logros siguen concretándose. Según el informe del DANE que se conoció ayer sobre el comportamiento del comercio al por menor, las ventas reales en septiembre, sin incluir combustible, se

incrementaron en un 5 por ciento en relación con el mismo periodo del año pasado. En particular, las ventas de electrodomésticos y muebles para el hogar aumentaron en un 12,9 por ciento, lo que tiene un especial significado, pues la compra de bienes durables por las familias colombianas es la mejor prueba de que están viendo con mayor confianza el futuro. Además, el grupo de alimentos y bebidas no alcohólicas fue el de mayor contribución positiva en las ventas del mes de septiembre, lo que confirma cómo la caída en el consumo privado, que tanto nos preocupó el año pasado, ya se está superando.

Sin duda, el ya estar creciendo de nuevo, aunque apenas estemos recuperando los niveles de producción a los niveles de 1994, es un logro importante. Estamos en los niveles que manteníamos cuando casi todos fuimos optimistas. A pesar de las dificultades, el sector privado se ha levantado de la postración de los últimos años, inclusive después de haber sufrido onerosas pérdidas.

Pero el Gobierno también ha hecho su parte. Los dos últimos trimestres muestran ya la contracción del sector gobierno y es su reducción lo que explica que las tasas de crecimiento del producto nacional no sean aún más positivas. El Estado, a través de un austero manejo de caja, ya ha disminuido su tamaño como sector del PIB en cerca del 1 por ciento durante este año.

Además, en el proyecto de acto legislativo de reforma a las transferencias territoriales estamos incluyendo una norma que limita los gastos de funcionamiento del Gobierno Nacional, atándolo al promedio de los ingresos corrientes de la nación. Adicionalmente, como ustedes saben, estamos empeñados en un proceso de reforma a la estructura del Estado, que define competencias claras, traslada responsabilidades de ejecución a las entidades territoriales y profundiza el esfuerzo de racionalización del gasto público.

El ajuste fiscal con el que estamos comprometidos, apreciados amigos, es ambicioso y ciertamente no es popular, pero es indispensable, porque sin ajuste fiscal, sin las diversas reformas que hemos planteado, el déficit del Gobierno Central se haría insostenible.

Les aseguro que a ningún gobernante puede gustarle tomar una medida tan impopular como subir los impuestos o ampliar la base tributaria:

eso no consigue amigos ni genera aplausos. Pero nuestro deber es ser responsables con el futuro, y en ese sentido estamos obrando.

Apreciados amigos comerciantes:

Todo lo que hemos logrado hasta ahora en materia de reactivación económica y control del crecimiento del Estado lo hemos hecho sin perturbar la tasa de interés real o la inflación, las que terminarán el año en un solo dígito. Cerraremos también 2000 con un excelente balance en las cuentas externas. Las exportaciones han tenido un magnífico desempeño, y contamos a septiembre de este año con un superávit en la balanza comercial superior a los 1.713 millones de dólares.

Por otra parte, son muchos los buenos empresarios que, después de estar casi al punto de la quiebra, hoy por hoy ven cómo nuestra ley de reactivación económica les ha devuelto la vida a sus negocios. Ya son 19 los acuerdos de reestructuración y 240 están por venir. Son ideas nuevas que nos han dado ingeniosas soluciones, y ustedes, según sean sus experiencias, nos tienen que ayudar a perfeccionarlas para el futuro.

Renglón aparte merecen los logros alcanzados en la lucha frontal que hemos venido adelantando contra el contrabando, a favor del comercio formal. No más en los primeros nueve meses de este año se incautaron más de 100 mil millones de pesos en mercancías de contrabando, incluyendo automóviles, textiles, aparatos eléctricos, productos químicos, licores y juguetes. Son productos que ya no se venderán ilegalmente, sino que serán reemplazados por otros que venderán ustedes, señores comerciantes, ajustándose a la legalidad y la transparencia, con factura, reportando ingresos al productor nacional o al importador legal, así como al fisco nacional.

Estamos ganando, entre todos, y con la mayor conciencia de los colombianos, la lucha contra el contrabando. De 11.000 millones de cigarrillos de contrabando que llegaban al país, hoy solo están entrando unos 3.500 millones, en tanto las importaciones legales se han quintuplicado. Hace dos años, de cada 100 electrodomésticos, 46 se compraban de contrabando; ahora esta cifra bajó a 26, y seguirá bajando, porque nuestro compromiso es firme y duradero. De ahí que

una reciente encuesta haya revelado que, en tanto hace dos años el 36 por ciento de los comerciantes veía al contrabando como la principal amenaza contra su empresa, hoy este porcentaje ha bajado a un mínimo de 2,8 por ciento.

Enfrentar el contrabando, como lo estamos haciendo, con la ayuda de ustedes, es apoyar el comercio legal, generar empleo y proteger recursos que son para todos los colombianos.

Como ven, señores comerciantes, estamos cumpliendo con nuestro compromiso serio y firme con la economía y con el país. Con la tranquilidad del que ha hecho su mejor esfuerzo, podemos hoy mostrar resultados e invitarlos a que continúen respaldando las difíciles campañas que aún nos quedan por librar para devolverle la viabilidad al Estado colombiano, a sus finanzas públicas y a su gente.

"La fuerza de un país unido", como reza el lema de este nuevo Congreso de Fenalco, es la única que puede sacar adelante la paz y la economía de Colombia. Ustedes son testigos de que estamos haciendo lo posible y lo imposible por lograrlo. Nosotros damos fe de que tenemos en la fuerza comercial del país un aliado estratégico sin igual, que le apuesta a la convivencia, a la vigencia de las instituciones y a la reactivación económica.

"Una mano más una mano", decía el poeta Gonzalo Arango, "no son dos manos: son manos unidas".

Con ese mismo espíritu unamos nuestras manos y construyamos juntos, con positivismo y trabajo, la Colombia próspera y pacífica que merecen nuestros hijos.

EL EJÉRCITO NACIONAL LIDERA GRAN OFENSIVA PARA RECUPERAR A COLOMBIA DE QUIENES QUIEREN DESTRUIRLA

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la ceremonia de ascenso de Oficiales Generales del Ejército Nacional.*

Bogotá, D. C., 7 de diciembre de 2000.

Hoy he venido a hablar con orgullo ante mi ejército y ante el ejército de todos nosotros, el único ejército legítimo y el único ejército defensor de toda la población colombiana.

Hoy hablo ante un ejército que se ha fortalecido y se ha legitimado como nunca antes en su historia.

Hoy hablo ante un ejército comprometido con su patria y con la defensa de su Constitución; garante de los derechos humanos y, ante todo, el mayor protector de todos los colombianos que tan sólo pedimos una oportunidad para vivir la vida.

Hoy hablo ante un ejército que, cumpliendo las instrucciones de su Comandante en Jefe, ha pasado a liderar una gran ofensiva para recuperar a Colombia de quienes sólo quieren destruirla.

Este es el Ejército victorioso que a comienzos del año impidió la toma de la vía al Llano en los municipios de Guayabetal, Quetame y Une. Es el Ejército que combatió con éxito en Güicán y en Génova; en el Urabá antioqueño, en Puerto Lleras, en Valparaíso y en tantos otros rincones de la geografía nacional.

Este es el Ejército que rescató de manos de la guerrilla el infame corredor del secuestro en la zona del Sumapaz; el Ejército que liberó a 424 secuestrados en los primeros once meses del año -¡un colombiano en libertad cada 18 horas!-; el mismo Ejército que presionó y venció a los secuestradores del Eln en los Farallones de Cali, obligándolos a devolver a sus víctimas.

Este es el Ejército que está garantizando la movilidad en el Putumayo, en medio de la lucha absurda de los violentos; es el Ejército que la semana pasada impidió el avance guerrillero en Santander; el que día tras día, sin descanso, lucha por el bienestar y la tranquilidad de sus compatriotas.

Pero también es un Ejército de héroes, que han entregado su vida por nosotros, por defender los valores sagrados de la democracia. También son los 50 mártires de Dabeiba y de tantos otros lugares de nuestra tierra, que cayeron en cumplimiento de su deber, y que son los valientes que nos han dejado un legado de honor que agradecemos con devoción y con fervor de patria.

Este ejército de héroes también es un ejército que siente dolor de patria al ver la crueldad y la insensatez del enemigo, pero sobre todo, al ver la irracionalidad y la demencia de sus métodos de lucha.

¿Será que los violentos que reclutan niños, que asesinan niños, que secuestran niños, se sentirán orgullosos de cometer ese infanticidio contra su propio pueblo?

¿Será que lloran también por los pequeños a quienes cortan las piernas y la vida con sus minas?

¿Será que sufren por ellos, con la misma nobleza y humildad de nuestros soldados, a quienes se les rompe el alma al ver niños y niñas reclutados a la fuerza o mediante engaños por los grupos ilegales?

Nosotros sí nos acordamos de los derechos de ellos, cuando quienes se proclaman sus defensores aquí y en el mundo ya los han abandonado.

Porque nuestros soldados y nuestros oficiales son, ante todo, nuestros colombianos; nunca les ha faltado humanidad y grandeza.

No se imaginan con cuánta emoción y con cuánto orgullo como Presidente, como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la nación –y como colombiano– digo estas palabras que resumen la esencia del Ejército Nacional: un ejército firme, fuerte, ¡a la ofensiva por Colombia!

El Ejército de Colombia –que con tanta entereza y tanto compromiso ha venido comandando ese gran soldado y ese gran ser humano que es el general Jorge Enrique Mora Rangel– es hoy un Ejército distinto, más legítimo, más profesional y más moderno, que cuenta con el irrestricto apoyo del Gobierno Nacional y de la totalidad del pueblo colombiano.

Afortunado el general Mora, y afortunados todos los colombianos, de tener también un comandante de las Fuerzas Militares como el General Fernando Tapias. Su sabiduría, su juicio y su capacidad de anteponer la patria a cualquier otro interés han sido vitales en los momentos más difíciles, pero también ha sido el General Tapias un líder, ejemplo medular de este nuevo Ejército que tenemos: vertical y sincero, carismático e incorruptible. General Tapias: usted ha sido un amigo leal, no sólo del Presidente de todos los colombianos, sino amigo leal de todos los colombianos.

Ahora nuestro Ejército cuenta con una Brigada contra el narcotráfico, con una Fuerza de Despliegue Rápido que ha cobrado grandes dividendos en la lucha contra los violentos, con una Aviación reorganizada y dotada con más y mejores helicópteros, y con una Inteligencia reestructurada y cada vez más eficiente en sus resultados.

Desde 1998, en un incremento sin precedentes, nuestro Ejército ha enriquecido sus filas con 22.000 soldados profesionales y 10.000 soldados regulares más, y seguiremos aumentando su pie de fuerza con hombres preparados, experimentados y con vocación de permanencia en la Fuerza. El objetivo es que antes de tres años hayamos duplicado el total de soldados profesionales y regulares de las Fuerzas Militares, que en 1998 eran 74.000, hasta un número cercano a los 140.000.

Además, con los recientes decretos expedidos por el Gobierno para la reestructuración, modernización y profesionalización de las Fuerzas

Armadas, hemos creado el marco legal para que la institución castrense se desarrolle y crezca dentro de la democracia y el respeto por los derechos humanos.

Hemos regulado el régimen especial de la carrera profesional de los oficiales y suboficiales de las Fuerzas Militares; el régimen disciplinario y de evaluación de los mismos, y el sistema de salud.

Adicionalmente, con el estatuto del soldado profesional y la regulación salarial, de prestaciones sociales y seguridad social de los soldados profesionales, hemos cumplido con el compromiso largamente aplazado por el Estado de dotar a sus mejores hombres de una situación digna en los campos laboral y social, con normas claras sobre sus ascensos y promociones, las prestaciones sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que pueden acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación con el Estado

Nuestros soldados, además de la asignación mensual, recibirán, en adelante, primas de servicios, de navidad, de vacaciones y de antigüedad, junto con el subsidio familiar. Por otro lado -y esto es muy importante-, contarán con un esquema de seguridad social que les garantice una jubilación digna, rodeados de su familia y con tranquilidad económica.

Más temprano que tarde, Ministro Ramírez, General Tapias, General Mora, el país y la historia reconocerán la dedicación y el esfuerzo que han hecho para lograr la más grande transformación de nuestras Fuerzas Militares en toda su historia, lo cual nos llevará, un día no muy lejano, a conseguir finalmente la paz.

Apreciados amigos:

El Gobierno Nacional ha tomado la decisión de prorrogar la zona de distensión hasta el 31 de enero próximo, atendiendo las recomendaciones de la comunidad internacional, las fuerzas políticas, las organizaciones sociales, la Iglesia, las otras ramas del poder público. Hemos creído conveniente darle una nueva oportunidad a la salida política del conflicto armado, convencidos como estamos de que así nos evitaríamos mucha sangre, mucho dolor y sufrimiento, y porque las verdade-

ras transformaciones que en la historia de la humanidad han perdurado, son las que se logran por la convicción y no por la coacción.

Hoy reafirmo ante ustedes que, mientras yo sea Presidente de la República, no voy a permitir que una zona cuyo objeto es exclusivamente la de facilitar el diálogo y la negociación, se convierta en una zona de corrupción. No me va a temblar el pulso para tomar las decisiones que sean necesarias para que en Colombia imperen el orden, la justicia y la institucionalidad.

Amigos del Ejército de Colombia:

Nuestro país quiere y merece un Ejército triunfante, fuerte y moderno, y ese es el Ejército que estamos viendo actuar en los diversos frentes que presentan los intolerantes y los delincuentes.

En los primeros once meses del año, el Ejército ha puesto fuera de acción, ya sea porque los abatió en combate, porque los capturó o porque desertaron, a 4.600 subversivos, miembros de las autodefensas, narcotraficantes o delincuentes comunes. Esta es una cifra verdaderamente impactante, que da una idea del continuo y efectivo accionar de nuestros soldados.

Y así como se avanza contra la delincuencia, también se mejora la protección de nuestros hombres. De ahí que las bajas oficiales, para satisfacción de todos los colombianos, hayan disminuido drásticamente.

Las estadísticas de la muerte son tristes y dolorosas pero dicientes: Mientras en 1998, por cada guerrillero o miembro de las autodefensas caído en combate perdíamos igualmente a un soldado de nuestro Ejército, hoy, en el año 2000, por cada soldado que fallece son cinco los miembros de grupos ilegales que son abatidos. ¡En dos años la proporción cambió del 1 por 1 al 1 por 5 a favor de las fuerzas del Estado colombiano!

Hoy lo digo con satisfacción ante mi Ejército, el Ejército de Colombia: el Gobierno Nacional está comprometido con el éxito de su misión constitucional y está haciendo todo lo que está a su alcance para fortalecer,

modernizar y profesionalizar a los cuerpos armados de la legitimidad nacional.

Queridos miembros del Ejército Nacional:

Hoy me honro en estar con ustedes en este momento solemne de la vida militar.

A los Brigadieres Generales Rafael Horacio Ruiz Navarro, Gabriel Eduardo Contreras Ochoa y Eduardo Santos Quiñónez, que hoy ascienden al grado de Mayores Generales, así como a los Coroneles Ismael Silva, Antonio José Ladrón de Guevara, Hernando Alonso Ortiz, Gilberto Rocha, Pablo Alberto Rodríguez, Carlos Lémuz y Alonso Eduardo Franco, que hoy ascienden al grado de Brigadieres Generales, quiero extenderles mi sincera felicitación por este nuevo sol que a partir de hoy alumbrará sobre sus hombros. Ojalá que se convierta en luz de democracia, de patriotismo y de integridad, como un faro que oriente a las nuevas generaciones de oficiales. Yo estoy seguro de que así será y les auguro los mayores éxitos en esta nueva etapa culminante de su carrera profesional.

Igualmente, quiero congratular a los Mayores Generales Néstor Ramírez Mejía y Henry Medina Uribe, quienes hoy reciben la medalla que atestigua sus 35 años de servicio a la Patria desde el Ejército de Colombia. Es casi media vida dedicada a servir a los suyos con valor y devoción, y la patria hoy se los agradece.

A los nuevos subtenientes, miembros del Curso Militar Teniente Coronel Jorge Eduardo Sánchez Rodríguez, los felicito y les doy la bienvenida más cálida y afectuosa al privilegiado grado de oficiales de Colombia. Esta es una dignidad que implica obligaciones y, sobre todo, exige mucho temple y mucha vocación de servicio. ¡Dios los ampare y los guíe en el desarrollo de su vocación por Colombia!

Muy especial mención quiero hacer del subteniente Jhon Perdomo Soto, quien ocupó el primer puesto de su promoción y se hizo acreedor de la medalla Francisco José de Caldas. A él y a sus compañeros les espera un inmenso desafío: construir con valor e inteligencia la paz de Colombia.

Ustedes, nuevos subtenientes de la Patria, pertenecen a un curso que hace honor a la memoria del Teniente Coronel Jorge Eduardo Sánchez

Rodríguez, un hombre valiente de Boyacá, la tierra de la libertad, que amó siempre a Colombia y que dio su vida por ella, a los 42 años de edad, siendo comandante del Batallón de Artillería No. 8 San Mateo, con el mismo heroísmo de Ricaurte, precisamente el mártir de San Mateo.

Hoy le hemos rendido un homenaje póstumo al Teniente Coronel Sánchez, al conferirle la Orden de Boyacá, que ha recibido con orgullo, pero también con tristeza, su señora esposa, doña Silvia Esther Duque. A ella y a sus hijos, Silvia Catalina y Camilo Andrés, los acompañamos en su pena por la ausencia del esposo y padre, del hombre de su vida, pero también los felicitamos por llevar en el corazón y en la sangre la memoria amorosa de un valiente.

Ahí tienen, señores subtenientes, el ejemplo de coraje y de altura humana que siempre los acompañará.

Ustedes, oficiales, deben portar el uniforme de Colombia con dignidad y con orgullo. Ustedes deben ser un ejemplo para sus soldados y para todos los colombianos. Quiero verlos entregándose a sus tropas, como ustedes se deben a sus soldados. Quiero verlos como líderes en el teatro de operaciones, pero también líderes en los pueblos, en las veredas, frente a los niños y niñas de esta patria, que buscan afanosamente una mano amiga que les dé confianza y seguridad, una mano que les diga que en medio de la adversidad, éste es un país que no se rinde frente a los violentos; que no se rinde frente a los enemigos de la paz; que no se rinde frente a quienes quieren imponernos su ideología o su mercancía. Que los soldados de Colombia están aquí para quedarse y para asegurarse de que por las anchas avenidas de la paz transitemos todos juntos buscando un país mejor, más próspero, más justo y más humano.

Ustedes son la nueva fuerza moral de Colombia. Hacer parte del Ejército de Colombia es un reto inmenso, pero también implica la satisfacción de luchar por un ideal de libertad. Porque, señoras y señores, nuestro ejército no le tiene miedo a la paz, tampoco nunca le ha tenido miedo al sacrificio. Hoy Colombia abraza y rodea a su Ejército, y yo, en su nombre, dejo en este campo de paradas el testimonio emocionado de su gratitud.

EL FORTALECIMIENTO DE LA ARMADA NACIONAL QUE VENIMOS IMPULSANDO NO SE DETENDRÁ

Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante la ceremonia de graduación de Oficiales Navales y de Infantería de Marina.

Cartagena de Indias, Bolívar; 7 de diciembre de 2000.

Cuenta un historiador naval que alrededor de 1830, y a pesar de la gloriosa victoria del Almirante José Prudencio Padilla en Maracaibo, la recién creada marina colombiana se convirtió en cuestión de pocos años en un cementerio de esqueléticos buques, dotados de cañones oxidados y quillas podridas.

En esos tiempos, según nos lo relata Eduardo Lemaitre, sufrió Cartagena las humillaciones de las poderosas flotas francesas e inglesas que la sitiaron e impusieron su ley y su orden en el puerto como consecuencia de los supuestos agravios contra el cónsul Barrot en 1823 y contra Joseph Russell en 1837. Estos incidentes, que no pasaron a la historia como grandes momentos para ninguna de esas dos naciones, hubiesen sido menos frustrantes para los cartageneros si, en vez de los restos moribundos de los buques que alguna vez vivieron la gloria de la victoria, hubiesen contado con una fuerza naval que, al menos, no permitiera que la soberanía territorial se viera amenazada.

Aquella Nación recién liberada del yugo español se encontró con que la libertad tan luchada por hombres como Padilla y los miembros de su Marina Patriota, seguía siendo marítimamente vulnerable a los caprichos de las grandes potencias internacionales.

Luego de estos incidentes, los colombianos, entregados en cuerpo y alma a consolidar una nación, venciendo toda clase de tropiezos políti-

cos como las guerras civiles, infortunadamente decidimos vivir de espaldas al mar. En este lapso, muchos gobernantes trataron de consolidar una fuerza naval para Colombia, pero fue el conflicto con el Perú el campanazo que en 1933 le recordó al país, como en su momento los ataques ingleses y franceses, la necesidad de velar por la integridad del territorio nacional, protegiendo sus fronteras fluviales y marítimas.

Dos años después, en 1935, los primeros cadetes subieron a bordo del Buque Escuela Cúcuta a formarse como es debido, y así asumir el reto de proteger los mares y ríos de Colombia. Fue este primer curso de 41 cadetes el que dio inicio a esta honorable institución que hoy les otorga orgullosamente sus espadas.

Apreciados amigos de la Armada Nacional:

No imaginaron el Almirante Padilla, los Generales Santander y Reyes, el capitán Binney, o el Presidente López Pumarejo, entre otros ilustres compatriotas que vieron el enorme potencial de esas dos costas bañadas por inmensos océanos, que los mares y ríos de Colombia llegarían al tercer milenio en tan buenas manos.

Aquellos que tienen la satisfacción de pertenecer a esta institución son los directos responsables de que la Armada Nacional de Colombia haga parte esencial del proceso de fortalecimiento de la Fuerza Pública con el cual estoy comprometido y que hoy arroja resultados operativos impresionantes.

Con gran orgullo y satisfacción puedo afirmar que la Armada tiene el control de 8.000 kilómetros de vías fluviales gracias a la exitosa operación de la Brigada Fluvial de Infantería de Marina, que contribuye con la seguridad de estas zonas y combate eficientemente el flagelo del narcotráfico.

Esta lucha frontal por parte de la Armada contra los enemigos de Colombia se ha materializado también en la captura de más de 50 toneladas de cocaína en el mar, la destrucción de 621 toneladas de hoja de coca en las selvas colombianas, así como la eliminación de 25.800 galones de coca líquida y 117 laboratorios de procesamiento.

Pero el balance es aún mejor si a lo anterior le sumamos el impulso que se le viene dando al cuerpo de Guardacostas, el cual cuenta con el equi-

po y personal necesarios y debidamente capacitados para mantener la seguridad en los puertos y ejercer la soberanía en nuestros mares. Así mismo, este cuerpo especializado viene prestando un invaluable servicio a la comunidad a través de la utilización de radares en las dos costas, de gran utilidad en la búsqueda y rescate de embarcaciones y en la prevención de desastres naturales.

También quiero resaltar la acción conjunta que viene desempeñando la Armada junto con la DIAN, el DAS, la Policía y la Fiscalía en la lucha contra el contrabando. Ya nos acostumbramos a recibir periódicamente la noticia de nuevos cargamentos interceptados por la Armada, gracias a lo cual se está reactivando el comercio legal en el país y estamos generando más y mejores empleos para los colombianos.

Como ven, los frentes de acción de la Armada Nacional hoy en día son muchos. El trabajo que tienen por delante es inmenso y desde aquí los invito a que lo sigan realizando con excelencia y de manera incansable en contra de todos los elementos que nos impiden vivir en paz. Esa es una tarea difícil pero noble y espero sinceramente que en el futuro los aprecien y los valoren, como lo hacemos hoy sus compatriotas. Espero que ustedes nunca pierdan la esperanza en el logro de ese anhelo nacional que es la paz y que trabajen por ella, siempre basados en los valores que la Armada les inculca día a día.

Apreciados amigos:

Hoy, en este rincón privilegiado de Colombia y del Caribe, no puedo dejar de pensar ni de recordar, con indignación y dolor de patria, las masacres ocurridas en la región costeña, como la que hace unos días, en Ciénaga, Magdalena, cobró la vida de decenas de colombianos humildes.

Ustedes, miembros de las Fuerzas de la legitimidad, y todos nosotros, tenemos la inmensa tarea de impedir que hechos de crueldad como estos vuelvan a presentarse en nuestro territorio. ¡No es posible que la vida humana valga tan poco para algunos! ¡No es posible que piensen que matando a la gente se puede hacer algo por el país! ¡Los autores de masacres, vengan de donde vengan, van a pagar más temprano que tarde su crueldad y su barbarie!

¡Tenemos que recuperar nuestra capacidad de indignación! ¡Todos los colombianos tenemos que despertar del letargo para que los violentos sepan que nos avergüenzan, que no representan a nadie y que el país entero desprecia sus actos!

El Estado colombiano, sus Fuerzas Militares y de Policía, estamos haciendo todo lo posible –y tenemos que hacer hasta lo imposible- para devolver la concordia y la humanidad a nuestro desangrado país, y para que sean castigados los autores de estos actos de barbarie.

Mientras yo sea Presidente de la República, no voy a dejar que los violentos se apoderen de este país por el que luchamos y nuestros héroes han ofrendado sus vidas.

El Gobierno ha venido, de tiempo atrás, haciendo una evaluación de algunas medidas que permitan dotar de instrumentos más eficaces a las autoridades en su lucha contra las organizaciones criminales y en particular contra delitos como el secuestro y el terrorismo.

Hemos encontrado que se hace necesario desarrollar legalmente algunas atribuciones existentes en la Constitución pero que no han recibido el desarrollo legal requerido. Por ello, vamos a proponerle al Congreso que permita que el término de 36 horas señalado en la Carta para el Habeas Corpus se pueda cumplir sin perder la eficacia de las operaciones policiales o militares, y que igual cosa ocurra cuando la captura se haga en flagrancia.

Sin duda, resultará necesario adoptar medidas especiales para combatir los delitos de secuestro y terrorismo, para adecuar la normatividad a las particularidades propias de esos delitos, de las organizaciones criminales que los cometen, de los lugares donde ocurren. No pueden ser iguales las normas de investigación y actuación de la fuerza pública para enfrentar a un criminal que falsifica un documento en Bogotá que las que se usan para enfrentar a quienes con gran capacidad desafían el poder del Estado en zonas alejadas.

Igualmente, creemos que en la lucha contra estos delitos se requiere una acción conjunta de todas las agencias del Estado. Por ello, vamos a

pedirle a la Fiscalía General de la Nación que provea la información que recaude en las investigaciones y que pueda resultar útil para el Gobierno en su lucha contra el crimen. Con el fin de evitar tropiezos en la actuación de la fuerza pública, la cual se ve obstaculizada por denuncias temerarias que la Procuraduría debe investigar, propondremos un procedimiento especial dentro del Ministerio Público para adelantar los procesos disciplinarios que se sigan contra los miembros de la fuerza pública por hechos ocurridos en desarrollo de operaciones militares o policiales desarrolladas contra las organizaciones criminales dedicadas al terrorismo y el secuestro.

Le pediremos al Congreso que autorice la creación de zonas especiales de orden público cuando las circunstancias lo exijan para garantizar la eficaz actuación de los órganos del Estado. En dichas áreas toda la fuerza pública y los organismos de inteligencia del Estado actuarían bajo un solo comandante, quien a la vez, por delegación del Presidente de la República, podría expedir órdenes que se aplicarían de preferencia y de manera inmediata sobre las de los gobernadores o alcaldes de la zona.

Así mismo, creemos que es necesario adoptar normas procesales especiales para las personas que se encuentran procesadas o condenadas por los delitos de terrorismo y secuestro, con el fin de evitar que puedan obtener beneficios que les permitan evadir la acción de la justicia.

Promoveré una Reforma Constitucional para imponer la cadena perpetua para los delitos de lesa humanidad y para dotar a las fuerzas militares de los instrumentos operativos suficientes que requieran para luchar eficazmente contra el terrorismo y el secuestro, para que en circunstancias excepcionales y con el debido control judicial, realicen detenciones, allanamientos o interceptaciones telefónicas.

Igualmente, el Gobierno Nacional enviará mensaje de urgencia al Congreso para que se defina el proyecto de ley mediante la cual se agravan las penas para la extorsión, el enriquecimiento ilícito, lavado de activos, testaferrato y concierto para delinquir, concomitantes o conexos con el secuestro y la extorsión, y se reduzcan a la mitad los términos judiciales para estos delitos.

¡Que quede claro! No daremos tregua a los delincuentes ni dejaremos desamparada a la ciudadanía víctima de los secuestradores y terroristas.

Señores nuevos Tenientes de Corbeta:

Actualmente, nuestra Armada Nacional centra todos sus esfuerzos en resultados operacionales, contribuyendo en la lucha contra los violentos, facilitando el proceso de paz y buscando el desarrollo del poder marítimo en cumplimiento de su misión institucional.

Ustedes, jóvenes marinos que hoy se gradúan como tenientes de corbeta, y a quienes felicito muy calurosamente, tienen de ahora en adelante la responsabilidad de seguir engrandeciendo esa noble misión que asumieron en el momento mismo en el que decidieron ser oficiales de la Armada Nacional de Colombia: servir al país con honor, lealtad, perseverancia, justicia y, sobre todo, con amor a la patria.

Ustedes son la materialización de los sueños de esos colombianos que siempre creyeron en la necesidad de tener al mar y los ríos de nuestro lado, y no entregárselo a quienes ponen en riesgo la integridad y soberanía de nuestro territorio.

Debo felicitar al teniente Juan Carlos Pabón León, quien hoy se gradúa como el primero de la promoción. Admiro su dedicación y su capacidad de entrega, que lo llevó a ser el mejor de su curso, aun fuera de su natal Ecuador. Espero que la condecoración "Francisco José de Caldas" que hoy le otorga el Gobierno colombiano, le sirva como estímulo para continuar persiguiendo la excelencia. También quiero expresar mi sincera felicitación al teniente Félix Enrique Bello, de Venezuela, quien siempre llevará consigo lo mejor de nuestro país y de su gente. Espero que esa amistad, que se comenzó a gestar desde el 10 de enero de 1997 con sus compañeros colombianos, perdure en el tiempo a pesar de las distancias.

Con gran alegría felicito también a las nuevas tenientes Paola Álvarez, Grace Patricia Durán, Sandra Patricia Moreno, María Carolina Lizarralde y Marcela Ramírez, quienes son las primeras mujeres que se gradúan como oficiales de la Armada después de haber hecho el curso de cadetes. Ustedes están marcando un hito en la historia de la Armada y de las Fuerzas Militares en el país. Admiro su coraje, pues tuvieron que moverse durante tres años en un ambiente pensado y desarrollado para hombres. Ustedes, cinco valientes mujeres, superaron todos los obstáculos.

los que se les presentaron a lo largo de estos años y hoy pueden sentirse orgullosos de pasar a la historia como las primeras mujeres de mar colombianas.

Señor Almirante Sergio García Torres:

Hoy decimos adiós a un gran amigo y a un gran señor, el Almirante Sergio García, quien zarpa a una nueva singladura: la de consentir por fin a Rosario y a "Charito", a "Pily", a "Seyo" y a "Male". Bueno, en realidad creo que son Rosario Cristina y Mariana quienes más peticiones dirigieron al Niño Dios para que llegara este día navideño y quienes más le sacarán provecho a su abuelo, junto con Catalina, que reforzará la escuadra de nietas en enero.

Vaya tarea la que le viene al Almirante García. Yo sé que él aprendió muy bien a fondear un buque, pero ahora le tocará fondear los helados y los dulces, las melcochas y las colombinas de hijos y nietas. Yo sé que el Almirante García aprendió a acoderarse nave contra nave, pero ahora tendrá que pasar de acoderarse a "pechicharse" con todas esas mujercitas que lo rodean. Yo sé que Sergio entiende perfectamente que barlovento es por donde entra el viento y sotavento por donde sale, pero ahora tendrá que aprender que los paseos de hijos y nietos a Barlovento y Sotavento entran por la billetera y salen de la billetera en menos de lo que corre el viento.

Me estoy imaginando en estos momentos a Sergio, y no sé si ustedes también, General Tapias, General Mora, General Velasco, en mejor vida que en la que estaremos por un tiempo nosotros. No lo veo en Chiquinquirá -de verdad no lo veo ahí en su terruño-, sino en alguna playa paradisíaca, fumando un puro, riendo a carcajadas, y entre bocanada y bocanada, pensando para sus adentros: la lujuria, amigos, la lujuria.

Me da envidia, pero estoy seguro de que nos volveremos a reunir con Charito y con Nohra, para reírnos un poco de la vida, como cuando Charito era reina de Sucre y Sergio su edecán en "plan de levante", y también para recordar a los ausentes, a todos los héroes de la Armada que han entregado sus vidas por ver una patria mejor, donde todos

podamos reírnos del pasado pero también del futuro, porque estoy convencido de que su sangre no ha sido derramada en vano, y más temprano que tarde los colombianos viviremos en paz y en alegría, y honraremos a nuestros caídos por habernos entregado con sus vidas una patria más justa y más humana.

Vamos a extrañar a Sergio, como también lo extrañará la Armada. Aún recuerdo hace un año cuando, aquí mismo, expresé mi sentimiento de admiración por usted, por la determinación que lo llevó a cambiar el impecable uniforme blanco por el traje camuflado que llevan los soldados que están en el frente de batalla. Este gesto, Almirante, me demostró su compromiso con la integración de la Armada Nacional con las demás Fuerzas Militares y con la Policía Nacional. Bajo su liderazgo, la Armada Nacional se consolidó como una verdadera fuerza de combate, dispuesta a afrontar los grandes retos de un país que tiene hoy que asumir un destino lleno de penalidades.

En nombre de todos los colombianos y en el mío propio quiero agradecerle estos treinta y cinco años que le ha dedicado al país a través de su servicio en la Armada. La medalla que hoy se le otorga por todos estos años de cumplimiento de su deber es una muestra del agradecimiento del pueblo colombiano a una vida de servicio que, como el mar, ha sido larga, ancha y profunda.

Al contralmirante Humberto Cubillos también quiero expresarle, en nombre de todos los colombianos, mis más sinceras felicitaciones por los treinta años de un servicio incondicional a la patria que hoy se le reconocen, porque han sido ejemplares, han sido dignos y han sido impolutos.

A los contraalmirantes William Porras y Mauricio Soto, quienes hoy ascienden a vicealmirantes, les auguro un futuro lleno de éxitos y de resultados que engrandecerán el nombre de la Armada y de Colombia. Ustedes seguirán el ejemplo impecable de hombres de honor y de servicio, como los que han marcado hasta ahora el destino de esta institución tan querida por los colombianos.

Señor Vicealmirante Mauricio Soto Gómez:

Hoy usted asume la dirección de los destinos de la Armada Nacional de Colombia, en un momento en el que se conjugan el fortalecimiento y

la modernización de las Fuerzas Militares con difíciles retos en el orden público y la lucha contra la delincuencia. Le corresponde, sin duda, seguir liderando este proceso de fortalecimiento de la Armada; le corresponde guiar con precisión los destinos de esta institución que contribuye cada día más con la búsqueda de la paz en Colombia, que entrena a sus miembros dentro de los más nobles principios de respeto por los derechos humanos y que lucha infatigablemente por preservar el orden y la soberanía nacional.

Colombia ha confiado en usted y colocado sobre sus hombros el inmenso privilegio y también el enorme deber de comandar la fuerza marítima y fluvial del país. Yo estoy seguro, porque lo conozco y porque sé de sus innegables cualidades humanas y profesionales, que llevará, como siempre, el barco a buen puerto, siguiendo los pasos ciertos de su ilustre antecesor.

¡Buen viento y buena mar, almirante Soto, en esta patriótica tarea que hoy asume ante sus marinos y ante todo el país!

Miembros, familiares y amigos de la Armada Nacional de Colombia:

El fortalecimiento de la Armada que hemos venido impulsando no se detendrá. Hoy tenemos en servicio dos unidades de las cuatro patrulleras costeras que reforzarán la lucha contra el narcotráfico y el contrabando. Contamos con un segundo buque de apoyo logístico para el control de las operaciones en el Pacífico. También hoy disponemos de cuatro fragatas debidamente mantenidas y adecuadas para las necesidades actuales. Finalmente, quiero resaltar el apoyo incondicional del Almirante García al proyecto de construcción del astillero en Bahía Málaga y su compromiso con la investigación en ciencia y tecnología para el desarrollo de la industria naval al servicio de la Armada.

Precisamente, en julio pasado, y con su compañía, tuve la feliz oportunidad de visitar el astillero de la Armada en Mamonal; de presenciar la botadura del buque ARC Isla Palma, construido enteramente en Colombia; de presidir el bautizo del buque ARC Cabo Corrientes y, además, de ser testigo del nacimiento de la Corporación de Ciencia y Tec-

nología para el Desarrollo de la Industria Naval Marítima y Fluvial (Tecmar). En todos estos eventos pude confirmar el progreso continuo de la Armada, bajo su mando experto y sereno.

Este año que pronto terminará ha sido un reto para todos nosotros. Más que un balance, quiero hacer un llamado para que sigamos trabajando como lo hacen millones de colombianos que día a día se levantan con ganas de progresar, a pesar de que a menudo se ven agobiados por los problemas y las malas noticias. Esa es una situación familiar para todos nosotros. Pero lo importante es que hay días como hoy cuando reconocemos el valor de la gente que trabaja por el país y exaltamos a los mejores colombianos.

Hay días como hoy, cuando nos extasiamos ante el mar azul de nuestra patria, cuando vemos a los jóvenes nuevos oficiales que se comprometen con su futuro, cuando confirmamos que las cosas se están haciendo bien y que están dando resultados positivos.

Mi compromiso, mi sueño, y el de todos ustedes, mis buenos amigos de la Armada Nacional, es lograr que jornadas como ésta, llenas de esperanza y de amor patrio, se repitan con tanta frecuencia que parezca la eternidad.

LOS INFANTES DE COLOMBIA LLEVAN EN SUS ESPALDAS EL PESO DE LA GLORIA

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo de la celebración del Día de la Infantería.*

Base Militar de Tolemaida, Melgar, Tolima, 12 de diciembre de 2000.

Con el fusil en las manos y las botas salpicadas de lodo y sufrimiento, los infantes de Colombia siempre llevarán en sus espaldas la mochila y el peso de la gloria. Sus esfuerzos y largas noches de vigilia son para el campesino la posibilidad de sembrar la paz del futuro; para cada mujer la posibilidad de traer al mundo una esperanza, y para cada niño la posibilidad de cambiar un fusil por un caballito de madera.

Por esta heroica labor, hoy nos hemos dado cita en la base militar de Tolemaida, tradicional cuna de combatientes y escenario natural de la más rigurosa y exigente preparación de hombres de armas, para presenciar el acto de conmemoración del día del arma de infantería y del quincuagésimo aniversario del Batallón Colombia, que se creó para la participación de nuestras tropas en la Guerra de Corea.

Los pasos del Ejército colombiano han hecho que cada vez más la presencia del Estado, su soberanía por valles y montañas, por campos y veredas, entre la selva inhóspita y los paisajes más desérticos de nuestra geografía, sea una realidad tangible. Por eso estamos aquí reunidos: para celebrar las actividades que nos permiten avanzar con inteligencia, por toda Colombia, en el sostenimiento de nuestra democracia, preservando la historia y la tradición de un país que se ha desarrollado de la mano de su Ejército Nacional.

La historia de la infantería se confunde con la de la humanidad y emerge con el recuerdo del hombre primitivo, con un arma en la mano, elemental como él mismo, pasando por los gloriosos ejércitos de Alejandro Magno o las organizadas legiones romanas, hasta los infantes tecnificados, modernos y profesionales de nuestros tiempos.

La fortaleza, el coraje, la inteligencia y la astucia que ustedes han heredado de las doctrinas napoleónicas, que presidieron el accionar militar de los patriotas que ganaron la independencia, han sido los bastiones que han permitido no decaer en la lucha por los más altos y nobles ideales, convirtiéndolos en los protagonistas de la defensa de la democracia y la soberanía nacional.

Su dinámica evoca las más difíciles contiendas de ajedrez, juego de ingenio donde el azar no interviene en absoluto y requiere un importante esfuerzo intelectual; donde la táctica y la reflexión tienen mayor validez que la rapidez y la improvisación.

En este sentido, las contingencias políticas que ha vivido el país a través de su historia se han planteado como el tablero de acción de nuestro ejército para luchar por la defensa de sus compatriotas y de la soberanía nacional.

A través de una larga historia de triunfos, desde las gloriosas epopeyas de la independencia hasta la moderna realidad que hoy presenciamos, la Infantería colombiana emerge hoy más brillante y más fortalecida que nunca, ligando sus realizaciones al devenir de la institución militar; preparando y capacitando a sus hombres y mujeres, facilitando el enlace y la cooperación con otros ejércitos del mundo, y mejorando constantemente sus tácticas y estrategias, para proteger a la población más vulnerable y vulnerada del territorio nacional.

Gracias a su fuerza cohesionada y eminentemente técnica, con objetivos patrióticos frente a la agresión interna o externa, y unos cuadros altamente calificados para cumplir cabal y eficientemente su misión, hemos logrado avanzar en la lucha por salvaguardar la integridad del territorio nacional en sus cuatro puntos cardinales y combatir a los intolerantes que ponen en peligro la honra, la vida y los bienes de los colombianos.

Por sus acciones, el país entero tiene una deuda de gratitud. Por eso hoy les reitero que estamos cumpliéndole a las Fuerzas Armadas de Colombia mediante una profunda reestructuración que permita adecuar su dinámica a la realidad social de nuestros soldados.

Como ustedes saben, el Gobierno expidió en septiembre de este año las normas necesarias para reajustar los mecanismos internos de las Fuerzas Militares y de la Policía Nacional, para modernizar y dinamizar la carrera castrense, para garantizar la buena conducta de sus miembros activos, para impulsar su combatividad y el cumplimiento del deber, y para amparar a sus miembros con procedimientos objetivos de calificación y de promoción, y con la protección que exigen los avatares propios de una profesión tensa y riesgosa.

En este contexto, hemos buscado incrementar al máximo posible la movilidad y la flexibilidad de las formaciones militares, así como su habilidad para reaccionar con rapidez frente a las acciones de los atacantes y su destreza para combatir en medio de la noche. Igualmente, hemos adelantado una intensa labor para profesionalizar el ejército mediante la significativa incorporación de los soldados profesionales, y hemos generado, además, una cultura de respeto de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario en el seno de la Fuerza Pública.

Hoy, con satisfacción, podemos afirmar que el Estatuto del Soldado Profesional y el Decreto que regula su régimen salarial y prestacional son una feliz realidad para las Fuerzas Armadas de nuestra patria. A partir de ahora, los soldados de Colombia cuentan con un esquema de seguridad social que les garantiza una jubilación digna, rodeados de su familia y con tranquilidad económica.

Con estas nuevas normas, los soldados de la legitimidad gozan de una verdadera carrera profesional que ordena su vida en el Ejército, sus ascensos y promociones, las prestaciones sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que pueden acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación con el Estado. A ustedes, que todo lo dan por Colombia, hoy Colombia les quiere devolver su generosidad con creces.

Por ello también hemos regulado la carrera del soldado profesional, señalando, entre otras cosas, cómo podrá ingresar –con el lleno de cier-

tas condiciones- a la carrera de suboficial o de oficial de las Fuerzas Militares, y cuáles son las condiciones para el retiro de las mismas.

En materia de profesionalización de los efectivos militares, en esta administración se dio el paso trascendental de sustituir en cuatro o cinco periodos de reclutamiento a los soldados no combatientes por soldados profesionales. Estos son soldados que, encuadrados en una carrera reglada, se mantienen en filas por muchos años, con una continua actualización y reentrenamiento y que pueden adquirir la adecuada veteranía en la confrontación. En desarrollo del Plan 10.000, el año pasado incorporamos 10 mil soldados profesionales; el presente año su número total llegará a 43 mil y para el próximo año estamos decididos a alcanzar la meta de por lo menos 55 mil soldados profesionales, la mayoría, entonces, ya probados y veteranos.

Sabemos que en el cumplimiento de la valerosa misión de nuestras Fuerzas Armadas es de suma importancia la ayuda que el Estado colombiano pueda brindar a la infraestructura y a la logística de sus operaciones. En esta dirección, y de acuerdo con los actuales escenarios de confrontación armada, hemos buscado el incremento de la capacidad de traslado y movilización que adquieren las unidades militares de tierra con la ayuda del transporte helicoportado, que permite, además, dar apoyo artillero eficaz en los episodios de combate. En pocos meses, con los helicópteros que estamos incorporando, la flota llegará a los 172, con lo cual se habrá duplicado prácticamente este elemento fundamental del combate y mejorado su capacidad funcional. Pero es más: en el tema de los helicópteros Black Hawk artillados, antes de marzo del próximo año ¡habremos cuadruplicado su número, pasando de 4 a 16!

Amigos Infantes de Colombia:

El país entero necesita su ayuda y su pronta acción. Así lo demuestran las escenas de dolor y tragedia humana, que infortunadamente rondan nuestras provincias. Por ello, mi gobierno ha decidido, en medio del conflicto interno, impulsar la implementación y el cumplimiento de los derechos humanos desde las misiones emprendidas por su Fuerza Pública.

La única fuerza legítima es la que respeta, por sobre todo, al ser humano, su dignidad y sus derechos. Por fortuna, puedo atestiguar que los

altos mandos de la Fuerza Pública comparten estos valores y que han liderado entre los suyos un proceso de capacitación y concientización en materia de respeto a los Derechos Humanos y aplicación del Derecho Internacional Humanitario.

En este sentido, me uno, como todos los colombianos de bien, al clamor de ese gran infante y de ese gran colombiano que es el general Fernando Tapias, cuya indignación de patriota y de ser humano ha conmovido al país.

¡Hay que sacar a los niños de Colombia de las nefastas consecuencias del conflicto armado! Al respecto, estamos a la espera de una respuesta pronta y certera de todos los grupos armados al margen de la ley.

A ellos les pregunto, como lo hice hace unos días en la ceremonia de ascensos del Ejército Nacional: ¿Será que los violentos que reclutan niños, que asesinan niños, que secuestran niños, podrán algún día darnos una muestra, tan sólo una muestra, de verdadero arrepentimiento? ¿Será que lloran, como lo hace todo el país, por los pequeños a los que cortan las piernas y la vida con las minas antipersonales? ¿Será que sufren por ellos, por esas vidas que condenan a la guerra?

Ya son cerca de 3.300 civiles inocentes asesinados por la guerrilla y por los grupos de autodefensa en los dos últimos años, muchos de ellos niños. ¡Qué diferencia la actuación de estos violentos que bombardean a cada momento el futuro de Colombia, de la de nuestros soldados, que velan día a día por proteger a sus compatriotas!

Para poder gestar un verdadero proceso de paz es necesario que todos los niños retenidos y combatientes sean liberados y desmovilizados, para que puedan ser rehabilitados y reinsertados a la sociedad, para que puedan desarrollar sus potencialidades físicas y espirituales, para que vuelvan a sus hogares, de donde nunca debieron haber salido.

Amigos de la Infantería del Ejército de Colombia:

En esta ocasión también rendimos un tributo de reconocimiento a la loable labor del Batallón Colombia en la guerra de Corea, mediante la

concesión de la Orden de Boyacá en la categoría Cruz de Plata al estandarte de la Asociación de los Veteranos de la Guerra de Corea. Este es un rendido homenaje al empeño y la voluntad que siempre ha demostrado el Estado colombiano de cooperar con los países que han demandado su ayuda internacional, y a los hombres que, con sentido de humanidad, cumplieron una misión en beneficio de una causa justa.

Para recordar a esos mil sesenta colombianos que partieron sobre la móvil cubierta de acero del Aiken Victory, el buque que los transportó de Buenaventura a la lejana península asiática, donde en medio del fuego y la borrasca se escribiría un capítulo de nuestra historia militar, traigamos a la memoria las palabras del señor General Alvaro Valencia Tovar, ilustre militar que participó en esta guerra y vivió en carne propia los sucesos y momentos de nuestros soldados en Corea:

En una contienda que envolvía a medio millón de hombres, nuestro Batallón Colombia con su millar de combatientes era un fragmento apenas de la colosal confrontación. Se trataba de atacar con el IX cuerpo del Ejército sobre el sector montañoso del frente central, en demostración de poderío que presionara a la China comunista y a Corea del Norte para aceptar el armisticio, o, en su defecto, expandir la saliente estrategia de la línea Utah en territorio norcoreano.

Esta fue la operación que con el nombre Código de Nómada quedó plasmada en letras de bronce en el historial militar de la nación colombiana.

El cerro 400, la línea defensiva de Kumwha, los centenares de patrullajes de combate sobre la tierra de nadie, la operación Bárbula, el trágico cerro de Old Baldy, fueron testigos mudos del valor, el coraje, la entrega y las virtudes guerreras del soldado colombiano de todos los tiempos.

Con gran emoción, hoy rendimos tributo a los héroes colombianos que lucharon con bravura la batalla de Corea y otorgamos la medalla de Honor al Deber Cumplido a los señores Generales, veteranos de esa guerra histórica, Alvaro Valencia Tovar, Jaime Durán Pombo, Agustín Angarita Niño, Gabriel Puyana García, Alvaro Arenas Suárez y Raúl Martínez Espinosa. Son hombres valientes que lucharon, más que por

su patria, por el futuro de toda la humanidad, y a quienes hoy aplaudimos con respeto y admiración.

Pero el valor de nuestros soldados en Corea sigue replicándose día a día en el Ejército Nacional. Por ello, hoy también se hacen acreedores a la medalla de Servicios Distinguidos en Orden Público las unidades operativas de las Fuerzas Militares y los oficiales y suboficiales que se distinguieron en operaciones contra grupos subversivos realizadas en diferentes regiones del país, logrando resultados significativos en beneficio de la paz y la tranquilidad ciudadana. A todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento por su valor y entrega a la Patria.

Así mismo, considerando que la medalla Ayacucho fue creada para acrecentar el espíritu de cuerpo y compañerismo, a la vez que para estimular a quienes hayan prestado eminentes servicios al arma de Infantería, se ha conferido este mérito a las banderas de guerra de la Fudra, del Centro Nacional de Entrenamiento y de la Escuela de Paracaidismo Militar, así como a oficiales de las Fuerzas Militares de Colombia, de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, a suboficiales, y a varias personalidades de la vida nacional e internacional, que han merecido este sentido reconocimiento.

Igualmente, se ha condecorado con la medalla Ayacucho a dos oficiales, el capitán Fredy Gutiérrez Camacho y el teniente Johny Mina González, quienes hoy infortunadamente no se encuentran con nosotros, porque ofrendaron su vida por la Patria. En nombre de todos los hombres y mujeres de Colombia que queremos la paz, rendimos un sentido reconocimiento a esos héroes de nuestro Ejército, que con su ejemplo nos permitirán seguir adelante, y saludamos con respeto y solidaridad a sus familias.

Ayudar a nuestra Infantería, desde los diversos campos de la vida nacional, es ayudar a lo mejor de Colombia. Por eso, a todos los hoy galardonados con la medalla Ayacucho los felicito y les digo, en nombre de la patria, ¡muchas gracias!

Con paso firme de infantes, todos los miembros de las Fuerzas Armadas de Colombia han sido los herederos de las epopeyas patrióticas del

ejército libertador. Por ello, retomando las palabras del general Córdova, en la batalla de Ayacucho, la epopeya más grande de la independencia americana, donde 17.000 soldados se batieron en franca lid, hoy les decimos a los hombres y mujeres de nuestra querida Infantería: "División... armas, a discreción... de frente... ¡paso de vencedores!"

"HERRAMIENTAS PARA LA PAZ" NOS PERMITEN CONSTRUIR UN PAÍS MÁS JUSTO, EQUITATIVO Y SOLIDARIO

*Alocución radiotelevisada del presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, sobre las Herramientas para la Paz.*

Bogotá, D. C., 14 de diciembre de 2000.

Colombianos:

Mañana 15 de diciembre, en el marco del Congreso Nacional de Municipios, ante el encuentro de alcaldes, en la ciudad de Cartagena, presentaremos la Caja de Herramientas para la Paz que ha diseñado y ejecuta el Gobierno. Esta Caja de Herramientas está conformada por los diferentes programas de inversión social del Plan Colombia.

Las herramientas quedarán, desde mañana mismo, a disposición de los alcaldes, los gobernadores, las ONG y el sector privado para que les den el mejor de los usos y las aprovechen para generar nuevos empleos, llevar más desarrollo a sus comunidades y ayudarnos en la siembra de la paz que definitivamente seguimos empeñados en conseguir, por todos los medios que estén a nuestro alcance.

Estas son las herramientas:

Con Empleo en Acción estamos cofinanciando proyectos de infraestructura para generar la ocupación temporal de mano de obra no calificada a más de 300.000 colombianos, en los próximos tres años. Además, estamos mejorando las condiciones de vida de las comunidades y de los habitantes de esos barrios que trabajan en las obras. Dicho en otras palabras: Empleo en Acción representa mejores escuelas, servi-

cios públicos, parques y, en general, una mejor calidad de vida para los más pobres.

Con la herramienta Jóvenes en Acción, estamos capacitando, en los próximos tres años, a 100.000 colombianos, entre los 18 y 25 años, inscritos en los niveles 1 y 2 del Sisbén, para darles la oportunidad de tener una experiencia de trabajo y dejarlos preparados para el mercado laboral, de acuerdo con los requerimientos de las empresas.

Tengo especial afecto por la herramienta que se llama Familias en Acción porque nos permite premiar con apoyo económico directo el buen comportamiento de las madres. Con ese dinero la madre garantizará la nutrición de sus hijos y contribuirá a reducir la deserción escolar en los menores de 18 años. Sin duda, la educación es la gran herramienta de la paz.

Otra herramienta es el programa El Campo en Acción. Con él, se integra la cadena de producción con la de comercialización y, en muchos casos, se garantiza a nuestros campesinos la compra de sus cosechas, incluso antes de sembrarlas. Además, apoyamos y estimulamos proyectos agropecuarios y piscícolas que sean rentables, garanticen nuevos empleos y desarrollo social y económico en las regiones. Les hemos otorgado especial prioridad a las comunidades del suroriente del país, el Macizo Colombiano y el Magdalena Medio.

Por último, Vías para la Paz significa, en su primera etapa, una inversión superior a los 400 mil millones de pesos, con los cuales se mejoran y pavimentan, aproximadamente, 1.000 kilómetros de carreteras y se garantiza empleo a más de 34.000 colombianos.

Con 182 alcaldes hemos firmado convenios para el mantenimiento de la red de caminos vecinales que comunican las cabeceras municipales con las veredas; esos son los caminos del comercio de productos lícitos y, por tanto, son también los caminos de la paz.

De esta manera, hemos sentado las bases para la generación de 120 mil nuevos empleos. ¡No terminaremos ahí! Ya están en proceso otros 150 convenios que traerán más desarrollo y nuevas oportunidades a las zonas beneficiadas por el Plan Colombia.

En el aspecto fluvial, hemos iniciado inversiones superiores a 41 mil millones de pesos para mejorar de manera importante el transporte de pasajeros y carga por ese medio, vital para nuestro país.

Colombianos:

Hoy pongo a disposición de todos las Herramientas para la Paz, que no son otra cosa que la inversión social del Plan Colombia para la cual disponemos de inmensos recursos. Herramientas para la Paz es nuestra Empresa Colombia en Acción, buscando conseguir la paz en paz.

Pero eso no es todo. El Plan Colombia tiene un componente militar que estamos aprovechando y utilizando para preparar a nuestras Fuerzas Armadas, con la mejor tecnología, para defender a nuestro país de aquellos que se empeñan en continuar con el narcotráfico y la violencia.

Tengan la certeza de que nuestro Ejército y nuestra Policía están muy bien preparados y de que seguiremos invirtiendo los recursos necesarios para dotarlos en forma adecuada. Así permitiremos a nuestros héroes seguir defendiendo la vida y bienes de todos los colombianos.

En el escenario de la paz, al que invito reiteradamente a todos los actores del conflicto, estos recursos están destinados al desarrollo que se merece nuestra Colombia del siglo XXI.

Estoy seguro de que estas Herramientas para la Paz, bien utilizadas, nos permitirán construir un país más justo, equitativo y solidario.

Próximamente, ustedes serán testigos de los resultados progresivos de estas acciones, que a lo largo y ancho del país ejecutamos con las Herramientas para la Paz del Plan Colombia.

**LA PAZ ESTÁ Y EMPIEZA EN CADA
UNO DE NOSOTROS, LA RESPUESTA ESTÁ
EN NUESTRAS MANOS**

*Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo de la Navidad.*

Bogotá, D. C., 21 de diciembre de 2000.

Colombianos:

El jueves 14 de diciembre tuve oportunidad de presentarles la Caja de Herramientas para la Paz, como el instrumento que el Gobierno está desarrollando para realizar la inversión social con el dinero del Plan Colombia.

Hoy quiero hablarles de esas herramientas que para la paz tenemos en nuestras manos todos los colombianos socios de esta Empresa Colombia. No solo quiero hablarles de ellas, sino invitarlos a utilizarlas a cada momento en su casa, en su trabajo, en su colegio, en la calle.

Todos tenemos una voz, tenemos una actitud, tenemos una posición personal frente a las cosas. Todos debemos manifestarnos, dejar a un lado la indiferencia, contagiarnos de optimismo, de fe y de esperanza para que el país salga adelante.

En esta gran Empresa Colombia todos contamos y lo que más nos puede ayudar es un cambio de actitud, una mirada positiva, un compromiso de lucha por el país, un patriotismo renovado que nos lleve a dejar atrás la indiferencia y nos permita recoger una nueva cosecha generosa de la solidaridad que tanta falta nos hace.

Y para conseguirlo debemos usar las herramientas. Conservemos la esperanza para seguir nuestra lucha de todos los días por un mejor futuro. La fe que nos permita creer muchas veces, aun sin comprender. El entusiasmo que hará que salgamos adelante y no nos detengamos en medio del camino.

Con generosidad compartamos las cosas buenas que tenemos y sobre todo abramos nuestra mente para dejar que el perdón entre en nuestros corazones. Dejemos que el amor acompañe las tareas que emprendamos para que la pasión por lo que hacemos se traduzca en abundantes cosechas por recoger.

Trabajemos con decisión y sin descanso, propongámonos nuevas metas todos los días y luchemos por conseguir las. Cultivemos la paciencia que sin lugar a dudas tanto necesitamos para entender muchas de las cosas que pasan en nuestro país y que requieren de ella.

De la mano de la bondad, podremos dar el paso del perdón necesario para conseguir la paz. Es un deber de todos comprometernos en sacar adelante al país.

Mostrémonos más solidarios, es un primer paso y un principio fundamental para recuperar tantos valores que hemos ido perdiendo en el camino. Y sobre todo seamos más responsables para poder dejarles a nuestros hijos una Colombia en paz y pleno desarrollo.

Tenemos que aprender a sonreír, compartir, perdonar, agradecer, disfrutar, respetar, amar, confiar, dialogar, creer, soñar y a luchar más por todo, por lo que queremos, tenemos tanto que aprender y tanto por hacer

Colombianos:

Es Navidad. La tradición habla de un tiempo de paz, de un tiempo para disfrutar en familia. Invito a todos los actores del conflicto armado a que reflexionen sobre la mejor salida para todos y con certeza estaremos de acuerdo en que la mejor salida es la paz.

El año que termina sin lugar a dudas es un año difícil para todos, y les confieso que para nadie fue más duro que para mí. Nadie más que yo quisiera tener el país en paz, porque de la mano de la paz todo funcionaría mejor. De la mano de la paz hay nuevas inversiones, nuevos empleos y más oportunidades para Colombia.

De la mano de la paz existen grandes sumas de dinero que hoy se destinan a la defensa del país y que podrían destinarse a la educación, a la salud, a más y mejores servicios para todos, y sobre todo a desarrollarnos como un país pujante que crece con justicia social en el siglo XXI.

Si miramos lo positivo más que lo negativo, lo bueno más que lo malo y si usamos todo lo que tenemos a nuestro alcance para ser mejores seres humanos, podremos conseguirlo.

Hay una frase que hoy quiero compartir con ustedes y que me ha acompañado en todas las decisiones de mi vida: "Cuidado con lo que quieres, porque lo vas a conseguir". Y tengo la certeza de que entre todos vamos a conseguir ese nuevo país con el que todos ustedes y yo nos soñamos.

La paz está y empieza en cada uno de nosotros. La respuesta está en nuestras manos.

En nombre de Nohra, Santiago, Laura, Valentina y en el mío propio, les deseo a todos los colombianos una Feliz Navidad.

BALANCE DE FIN DE AÑO

Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango.

Bogotá, D. C., 29 de diciembre de 2000.

Colombianos:

Hoy quiero hacerles un balance muy corto sobre los temas más importantes para el país este año que termina y que sin lugar a dudas fue de transición para Colombia.

En lo económico hay que destacar varios avances significativos que finalmente, después de organizar la casa, empiezan a dar resultados positivos.

El comercio cierra el año con un balance muy alentador, con un mes de diciembre especialmente bueno que volvió a ver los almacenes llenos de compradores y dará como resultado un crecimiento cercano al 5 por ciento.

La economía privada estará creciendo al 4 por ciento y las exportaciones, especialmente las no tradicionales, que fueron y son vitales para la buena salud del país, tuvieron un excelente comportamiento durante el año. Adicionalmente, en el campo petrolero los nuevos contratos de explotación que firmamos durante el año, garantizan el cubrimiento de las necesidades de consumo interno de los próximos años y son fuente de nuevas regalías para el país y muchas de sus regiones.

Las tasas de interés se mantienen bajas favoreciendo las inversiones, el dólar se mueve libre y estable, y finalmente la inflación está por debajo de la meta dándole de esta manera más valor al dinero de los menos favorecidos.

Por segundo año consecutivo el incremento del salario mínimo estuvo por encima de la inflación mejorando los ingresos y el poder de compra de millones de colombianos y ofreciéndoles así la posibilidad de tener una mejor calidad de vida a ellos y sus familias.

En lo internacional las cosas no pueden estar mejor para Colombia. Hoy el mundo nos acompaña, no solo en lo económico, sino que también está atento al desarrollo de todos los acontecimientos del país y a la espera de un final pronto y feliz de los mismos. El país no está solo y eso es mucho más importante de lo que todos creen y se imaginan.

En lo político quiero destacar la responsabilidad con que el Congreso de la República estudió las diferentes leyes que nos permitirán trabajar de una manera mejor y más eficiente.

El año 2000 fue, sin lugar a dudas, un año negro para el narcotráfico y el contrabando, que forma parte de la misma cadena de lavado de dólares, corrupción y miedo. Los combatimos con todo y los seguiremos combatiendo y buscando estén donde estén.

También fue un año en el que combatimos la corrupción a todos los niveles y lo seguiremos haciendo como una de las banderas de mi Gobierno. Si acabamos con la corrupción, tendremos solucionados miles de problemas. Los recursos llegarán a donde tienen que llegar. No podemos olvidar que los dineros públicos son recursos sagrados.

En el tema de la paz, que sé es uno de los motivos de mayor preocupación de todos, quiero ratificar lo que he dicho todo el año, en lo que creo y seguiré luchando por conseguir: la búsqueda de una paz en paz y, sobre todo, definitiva para Colombia.

Sé que muchos de ustedes creen que no avanzamos, no aprecian este trabajo y quisieran un cambio radical de posición de su Presidente; hoy

los invito a que reflexionen sobre lo que será nuestro país cuando se alcance la paz. Todos debemos entender que un conflicto que ha durado más de 40 años requiere, para su solución, un trabajo muy profundo y complejo que garantice su permanencia en el tiempo.

Me la he jugado y me la seguiré jugando por la solución política del conflicto. Hemos avanzado más que nunca. El solo hecho de estar en la mesa de negociaciones y contar con una agenda es un avance inmenso.

Con el Eln hemos empezado a ver hechos claros de paz, demostraciones de su voluntad de avanzar por el camino del diálogo y la negociación y debemos continuar por esta vía. Creo que todos los colombianos deben poner su grano de arena para que con rapidez avancemos en el inicio del proceso con este grupo insurgente.

Con las Farc-Ep tenemos por delante todo un proceso para materializar. Hemos avanzado mucho y es hora de concretar los acuerdos que permitan cimentar una paz duradera. Todos estamos dispuestos a realizar cambios sociales y políticos importantes. Estamos listos para continuar y el reinicio de las conversaciones debe darse con prontitud.

Las Farc-Ep han dicho que insistirán por todos los medios en la búsqueda de los diálogos, sin renunciar a ellos, como mecanismo idóneo para la reconciliación entre los colombianos. Si esa es su palabra deben hacerla efectiva reiniciando los diálogos. Eso es lo que los colombianos y el mundo entero esperan.

Decidí enfrentar, aun a costa de mi popularidad, lo que el país no ha podido solucionar por más de 40 años y para ello les pido renovar la fe, tener la confianza y también la paciencia necesarias para conquistar esta meta. Sabemos que el camino es difícil pero no por eso debemos darnos por vencidos.

De la mano de la paz, además del desarrollo y el empuje acelerado que tendrá el país, volverán las inversiones y el empleo que tanto nos preocupa.

Adicionalmente, mi Gobierno como nunca antes se ha empeñado en el fortalecimiento, tecnificación y crecimiento de nuestras fuerzas arma-

das. Nuestro Ejército y nuestra Policía son, de lejos, mejores que hace dos años y están hoy mejor preparados para enfrentar a los violentos y seguir defendiendo la vida y bienes de todos los colombianos.

Compatriotas:

Para el año 2001 en el que arranca el siglo XXI, tenemos que comprometernos en sacar adelante el país, con justicia social y más oportunidades para todos.

Tenemos que recuperar el optimismo, tenemos que apasionarnos por Colombia, por nuestro país. Tenemos que luchar por salir adelante, juntarnos para trabajar sin egoísmos y unirnos para alcanzar todas las metas que nos proponíamos.

Yo tengo fe, tengo confianza y estoy muy optimista, y quiero que todos se contagien de esto y juntos cambiemos de actitud hacia lo positivo y lo constructivo que hoy como nunca es lo que necesita Colombia.

Hoy, ante ustedes, ante los millones de accionistas de esta nuestra Empresa Colombia, me comprometo a seguir trabajando sin pausa, día a día, como lo he hecho en estos dos años, para que Colombia salga adelante.

Estoy trabajando duro, con pasión, con el corazón. A nadie más que a mí le interesa que a Colombia le vaya bien. Pero este es un trabajo y compromiso de todos, no solo mío. Les pido que me acompañen y confíen en que las cosas que se están haciendo se están haciendo bien y son las que más le convienen al país.

Compatriotas: les deseo un próspero año 2001. En nombre de Nohra, de Santiago, de Laura y de Valentina, que Dios los bendiga y que Dios me bendiga y que nos acompañe durante todo el año.

CON LA PAZ GANAMOS TODOS

*Alocución del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
sobre prórroga a Zona de Distensión.*

Bogotá, D. C., 31 de enero de 2001.

Hoy me dirijo como Presidente de todos los colombianos, recordando el mandato que la mayoría de mis compatriotas me dio hace más de dos años para conseguir la paz y que, por tanto, me corresponde representar en mi condición de Jefe del Estado.

Después de estos años, que Dios sabe cuán difíciles han sido, muchos de ustedes siguen confiando en las acciones que hemos realizado para lograr la paz y muchos otros han manifestado su escepticismo, sus dudas o sus opiniones contrarias frente a ellas. Comprendo las críticas porque sé que son producto de la angustia que viene generando la violencia en el país. Sin embargo, a mis compatriotas, una vez más, les expreso mi convicción de que con la paz ganamos todos.

Pero todos los colombianos, unos y otros, seguimos compartiendo un sueño común: el sueño de un país reconciliado, en el que existan oportunidades para trabajar y prosperar. Es el sueño de ese país renovado, atado al futuro, que deje en el pasado la pesadilla y la angustia, el que me hace persistir de manera terca en los caminos de la reconciliación. Un país sin masacres, sin fuerzas oscuras asesinando a mansalva. Un país donde se pueda volver a creer, se pueda volver a invertir, donde se pueda volver a vivir la vida. Un país donde todos tengamos derecho a la esperanza.

Un país en el que la insurgencia entre a compartir responsabilidades en los cuerpos colegiados y en otras instancias de dirección para que el Estado de Derecho, vigorizado y robustecido por una nueva legitimidad, nos pertenezca a todos sin exclusiones.

Mi sueño es el de una democracia abierta, construida a base del voto limpio de los ciudadanos, en el que las viejas maquinarias abran paso a una representación transparente en donde a cada ciudadano se le respeten sus derechos. Un país que liquide la política corrupta, que les dé partida de defunción a los favoritismos, que logre la equidad básica que se inspira en la dignidad de la persona humana. Sé que hasta el último de los colombianos me acompañará en la gestación de una nueva política que le dé cabida al más humilde de nuestros compatriotas.

Queremos un nuevo modelo agrario, audaz e igualitario, donde todos nuestros campesinos encuentren un lugar bajo el sol, donde puedan labrar sin sentir que sus vidas peligran, un país donde los comerciantes puedan negociar tranquilos por los pueblos y ciudades de nuestro territorio, donde los niños –sobre todo los niños– recuperen la esperanza y puedan jugar y estudiar sin la amenaza de la violencia y sin ser víctimas de un conflicto que nunca eligieron vivir.

A las madres y familiares de las personas víctimas de la violencia, una vez más les expreso mi solidaridad y, precisamente pensando en su dolor, es que quiero seguir trabajando por la paz a fin de que cese la violencia en nuestra patria.

Por eso quiero, ante los colombianos, dirigirme en la mañana de hoy a Manuel Marulanda.

Usted como yo le debemos mucho a esta tierra que nos vio nacer y nos ha dado el orgullo –pero también el reto– de ser colombianos.

Usted y yo nos reunimos en un ya lejano mes de julio de 1998 para proponerle al país una salida política y pacífica al conflicto armado y les dijimos a los colombianos que la paz era difícil, pero posible.

Este país quiere la paz; la quiere a gritos y, con todo el dolor de haber llorado tantos muertos inútiles, es capaz también de reconciliarse. Es éste el país que quiere que le devuelvan su derecho a la esperanza, esa

que le fue arrebatada el día que entre hermanos decidimos que había que matarnos por lo que pensábamos. Este país exige de usted y de mí sinceridad frente al proceso de paz.

Por esa razón le di instrucciones al Alto Comisionado el domingo pasado para que con usted buscara fórmulas dirigidas a desatar el Proceso de Paz, a fin de que tenga reglas claras, produzca resultados a la mayor brevedad, genere condiciones humanitarias para erradicar la barbarie y la degradación y que brinde garantías a los derechos fundamentales de los colombianos. Lamentablemente, esa reunión no pudo concretarse.

Manuel Marulanda ha dicho estar dispuesto a trabajar 24 horas por la paz. Hoy, por lo tanto, le propongo que nos reunamos antes de finalizar la presente semana y decidamos de una vez por todas si vamos a continuar el Proceso de Paz que iniciamos.

Los colombianos no quieren que se generen más expectativas, ni más incertidumbres, ni más frustraciones.

Debo agradecer las manifestaciones de la gente, de organizaciones civiles, de líderes políticos, de periodistas, de la comunidad internacional, que me han pedido hacer todo lo posible para salvar el proceso. Estoy convencido de que lo he venido haciendo. Pero la paz también depende de la voluntad de la insurgencia.

Ustedes, miembros de las Farc-Ep, tienen también la responsabilidad histórica de no cerrarle las puertas a la paz, como hace poco lo hicieron, cuando se levantaron de la mesa y congelaron unilateralmente las negociaciones.

Yo quiero continuar por el camino que les propuse al iniciar mi gobierno. Y quiero saber si ustedes quieren enfrentar ese reto.

Sé que hemos logrado mucho y que hoy el proceso tiene alternativas. Existen propuestas presentadas por el Gobierno, por las Farc-Ep y por distintos grupos de colombianos que quieren que el proceso avance.

En tal sentido, mis instrucciones al Alto Comisionado, recogiendo el sentimiento nacional, incluyen entre otras iniciativas, las siguientes: desbloquear el proceso; materializar el acuerdo humanitario que se está

trabajando; avanzar en la entrega unilateral de soldados y policías; finalizar la evaluación del proceso que se está realizando con los negociadores; llegar pronto a acuerdos concretos sobre puntos de la agenda común; avanzar en acuerdos que permitan disminuir el conflicto; definir medidas que sirvan para recuperar la confianza en el proceso; realizar la reunión con representantes de la Unión Europea para que de primera mano se enteren de los avances y dificultades del proceso; encontrar un mecanismo para que la mesa de negociación no se vea interrumpida por los problemas del conflicto; determinar el mecanismo que les permita a los colombianos estar informados sobre lo que sucede en la zona; reunirse con los partidos y movimientos e iniciar cuanto antes un proyecto conjunto de erradicación y sustitución de cultivos.

Los anteriores son algunos de los puntos que podemos discutir en la reunión que le propongo a Manuel Marulanda, y en la que estoy seguro podemos avanzar con mucha rapidez.

Pero también hablo en nombre de las grandes mayorías de colombianos cuando digo que a la Patria le duele cada masacre que cometen los grupos ilegales de autodefensa. Las Farc-Ep han planteado esa preocupación que es compartida por la Nación. La paz, no tengo duda, también pasa por la lucha en contra de estos grupos. No es con acciones como las que ellos realizan como se va a alcanzar la paz. Este ha sido el gobierno que más ha luchado en contra de los autodefensas y no ahorraré esfuerzos para continuar haciéndolo.

Colombianos:

He decidido prorrogar la zona de distensión hasta finalizar la presente semana, con el único propósito de realizar la reunión que le estoy proponiendo a Marulanda, y que confío nos servirá para definir con claridad si continuamos con el diálogo y la negociación. Naturalmente, tengo fe en que la conclusión a la que llegaremos será la de continuar y avanzar en el proceso de paz, y así prorrogar la zona de distensión, de forma tal que nos permita seguir con tranquilidad el proceso.

Con la mano en el corazón espero que todos ustedes, los colombianos que también quieren la paz, me acompañen en esta decisión.

COMO GOBERNANTES NUESTRO PRIMER DEBER ES OBRAR CON RESPONSABILIDAD, PENSANDO EN EL FUTURO Y EN LAS CONSECUENCIAS DE NUESTROS ACTOS

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
ante la XXX Asamblea General de Gobernadores que se realiza
en la ciudad de Medellín.*

Medellín, Antioquia, 23 de febrero de 2001.

"Sólo hay dos medios de hacer efectivo el gobierno, que son el empleo de la fuerza física o la intimidación, y el del poder moral que llamamos autoridad. Aquella, que obra de un modo inmediato sobre el cuerpo e indirectamente sobre el espíritu, degrada al primero y mata en el segundo toda elevación de sentimientos y de ideas: se llama tiranía; y éste, que obra desde luego sobre el alma e indirectamente sobre el cuerpo, estimulando a la virtud, creando el honor y ennobleciendo las aspiraciones, da por resultado la mejora, no solo del hombre moral sino también la del hombre físico: tal es el régimen de la libertad. En la lucha material sucumbe necesariamente la autoridad y triunfa la intimidación; mas en la lucha de la inteligencia, la victoria es siempre del poder moral".

He querido iniciar mi intervención ante ustedes, señores Gobernadores, en esta primera cumbre de mandatarios seccionales del siglo XXI –y la primera que los reúne después de su posesión–, recordando las palabras de un pensador que alumbró con sus ideas el sendero ético y filosófico de la Colombia del siglo XIX: Sergio Arboleda.

Y he recurrido a esta cita porque ella ilustra, mejor que cualquier otra, la disyuntiva que se presenta muchas veces ante el gobernante –y que resulta tan actual en la compleja situación que pasa nuestro país–, cuando debe escoger entre la fuerza física y el poder moral; entre la intimidación y la autoridad.

Para ustedes y para todo el país resulta claro que mi opción, como Presidente de los colombianos, ha sido la de ejercer, por sobre todos los obstáculos, una autoridad basada en el poder moral y no en la intimidación.

Esta premisa es el sustento del proceso de paz que hoy ha revivido con más fuerza y determinación que nunca, gracias a la persistencia de nuestro intento y al respaldo amplio y generoso que he recibido de las fuerzas políticas y sociales del país, así como de ininidad de ciudadanos del común, de todas las regiones de Colombia, que de alguna manera me han hecho llegar su voz de aliento y su apoyo ante los últimos desarrollos.

Estamos dialogando porque creemos en el poder de la inteligencia sobre las soluciones de fuerza y porque estamos convencidos de que la violencia sólo genera más violencia y que, como bien dijo Gandhi, si todos los hombres aplicáramos la doctrina del "ojo por ojo" lo único que conseguiríamos sería una humanidad de ciegos. Una paz como la que queremos, justa y duradera, tiene que alcanzarse por medios igualmente pacíficos.

Por supuesto, esto no significa –ustedes lo saben muy bien– que el Estado renuncie al uso legítimo de la fuerza cuando grupos o personas atentan contra la vida, salud o bienestar de los colombianos. Para eso están constituidas las Fuerzas Armadas de nuestra institucionalidad, y todos tenemos que sentirnos respaldados y protegidos por ellas.

Como les expuse en nuestro último encuentro, siendo ustedes aún gobernadores electos, el proceso de fortalecimiento de la Fuerza Pública que ha adelantado mi Gobierno no tiene precedentes, y se enmarca dentro de todo el proceso de fortalecimiento de nuestras instituciones republicanas.

La ambiciosa meta de duplicar nuestro número de soldados –en la cual llevamos avanzado ya un 50 por ciento del objetivo–, de cuadruplicar nuestra capacidad de aerotransportación y de profesionalizar y capacitar cada vez más a nuestras Fuerzas Armadas, forma parte de nuestro proyecto de nación, un proyecto en el que ustedes, señores Gobernadores, tienen mucho que ver.

Sé que ustedes, con razón, con el dolor de contemplar la violencia ejercida contra la gente de sus departamentos, quieren trabajar por la paz de sus regiones. Yo los invito a que, sin fragmentar la orientación de este proceso, que por disposición de la Constitución y la ley debe estar en cabeza del Gobierno Nacional, me acompañen en él, aportando la información que poseen de primera mano, su mejor conocimiento de la realidad local y su propia experiencia en el manejo de sus comunidades.

Un punto de encuentro entre ustedes y el Gobierno Nacional, para la colaboración armónica en procura de la paz, bien puede ser una Comisión de Orden Público y Seguridad, convocada por el Ministro del Interior, a la cual concurrieran, por ejemplo, cinco gobernadores representativos de las regiones del país y particularmente de los departamentos que sean escenario de los diálogos de paz. En esta Comisión que hoy les propongo podremos realizar el acopio de información relevante para las políticas de orden público y el proceso de paz, así como la discusión de iniciativas regionales para consideración del Gobierno Nacional.

Yo creo que con un sistema de participación como éste podremos combinar la responsabilidad del Presidente de la República y dirigir el proceso de paz con la participación y aportes, siempre convenientes, de los mandatarios seccionales.

Apreciados señores Gobernadores:

En sólo tres meses esta es la tercera vez que tengo la grata oportunidad de encontrarme con ustedes, si bien esta es la primera oportunidad en que lo hacemos después de su posesión.

Esto demuestra la importancia que concedo al contacto directo con los mandatarios seccionales, quienes han tenido también, a través de todos estos encuentros, la posibilidad de recibir de los más altos funcionarios del Gobierno Nacional una inducción sobre la mejor forma en que podemos coordinar nuestras acciones y políticas para que sean, como la paz, una sola política nacional.

Estamos próximos a celebrar los 10 años de la Constitución de 1991, una carta de navegación del país que definió un modelo de república

unitaria y descentralizada, y que incrementó el ámbito de competencias de los departamentos y municipios, aumentando las transferencias, abriendo nuevas formas de participación popular –como la elección popular de gobernadores– y redefiniendo el papel del departamento dentro del nuevo modelo de nación.

Fue así como se llegó al entendimiento de que al departamento le correspondía la misión de canalizar la política de la Nación hacia los municipios y de servir como vía de comunicación y de gestión entre estos y aquella.

Pero los hechos no siempre reflejan con fidelidad las buenas intenciones del legislador en este caso del constituyente, y hemos visto en esta última década que el departamento, por diversas circunstancias, no ha podido cumplir a cabalidad con el papel que le fue encomendado por la Constitución.

Existen tensiones y duplicidad de funciones entre los departamentos y los municipios, y entre los departamentos y la Nación. Por ejemplo, en muchos casos los departamentos han asumido funciones de ejecutores directos de programas y proyectos, con lo cual se desdibuja su papel institucional, al convertirse en una especie de grandes municipios.

Somos conscientes de que parte de este problema obedece a una laguna institucional que se manifiesta en una falta de precisión de las competencias que deben estar a cargo de cada nivel de gobierno, y por eso hemos puesto toda la prioridad en la preparación del proyecto de Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial, la cual servirá esencialmente para definir y precisar ese modelo de nación descentralizada que plantearon los constituyentes del 91.

Para la preparación de este proyecto crucial, que esperamos presentar este semestre al Congreso, hemos contado con la participación de los mismos legisladores, de las entidades territoriales, de los indígenas, de las minorías étnicas y de otros grupos de la sociedad civil.

Yo estoy seguro de que esta norma, gracias a su amplio debate y cuidadosa preparación, nos permitirá tener una mayor claridad sobre el pa-

pel que corresponde jugar a los diversos niveles de gobierno, facilitando que el departamento asuma un rol más importante dentro de la organización del Estado y se convierta en un verdadero intermediario entre la Nación y los municipios, como el canal regular de coordinación y comunicación de éstos con el Gobierno Nacional.

Apreciados señores Gobernadores:

Sabemos muy bien de la difícil situación fiscal y de la crisis de endeudamiento por la que atraviesan muchos departamentos del país. Este es un asunto que ha estado a la cabeza de las preocupaciones de mi Gobierno desde el mismo momento de mi posesión, y sobre el cual hemos avanzado con medidas concretas y efectivas que, si bien no pueden obrar el milagro de una recuperación inmediata, sí sientan las bases de una recuperación integral de las finanzas departamentales.

En suma: a pesar de la compleja situación fiscal de los departamentos, las herramientas con las que hoy cuentan estos en virtud de las medidas tomadas por el Gobierno Nacional y el Congreso de la República, y de la disciplina fiscal que están adquiriendo, marcan una gran diferencia entre la situación de hoy y la que existía hace dos años.

Hoy los departamentos cuentan con mayores ingresos propios, gracias a la transferencia a los departamentos de parte de la sobretasa a la gasolina y el ACPM, y a la recientemente sancionada Ley de Juegos de Suerte y Azar.

Para el presente año, podríamos señalar que, sin esta última ley, sería muy difícil aproximarnos al mercado real del juego, que está por el orden de por lo menos 3 billones de pesos y lograr que éste transfiera a los departamentos las rentas debidas en su totalidad, fortaleciendo el sistema de salud en cada uno de ellos. Con la nueva ley de régimen propio de juegos de suerte y azar, las transferencias esperadas deben duplicar las actuales, es decir, aspiramos a lograr el medio billón de pesos para el primer año. A esta suma hay que agregarle lo que va a producir el juego del loto, que, de acuerdo con las estimaciones más prudentes, puede transferirle al sector salud más de dos billones de pesos en los próximos 10 años.

A pesar de estas proyecciones, persisten los escépticos sobre la bondad de esta ley para las finanzas regionales. Yo los invito a que confrontemos cifras dentro de un año y veamos, con resultados, si los juegos de suerte y azar han incrementado o no, sustancialmente, su aporte a la salud de sus departamentos. Yo estoy seguro de que, por fortuna para todos, el resultado será muy positivo.

Ahora bien: Para optimizar el recaudo de recursos fiscales por parte de los departamentos, generando mayores ingresos de libre destinación para los mismos, estamos preparando un proyecto de Reforma Tributaria Territorial, el cual esperamos concertar con ustedes, para simplificar y ordenar los tributos territoriales. Más que un simple incremento de tarifas, queremos trabajar con ustedes en ampliar la base tributaria, reducir las exenciones y combatir la evasión, la elusión y el contrabando.

También pensamos en el futuro de las pensiones a cargo de los departamentos y creamos el Fondo de Pensiones Territoriales, Fonpet, que garantizará en el mediano y largo plazo el pago de las mismas.

En cuanto al tema mismo del endeudamiento, mediante la Ley de Intervención Económica facilitamos los acuerdos de los departamentos con sus acreedores bajo circunstancias favorables, de tal manera que, sin la presión de embargos y procesos judiciales, puedan establecer términos razonables de refinanciación de las deudas. Ya siete departamentos se han acogido a este procedimiento, que busca encarar con realismo la terrible herencia de endeudamiento que han recibido ustedes, los gobernadores de Colombia.

Todos de alguna manera estamos pagando los platos rotos de una fiesta en la que no participamos. Pero nuestro deber es hacerlo con decisión y prontitud, con la responsabilidad de un buen padre de familia que sabe que no puede dejar a los suyos a la deriva en una difícil situación económica.

Pero hemos hecho aún más para coadyuvar en la solución del problema de la deuda departamental:

El Ministerio de Hacienda tiene un programa de Apoyo al Saneamiento Fiscal y Fortalecimiento Institucional de las Entidades Territoriales, que

ha sido un respaldo concreto a aquellas entidades que se comprometieron con procesos de ajuste fiscal y de reorganización administrativa.

Por otra parte, en la reforma tributaria se aprobó un artículo que permite que parte de los recursos del Fondo de Ahorro y Estabilización Petrolera (FAEP) se utilicen para pagar deuda de las entidades territoriales que, a pesar de hacer significativos esfuerzos, continúen con problemas de endeudamiento. Esta es una medida que reglamentaremos de forma que se determinen de forma clara los límites del uso de estos recursos.

Además, en la Ley 617 de 2000 de Ajuste Fiscal Territorial se autorizó al Gobierno Nacional para que avale con garantías de hasta el 100 por ciento los créditos otorgados por las entidades financieras a los departamentos para financiar programas de saneamiento fiscal y hasta en un 40 por ciento las deudas que sean refinanciadas.

Todas estas herramientas existen, están ahí para ser usadas por los departamentos y tienen por qué ser un motivo de alivio para la situación actual, si son bien entendidas y aprovechadas. Ahí están los mayores ingresos por la sobretasa y por los juegos de suerte y azar; ahí está la Ley 550; ahí está el Fonpet; ahí está el Programa de Apoyo del Ministerio de Hacienda; ahí está la posibilidad de utilizar los recursos del FAEP o de tener el aval del Gobierno Nacional para solicitar créditos o refinanciaciones. Todos estos son instrumentos que antes no existían y que hemos creado para ustedes, pensando únicamente en aliviar la situación de los departamentos y municipios de Colombia.

Amigos Gobernadores:

Así como pensamos en incrementar sus ingresos y en abrir soluciones al problema de la deuda, tenemos que entender también la necesidad de ajustarnos todos a la actual situación fiscal, reduciendo nuestros gastos para que no se vuelva a presentar la situación que ahora estamos sorteando.

En ese sentido, a ustedes les ha correspondido obrar dentro del marco de la nueva Ley de Ajuste Fiscal Territorial, que ata el nivel de los gastos de

funcionamiento a la disponibilidad de recursos de libre destinación, de forma que nunca más las entidades territoriales gasten en burocracia y gestión administrativa más de lo que reciben por rentas propias. Todo ajuste es doloroso, pero es muy importante realizarlo a tiempo para no sufrir las consecuencias de seguir gastando recursos que no existen. Lo que estamos pidiendo, señores gobernadores, es un gesto de realismo y de responsabilidad.

También sé cuál es el esfuerzo que ha venido haciendo el Gobierno Nacional. Precisamente le he pedido a la Función Pública que me hiciera un resumen de los cargos que hasta hoy en el Estado colombiano hemos eliminado. La cifra en la cual hemos venido trabajando en los dos últimos años llega a un gran total de 20.957 cargos que hemos eliminado.

De esos 20.957 cargos, con la creación del Banco Agrario y la eliminación de la Caja Agraria tocó mantener y crear 4.719, para un total hasta hoy de cargos que nosotros eliminamos en el Gobierno Nacional de 16.238 cargos.

De la mano estamos trabajando con la Función Pública para que cuando finalicemos el presente año podamos llegar a cerca de 26.000 cargos que hemos eliminado del Gobierno Nacional, sin contar con los planes y programas que con el Ministro de Hacienda estamos ejerciendo en el adelgazamiento de muchas de las entidades del Estado y con la presentación de las facultades que nos permitan hacer el ajuste necesario y la eliminación de otras entidades del orden nacional.

Pero como el ajuste debe ser para todos, el Gobierno Nacional ha planteado igualmente en el Acto Legislativo que cursa en el Congreso para la reforma al régimen de transferencias una norma que limite el crecimiento de sus gastos de funcionamiento, generando en todos los niveles una conducta pública que equilibre los egresos con los ingresos.

Nuestro deber como gobernantes, como dije en una cumbre del año pasado, recordando una frase de José María Samper, es "prever, conciliar y gastar bien."

Hoy por hoy, este último ingrediente del gasto responsable y austero es especialmente significativo para que no repitamos los errores del pasado.

Y valga la oportunidad para referirme nuevamente al proyecto de reforma al régimen de transferencias territoriales, que hemos explicado exhaustivamente en las diversas reuniones, pero cuyo debate y entendimiento por parte de ustedes, señores gobernadores, son de la mayor importancia.

Este proyecto garantiza un crecimiento real y estable de los ingresos de las regiones, permitiendo al mismo tiempo un saneamiento de las finanzas nacionales. Con la creación del Sistema General de Participaciones de las Entidades Territoriales y las fórmulas por aplicarse durante los próximos siete años, estamos buscando una profundización de la descentralización, haciendo a los departamentos menos dependientes de las oscilaciones anuales de los ingresos nacionales, y estamos garantizando, al mismo tiempo, que las transferencias a los departamentos siempre se incrementen por encima de la inflación.

Es un error insistir –como infortunadamente algunos siguen haciéndolo–, en la tesis de que este proyecto constituye un perjuicio para los ingresos de los departamentos. Por el contrario, los estamos garantizando, con un sistema siempre creciente en términos reales, de forma que no vuelvan a verse resentidos por fenómenos de recesión como el ocurrido el año antepasado, cuando las transferencias disminuyeron en la misma proporción en que disminuyeron los ingresos de la Nación.

Yo los convoco, señores Gobernadores, a que estudien con detenimiento y objetividad este proyecto, y a que analicen su necesidad y conveniencia, con visión de Estado y con criterio de solidaridad nacional.

Señores Gobernadores de Colombia:

Parte de nuestra responsabilidad ante nuestros conciudadanos es permitir que estos participen en las decisiones que afectan su propio futuro. Como ustedes saben, este es el propósito del programa "Empresa Colombia", que busca vincular, mediante procedimientos específicos y con todo el apoyo del Gobierno Nacional, las comunidades a la propuesta, priorización y presentación de los diversos proyectos de inversión.

He dicho, e insisto, que este programa no pretende reemplazar las funciones de los gobernadores, sino que busca apoyarlos y asesorarlos en

el trámite de las soluciones más urgentes de sus regiones. "Empresa Colombia" no quiere actuar a espaldas de los gobernadores, sino con los gobernadores, para que así obtengamos los mejores resultados de coordinación y eficiencia.

En sólo medio año de funcionamiento de este programa, se han realizado ya procesos de priorización y suscripción de Pactos Ciudadanos en 28 departamentos y en los municipios de la Zona de Distensión. Se priorizaron 800 proyectos inscritos en el Fondo Nacional de Regalías por un valor total de 345 mil millones de pesos, y se presentaron 847 nuevas iniciativas de inversión. Hoy podemos ver con satisfacción cómo la Comisión Nacional de Regalías ya aprobó el año anterior 251 proyectos presentados a través de la estrategia de Empresa Colombia por un valor de 116 mil millones de pesos.

¡Son 116 mil millones que se invertirán en los proyectos que más interesan a las comunidades que los priorizaron!

Para vincularlos a ustedes y para explicarles mejor esta estrategia, estamos llevando a cabo por todo el país el Taller de Información de Empresa Colombia a Gobernadores y Alcaldes, que ya se ha realizado en 10 departamentos y que pronto se llevará a los restantes. Los invito, señores Gobernadores, a que participen en ellos y estudien, con desprevenimiento y sentido de comunidad, la mejor forma de participar en este proyecto de nación.

Apreciados amigos:

Quiero, finalmente, aprovechar esta propicia oportunidad de encontrarme con ustedes para presentarles las herramientas de la nueva Colombia que ustedes y yo estamos construyendo: las Herramientas para la Paz.

Las políticas sociales, más que políticas abstractas, tienen rostro y nombre propios: el de todos los colombianos que pueden beneficiarse de ellas. Por eso, permítanme evocar una imagen que debería multiplicarse en todas las regiones de nuestra patria: la de Flor Marina Martínez, una humilde mujer de Chiquinquirá, quien el pasado domingo se vis-

tió con su mejor blusa, el único pañolón que tiene y sus zapatos nuevos, empacó cuidadosamente en una bolsa plástica los certificados de estudios y los de talla y peso de sus tres pequeños de 6, 9 y 12 años. Con el corazón lleno de esperanza y fe caminó un largo trecho y se dirigió a la plaza principal, con un paso cada vez más acelerado. No era para menos: ese día a su pueblo llegaba "Familias en Acción", un programa por el que siento un especial afecto, porque nos permite premiar con apoyo económico directo el buen comportamiento de las madres con sus hijos.

La alegría de mujeres como Flor Marina se ha repetido en otros municipios del país a los que ya han llegado nuestros funcionarios de "Familias en Acción", cuyos beneficios alcanzarán a 380 mil familias y un millón de niños. Pero no será este el único motivo de entusiasmo, porque también están comenzando a dar frutos los otros 7 programas que constituyen la acción social del Plan Colombia.

Señores gobernadores: Hoy les presento estas Herramientas para que las hagan propias y las pongan al servicio de su gente, aprovechando su autoridad y poder de convocatoria en sus respectivas regiones.

Los recursos están listos y, en la medida en que aunemos esfuerzos, llegarán a quienes más los necesitan. Esta empresa es de todos y para todos. Por eso, al tiempo que el Gobierno Nacional invertirá en ella con generosidad, espera otro tanto de ustedes para que los programas lleguen a la mayor cantidad posible de colombianos. Aun en los casos en que nosotros aportemos todos los recursos, como ocurre en el programa de Familias en Acción, a ustedes les competirá responderles a las madres, quienes, para poder recibir los subsidios, deben matricularlos en la escuela y procurar que reciban atención médica mínima.

Hablemos muy brevemente sobre las Herramientas que hemos diseñado y puesto en marcha:

Además de "Familias en Acción", que entregará subsidios a las madres del nivel 1 inscritas en el Sisbén, tenemos "Empleo en Acción", que busca generar ocupación transitoria a través de proyectos de infraestructura en los estratos uno y dos, tales como redes de acueducto y al-

cantarillado, construcción de andenes, parques, vías peatonales, construcción de escuelas, salones comunales, guarderías y, en general, obras de beneficio para habitantes de barrios de los estratos mencionados. Esta iniciativa es de las que mayor compromiso de los mandatarios regionales y locales requieren, ya que los proponentes podrán ser los departamentos, los municipios, las comunidades u organizaciones sin ánimo de lucro y las ONG.

También tenemos el programa "Jóvenes en Acción", que busca capacitar a colombianos en edades comprendidas entre los 18 y 25 años en oficios semicalificados. Aquí también los invito a que ustedes, gobernadores, sensibilicen y respalden a los empresarios que quieran participar en esta estrategia, además de que promuevan la cedulación y la inscripción en el Sisbén de los jóvenes que tienen requisitos para ello. La idea es que estos jóvenes sean instruidos por entidades capacitadoras durante tres meses, para que en los tres meses siguientes puedan hacer su práctica laboral en una empresa. Durante el tiempo que dure el proceso el Gobierno entregará al joven un aporte económico de transporte y un seguro de vida.

Nuestro empeño en cada iniciativa de esta Caja de Herramientas para la Paz, es la de lograr el bienestar de las clases menos favorecidas. Por eso, nuestro cuarto programa, "Vías para la Paz", mejorará la infraestructura vial primaria, secundaria, terciaria y fluvial de las zonas más afectadas por la violencia. Sé, porque conozco y recorro a mi país, del drama que significa para muchos campesinos sacar el producto de sus cosechas y no tener cómo transportarlas; sé también del dolor y la angustia de muchas madres, como Flor Marina Martínez, cuando no pueden llevar a sus hijos enfermos a un hospital porque la falta de vías en sus veredas no les permite salir ni siquiera en casos de suma gravedad. Qué bueno poder decirles que algunos de los contratos para repavimentar y rediseñar vías ya están en marcha o comienzan en el próximo mes, como es el caso de las vías Mocoa-Pitalito, Quibdó-Yuto, Vélez-Landázuri y Fuente de Oro-San José del Guaviare.

Otra herramienta es "Campo en Acción", una iniciativa que beneficiará a pequeños y medianos productores agropecuarios. Este programa busca incentivar la realización de proyectos productivos agropecuarios

para generar en el mediano y largo plazo posibilidades de desarrollo económico y social sostenible. Ustedes mismos pueden ayudarnos a identificar proyectos que sean técnicamente viables y comerciales, y asumir parte de la financiación de los mismos. También estamos adelantando el programa de "Derechos Humanos", a través del cual fomentaremos la cultura por su respeto, protección y garantía, así como por la aplicación del Derecho Internacional Humanitario.

Una séptima herramienta es la de "Atención Humanitaria", mediante la cual buscamos fortalecer la capacidad de respuesta del Estado colombiano, especialmente a través de la Red de Solidaridad Social, para atender emergencias ocasionadas por el fenómeno del desplazamiento. Aquí es muy importante la coordinación entre la Red y los gobernadores para integrar y activar los Comités Departamentales para la Atención a la Población Desplazada.

Finalmente, tenemos el programa de "Transparencia y Convivencia", que garantiza que todos los demás se cumplan con eficiencia y sin corrupción. A través suyo, velaremos por la buena gestión gubernamental, asegurando la capacidad de ejecución y la transparencia en la asignación de los recursos públicos. Para generar paz y convivencia, también legalizaremos la propiedad de baldíos asociados con la erradicación de cultivos ilícitos.

¡Estas son las herramientas para la paz, señores Gobernadores! ¡Son suyas y de todos los colombianos, para que se apropien de ellas y las pongamos a funcionar por el bien del país!

Señores Gobernadores:

Quisiera finalizar diciéndoles algo, de gobernante a gobernantes, basado en la experiencia que proporcionan más de dos años y medio al frente del Gobierno Nacional, sabiendo que a ustedes, en cambio, les quedan por delante casi tres años para llevar a cabo su obra de gobierno en beneficio de sus regiones:

Nuestro primer deber para con nuestra gente es obrar con responsabilidad, pensando en el largo plazo, en el futuro y en las consecuencias de nuestros actos.

Como bien decía el moralista francés Jean de la Bruyère: "No pensar más que en sí mismo y en el presente es, en la política, una fuente de error".

Así los presionen las circunstancias, la opinión pública o las críticas fáciles de quienes contemplan los toros desde la barrera, los invito a obrar con grandeza para que el día de mañana miren hacia atrás y comprueben con satisfacción –como espero hacerlo yo– que sólo se dejaron guiar por la decisión de acertar, de servir y de hacer lo correcto.

¡QUE LAS VELAS DEL BUQUE ESCUELA GLORIA SE HINCHEN COMO BANDERAS DE PAZ!

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión del zarpe del Buque Escuela ARC Gloria.*

Cartagena de Indias, Bolívar, 24 de febrero de 2001.

Hoy cumplimos una nueva cita con la Armada Nacional de Colombia, con Cartagena de Indias y con el mar Caribe que la acaricia.

Hoy el aliento salino hinchará nuevamente las velas del Buque Gloria para llevar el nombre de Colombia a los puertos que forman parte del itinerario de este nuevo crucero en el que se embarcan 173 hombres y mujeres.

Este puerto consentido de América, que tantas veces ha visto enfilarse al horizonte, sobre las aguas tornasoladas de su bahía, el casco blanco y verde del Gloria, se quedará esperando a los curtidos marineros que regresarán en unos 160 días y que abrazarán a sus familiares y amigos con el alma llena de historias y aventuras, y plenos de esa experiencia que el destino reserva a unos pocos privilegiados: navegar a vela por los mares del mundo.

Es inevitable comparar esta travesía que hoy comienzan ustedes con la primera vuelta al globo terrestre que realizó el gran navegante portugués Fernando de Magallanes y que lo llevó a descubrir el estrecho que hoy lleva su nombre.

Magallanes y su tripulación bordearon el Cono Sur tal y como lo hará el Gloria en los próximos meses, sólo que en dirección opuesta. Cuen-

tan los historiadores que Magallanes inició su viaje en 1520, con una flota de cinco naves, acompañado de una diversa tripulación de 250 hombres que incluía españoles, portugueses, italianos, africanos, franceses, griegos y hasta un inglés, los cuales, si bien no compartían el mismo idioma, tenían en común ese espíritu aventurero y desafiante que ha caracterizado siempre a los marinos a lo largo de la historia y que les ha permitido descubrir los rincones más recónditos de la Tierra.

Hoy, como en ese viaje épico, la tripulación del Gloria tiene entre sus miembros no sólo a colombianos, sino también a un ecuatoriano, un peruano, un guatemalteco, un argentino, un chileno y un panameño, que comparten con nuestros compatriotas el sentimiento común de Latinoamérica y esa pasión por el mar y por servirle incondicionalmente a su país.

Su misión no es encontrar un camino alternativo a la famosa Ruta de las Especias, como lo fue para Magallanes, sino engrandecer su espíritu e intelecto con las infinitas enseñanzas que brinda la generosa y exclusiva oportunidad de pertenecer a la tripulación del Gloria.

Cuando estén navegando por el sur de América podrán sentir la emoción de redescubrir el hoy famoso Bosque Petrificado, recordar la impresión de los aventureros cuando creyeron ver a indígenas gigantes, lo que dio origen a una leyenda sobre el tamaño de los patagones, y, finalmente, divisar con su imaginación las hogueras de los indios yámanas, que le dieron su nombre a lo que hoy conocemos como Tierra del Fuego.

Esta es apenas una parte de la maravillosa experiencia que les espera. Cada puerto y cada nuevo país implican el conocimiento de una nueva cultura, de una nueva forma de ver el mundo y de comprender la vida. La relación y camaradería que establezcan con sus compañeros de viaje y con las personas que encuentren en los lugares que visiten se convertirán en una experiencia inolvidable que los formará y los hará crecer no solo como marinos y miembros de la fuerza pública sino como individuos de bien, preparados para contribuir con el engrandecimiento de su patria.

A los 82 cadetes que hoy comienzan su formación quiero recordarles que hacen parte de una institución que en los últimos años se ha transfor-

mado y que hoy es pieza esencial en el proceso de fortalecimiento de la Fuerza Pública con el cual estoy comprometido, un proceso que hoy arroja resultados operativos impresionantes contra los enemigos de la paz y de la convivencia pacífica de los colombianos.

Sólo en los dos primeros meses de este año, la Armada Nacional ha capturado 10 miembros de las autodefensas, ha destruido seis laboratorios para el procesamiento de coca en el sur del Putumayo, y ha trabajado conjuntamente con la Policía Nacional en la incautación de narcóticos, especialmente en el Golfo de Morrosquillo, donde se impidió que dos toneladas de cocaína fueran a parar a manos de distribuidores y consumidores de droga.

Adicionalmente, gracias a la acción profesional de los miembros de la Armada, se liberaron dos secuestrados, uno en Sucre y otro en el Putumayo, y se recibió de nuevo en el seno de la sociedad a 14 menores de edad que estaban en las filas de la insurgencia en el sector de Buenaventura.

Estas decididas acciones demuestran el compromiso de la Armada con Colombia y con todos sus compatriotas.

Apreciados amigos:

La lucha contra los violentos e intolerantes de todas las vertientes sigue en curso, a la vez que avanzan los diálogos y acercamientos para detener un conflicto armado que les ha costado la vida a miles de inocentes.

En particular, quiero referirme al Plan de Acción que venimos implementando para combatir con decisión y contundencia a los grupos ilegales de autodefensa.

Durante mi Gobierno, se han capturado 600 y dado de baja a 124 de sus miembros. Sólo el año pasado más de 400 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados superando en un 10 por ciento el número de capturados y en 150 por ciento el número de abatidos en 1999.

¡Más de 700 presuntos miembros de grupos de autodefensa, vale decir, casi el 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas!

Los cultivos ilícitos y la violencia han convertido a muchas zonas del país en círculos viciosos donde estas dos vilezas se alimentan mutuamente, generando caos y muerte. El compromiso del Gobierno, de la Fuerza Pública, y muy particularmente de la Armada Nacional, para combatir estos flagelos, es indeclinable.

Hace apenas una semana sobrevolé personalmente el sur de Bolívar donde hasta hace apenas dos días se habían fumigado alrededor de 2.100 hectáreas de hoja de coca, destruido cerca de 80 laboratorios y cocinas para el procesamiento de cocaína y decomisado alrededor de 24 vehículos al servicio de grupos de autodefensa y de narcotraficantes.

Con estas operaciones, estamos buscando neutralizar a todos los agentes generadores de violencia en el sur de Bolívar, especialmente a los grupos ilegales de autodefensa, cuya participación en la protesta contra la creación de la Zona de Encuentro con el Eln ha quedado demostrada, y cuyas acciones de crueldad atentan contra la vida y la tranquilidad de miles de campesinos.

Como Presidente de todos los colombianos, no me cabe duda de que los habitantes del sur de Bolívar, que son en su inmensa mayoría ciudadanos de bien, no le van a negar una oportunidad a la paz de Colombia. Pueden estar seguros de que los protegeremos y no permitiremos que sus derechos sean vulnerados.

Nuestra Fuerza Pública opera en todo el país y con la misma contundencia. Por eso, al tiempo que se daba en Bolívar este golpe a los narcotraficantes protegidos por las autodefensas, en otra región del país, en Barranco Minas (Guainía), una fuerza conjunta del Ejército y de la Infantería de Marina llevó a cabo, con éxito, una de las mayores ofensivas contra el narcotráfico, esta vez aliado con la guerrilla, capturando a 6 narcotraficantes, decomisando cerca de 3.000 armas y destruyendo 11 laboratorios para procesamiento de cocaína.

Para fortalecer este tipo de operaciones, y en particular la seguridad en 1.000 kilómetros del río Putumayo, ayer precisamente pusimos a disposición de la Fuerza de Tareas Conjuntas del Sur tres modernas lanchas que reforzarán la flota de 35 que posee la Fuerza Naval en la

región, para combatir actividades relacionadas con el narcotráfico, la insurgencia y los grupos ilegales de autodefensa.

¡No nos quedamos, ni nos quedaremos, quietos para combatir los traficantes de muerte en nuestro territorio!

Queridos amigos:

Hace 480 años la histórica expedición de Magallanes que, saliendo de España, atravesó el Atlántico, bordeó Brasil, Argentina y Chile, y enrumbo finalmente por el Pacífico hacia su punto de partida, no tuvo un final feliz. Magallanes murió en las islas Filipinas antes de cumplir su cometido; de las cinco naves sólo una regresó a España, y de los 250 hombres que partieron sólo volvieron 18 sobrevivientes.

Qué bueno saber hoy que este crucero que desandaré parte de la ruta de Magallanes no tendrá que afrontar las tremendas dificultades y problemas de salubridad que sufrió su ilustre antecesor, sino que superará con orgullo y valentía los desafíos del mar, para volver otra vez a Cartagena, donde estaremos todos esperando con los brazos abiertos y el corazón emocionado.

El Buque Escuela ARC Gloria zarpa hoy al mando del Capitán Jairo Gómez Peña, quien, con su experiencia previa al mando del Buque Oceanográfico Malpelo, como director del Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas y como Segundo Comandante de esta escuela que se impulsa con el aliento de Neptuno, dirigirá sabiamente estos meses de navegación y el proceso de formación que comienza hoy la tripulación.

Nuestro buque insignia, nuestra ¡Gloria! y su tripulación actuarán como embajadores de Colombia; de esa Colombia que lucha por la paz y que busca el bienestar de su pueblo; de esa Colombia llena de música y tradición, de paisajes verdes y ríos cristalinos, de gente emprendedora y trabajadora; gente como ustedes, queridos tripulantes que hoy se embarcan para servir a su Patria.

¡Suban por alto, hacia las cumbres del honor! ¡Y que las velas se hinchen como banderas de paz!

RECONOCIMIENTO DE COLOMBIA ENTERA A UNA VIDA ENTREGADA A LA CONSTRUCCIÓN DE UN PAÍS JUSTO Y PROGRESISTA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la imposición de la condecoración "Orden de Boyacá"
a Adolfo Carvajal Quelquejeu.*

Cali, Valle del Cauca, 31 de mayo de 2001.

Hoy es un día muy especial para el Valle del Cauca. Hoy es un día de gran significado para la empresa colombiana. Hoy miles de microempresarios, cientos de familias necesitadas, comparten nuestra alegría. Porque hoy estamos rindiendo homenaje a un gran vallecaucano, a un inigualable empresario y a un hombre solidario que reúne en sí mismo las virtudes de los mejores colombianos: tesón, talento, responsabilidad y sentido social. Me refiero, por supuesto, a nuestro admirado amigo y gran colombiano, el doctor Adolfo Carvajal Quelquejeu.

Usted, Adolfo, por ser un hombre dedicado a su tierra, a su empresa y a su familia; por ser el digno modelo de la formación jesuítica que recibió de sus maestros en el colegio Berchmans de Cali y en el San Bartolomé de Bogotá; por ser un creador de empleo que trabaja y ha trabajado siempre sin horarios ni fines de semana, merece el reconocimiento de su patria.

No sólo ha sido el presidente de uno de los más grandes grupos empresariales del país por más de dos décadas; no sólo fue el primer director de Coldeportes, que impulsó con tesón el deporte competitivo en nuestra patria; no sólo representó a nuestro país con altura como embajador en Francia, sino que reúne en sí unas cualidades que bien pueden servir de ejemplo a las nuevas generaciones.

Precisamente, la vida de Adolfo Carvajal ha sido la de un hombre cristiano y devoto como pocos. No es casualidad que haya sido el gran organizador de la venida del papa Juan Pablo II a Cali, ni que el Vaticano le haya otorgado la Orden de San Gregorio Magno. En el caso de Adolfo sí que puede aplicarse ese hermoso lema monacal de *ora et labora*, porque sus vidas espiritual y profesional han estado siempre unidas.

Pero no puedo hablar de Adolfo Carvajal sin remontarme a unos acontecimientos que ocurrieron a fines del siglo XIX. Porque la historia de Adolfo, que hoy nos congrega en este emotivo y justo acto de reconocimiento a su labor, comenzó mucho antes que su propia vida. Es una historia de pioneros, de fe en el trabajo, de visión empresarial y de pertenencia a su región, que se resume en un apellido que conoce toda Colombia y que quiere toda Colombia: Carvajal.

"Carvajal hace las cosas bien", dice el slogan que hoy forma parte del inconsciente colectivo de nuestro país. Y las viene haciendo bien desde hace más de un siglo, cuando don Manuel Carvajal Valencia, asociado con Belisario Palacios y Juan Antonio Sánchez, compró en Cali, en 1894, la prensa tipográfica que había instalado don Teodoro Materón en Palmira 25 años antes, en los tiempos lejanos y hermosos en los que Jorge Isaacs regaló a la literatura universal la historia triste y apasionante de Efraín y María en "El Paraíso".

Esa vieja imprenta sería el inicio de lo que luego se convertiría en un inmenso conglomerado empresarial. Gracias a ella, en 1904 don Manuel, que ya había vendido su finca "La Paz" para comprar su parte en el negocio a sus dos socios originales, fundó con sus dos hijos mayores, Alberto y Hernando, la Imprenta Comercial, que dos años más tarde, en 1906, pasaría a llamarse Carvajal & Cía., una razón social que estaba llamada a formar parte privilegiada de la historia empresarial de Colombia.

La carrera 5ª, entre calles 14 y 15, de esta bella Sultana del Valle, conserva todavía la historia de aquella casa paterna donde se fundó un sueño que hoy es una feliz realidad. Eran otros tiempos. Santiago de Cali apenas si contaba con 25.000 habitantes y los caminos del Valle se cruzaban a lomo de mula. Por suerte, la tipografía, imprenta y papelería

de los Carvajal viajaba por senderos más veloces, porque lo hacía impulsada por el trabajo de una familia unida y emprendedora.

Además de Alberto y Hernando, estaban también otros cuatro hijos: Manuel Antonio, Mario, Ana María y Josefina, y todos a una pusieron de su parte, cada quien a su manera, para que Carvajal & Cía. se convirtiera en el floreciente grupo empresarial que hoy es.

Justamente fue Mario Carvajal Borrero –el poeta de la familia y su querido padre, Adolfo– quien asumió en 1939, junto con Manuel Carvajal Sinisterra, el hijo mayor de Hernando, las riendas de la compañía hasta 1946. Desde este año y hasta su fallecimiento temprano en 1971, la cabeza única del grupo fue Manuel Carvajal Sinisterra, quien hizo verdadera historia con Carvajal.

Luego vendría el periodo de don Jaime Carvajal Sinisterra, quien dirigió los destinos de la compañía entre 1971 y marzo de 1979, fecha en la que Adolfo Carvajal Quelquejeu, a quien hoy ofrecemos este merecido homenaje, asumió la presidencia del grupo, un cargo que ocuparía por más de 20 años, hasta junio de 1999.

Tengo que aceptar mi cuota de responsabilidad por la separación de Adolfo de su cargo en Carvajal, pues fui yo quien, conociendo su amor al país y a su gente, su capacidad organizativa y su mentalidad positiva, lo designé como embajador de Colombia ante la República de Francia, un cargo que ejerció con decoro y pulcritud hasta septiembre del año pasado, dejando muy en alto el nombre de nuestra patria ante el pueblo galo.

Por supuesto, mientras Adolfo ejercía su representación diplomática, Carvajal siguió creciendo y consolidándose bajo la presidencia de Alberto José Carvajal, como continúa haciéndolo hoy bajo la reciente dirección de Alfredo Carvajal Sinisterra.

Como pueden ver, no me equivocaba. La historia de Adolfo comenzó mucho antes que su propia vida, porque está indisolublemente ligada a la de una región, una empresa y una familia que hoy son ejemplo para toda Colombia.

Carvajal & Cía. sobresale en el panorama empresarial del último siglo, muy especialmente de los últimos 40 años, y esto no sólo obedece a su excelente desempeño empresarial. No sólo se debe a su presencia en otros 15 países de América Latina y el Caribe, en los Estados Unidos y en Europa. No sólo es por las varias e importantes compañías que hoy forman el grupo Carvajal. ¡No sólo por estos excelentes logros! Lo que le otorga a Carvajal un lugar en el corazón de todos los colombianos son los programas de acción social de la Fundación Carvajal que iniciaron en 1961 cuando la familia Carvajal donó más del 35 por ciento de las acciones de su operación en Colombia para crearla.

Son muy conocidas las actividades de la Fundación para promover y estimular la creación y el buen funcionamiento de las microempresas y las organizaciones solidarias por todo el país y en América Latina. Igualmente, lo que hace por las comunidades más pobres de Cali, principalmente en el distrito de Aguablanca, es verdadera acción social positiva que, sin paternalismo, enseña a la gente más pobre a producir y a formarse un mejor futuro.

Esta ciudad y el Valle del Cauca, sin duda, merecen un presente de desarrollo y paz, como el que promueve Carvajal. Hoy quiero reafirmar, por ello, ante buenos vallecaucanos como ustedes, que el Gobierno Nacional y la Fuerza Pública están comprometidos con la seguridad y la tranquilidad de esta región.

Esta es una magnífica oportunidad para ratificar una excelente noticia para el occidente del país: antes de seis meses estará funcionando en Cali la Brigada Móvil No. 6, con un personal previsto de 88 oficiales, 242 suboficiales y 1.300 soldados profesionales, para dar protección y seguridad al departamento del Valle y a los departamentos aledaños de Cauca y Nariño.

Los empresarios y las gentes del Valle del Cauca pueden tener la certeza de que su seguridad es una prioridad para nosotros. La operación conjunta de la Fuerza Naval del Pacífico, la Segunda Brigada de Infantería de Marina, el Grupo Aeronaval, la Estación de Guardacostas del Pacífico y la Tercera Brigada del Ejército, entre otras guarniciones militares, ha dado como resultado recientes éxitos contra la delincuencia, tales como la captura de 62 miembros de los grupos ilegales de autodefensa, la aprehensión de extorsionistas en Buenaventura y la captura de 18 sujetos integrantes de las milicias bolivarianas de las Farc-Ep.

¡Vamos a combatir y estamos combatiendo con toda decisión a los violentos! ¡A los cobardes terroristas que siembran muerte, dolor y destrucción! ¡A la delincuencia organizada y el narcotráfico que carcomen la moral y financian la violencia! ¡A quienes se empeñan en secuestrar, en extorsionar, en masacrar a los colombianos de bien!

¡Los buenos somos más! Y para protegerlos, para garantizar su tranquilidad, hemos fortalecido la Fuerza Pública como nunca antes en Colombia. Cuando asumí mi gobierno, las Fuerzas Militares contaban escasamente con 22.000 soldados profesionales y 53.000 soldados regulares. Hoy tenemos ya 55.000 soldados profesionales y, con el "Plan Fortaleza", vamos a continuar incrementando año tras año el número de soldados regulares hasta alcanzar unos 105.000 en el año 2004, de forma que completemos para esa fecha un pie de fuerza de 160.000 hombres. ¡Más del doble de lo que teníamos en 1998!

Con respecto a nuestra capacidad táctica, también hay que destacar el incremento que se está presentando en la flota de helicópteros a disposición de las Fuerzas Armadas, que permiten su movilización y el apoyo en todos los frentes. ¡En pocos meses habremos duplicado el número total de helicópteros, pasando de los 87 que había al inicio de mi Gobierno a 172, y habremos cuadruplicado la flota de helicópteros pesados artillados!

Incluso hemos incrementado de forma importante elementos primarios de combate, como son los fusiles. En los dos últimos años hemos adquirido 60.000 nuevos fusiles, lo que representa un aumento del 50 por ciento sobre el inventario existente, además de su modernización.

¡Qué bueno poder confirmar hoy, con hechos y cifras concretas, a las gentes buenas y emprendedoras del Valle del Cauca, que estamos haciendo todo lo posible para garantizar su seguridad y la de todos los colombianos!

Apreciados amigos:

Adolfo Carvajal Quelquejeu, su querida y dinámica esposa Amparo Sinisterra de Carvajal y sus hijos María Fernanda, Amparo y Gustavo Adolfo, son el mejor ejemplo de una familia y de una clase empresarial

valluna que durante todo el siglo XX y ahora en los albores del siglo XXI nos ha enseñado a todos que prosperar y compartir la prosperidad con los más necesitados, con trabajo honesto y solidaridad humana, es el mejor negocio para el espíritu.

Durante dos décadas Adolfo fue el alma de una gran empresa cuya historia hoy he tenido el gusto de recordar. Él ha creado empleo y riqueza para sus compatriotas. Y no dudó tampoco cuando se le pidió apartarse de su alto cargo en la compañía para servir a su país y representarlo dignamente en el exterior.

Por todo esto: porque Adolfo Carvajal, como la empresa a la que ha entregado su vida, también "hace las cosas bien" y las hace por su país y por su gente vallecaucana, me siento muy honrado en otorgarle, como lo hago en este día, frente a su familia y sus amigos, la Orden de Boyacá en el grado de Gran Cruz, como un reconocimiento de Colombia entera a una vida entregada a la construcción de un país justo y progresista.

Bolívar, nuestro Libertador, quiso, un día después de la Batalla de Boyacá, que esta condecoración se entregara a aquellos que mejor sirvieran a Colombia.

Hoy, Adolfo, al conferírsela, reconozco en usted a un servidor de su patria, de su terruño vallecaucano y de su gente. ¡Cuánto mejor estaría nuestro país si tuviéramos más Adolfos Carvajal al frente de nuestras empresas y de nuestro futuro! ¡Cuánto tienen que aprender de este hombre de acción, de este empresario con corazón, aquellos que insensatamente creen que se puede construir desde la destrucción!

Decir "trabajo" y decir "Adolfo Carvajal" es prácticamente una redundancia, porque es difícil conocer a alguien más trabajador que Adolfo. Me cuentan que al mediodía, cuando tomaba su justo descanso para almorzar, avisaba el momento exacto de su salida para que le fueran calentando la comida y así no perder un minuto para regresar al trabajo antes que Alberto José. Hasta me he enterado -y esto sí es increíble- que Amparo, su esposa, llegó a ponerle un télex a la oficina para invitarlo a cenar a la casa.

Podríamos decir sin equivocarnos que su deporte es el trabajo. Y justamente en el deporte también dejó huella perdurable. No deja de ser excepcional, sin embargo, que Adolfo, un hombre que no descolló como atleta en su juventud -aunque siempre le gustó el fútbol y hasta horario les quiso poner a sus partidos con sus amigos para extenderlos hasta altas horas de la noche-, haya sido el encargado, como primer director de Coldeportes, de sentar la piedra angular del deporte competitivo en Colombia.

Apreciado Adolfo:

En este apretado e incompleto resumen de su vida y su trabajo, y del desarrollo de la empresa que usted consolidó, he querido hacer un tributo a un colombiano ejemplar. En su nombre y en su vida rendimos hoy homenaje a una casta excepcional de hombres y mujeres que han hecho historia en el Valle del Cauca y en todo el país con su aporte a nuestra economía y con su obrar solidario. En usted rindo homenaje a una familia que continúa expandiéndose, siguiendo el sueño visionario de don Manuel Carvajal Valencia, ese hombre que compró un día una vieja y rudimentaria imprenta y la convirtió en un emporio de progreso.

Lástima que hoy sea el día del no fumador, porque esta condecoración sí que merece que usted y yo disfrutemos, como tanto nos gusta, de unos buenos tabacos de celebración. Pero no importa que celebremos sin humo, porque la satisfacción de exaltar su ejemplo es suficiente regocijo para todos.

El futuro es de los que se atreven. Y usted, Adolfo, se ha atrevido a servir a su país, a su departamento, a su ciudad y a su familia, sin apartarse jamás de los más pulcros principios morales. ¡Por eso hoy Colombia lo reconoce entre sus mejores hijos!

LA PAZ REQUIERE EL APOYO Y EL IMPULSO DE TODAS LAS FUERZAS VIVAS DE LA NACIÓN

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la reunión del IX Consejo Nacional de Paz.*

Bogotá, D. C., 20 de junio de 2001.

El 30 de enero pasado, hace 4 meses y 20 días, cuando se reunió por última vez el Consejo Nacional de Paz, el panorama del proceso de paz con las Farc-Ep era complejo y ciertamente no muy alentador. Este grupo tenía congeladas las negociaciones desde noviembre del año anterior y nuestra discusión se centraba entonces sobre la conveniencia de la prórroga de la zona de distensión.

Hoy, por fortuna, podemos decir que, desde entonces hasta ahora, hemos dado pasos muy importantes en la dirección correcta y que nos estamos alejando de la amenaza del estancamiento para pasar a la realidad de los acuerdos.

Después de la sesión con ustedes, le propuse una reunión a Manuel Marulanda Vélez con el fin de que decidiéramos de una vez por todas si íbamos a continuar el proceso de paz que habíamos iniciado. En esta reunión, que tuvo lugar los días 8 y 9 de febrero, se firmó el conocido Acuerdo de Los Pozos.

En dicho Acuerdo establecimos unos compromisos y procedimientos concretos, los cuales se han ido cumpliendo uno a uno, tal como tendrá oportunidad de exponerlo con detalle el Alto Comisionado para la Paz, allanando el camino de la negociación y contribuyendo a que la confianza necesaria para el diálogo se incremente, con la participación de la sociedad civil, de las fuerzas políticas y de la comunidad internacional.

Entre lo acordado quiero resaltar la constitución de la comisión de personalidades que le formulará recomendaciones a la Mesa de Negociación en torno a los posibles mecanismos para la reducción del conflicto y acerca de la lucha en contra del paramilitarismo. Esta comisión tiene una enorme responsabilidad y tengo la confianza de que, con sus recomendaciones, obtendremos avances concretos que permitan consolidar el anhelo de los colombianos en temas como el secuestro, la extorsión y todos los actos que afectan a la población civil.

Es hora ya de empezar a sacar a la población civil del conflicto. Este proceso ya ha avanzado lo suficiente y es necesario concretar acuerdos en torno a este tema. Los colombianos y el mundo entero están esperando esto.

Otro logro ha sido también la firma (el pasado 2 de junio) del llamado Acuerdo Humanitario. Gracias a éste, Colombia entera ha presenciado con inmensa alegría el retorno a sus hogares de, hasta ahora, 55 soldados y policías que se encontraban en poder de las Farc-Ep. Se espera, tal y como este grupo lo ha manifestado públicamente, la liberación de por lo menos 250 más la semana entrante. ¡Serán más de 300 liberaciones! ¡Más de 300 nuevas razones para la esperanza!

Éste es un primer y fundamental hecho de paz, producto de un proceso que iniciamos hace dos años y medio y que hemos ido construyendo entre todos, en medio de las dificultades propias de este tipo de negociaciones. Estamos probando que sí es posible llegar a acuerdos y cumplirlos. ¡Que la palabra empeñada tiene valor!

Ciertamente, nuestra reunión de hoy tiene un horizonte mucho más positivo que el que vislumbrábamos hace unos meses. El proceso de paz con las Farc-Ep, gracias al Acuerdo de Los Pozos, a su estricto cumplimiento y a la suscripción y ejecución del Acuerdo Humanitario, está hoy más vivo y operante que nunca. La Mesa Nacional de Diálogos y Negociación está discutiendo los temas sustantivos de la agenda y avanzando en el tema del Cese del Fuego y las Hostilidades.

En cuanto al proceso con el Eln, el Gobierno insiste en la viabilidad del mismo y en la posibilidad de alcanzar una solución política con esta

agrupación. A pesar de que el proceso se encuentra suspendido unilateralmente por este grupo insurgente, hemos seguido avanzando en los diálogos con las comunidades del sur de Bolívar, analizando fórmulas con los países que acompañan el proceso y trabajando de la mano con la comisión facilitadora nacional.

Igualmente, el Fondo de Inversiones para la Paz ha aprobado 17.200 millones de pesos para el desarrollo de un Plan de Inversión para el Sur de Bolívar. Además, estamos mejorando las condiciones humanitarias de la población dedicada a los cultivos de coca y logrando importantes avances en la lucha contra las autodefensas, no sólo en dicha zona, sino en todo el país.

También he dicho, y quiero reiterarlo ante ustedes, que, como Presidente de la República, estoy dispuesto a reunirme con los dirigentes del Eln para dar inicio al proceso, porque creo en las posibilidades ciertas de paz con ese grupo. Los opositores a este proceso no pueden quitarle una oportunidad de paz a Colombia.

Con todas estas condiciones, esperamos que muy pronto estemos avanzando en firme en el proceso con el Eln.

La paz requiere el apoyo y el impulso de todas las fuerzas vivas de la nación, porque, como lo he repetido varias veces, la paz no es una política de gobierno sino una política de Estado.

Por eso, así como nos hemos reunido con las fuerzas políticas en el Frente Común por la Paz y contra la Violencia y como nos hemos reunido con los representantes de la Comunidad Internacional que hacen parte del Grupo de Países Amigos y del Comité de Países Facilitadores, hemos querido volver a convocar hoy el Consejo Nacional de Paz, donde tienen asiento los más caracterizados voceros de la sociedad civil, para comunicarles y consultarles acerca de los avances del proceso de paz.

Su participación, sus opiniones y sus sugerencias, son de especial importancia para la definición de los pasos por seguir en este camino hacia nuestro mayor propósito común: la paz.

Los invito, queridos amigos, a que le sigamos inyectando, entre todos, fe y trabajo a un proceso que comienza a producir resultados y de cuyo éxito depende, sin duda, el mejor futuro de Colombia.

¡BIENVENIDOS A LA LIBERTAD, HÉROES DE COLOMBIA!

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
al dar la bienvenida a los 242 soldados y policías que recobraron
la libertad al amparo del Acuerdo Humanitario.*

Base Militar de Tolemaida, Melgar, Tolima, 28 de junio de 2001.

¡Bienvenidos a la libertad, héroes de Colombia! ¡Bienvenidos al seno de sus familias, al abrazo de sus compañeros, a la orientación de sus superiores, al cariño de todos sus compatriotas que los esperábamos desde hace tanto tiempo!

Ustedes ofrendaron su libertad para defender la nuestra y se merecen el más grande reconocimiento de nuestra patria.

Hoy, en esta base militar donde se entrenan los hombres de acero de Colombia, me siento muy feliz al estrecharlos y acompañar su liberación en nombre de millones de colombianos que hemos estado pendientes de ustedes y del dolor de sus familias, que hoy, por fin, se alivia con su presencia.

Hoy es un día de sentimientos encontrados, y quiero aprovechar para expresar la posición de mi Gobierno sobre los últimos acontecimientos que se han producido en el proceso de paz que adelantamos con las Farc-Ep.

En el camino de la guerra que ellos se empeñan en mantener contra todos los pedidos, no solo de la opinión pública nacional sino también de la internacional, lamento la muerte de los 30 soldados, héroes de

nuestro país, que dieron su vida por defendernos en el brutal ataque a la base de Coreguaje en el Putumayo el pasado fin de semana. Ofrecemos a Dios una oración por su eterno descanso.

En este ataque cobarde –y a pesar de los muertos– la guerrilla pudo sentir una vez más la fuerza y capacidad de respuesta de nuestro Ejército, que dio de baja a un gran número de guerrilleros y frustró nuevamente el secuestro de soldados.

Lo que las Farc-Ep están consiguiendo con sus declaraciones, que pretenden crear zozobra, es generar una enorme solidaridad en la que los colombianos, cansados de esta historia sin final aparente, nos unimos en un frente común para impedir que nos derroten con palabras y actos amenazantes que contradicen lo que estamos esperando del avance de las conversaciones de paz.

Y están consiguiendo también el aumento de la confianza y total solidaridad de los colombianos frente a nuestras Fuerzas Armadas que, cada día más fortalecidas y preparadas, los están derrotando en el campo de la guerra y en los enfrentamientos que equivocadamente siguen planteando.

Hoy y aquí, en Tolemaida, saludamos emocionados la nueva entrega parcial de los policías y soldados que tenían secuestrados las Farc-Ep y rechazamos enérgicamente que civiles al margen del conflicto y muchos miembros de nuestras Fuerzas Armadas continúen privados de su libertad a través de una práctica atroz e inhumana como es el secuestro.

Mi Gobierno aceptó que la devolución de policías y soldados fuera parcial y no total, principalmente para acabar con su maltrato y con el dolor y la lucha de sus familias por volverlos a tener sanos y libres en sus hogares, como tiene que ser.

Manifiesto mi repudio sobre la manera como han sido tratados durante su cautiverio, el modo brutal como los movilizaron y la forma inhumana como seleccionaron a los que recuperaron la libertad, ocasionándoles daños emocionales irreparables, que son más graves aún en los que continúan secuestrados.

Precisamente ayer uno de nuestros hombres le entregó al Alto Comisionado el cordel que tuvo en su cuello durante un largo período durante su cautiverio y durante su secuestro. Cada vez que se movilizaban tenían que llevarlo puesto en el cuello. Esta barbaridad tiene que acabar.

Hoy ante el mundo y ante nuestros hombres que han recuperado la libertad quiero cortar esta cadena de la crueldad y de la infamia.

De esta manera simbólica corto la soga de la esclavitud que genera el secuestro. Yo sé que usted, Manuel Marulanda, nunca ha llevado esta soga al cuello y no quiero que la lleve nunca. No quiero que ningún colombiano lleve nunca la soga de la esclavitud del secuestro y sé que la fórmula está en nuestras manos: debemos llegar rápido a acuerdos en los puntos de la agenda y en la disminución del conflicto, en especial en el secuestro.

Lo que los colombianos de bien han podido apreciar a través de las imágenes es uno de los peores excesos de degradación de la condición humana a que se puede llegar cuando la guerrilla desconoce las normas mínimas del Derecho Internacional Humanitario.

Todos coincidimos en que esta entrega es un gesto importante, pero no es un gesto suficiente de paz. Y es que no vamos a descansar hasta que todos los secuestrados –civiles y de nuestras Fuerzas Armadas– regresen sanos y salvos a sus familias y se acabe de una vez por todas este cruel delito de ponerle precio a la vida de las personas.

Quiero hacer un especial reconocimiento al trabajo esforzado y generoso de la Cruz Roja Internacional durante todo el proceso de liberación. Su tarea fue fundamental para garantizar su feliz culminación.

Quienes insisten en secuestrar desconocen y violan los más elementales derechos del ser humano. Es inconcebible que las Farc-Ep y los demás grupos subversivos, después de tanto tiempo, sigan creyendo que la comisión de este delito atroz es una práctica revolucionaria.

Hace 15 años ya lo reprochaba Alberto Rojas Puyo en sus cartas enviadas a Jacobo Arenas. En una de ellas le decía lo siguiente:

"La práctica del secuestro y de la extorsión sigue causando verdaderas calamidades (...). Todo esto que hace tanto daño a la izquierda y a la democracia, debiera terminarse ya. Me parece que si hay gentes de las Farc-Ep que continúan secuestrando y extorsionando, la organización obtendría mayor ventaja política excluyéndolos públicamente, que optando por consideraciones que pueden causar daño irreparable al proceso de avances democráticos en que estamos empeñados".

¡No, señores! ¡No podemos ni vamos a tolerar el secuestro ni a los secuestradores! ¡No podemos aceptar el cinismo de quienes pretenden esconder su inhumanidad detrás de razones económicas o llamando cobro de impuestos a sus delitos contra la libertad! ¡No podemos admitir que las Farc denominen a sus compatriotas "empresa ganadera Colombia", como si sus vidas se pudieran traficar como ganado!

Estamos preparados para enfrentarnos a los guerrilleros de las Farc-Ep en todos los campos: en el de las conversaciones civilizadas que propongan soluciones definitivas para la paz de nuestro país, como mi Gobierno ha ofrecido con infinita paciencia, pero también en el de la guerra que ellos están anunciando y realizando, como fue el caso de la cárcel La Picota de Bogotá el sábado pasado.

Y no vamos a retroceder. Queremos la paz en paz y no en medio de la guerra. Les anuncio a todos los grupos alzados en armas que estamos preparados para enfrentarlos con unas Fuerzas Militares y de Policía que, como nunca antes, están fortalecidas, muy bien entrenadas y armadas para derrotarlos y poner fin a este largo conflicto.

Es preciso que, como ya lo entendió el mundo entero y lo entendimos todos los colombianos que queremos la paz, los violentos entiendan que el futuro próspero para Colombia con justicia social en el siglo XXI sólo es posible en un ambiente de paz.

A todos los miembros de las Fuerzas Militares y de la Policía Nacional que han regresado de esta terrible situación les debemos la máxima gratitud de la Patria. Nada podrá compensar el tiempo transcurrido sin su libertad y sin sus familias, pero ustedes saben que el cariño de sus compatriotas los seguirá dondequiera que vayan, así como los acompañó durante todo su cautiverio.

Ahora nos queda seguir trabajando hasta cuando el último soldado y el último civil recuperen la libertad. ¡Tampoco a ellos los olvidaremos!

Todos unidos hoy les decimos a los violentos, a los intolerantes, que ¡no vamos a bajar la guardia! Colombia –con la fuerza de cada uno de nosotros, con el aporte renovado de quienes hoy recuperan la libertad– seguirá empeñada en conseguir la paz y en alcanzar la felicidad y la tranquilidad que todos nos merecemos.

RESPONSABILIDAD EN TIEMPOS DE TRANSICIÓN

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación de las sesiones ordinarias del Congreso de la República.*

Bogotá, D. C., 20 de julio de 2001.

Todas las naciones del mundo atraviesan en ocasiones por épocas de transición. Son tiempos en los cuales se avanza, en medio de resistencias, de un estado de cosas a otro diferente, y son tiempos en los que se requiere la mayor responsabilidad por parte de sus dirigentes.

Si algo quiero que quede de estas palabras que hoy dirigiré ante ustedes es este concepto: responsabilidad en tiempos de transición.

A ustedes como legisladores y a mí como gobernante, sin duda, nos ha correspondido trabajar y actuar en un crucial periodo de transición en Colombia. Yo creo que estamos cumpliendo con nuestro deber y que aún nos queda la obligación de rematar la tarea iniciada para dejar a nuestro país avanzando en la dirección correcta.

Estamos cumpliendo la transición, de una Colombia que no tenía una política ni un proceso de paz, a un país que avanza por el complejo camino de la reconciliación. Estamos cumpliendo la transición, de una sociedad que cargaba sola la cruz del problema mundial de las drogas, a una sociedad que entiende y combate los nefastos efectos de este flagelo y que exige la cooperación responsable de la comunidad internacional. Estamos cumpliendo la transición, de un país señalado y con signos de aislamiento, a un país con la mayor dignidad en sus relaciones internacionales. Estamos cumpliendo la transición, de unas Fuer-

zas Armadas vulnerables, a unas Fuerzas Armadas más profesionales, fortalecidas y modernas. Estamos cumpliendo la transición, de una economía inestable y deprimida, a una economía reactivada y en crecimiento. Estamos cumpliendo la transición, de una sociedad castigada por la inequidad, a una sociedad en vías de mejorar la distribución de su ingreso y de dar mejores oportunidades a su gente.

Ante el país que encontramos hace ya casi tres años se nos presentaban, en principio, dos posibles alternativas: por una parte, trabajar por el largo plazo, confiando en las políticas de ajuste estructural como único mecanismo para superar la pobreza. Otro camino, el que produce la mejor imagen, era trabajar principalmente con políticas cortoplacistas de redistribución del ingreso, dejando la solución de los problemas estructurales al futuro.

Pero un gobernante en tiempos de transición no puede comprometerse exclusivamente con alguna de estas dos soluciones, sino que tiene que obrar ante todo con responsabilidad: responsabilidad con los colombianos de hoy, que sienten la pobreza, la inseguridad y el desempleo, y responsabilidad con los colombianos de mañana, por quienes tenemos que trabajar haciendo los ajustes necesarios para que en el futuro ellos también tengan asegurado su bienestar.

Yo he aplicado una política que busca el equilibrio entre la urgencia de llenar los vacíos del corto plazo y la importancia de construir un crecimiento estable en el largo plazo. Se trata de un justo medio entre lo urgente y lo importante. No se obstina en imponerle a la sociedad impecables modelos tecnocráticos, pero tampoco cae en el error de dejarse llevar por la demagogia y el populismo.

Mi política es una política social, pero con dos énfasis: pensando en las necesidades sociales del ahora y pensando también, con responsabilidad, en las necesidades sociales que vivirán los colombianos del futuro. Porque ser responsable, trabajando por lo estructural, es también trabajar por lo social.

En la búsqueda constante de dicho equilibrio hemos gobernado durante estos tres años y, por eso, hoy quiero exponer ante ustedes, ante el

Congreso Nacional y ante el país entero, cómo estamos asumiendo nuestra responsabilidad en tiempos de transición.

Los tres elementos de la Paz

No cabe duda: El desafío más grande, la más estructural de las reformas, la base sobre la cual se construyen el desarrollo y la viabilidad de una nación, puede resumirse en una sola palabra: ¡PAZ!

El Presidente de la República tiene la obligación de ver más allá de la coyuntura del corto plazo, de visualizar y de avanzar hacia una Colombia en paz, con un desarrollo posible en todos los aspectos, y de conseguir que la nación entera llegue a ella. Por eso me eligieron: porque mi visión de patria coincidió con la visión de la mayoría de los colombianos.

Y en este escenario la visión de la paz no es un simple capricho, ni el deseo del presidente Andrés Pastrana de pasar a la historia: es una necesidad inaplazable, un esfuerzo al que alguien le tenía que poner el pecho. Yo lo he hecho, he pagado el precio político que esto conlleva y no pienso retroceder.

La paz no puede ser una lucha individual. La paz la logran los pueblos, no sólo el Presidente, no sólo los gobiernos. Nadie, ningún colombiano, puede escapar a su obligación de contribuir a alcanzar la paz.

Tenemos que ser conscientes de que el conflicto que nos afecta desde hace más de cuatro décadas y que está hoy exacerbado por los dineros del narcotráfico es el principal enemigo del desarrollo social, del progreso y del empleo. Puede que a veces no lo veamos así, empeñados en la tarea diaria de obtener los mejores resultados con los instrumentos a nuestro alcance, pero para conseguir el verdadero crecimiento y prosperidad es indispensable la paz.

Hemos logrado resultados en el campo económico y social que no dudo en calificar de muy significativos en medio del difícil entorno de orden público, pero ¡cuánto más lograríamos en paz! ¡Cuánto avanzaríamos en nuestro camino hacia el progreso, cuántos empleos rurales regresa-

rían a las parcelas, cuántas fábricas volverían a producir y a contratar trabajadores, cuánta nueva inversión llegaría a nuestro país, cuántos colombianos más habrían salido ya de la pobreza! En suma: ¡Cuánto nos cuesta a todos la incertidumbre que siembran los violentos!

¡Es insólito que los grupos al margen de la ley sigan secuestrando y extorsionando, como si quitar la libertad a un colombiano fuera parte de una lucha revolucionaria! El secuestro es un delito infame y cruel contra el cual estamos luchando con decisión. Desde este foro de la república rechazamos el secuestro inhumano de cientos de colombianos y muy especialmente el de los congresistas Luis Eladio Pérez y Oscar Tulio Lizcano, cuya retención lesiona nuestros cimientos democráticos.

Por fortuna, hoy podemos decir que, gracias a la labor profesional realizada por las Fuerzas Militares, la Policía, el DAS y la Fiscalía General de la Nación, en los primeros seis meses del año el delito de secuestro disminuyó, en comparación con el mismo periodo del año anterior, en un 29 por ciento, vale decir, ¡casi en la tercera parte! Estos son los buenos frutos de una lucha que estamos dando y que seguiremos dando todos unidos contra un flagelo que tenemos que desaparecer de nuestro suelo.

En Colombia ¡los buenos somos más! Por eso deploramos que los violentos insistan en callar a los inocentes con sus métodos siniestros. Los asesinatos de periodistas, líderes comunitarios, sindicalistas y activistas de derechos humanos dejan una honda cicatriz en nuestra sociedad. Estamos adelantando, con el Ministerio del Interior y el Departamento Administrativo de Seguridad, un importante programa para proteger la vida de quienes están siendo amenazados o tienen razón para temer por su seguridad, pero lo más importante es que sea la sociedad entera la que se levante para repudiar estos actos, apoyando con firmeza a las autoridades que buscan prevenirlos y castigarlos. ¡No podemos permitir que unos pocos violentos intimiden a 40 millones de colombianos de bien! ¡Seguiremos dando la lucha por nuestro país en memoria de los que caen a manos de la intolerancia!

La acción de los violentos, señores Congresistas, es hoy por hoy la principal causa del desempleo, de la pobreza y de la falta de oportunidades. Por eso buscar la paz ha sido mi obsesión, una obsesión que comparto con la inmensa mayoría de los colombianos.

Pero para alcanzar la paz tenemos, antes que nada, que entender nuestro conflicto en toda su dimensión.

El nuestro no es solamente un conflicto de ideologías políticas. En Colombia conviven y se entremezclan un conflicto armado interno que surgió hace más de cuatro décadas con el problema mundial de producción, comercio y consumo de drogas ilícitas que apareció en la década de los 70 y se incrementó a partir de la década de los 80, transformando, con sus inmensos recursos, la naturaleza del conflicto.

Para trabajar sobre esta compleja situación no se podía acudir únicamente a una estrategia, sino que había que combinar varios mecanismos que nos colocaran en el camino de las soluciones. Y así lo hemos hecho, ante todo con responsabilidad frente al futuro. En primer lugar, le apostamos con firmeza y decisión a buscar una solución política al conflicto armado con los insurgentes. En segundo término, exigimos y comenzamos a lograr el compromiso de corresponsabilidad internacional frente a la encrucijada que vive Colombia, la cual es también consecuencia del problema mundial de las drogas ilícitas. En tercer lugar, como supuesto indispensable para la preservación de las garantías e instituciones democráticas, hemos fortalecido como nunca nuestra Fuerza Pública, entendiéndola como la fuerza de la institucionalidad y la fuerza de la paz.

El Proceso de Paz como política de Estado

Pero hablemos más en detalle de cada uno de estos elementos. Respecto al proceso de paz, hay motivos para ser razonablemente optimistas, a pesar de la normal impaciencia y de la corta visión de muchos.

Con el Acuerdo de Los Pozos de febrero de este año hemos dotado de nueva operatividad al proceso con las Farc-Ep, creando mecanismos de impulso y protección del proceso, así como de acompañamiento por parte de las fuerzas políticas y en especial de la comunidad internacional.

El pasado 2 de junio se suscribió, además, el llamado Acuerdo Humanitario, el cual significó la feliz liberación de 360 militares y policías después de varios años de estar en poder de las Farc-Ep, pero, sobre

todo, nos demostró la posibilidad de llegar a resultados tangibles y de fondo en el proceso de negociación, probando que el derrotero de la paz pasa necesariamente por la aplicación del derecho internacional humanitario y la disminución de la intensidad del uso de la violencia que afecta dramáticamente a la población civil.

En el proceso con las Farc-Ep se ven adelantos en la discusión de la agenda temática y del cese del fuego y las hostilidades. La comisión creada para formular recomendaciones a la Mesa acerca de la disminución del conflicto, que desde luego deberá tocar el tema del secuestro y la extorsión, avanza en su trabajo.

Yo aspiro a alcanzar acuerdos de paz antes de finalizar mi mandato el 7 de agosto del año próximo, o, como mínimo, a avanzar en la suscripción de acuerdos de cese del fuego y de hostilidades y en la definición de varios puntos de la agenda temática, que disminuyan el peso de la violencia sobre los colombianos y que dejen a la paz en un punto de no retorno.

Tampoco vamos a cesar un solo instante en nuestra búsqueda de lograr una solución política al conflicto armado con el Eln. Creemos que es posible hacer la paz con esa organización insurgente, aquí y ahora, y nuestra decisión política se mantiene en hacer todo lo posible para que pronto tengamos un proceso de diálogo y de negociación marchando firmemente.

Pero para que esto sea realidad se necesita un compromiso decidido de nuestra contraparte de afrontar con responsabilidad las tareas de la paz. Hoy le reitero al Eln que no le tengamos miedo a la paz. Que la gran responsabilidad histórica que afrontamos es la de estar a la altura del momento en que nos ha tocado vivir, el cual nos exige anteponer el diálogo a las armas y acometer un proceso de paz de cara a la nación, a través del cual el país vea claramente que es posible forjar entre todos un futuro mejor y donde los colombianos estemos unidos para afrontar los grandes retos que nos impone el nuevo siglo.

Hemos logrado el más alto compromiso de la comunidad internacional como acompañante e impulsora de nuestro proceso de paz. La designa-

ción y el trabajo de un Asesor Especial de las Naciones Unidas para la Asistencia Internacional a Colombia, así como la colaboración de múltiples países como facilitadores, verificadores y amigos de los procesos que vivimos con las Farc-Ep y el Eln en sus distintas fases de desarrollo, son una garantía de seriedad y transparencia de las negociaciones.

Hoy es la misma comunidad internacional –tal como ocurrió en la Cumbre de las Américas de Quebec y en la última reunión del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz realizada en Bruselas, en abril de este año, y como ocurrió ayer mismo en la reunión del Grupo de los Ocho en Génova- la que hace los más enfáticos llamamientos a los grupos al margen de la ley para que correspondan a la actitud generosa del país con hechos concretos de paz que impliquen un total respeto a las normas del Derecho Internacional Humanitario.

La paz es una política de Estado y estoy comprometido a que así siga siéndolo durante mi mandato. Hemos cumplido varias fases del proceso, la última de las cuales contó con el importante aporte de los negociadores. Ahora comenzamos una nueva etapa en la que seguiremos avanzando bajo el liderazgo y la responsabilidad del Gobierno, contando con la orientación y la participación cada vez más activa del Frente Común por la Paz y contra la Violencia, que agrupa a las diversas fuerzas políticas, y del Consejo Nacional de Paz, que reúne las fuerzas sociales más representativas de la nación. ¡Colombia exige que la paz sea puesta por encima de los partidos y de las conveniencias electorales!

Actualmente en el país, desde diversos sectores, incluyendo la insurgencia, se comienza a hablar de la realización de una Asamblea Nacional Constituyente que se convierta en el gran acuerdo que selle la paz entre los colombianos. Mi ambición es que, al finalizar este proceso, se alcance un gran acuerdo de la sociedad que bien pudiera ser ratificado por este mecanismo, con la necesaria refrendación popular.

Pero debo ser claro: cualquier convocatoria a una Constituyente debe basarse en la inclusión y no en la exclusión de las fuerzas nacionales, debe ser un punto de encuentro y de llegada y no uno de partida.

Aquí no hay, ni ha habido nunca, pactos bajo la mesa ni acuerdos para alterar la transición democrática o para prorrogar periodos constitu-

cionales. Como ya lo dije, la paz es demasiado importante como para conducir a la opinión a punta de chismes en reuniones sociales o de historias fantasiosas que confundan a los ciudadanos. La paz debe manejarse con grandeza y no con leyendas sin fundamento.

Triunfaremos todos los colombianos el día en que la guerrilla abandone su miedo a hacer política, que es finalmente la actividad humana en la cual se imponen los que discuten y razonan y no los que disparan. Pero este triunfo sólo será completo si muchos de los colombianos también abandonan el miedo a que la guerrilla, sin armas, haga política.

Ahí es donde los queremos ver: aportando ideas y soluciones a los grandes problemas del país, y no ahondándolos con violencia. Es en el debate de las ideas y no en el combate de las armas como la guerrilla podrá demostrar el pretendido arraigo popular de las ideas que pregona. Ese es el verdadero reto de la guerrilla colombiana.

Por otra parte, hemos combatido con todo el peso de la ley a los grupos ilegales de autodefensa. El compromiso de nuestras Fuerzas Militares y de Policía en la lucha frontal y decidida contra estos grupos se refleja en las cifras que arrojan los operativos de los últimos años. Entre 1999 y el año 2000 se aumentó en un 200 por ciento el número de bajas y en un 61 por ciento el de los detenidos. Se decomisó un 50 por ciento más de armamento y un 32 por ciento más de vehículos. Esto prueba, a pesar de generalizaciones y las acusaciones injustas, que las autoridades nacionales están comprometidas en la lucha para contener el crecimiento de ese fenómeno que hoy obstaculiza el camino de la paz.

Infortunadamente, existen algunos miembros de la sociedad colombiana que, alegando defender sus derechos legítimamente adquiridos, patrocinan las actividades delincuenciales de estos grupos, en un fingido acto de patriotismo, creyendo que de esta manera están construyendo una mejor sociedad y un mejor país. Pero se equivocan: Estos grupos violentos no son solución, sino que agravan el problema. La solución es respaldar las fuerzas legítimas de la institucionalidad.

Hoy, más que nunca, Colombia y la comunidad internacional requieren que dichos grupos ilegales y quienes erróneamente los financian le den, al fin, una oportunidad a la paz.

La responsabilidad del mundo hacia Colombia

Sabemos, sin embargo, que el proceso de paz, con su inmensa trascendencia, no es suficiente para realizar este gran cambio estructural que significa el logro de la paz. Detrás de los fusiles, de las granadas, de los cilindros, de las extorsiones y los secuestros, se encuentra la mano oscura del negocio transnacional de las drogas ilícitas que alimenta la violencia. ¡Hay que decirlo con claridad y con vehemencia!: Éste es un problema mundial que ha afectado gravemente a Colombia y sobre el cual hemos exigido la responsabilidad internacional.

El trabajo que hemos realizado en el campo de las relaciones internacionales incluye y, a la vez, va más allá del tema de la paz. Hoy podemos mostrar logros tan significativos como nuestra participación en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que presidiremos el próximo mes de agosto; como la orientación y el liderazgo que ejercemos en el Grupo de Rio y la Comunidad Andina; como la entrada en vigor del acuerdo de delimitación de áreas marinas y submarinas en el océano Pacífico con Costa Rica; como el relanzamiento del Grupo de los Tres, con México y Venezuela, y como la normalización y buenas perspectivas de nuestras relaciones con Venezuela, un país crucial para nuestra política exterior, con el cual hemos reforzado el diálogo político y estamos desarrollando una importante agenda bilateral concertada en los campos comercial, de inversiones y de desarrollo fronterizo, entre otros.

Nuestra diplomacia, además, y como ya decía antes, ha estado enfocada -y con mucho éxito- a hacer de la tesis de la corresponsabilidad frente al problema mundial de las drogas algo más que respaldos retóricos. Pero debe quedar claro: ¡No hemos pedido caridad, ni siquiera solidaridad! ¡Lo que hemos exigido y estamos obteniendo es responsabilidad de parte del mundo hacia nuestro país!

El importante aporte de la Unión Europea concretado en la reciente reunión de Bruselas del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz; la participación en este mismo Grupo de organismos multilaterales y de países como los Estados Unidos, Canadá, Noruega, Suiza, Japón y varios hermanos latinoamericanos, y el nuevo enfoque, más responsable e

integrador, de los Estados Unidos, no sólo hacia nuestro país sino hacia todos los países andinos, son resultados concretos de una diplomacia por Colombia y por su futuro.

Estamos trabajando también, desde el punto de vista comercial, para que antes de terminar este año sea prorrogado el Acuerdo de Preferencias Arancelarias Andinas de Estados Unidos que beneficia a nuestro país y a los vecinos, ampliando su cobertura a nuestros textiles, fibras, confecciones, cuero y atún, entre otros productos que hoy no están incluidos. Por otra parte, debemos registrar con complacencia el reciente pronunciamiento de la Comisión de la Unión Europea, en el sentido de recomendar positivamente la prórroga del Sistema Generalizado de Preferencias Arancelarias de la Unión Europea hacia los países de la Comunidad Andina.

El Plan Colombia, sin duda, es la estrategia de fortalecimiento del Estado y de inversión social más ambiciosa de los últimos tiempos, una estrategia que ha sido apoyada, desde diversos enfoques pero con un mismo fin, por la comunidad internacional. ¡Más de 3.600 millones de dólares de aportes del exterior para la consolidación de las instituciones colombianas son palabras mayores! No son todavía suficientes –por supuesto que no– ante el inmenso daño que ha sufrido y sigue sufriendo nuestra nación por causa del consumo de drogas ilícitas en el mundo y por causa de un negocio que se fomenta y rinde las mayores utilidades fuera de nuestro territorio. ¡Pero hemos dado el gran paso para que el mundo entienda la responsabilidad que le incumbe en la situación de Colombia!

El Plan Colombia es el inicio del camino que debemos recorrer en nuestras relaciones con el mundo al ponerle consecuencias concretas al tema de la corresponsabilidad, el cual debe incluir, por supuesto, a los demás países andinos que también se han visto duramente afectados por este flagelo mundial. Pero debe continuar como política de Estado, venga quien venga, dele el nombre que le dé, porque Colombia tiene el derecho de recuperar con creces lo que ha perdido y seguimos perdiendo por causas que escapan a nuestro control.

¡Que no se engañe la comunidad internacional! Este Plan, con lo que representa en cuanto a la concreción de la corresponsabilidad frente al

problema mundial de las drogas, es una política de largo plazo que se debe asumir hacia el futuro. No es un aporte generoso al Gobierno Andrés Pastrana, sino un compromiso ineludible hacia Colombia que debe tener continuidad en el tiempo.

Con el Plan Colombia estamos dando oportunidades de trabajo lícito a aquellos campesinos que se dedican a la siembra de coca y amapola, promoviendo la sustitución de cultivos. También estamos fortaleciendo la justicia, los programas de derechos humanos y de atención humanitaria. Es decir, estamos desarrollando el programa rural de impacto social más grande en la historia de Colombia con el objetivo de cimentar la paz.

Hoy el componente social del Plan Colombia está en marcha y está comenzando a cambiar la fisonomía social de nuestro país. Los programas de mayor impacto social son: "Familias en Acción", "Empleo en Acción", "Jóvenes en Acción" y "Vías para la Paz", en los cuales vamos a invertir más de 1,9 billones de pesos.

Mediante "Familias en Acción" estamos llegando con subsidios directos para alimentación y educación a las madres de estrato 1 de las pequeñas poblaciones de Colombia. Las familias con niños menores de 7 años reciben 40.000 pesos mensuales para ayudar a su mejor nutrición, y para los niños entre 7 y 18 años hay subsidios de 12.000 y de 24.000 pesos mensuales, según si están en primaria o en bachillerato, para colaborar con sus gastos escolares. Con una inversión de 400 mil millones de pesos ¡beneficiaremos a más de un millón de niños en 330.000 familias!

Con "Empleo en Acción" estamos apoyando proyectos comunitarios, como construcción de redes de acueducto y alcantarillado, parques, canchas deportivas o vías peatonales, en todo el país, generando empleos temporales en las mismas comunidades beneficiarias, con una inversión de 400 mil millones de pesos.

A través del programa "Jóvenes en Acción", con una inversión de 140 mil millones de pesos, brindaremos capacitación y oportunidad de empleo en las principales ciudades del país a 100.000 jóvenes de escasos

recursos económicos, y se les proporcionará, además, un subsidio diario para refrigerio y transporte.

Con el programa "Vías para la Paz", por último, estamos pavimentando más de 2.000 kilómetros de carreteras en las zonas más críticas del conflicto, con una inversión cercana al billón de pesos, incluyendo una mejora sustancial en las rutas fluviales. Aquí están presupuestadas las carreteras que unirán al Putumayo con el interior del país y con Ecuador, el Anillo Vial del Macizo Colombiano, la Junín-Barbacoas, la Espriella-río Mataje, el puente fronterizo con Ecuador sobre el río Mataje, el desarrollo vial del sur de Bolívar, la carretera Puerto Berrío-Caucasia, la Transversal del Carare, las vías entre Quibdó y Santa Cecilia, entre Tibú y La Gabarra, entre Montería y Valencia, y la carretera Turbo-Necolí-Arboletes. También, con el programa "Alianzas", ejecutado por Caminos Vecinales, estamos entregando fondos entre 40 y 70 millones de pesos a los municipios del país para cofinanciar el mantenimiento o rehabilitación de las vías veredales, usando mano de obra de la misma región. Ya hemos entregado recursos a 232 municipios y estaremos entregando en los próximos días a 50 más.

Ésta es la parte social de un Plan que va mucho más allá de la coyuntura, que busca el fortalecimiento de la presencia estatal y de las instituciones democráticas en todo el país.

Seguimos, además, combatiendo en nuestro territorio el narcotráfico, y lo hacemos por una profunda convicción interna. En lo corrido de mi Gobierno hemos erradicado 174.000 hectáreas de coca y 19.800 hectáreas de amapola; hemos destruido 1.732 laboratorios y 305 pistas clandestinas, y hemos incautado más de 1 millón 800 mil kilos de insumos sólidos y 2 millones 400 mil galones de insumos líquidos. Asimismo, hemos capturado a cerca de 18.500 presuntos narcotraficantes, y ya presentamos 82 demandas de extinción de dominio de bienes de narcotraficantes. ¡No puede quedar ninguna duda del compromiso de Colombia frente al problema mundial de las drogas!

Las fuerzas de la institucionalidad y de la Paz

Sin embargo, para lograr la paz se requiere todavía más que un proceso de negociación propiamente dicho, más que recursos de inversión

social en las zonas de conflicto y más que el respaldo y la solidaridad de las naciones amigas y la concreción de la corresponsabilidad internacional. Se requiere tener la garantía de que las instituciones democráticas sobre las que se funda nuestro Estado Social de Derecho están y estarán vigentes, sin sobresaltos ni amenazas, gracias a la protección de unas Fuerzas legítimas de la institucionalidad modernas, capacitadas y respetuosas de los derechos humanos.

Por eso, como un tercer paso fundamental de este compromiso con la paz y con el futuro de Colombia en el que nos hemos empeñado, hemos fortalecido y modernizado la Fuerza Pública como nunca antes en la historia.

Colombia llevaba demasiado tiempo con un pie de fuerza insuficiente, sin garantías laborales adecuadas, y con equipos logísticos y de transporte que no le proporcionaban la suficiente capacidad operativa para sortear la difícil geografía colombiana. ¡Así no podíamos combatir con éxito a quienes se empeñan en sembrar miseria, desempleo y dolor en el país, ni existía un soporte efectivo para nuestras instituciones democráticas.

Nuestro país requiere unas Fuerzas proporcionales a la complejidad de su situación, pero no como fuerzas "sobre el ciudadano" sino como fuerzas "para el ciudadano". Como tales las estamos consolidando.

Las Fuerzas Armadas que dejaremos a Colombia serán las Fuerzas Armadas más grandes, fortalecidas, modernas y profesionales de toda su historia. Para ello, hemos incrementado el número de soldados profesionales en un 150 por ciento, pasando de 22.000 en 1998 a 55.000 hoy. Además, también estamos incrementando el contingente de soldados regulares, los cuales han pasado de 57.000 en 1998 a 73.000 este año y llegarán a 103.000 en el año 2004. Tenemos una meta bien ambiciosa, pero la estamos cumpliendo: Con lo hecho hasta ahora y con el continuo desarrollo del Plan Fortaleza en los años subsiguientes, para el año 2004 tendremos un pie de fuerza total de cerca de 160.000 hombres. ¡El doble de lo que teníamos en 1998!

Contamos, además, con más y mejores equipos. Yo recibí unas Fuerzas Militares y de Policía que tenían apenas 4 helicópteros pesados artillados

y 72 helicópteros para el transporte de tropas y materiales. Al terminar este año, tendremos 16 helicópteros pesados artillados y 154 para transporte. Vale decir, en tres años hemos cuadruplicado el número de helicópteros de combate y más que duplicado el de helicópteros de transporte, generando mayor efectividad, mayor presencia y mayor movilidad para nuestros soldados.

Las Brigadas Móviles, la Brigada Fluvial de Infantería de Marina –que protege a los colombianos de las zonas más apartadas con sus rápidos desplazamientos por los ríos–, la Brigada contra el Narcotráfico –que ya tiene operando tres batallones–, la Fuerza de Despliegue Rápido –que cuenta con 5.000 hombres y a la que en noviembre se sumarán 2.500 más– y la Central de Inteligencia Conjunta, son hoy la garantía de efectividad de nuestra Fuerza Pública y cuentan con los más avanzados sistemas de comunicación, inteligencia y capacidad para responder ataques.

¡Vamos a retornar la Policía Nacional a los 192 municipios que hoy no cuentan con su presencia permanente! Para ello, a partir de este año y hasta 2003, vamos a desarrollar un importante plan de fortalecimiento de la Policía Rural, incrementando en 10.000 efectivos el número de carabineros.

Por otra parte, gracias a las facultades extraordinarias concedidas al Gobierno por este Congreso, expedimos 11 decretos que conforman el nuevo núcleo normativo de las Fuerzas Armadas, que regulan la carrera militar y policial, su régimen disciplinario y también de ascensos y escalafón, que regulan su sanidad, que establecen el estatuto del soldado profesional, y, algo muy importante, que dotan a nuestros soldados profesionales de las prestaciones sociales y garantías laborales que merecen por su aporte de valor y compromiso a la Patria.

Para certificar la transparencia de sus acciones y el respeto a dichos principios, creamos el Cuerpo de Justicia Penal Militar y pusimos en marcha un nuevo Código Penal Militar. Además, hemos capacitado a más de 100.000 miembros de las Fuerzas Armadas en el tema de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario, esfuerzos que se han visto traducidos en una reducción sustancial del número de denuncias contra la Fuerza Pública por violaciones de estos dere-

chos. Mientras en 1995 representaban un 16 por ciento del total de denuncias, hoy son menos del 2 por ciento. Y seguiremos trabajando hasta que no haya un solo motivo de queja o sospecha, gracias al comportamiento impecable de nuestras tropas.

Ahora sí podemos entender por qué las Fuerzas Armadas de hoy son exitosas, gracias al apoyo del Gobierno y de toda la población colombiana. Con orgullo lo digo: la Fuerza Pública que dejaremos al país será la Fuerza Pública más preparada para la victoria frente a quienes se empecinan en la violencia y también la más capacitada para el trabajo en la paz. Éste es un esfuerzo inmenso que deberá mantenerse en el tiempo, para que produzca cada vez mejores frutos.

¡Estamos creando la mejor Fuerza Pública de la historia de Colombia, soporte de su institucionalidad!

Ya lo dije: Para que crezca el empleo, para que haya más progreso y más desarrollo necesitamos la paz. La necesitamos como el aire para respirar. Por eso construimos un proceso de diálogo que no existía. Por eso exigimos y comenzamos a obtener la responsabilidad internacional. Por eso estamos fortaleciendo la presencia de un Estado en todo el territorio nacional, bajo la garantía y el soporte de unas fuerzas modernas, preparadas y respetuosas de los derechos humanos.

Con estos tres elementos sabemos que vamos avanzando en el único camino correcto: ¡el de la paz! Una paz integral y fuerte, que sea la base sólida del desarrollo social y del progreso.

Pensando en el futuro con responsabilidad

Sobre la estructura fundamental de la paz, que debe ser cimiento y base de un país viable, mi Gobierno y este Congreso han entendido las necesidades de reformas dentro de una economía globalizada.

Para un país como Colombia, las reformas estructurales son requerimientos. Pero para la sociedad colombiana estos requerimientos están lejos de ser obvios.

Lo estructural en economía es aquello que permite maximizar el bienestar de la sociedad en el largo plazo, lo que significa que también es una política social, sólo que enfocada en el futuro. Pero, para que la sociedad crea y apoye lo estructural, tiene que creer que el largo plazo existe. Cuando las necesidades básicas de supervivencia –eso que los economistas llaman el corto plazo– no están siendo satisfechas, ¡qué difícil es creer en el largo plazo! Cuando la pobreza y el desempleo apremian, ¡qué difícil es creer en lo estructural y qué impopulares suenan las medidas asociadas a lo estructural!

El equilibrio entre llenar los vacíos del corto plazo y construir el crecimiento estable del largo plazo es la esencia misma de la viabilidad democrática de un país. Un equilibrio que –como decía ya al iniciar estas palabras– es difícil de sostener con dos fuerzas que jalen con una irracionalidad extrema.

La primera fuerza es la del populismo que, con tal de mantener las encuestas, ofrece lo divino y lo humano para satisfacer el corto plazo a costa de negar la viabilidad de un futuro digno, gastando a manos llenas los recursos como si éstos no tuvieran fin. La segunda fuerza, que yo he llamado la tecnocracia lunática, es la que, por ejemplo, pretende aumentar de un día para otro las tarifas de los servicios públicos basada en eso que los tecnócratas llaman marginales, olvidando que quienes deben pagarlas muchas veces no tienen cómo enviar a sus hijos al colegio.

Pero el presente sí que es importante en países como el nuestro. La política, mi política, esa que le he presentado al país y en la que ustedes me han acompañado aprobando las reformas, es el arte de equilibrar presente y futuro.

Los radicalismos no son sostenibles. Como las agujas en los extremos de los péndulos, tienden a devolverse. Entre más radicales y más extremos hayan sido de un lado, más radicales y más extremos van a ser del otro. Esto, que ha pasado en muchos de los países en América Latina, con graves consecuencias para los más pobres, es precisamente lo que, con ayuda de ustedes, estamos evitando que ocurra, haciendo los ajustes cuando todavía estamos a tiempo de hacerlos.

Los cimientos macroeconómicos de la reactivación

Durante estos tres años hemos avanzado mucho en ese camino del equilibrio: ajustando los ingresos del Estado pero manteniendo el gasto social.

Y los resultados están a la vista. Gracias a las acciones emprendidas por mi Gobierno, hemos logrado mantener la inflación más baja de los últimos 30 años. Veníamos de unas tasas de inflación de 17,8 por ciento en 1997 y 16,7 por ciento en 1998, y hoy contamos con una de sólo el 7,93 por ciento. ¡Menos de la mitad de la que teníamos hace dos años y medio! Desde ahora podemos anticipar que alcanzaremos la meta que nos trazamos para este año, que era la de no subir del 8 por ciento. La inflación es el impuesto más costoso para los colombianos de menos recursos económicos ¡y la hemos derrotado! Así hemos aumentado, a su vez, la capacidad adquisitiva de los colombianos más pobres.

Recibimos una economía con tasas de interés que superaban el 50 por ciento efectivo anual, sobre las cuales era imposible hacer rentable cualquier negocio. Hoy las hemos bajado en más de 30 puntos, ¡y no vamos a permitir que vuelvan a subir en desmedro de las finanzas de los colombianos!

También encontramos un dólar demasiado barato, que hacía más atractivo importar productos extranjeros que comprar los nacionales y que quitaba toda competitividad a nuestras exportaciones. Hoy hemos consolidado, con una política cambiaria seria y coherente, una tasa de cambio flexible y competitiva que ha devuelto el aire al sector exportador de Colombia.

Y seguimos adelante, por otro lado, en nuestra cruzada contra el contrabando, que cada día presenta mayores éxitos. Sólo por citar un ejemplo, de acuerdo con cifras de la ANDI, en 1995 las ventas de electrodomésticos de contrabando representaban el 65 por ciento del total del mercado, mientras que para el 2001 se prevé que representarán tan sólo el 22 por ciento. ¡Si le ganamos la batalla al contrabando, estamos también ganando la batalla del empleo!

Gracias, entre otras razones, a estos ajustes macroeconómicos fundamentales –inflación de un dígito, intereses bajos y tasa de cambio compe-

titiva-, en el año 2000 se hizo evidente la recuperación económica. El producto interno bruto creció 2,8 por ciento durante el año pasado en un claro repunte que contrastó enorme y positivamente respecto a la caída del 4,3 por ciento en 1999. Y este año lograremos consolidar la ruta de la recuperación, a pesar de que la compleja coyuntura regional le costará a toda América Latina cerca de un punto y medio de menor crecimiento.

El proceso de ajuste fiscal en el que estamos empeñados, que busca equilibrar los ingresos con los gastos de la nación, mejorando los ingresos y teniendo austeridad en el gasto, está cumpliéndose con éxito: De un déficit fiscal consolidado del 5,4 por ciento del PIB en 1999 hemos bajado a uno del 3,4 por ciento en 2000. Nuestro objetivo y nuestro compromiso es que el déficit baje aún más este año, de forma que no exceda del 2,8 por ciento.

El desempleo sigue siendo la variable más difícil de vencer y una gran preocupación para el Gobierno, pero estamos ya rompiendo su comportamiento ascendente y cada vez bajará más gracias a la conjunción de las políticas que he mencionado. En todo caso, es bueno destacar que hemos bajado su incidencia en las principales ciudades de más del 20 por ciento al iniciar el año al 18,1 por ciento en mayo de este año. Y, más resaltable aún, hemos disminuido el desempleo nacional del 16,4 por ciento en enero al 14,3 en mayo.

El apoyo al sector financiero

Hoy podemos decir, con satisfacción, que hemos eliminado el riesgo de una crisis sistémica financiera. Esta buena noticia es el resultado de la ejecución de múltiples medidas, tales como la emergencia económica de 1998, que significó un primer alivio a los deudores del UPAC; la reforma financiera, que posibilitó el fortalecimiento patrimonial de las entidades financieras; el nuevo régimen de vivienda, que reactivó la cartera hipotecaria, y la ley 550 de reactivación empresarial, que ha servido para sanear la cartera financiera a través de los acuerdos de acreedores, además de un importante esfuerzo de capitalización de la banca pública y privada.

Lo mejor de todo es que pudimos sortear esta situación asumiendo un costo fiscal neto equivalente al 4,1 por ciento del PIB, mucho menor

que el que tuvieron otros países en vía de desarrollo ante crisis similares, que ha sido en promedio del 14,4 por ciento del PIB. A veces no apreciamos lo que tenemos sino cuando nos comparamos con quienes lo han perdido. Las difíciles circunstancias que han vivido y que hoy viven algunos países de América Latina nos demuestran la pertinencia y la seriedad del trabajo que hemos realizado desde el Gobierno para garantizar un sector financiero sano y estable.

Nuestro compromiso con la vivienda

Cuando asumimos el Gobierno, señores Congresistas, nos encontramos a 800.000 deudores de créditos de vivienda, muchos de los cuales estaban a punto de perder su hogar a causa de los severos desajustes de la economía, y les dimos la mano para que salvaran sus casas. Yo estoy seguro de que nunca en la historia de Colombia se ha visto un Gobierno que, como lo hizo el mío, ayudara a los deudores aliviando las obligaciones hipotecarias y facilitando, por consiguiente, el pago diligente y cumplido en un momento que era crítico para todos.

Gracias a esto, hoy la inmensa mayoría de los deudores de vivienda paga cuotas más bajas en sus obligaciones hipotecarias, aparte de que –con el apoyo del Congreso a través de la expedición de la Ley de Vivienda– pusimos en marcha un sistema de crédito que no permite que se incrementen las cuotas por encima de la inflación.

Y lo hecho en materia de vivienda de interés social sí que es resaltable. Hemos adjudicado hasta ahora –con recursos del Inurbe, de las Cajas de Compensación Familiar y del Banco Agrario– subsidios para vivienda a 140.000 familias de escasos recursos y, gracias a los recursos que se aprobaron recientemente para este programa por más de 490 mil millones de pesos, hemos asegurado que llegaremos a la meta que propuse en mi campaña de 232.000 viviendas de interés social. ¡Son 232.000 familias que contarán al terminar mi Gobierno con un techo propio que cobije sus esperanzas! Además, con la construcción de estas viviendas se generarán cerca de 120.000 empleos directos.

Una economía más competitiva

Las exportaciones, por su parte, están creciendo, jalonadas por primera vez por las exportaciones no tradicionales, que vienen incrementándose

a una tasa del 17 por ciento, las cuales son, además, importantes generadoras de empleo. Con políticas de competitividad y una tasa de cambio favorable, derrotamos el pesimismo exportador y estamos haciendo de este sector el motor de la economía colombiana.

Además, este auge exportador ha sido acompañado de un cambio estructural de nuestro sector industrial. No sólo la industria creció el año pasado un 9,7 por ciento, sino que ha logrado un nivel de desarrollo tal que ya está compitiendo con éxito en el mercado internacional. Estamos dejando de ser un país de exportaciones primarias con un capital humano poco calificado y bajos salarios. Prueba de ello es que las exportaciones intensivas en tecnología y capital han crecido un 58 por ciento desde enero del año pasado, representando hoy por hoy el 29 por ciento de las exportaciones industriales totales.

Debemos destacar en este resurgimiento de la industria el papel fundamental de dos leyes que fueron aprobadas por el Congreso en la legislatura antepasada y que hoy nos muestran sus ventajas: la ley 550 de reactivación empresarial, con la que hemos logrado salvar empresas y salvar empleo, y la ley que estableció medidas de promoción y estímulo a las micro, pequeñas y medianas empresas (Mipymes), cuyo Fondo de Modernización Tecnológica ya inició operaciones con una asignación presupuestal para este año de 20.000 millones de pesos.

El reverdecer del campo colombiano

¡Y qué decir del reverdecer que está viviendo el campo colombiano después de una década perdida para el agro, una década castigada por las altas tasas de interés y la revaluación! Mi Gobierno logró, con bajas tasas de interés y una tasa de cambio competitiva, devolverle el oxígeno a un sector que, todos sabemos, es vital para la paz de Colombia. El fomento de las cadenas productivas a través del Programa de Oferta Agropecuaria –Proagro–, que promueve desde la producción de los alimentos o las materias primas hasta su compra por la industria nacional, y un sistema de crédito que está llegando en condiciones favorables a todos los productores del campo han permitido que el sector agropecuario deje de ser la cenicienta de nuestra economía.

El crédito al campo ha sido, sin duda, un factor fundamental para generar los resultados que hoy presentamos con orgullo. El año anterior se

cumplieron las metas de colocación de crédito con una cifra récord de un billón doscientos mil millones de pesos y en el primer semestre del año ya se colocaron otros 600.000 millones de pesos. Vale decir: ¡hemos colocado 1 billón 800 mil millones de pesos en cartera agropecuaria en sólo año y medio!

Por otra parte, con el Programa Nacional de Reactivación Agropecuaria –PRAN– hemos devuelto la capacidad crediticia a cerca de 40.000 productores inscritos mediante la compra y reestructuración de su cartera vencida. Un programa similar acabamos de lanzar para nuestros cafeteros, para rehabilitarlos financieramente en esta etapa crítica por la que están atravesando, para lo cual compraremos su cartera vencida, que equivale a más de 210.000 millones de pesos.

No hemos dudado, por otra parte, en recurrir a los subsidios y apoyos directos a los productores cuando ellos se han requerido para crear condiciones adecuadas para la producción, tal como hicimos recientemente con la cosecha de algodón, sobre la cual estamos garantizando precios mínimos a los cultivadores.

De esta manera hemos conseguido lo impensable, más aún si tenemos en cuenta las complejas circunstancias de orden público: El sector agropecuario creció el año pasado un 5,2 por ciento y este año está creciendo a niveles del 4 por ciento; las áreas sembradas del país aumentaron en los últimos dos años en cerca de 230.000 hectáreas, y la producción agrícola se incrementó en 2 millones 300 mil toneladas. Es más: la noticia de esta semana es que, por primera vez en mucho tiempo, hay sobreproducción de alimentos en nuestro país, lo cual significa más alimentos y más baratos para todos los colombianos. Además, se crearon, en estos dos últimos años, cerca de 217.000 nuevos empleos en el campo.

Especial mención merece la certificación internacional, obtenida gracias al trabajo conjunto del Gobierno y los ganaderos del país, que ha declarado al ganado de la Costa Atlántica y de Antioquia como libre de aftosa, gracias a la cual hoy tenemos una ventaja comparativa sobre muchos otros productores en el mundo cuyo ganado está bajo sospecha. Así, esperamos comenzar este año exportaciones al mundo por unas 12.000 toneladas para alcanzar en el año 2003 un mínimo de 40.000 toneladas de carne de Colombia hacia el exterior.

A través del Incora, por otra parte, estamos entregando tierras cultivables a los campesinos, indígenas y miembros de las comunidades negras del país. Durante mi Gobierno hemos entregado cerca de 5 millones de hectáreas a más de 80.000 familias. Son 80.000 familias que antes trabajaban la tierra de otros, y que ahora, por fortuna, son las dueñas de su propia tierra.

Las buenas noticias y los desafíos del "oro negro"

El año 2000 y el primer semestre de 2001 pasarán a la historia como una época de renacimiento en materia petrolera: Gracias a las modificaciones al contrato de asociación petrolera que le devolvieron competitividad internacional a nuestro petróleo, realizadas en el marco de la Ley de Regalías, recientemente declarada inexecutable por vicios de forma, hemos firmado nada menos que 48 nuevos contratos de asociación, ¡quintuplicando las posibilidades de descubrir petróleo en nuestro territorio! Por lo mismo, desde hoy les anuncio que volveremos a presentar esta ley al Congreso Nacional para que no se pierda este impulso dinámico de nuestro subsuelo. Yo sé que ustedes, señores Congresistas, nuevamente acompañarán y aprobarán esta importante iniciativa para nuestro porvenir.

Es insólito que, pese a estas buenas noticias, los insurgentes insistan demencialmente en atentar contra la infraestructura energética del país, volando torres de conducción eléctrica y oleoductos, produciendo nefastos efectos en el medio ambiente y empobreciendo a las poblaciones que dependen de esos ingresos. He dado, en este sentido, instrucciones precisas a la Fuerza Pública para que, en coordinación con las entidades de control del Estado, incremente sus acciones dirigidas a evitar este desangre de la economía de las regiones más necesitadas de nuestra patria. ¡Todos los colombianos tenemos que unirnos para apoyar a nuestros soldados en esta tarea y para condenar estos absurdos atentados contra el presente y el futuro de nuestra patria!

Un proyecto ambiental para el futuro

Pensar en el mañana es también pensar en el medio ambiente. Por ello, estamos construyendo el Proyecto Colectivo Ambiental, un instrumento de largo plazo, concertado con las regiones y sus diversos actores, que

se ocupa del tema de las aguas, de los bosques, de la biodiversidad, de la producción más limpia, de los mercados verdes y de la gestión urbana, con metas que rebasan el periodo de esta administración.

Como ejemplo, tenemos el Plan Nacional de Desarrollo Forestal, elaborado y aprobado en este Gobierno, que propone programas y proyectos forestales para los próximos 25 años. De hecho, con el Plan Verde se han reforestado ya más de 50.000 hectáreas en los últimos tres años. ¡Estamos sembrando aire para las nuevas generaciones!

Infraestructura vial y fluvial para el progreso

También las obras de infraestructura y de vías hacen parte de la construcción de una Colombia más justa y más comunicada. El proyecto del túnel de La Línea, con un costo superior a los 222 millones de dólares, es tal vez uno de los más ambiciosos de los últimos tiempos y forma parte de un gran macroproyecto vial que integra al puerto de Buenaventura con el interior y oriente de Colombia y a ésta con Venezuela. Hoy podemos contar al país que su proceso de licitación está en marcha y que el próximo 30 de agosto vence el límite para la entrega de propuestas.

Además, próximamente abriremos otras licitaciones como las de las vías Briceño-Tunja-Sogamoso, la malla vial del Caribe, la vía Zipaquirá-Palenque (Bucaramanga) y la vía Palenque- La Ye de Ciénaga, con una inversión cercana a los 1,5 billones de pesos, por las cuales circularán el progreso y la paz para Colombia.

También estamos decididos a recuperar el río Magdalena, la arteria fluvial más importante de nuestra patria. Para ello estamos invirtiendo más de 64.000 millones de pesos, entre el año 1998 y el año próximo, en recuperación de su caudal navegable, en infraestructura portuaria y en desarrollo turístico de sus puertos. Esperamos volver a ver navegar los barcos por su cauce, tal como lo hicieron nuestros abuelos, antes de que termine este año.

Renace la confianza

Ahora bien: La manera más transparente de medir los resultados en el manejo de la política económica es analizar el comportamiento que

genera en el sector privado. Es por esto que uno de los principales logros de la política económica se encuentra plasmado en la cantidad de recursos que el sector privado ha estado dispuesto a prestarle al Gobierno a mediano plazo. Se han colocado durante mi administración títulos de tesorería TES a un plazo de 5 años por cerca de 2 billones de pesos, una cifra sin precedentes que refleja la confianza de los inversionistas en la estabilidad macroeconómica del país a lo largo de los próximos años. Dicha confianza se desprende de una política monetaria y fiscal consistente que ha permitido obtener resultados tales como los ya mencionados en materia de inflación, tasas de interés y tasa de cambio.

Los logros y los retos legislativos

Como podemos ver, señores Congresistas, hemos avanzado en la dirección correcta. Así lo atestiguan los resultados obtenidos. Pero, para derrotar la pobreza, Colombia requiere crecer a tasas elevadas lo cual sólo es posible con mayor inversión. Por eso aún tenemos –no sólo mi Gobierno sino los siguientes– un largo camino por recorrer con el fin de completar el ajuste macroeconómico que le devuelva definitivamente al país la estabilidad económica.

Hemos dado, de la mano con el Congreso de la República, pasos fundamentales, entre los cuales destaco la Reforma Tributaria –que modernizó nuestro sistema tributario y permitirá recaudar más recursos para la inversión social–, la Ley de Juegos de Suerte y Azar –que ordenó esta actividad y garantizó mayores recursos para la salud–, la Ley de Zonas Económicas Especiales de Exportación –que genera estímulos para la inversión en Buenaventura, Cúcuta, Ipiales y Valledupar, convirtiéndolas en verdaderos polos de desarrollo regional– y, muy especialmente, la Reforma al Régimen de Transferencias Territoriales, que probó la capacidad del legislativo de obrar responsablemente en tiempos de transición.

Juntos –el Gobierno y el Congreso– logramos crear un sistema de transferencias a las entidades territoriales que cumple con objetivos prioritarios: garantizar la estabilidad de los recursos para salud y educación de los municipios y departamentos, hacer más transparente el proceso de reparto de las transferencias y lograr una mayor estabilidad fiscal para la nación.

Sin su cooperación, sin su trabajo, sin sus horas de estudio y debate, sin su sentido de patria, señores Congresistas, habría sido imposible sacar adelante estas normas trascendentales para el futuro de nuestra Empresa Colombia. Sea, pues, ésta la oportunidad para resaltar y agradecer muy especialmente la labor de ustedes, los Senadores y Representantes de la República, porque supieron responder con altura a los desafíos planteados, obrando con visión de futuro y responsabilidad, enriqueciendo los proyectos presentados por el Gobierno y dejando al país leyes y reformas de la importancia de las que acabo de reseñar.

Ahora nos queda una labor fundamental para completar la tarea que nos hemos propuesto de realizar un ajuste estructural a la economía que garantice su viabilidad en el porvenir: Ese desafío que nos resta por asumir es la reforma pensional.

Todos sabemos que nuestro sistema pensional, con su actual balance de ingresos y de gastos, no es viable. No estamos en capacidad de garantizar a los colombianos del futuro el pago de sus pensiones y tenemos que enfrentar la responsabilidad de modificar ya el régimen de pensiones, para evitar una crisis mayor mañana. Por supuesto, yo estoy convencido de que una reforma de esta trascendencia debe ser el fruto, no de la imposición de un gobierno, sino del acuerdo entre las fuerzas sociales, un acuerdo que debe llegar finalmente a la decisión responsable de este Congreso. ¡Ésta debe ser una reforma de Colombia para los colombianos!

También esperamos que ustedes estudien y aprueben otras importantes iniciativas para completar nuestra tarea económica, tales como el presupuesto austero que presentaremos para 2002, de forma que dejemos garantizado el avance de nuestro ajuste fiscal; el Estatuto de Ingresos Territoriales, que modernizará el régimen tributario de los municipios y departamentos; la Reforma a la Ley 60 de 1993, que mejorará la calidad en la distribución de los recursos destinados a la educación y la salud, y la Ley Marco del Mercado de Valores, que preservará la confianza del público en el mercado y asegurará la adecuada protección de los inversionistas.

Parte de las reformas estructurales incumben también al ordenamiento mismo de Colombia desde el punto de vista territorial. Por ello, después

de dos años de trabajo con una comisión intersectorial conjunta y de presentar y discutir en foros regionales el texto del proyecto de Ley de Ordenamiento Territorial, estamos presentando esta trascendental iniciativa a consideración del Congreso, en beneficio de las comunidades, etnias y regiones del país.

Un compromiso social con el presente

Pero no basta con realizar estas reformas estructurales que garanticen una sociedad viable y más justa en el futuro. No podemos tener ambos ojos puestos en la lejanía porque corremos el riesgo de tropezar con la piedra que está ante nuestros pies. Por eso teníamos también que mirar el presente, lo urgente de las necesidades sociales del hoy, y lo hemos hecho, sin caer en el populismo de gastar a manos llenas los recursos que no se tienen, pero con la seguridad de invertir en la mejor calidad de vida de la población más vulnerable del país.

El cambio social en nuestro país –del que forma parte el componente social del Plan Colombia como programa de alto impacto en las zonas de conflicto, al cual ya me referí– está en marcha y no va a parar. Estamos avanzando en muchos más frentes para mejorar la calidad de vida de los colombianos más pobres.

La revolución social de las comunicaciones y la educación

No es creíble que todavía hoy, en la Colombia del siglo XXI, miles de compatriotas de las regiones rurales del país tengan que recorrer horas de trayecto en mula o en bus para alcanzar el elemental servicio de una llamada telefónica. Por eso, pusimos en marcha el programa Compartel, con el cual no sólo estamos instalando teléfonos comunitarios en 7.415 localidades de las zonas rurales más apartadas, sino que también estamos entregando centros comunitarios de acceso a internet en todos los municipios del país. ¡Será la revolución social de las comunicaciones en Colombia!

El acceso y la capacitación en nuevas tecnologías de la información son hoy requisitos indispensables para la formación de los nuevos colombianos. Entendiendo esto, estamos realizando el programa "Computadores para Educar" para que las entidades públicas y privadas, y las

personas en general, donen los computadores que ya no están usando, los cuales son acondicionados y entregados a las escuelas públicas de menores recursos. Además, estamos capacitando en nuevas tecnologías a las nuevas generaciones gracias al programa que el Ministerio de Educación está adelantando para dotar de aulas con computadores, software de inglés y conexión a internet a más de 1.400 establecimientos de educación media técnica.

También en materia educativa, es resaltable cómo en los dos últimos años 180.000 jóvenes de escasos recursos, de primaria y bachillerato, han recibido subsidios para impedir que abandonen sus estudios. Igualmente, hemos puesto en marcha el ambicioso programa de crédito "Colombia Joven" para financiar el estudio de carreras técnicas y profesionales, sin necesidad de codeudores, a más de 130.000 jóvenes colombianos. ¡De esta forma estamos poniendo al alcance de nuestros estudiantes las mejores oportunidades para su desarrollo y para su mayor aporte al futuro del país!

Servicios públicos para todos

Luz, agua y saneamiento básico también son requerimientos del desarrollo social que no dan espera. A pesar de los atentados terroristas, estamos haciendo lo posible para que no se presente un incremento acelerado de las tarifas de energía, para lo cual hemos fijado límites a los precios de oferta. Gracias a ello, el precio de kilovatio por hora pasó de 100 pesos el año pasado a 55 pesos en los últimos meses, una rebaja que los usuarios comenzarán a sentir en sus recibos en este segundo semestre del año.

Pero tenemos también como prioridad llevar la luz a donde no la tienen o la tienen sólo por pequeños periodos al día. Para lograrlo hemos puesto en marcha el más grande programa de soluciones energéticas de los últimos tiempos para interconectar o generar energía local a la Costa Pacífica, la Orinoquia y la Amazonia, con recursos asegurados en la pasada reforma tributaria por 300.000 millones de pesos, para adelantar el proyecto entre este año y el año 2007. Se trata de llevar energía a regiones que corresponden a las dos terceras partes del territorio nacional, donde habitan cerca de 2,5 millones de colombianos, la mayoría de

bajos recursos, ubicados en pequeños asentamientos. Con este programa vamos a interconectar a la red eléctrica nacional la mayoría de los centros urbanos del Putumayo, Caquetá, Meta, Guaviare, Vichada y el Urabá chocoano, y lograremos que ciudades como Puerto Carreño, San José del Guaviare y Mitú pasen a tener 24 horas continuas de energía eléctrica, cuando hoy sólo tienen de 5 a 10 horas de servicio.

En cuanto a los servicios de acueducto y saneamiento básico, hemos destinado hasta la fecha recursos por cerca de 1,8 billones de pesos en programas de modernización de las entidades prestadoras y de mejoramiento de la calidad y cobertura de estos servicios, generando más de 100.000 empleos directos. A través del Ministerio de Desarrollo Económico hemos llegado ya con apoyo financiero para el logro de este objetivo a 173 municipios de 22 departamentos del país. Con esto, hemos beneficiado a más de 4 millones cuatrocientos mil colombianos. Especial énfasis estamos haciendo en ampliar la cobertura de servicio en el Putumayo, el Magdalena Medio y el Pacífico colombiano, además de las zonas más necesitadas de ciudades como Cartagena, Barranquilla, Riohacha, Maicao, Buenaventura, Montería y Pereira, entre otras. ¡Son por lo menos 4 millones cuatrocientos mil colombianos que hoy cuentan con servicios que dignifican su vida!

Nuestro compromiso con la salud

Déjenme contarles ahora algunos avances en el área de la salud. En este campo fundamental, hemos ampliado la cobertura del régimen subsidiado, que cobija a los más pobres del país, amparando actualmente a más de 9 millones 500 mil personas, un millón más que al iniciar mi Gobierno.

En menos de dos meses, por otra parte, vamos a presentar soluciones concretas y de largo plazo a la crisis del Seguro Social. Como un primer paso, he dado precisas instrucciones al Presidente del Instituto y a la Superintendencia Nacional de Salud para que ejecuten, a la mayor brevedad, las acciones necesarias para que se logre el levantamiento de la suspensión de nuevas afiliaciones que pesa desde hace dos años sobre el mismo, para lo cual ya se ha firmado un preacuerdo entre estas tres entidades: el Ministerio de Trabajo, el Ministerio de Hacienda y el Ministerio de Salud.

Nuestra estrategia implica, además, la revisión de la convención colectiva hoy vigente –sobre lo cual tuvimos hace dos días la excelente noticia de la firma de un acuerdo entre el Gobierno y el sindicato para este efecto–, y la mejoría de la gestión general y el sistema de recaudo de aportes. Cumplidos estos objetivos, el Instituto de Seguros Sociales no sólo tendrá el compromiso del Gobierno de girar recursos frescos por un billón de pesos, lo que saneará la totalidad de las deudas que el Instituto tiene con la red de IPS públicas y privadas, sino que despejará su panorama para los próximos 10 años, en beneficio de más de 11 millones de colombianos. ¡También en el Seguro Social queremos trabajar con responsabilidad hacia el futuro!

Comprometidos en aliviar las dificultades económicas de los hospitales públicos, hemos dispuesto desde el inicio de mi Gobierno más de medio billón de pesos para apoyar a los que presentan mayor déficit. En los próximos 15 días presentaremos al Congreso, con mensaje de urgencia, un proyecto de presupuesto adicional por 300 mil millones de pesos para el sector salud, que nos permita dar a los hospitales recursos para superar su actual emergencia de iliquidez. No vamos a privatizar la salud ni a permitir que siga siendo ineficiente. No vamos a tolerar que los dineros destinados a programas de salud sigan siendo malgastados en mantener pesadas estructuras burocráticas politizadas, en lugar de invertirse en un mejor servicio de salud para los colombianos.

También deberemos abocar en la legislatura que comienza el tema fundamental de la cobertura universal para enfermedades catastróficas y de alto costo, en beneficio de las familias que no pueden cubrir los gastos que genera un tratamiento médico.

Trabajando por los niños y los sectores más vulnerables

Especial mención quiero hacer de los programas que la Primera Dama viene promoviendo, tales como "Haz Paz", para prevenir y reducir la violencia intrafamiliar; "Ludotecas", que brinda espacios recreativos y pedagógicos a los niños de las poblaciones más pobres del país; el "Plan Padrino" que ha convocado la ayuda de los países amigos y de la empresa privada nacional e internacional para la construcción y dotación de centros educativos, y los programas "Colombia Camina", "Colom-

bia Oye" y "Colombia Ve" que están dotando a los discapacitados de elementos de apoyo que faciliten su mejor inserción laboral y social.

También hemos procurado que los niños de Colombia no asistan con hambre a sus escuelas. Para ello hemos atendido el año pasado, con el programa Desayunos Escolares, a 2 millones 800 mil niños con raciones nutritivas diarias y esperamos alcanzar a 3 millones de pequeños colombianos en este año.

A Nohra, a mi entusiasta compañera de todos los días, hoy quiero de manera especial agradecerle, frente al país entero, su continuo apoyo y su constante y esforzado trabajo por los más pequeños y los más necesitados de Colombia.

Reconstruyendo la esperanza

En el tema de la recuperación del Eje Cafetero, después del terremoto de 1999, estamos próximos a decir misión cumplida. Con una inversión de 1,4 billones de pesos hemos reparado 90.000 viviendas y estamos construyendo 37.000 más, hemos culminado 183 proyectos de infraestructura, 533 planteles educativos y 38 proyectos de salud, entre otros. El mismo esquema exitoso del Forec lo estamos aplicando a la reparación de los daños que causó un vendaval en el municipio de Soledad (Atlántico) el mes pasado, donde hemos invertido 4.200 millones de pesos. ¡El Eje Cafetero y Soledad, en distintas zonas de Colombia, nos demuestran que los colombianos somos más grandes que nuestros problemas!

El drama del desplazamiento tampoco ha estado ajeno a las preocupaciones del Gobierno. Para atender las emergencias humanitarias y generar alternativas viables para el retorno, hemos puesto en marcha el Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada, con un sistema único de registro en el cual hoy se encuentran inscritas más de 290.000 personas de 72.270 hogares. El Gobierno Nacional ha destinado más de 145 mil millones de pesos para atender a la población desplazada y financiar los programas y proyectos dirigidos a la atención en salud, educación, vivienda y generación de ingresos para esta población cuya situación, provocada por la intolerancia de los violentos, lacera el corazón de Colombia.

Enfrentando la crisis carcelaria

Y ahora hablemos de las cárceles, un tema que ha estado en el ojo de la opinión pública en los últimos días. Para hacerlo, debemos partir del hecho de que en Colombia teníamos una infraestructura obsoleta, con más de 30 años de atraso, sin que ningún Gobierno reciente hubiera tomado medidas esenciales para superar este problema. Hoy puedo decir que en mi administración hemos generado más cupos carcelarios que en los doce años precedentes a la misma. Tenemos operando ya la nueva cárcel de Valledupar; próximamente inauguraremos la de Acacias (Meta), y para el primer semestre del año entrante esperamos poner en funcionamiento las de San Isidro, en Popayán, y Cómbita, en Boyacá, cada una de ellas con capacidad para 1.600 reclusos. En total, hemos generado hasta ahora 4.700 nuevos cupos y en lo que queda del presente año se generarán 2.000 más, gracias a la construcción de pabellones nuevos en las cárceles ya existentes.

La cárcel de Valledupar es una cárcel ejemplar, con guardia nueva y debidamente capacitada, además de ser la primera prisión en Latinoamérica y una de las pocas en el mundo que aplican los estándares internacionales ISO 9000. Esto nos demuestra que la solución sí es posible cuando hay voluntad. Hemos hecho mucho por superar el problema carcelario, pero estos esfuerzos habrá que redoblarlos para garantizar una solución total a esta situación, un trabajo en el que seguiremos comprometidos hasta el último momento.

Por una Colombia sin corrupción

Quiero también hoy reafirmar la determinación de mi Gobierno de continuar combatiendo la corrupción, que es uno de los mayores enemigos de la competitividad de nuestro país y que carcome la moral y los recursos de los colombianos.

El Programa Presidencial de lucha contra la corrupción ha recibido desde noviembre de 1998 hasta la fecha 2.901 acusaciones, de las cuales 1.281 se han convertido en denuncias concretas ante la Fiscalía, la Procuraduría General y la Contraloría General de la Nación. Hasta ahora 300 de estos casos tienen dictada medida de aseguramiento en contra de

los implicados y el valor de estas investigaciones supera los 110.000 millones de pesos.

Adicionalmente, estamos firmando con los gobernadores y alcaldes del país los llamados Pactos por la Transparencia, de los cuales ya tenemos suscritos los primeros 35, los que fundamentalmente convocan a la sociedad civil y a los mandatarios locales para trabajar para que sus gestiones sean eficaces y transparentes.

Todos estos esfuerzos (y muchos otros que sería largo enumerar) le han significado a Colombia una mejora significativa en su calificación dentro del listado que elabora cada año en Berlín Transparencia Internacional sobre el índice de percepción sobre corrupción en el mundo. Mientras en 1998 nos encontrábamos entre las 10 naciones más corruptas del mundo, en los últimos lugares de esta lista, en el año 2000 fuimos ubicados prácticamente en la mitad de la escala. De hecho, Colombia fue puesta como ejemplo de mejoría en este índice ante el mundo.

Para asegurarnos de que los ladrones de cuello blanco paguen de su bolsillo por sus crímenes, vamos a expedir próximamente unas normas que le permitan al Ejecutivo hacerse parte en los procesos para garantizar la devolución de los dineros robados a la sociedad. Así mismo, buscaremos que estos delincuentes cumplan sus penas en los sitios ordinarios de reclusión, como todos los demás, sin privilegios especiales. ¡No hay ni habrá ladrones de mejor familia en nuestro país! ¡Todos deberán pagar de su bolsillo y con su libertad lo que les están quitando a los colombianos!

Señores Congressistas:

Debo confesar que también existen frustraciones y que no hemos logrado todas las metas de reformas estructurales que nos habíamos fijado y que considerábamos primordiales. El pueblo colombiano exigía y sigue exigiendo un cambio en las costumbres políticas que garantice mayor transparencia y mayor representatividad en los órganos de poder. Por ello propusimos una reforma política por todos los medios a nuestro alcance: dos veces en el Congreso e incluso por la vía del referendo, pero pudieron más la inercia y la reacción al cambio, y ésta es una tarea que nos queda pendiente, a ustedes y a nosotros, pero

sobre todo a ustedes, señores Congresistas, y a las fuerzas políticas, que han quedado en mora de demostrarle al país que la clase política sí es capaz de reformarse a sí misma cuando así lo exige la voluntad popular.

No hemos logrado todas las metas... ¡por supuesto! Queda aún mucho por hacer... ¡no cabe duda! Pero hemos trabajado con responsabilidad, pensando en el futuro, sin descanso, por dejar un país mejor al terminar el mandato, y esperamos que ustedes, señores Congresistas, nos acompañen en este mismo propósito en esta nueva legislatura que hoy comienza.

Durante mi Gobierno hemos recorrido –y vamos a seguir recorriendo en el tiempo que nos queda– la vía del equilibrio entre las medidas de largo y corto plazo; el justo término medio entre reformas estructurales y justicia social. El verdadero cambio en la forma de hacer política reside en trabajar por el presente sin olvidar nuestra responsabilidad con el futuro.

Debemos cambiar la manera de pensar. Debemos aprender a preguntarnos cuáles son los pasos que nos permitirán tener una Colombia unida más libre y en paz. Porque en el camino que emprendimos, con la mira puesta en el presente urgente y en el futuro deseable, no hay lugar para retroceder y sólo nos queda seguir avanzando para alcanzar la meta.

Tenemos la responsabilidad histórica y el reto de transformar a Colombia en un territorio de paz, trabajando juntos y en cooperación para construir un futuro de progreso con justicia social.

¡Que no nos recuerden, señores Congresistas, por haber hipotecado el porvenir de las nuevas generaciones! ¡Que nos recuerden, a ustedes y a mí, como a unos dirigentes que supieron asumir el reto de ser responsables en tiempos de transición!

Que no nos recuerden por la popularidad... ¡Pero sí por la responsabilidad! No aspiro a nada más. Pero tampoco a nada menos.

CAPÍTULO II

DIPLOMACIA POR LA PAZ

ECUADOR Y COLOMBIA RECORREN UN MISMO SENDERO ENFILADO HACIA UNA DEMOCRACIA MÁS FUERTE Y PARTICIPATIVA

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
ante el Congreso de Ecuador.*

Quito, Ecuador, 28 de septiembre de 2000.

El 17 de diciembre de 1819, cuando aún resonaban en el horizonte americano los ecos de los cañones de Boyacá, terminaron las sesiones del histórico Congreso de Angostura que habían sido instaladas 9 meses atrás por el mismo Libertador Simón Bolívar.

Ese día el Congreso, presidido por Francisco Antonio Zea, dictó la Ley Fundamental de la República de Colombia, en uno de cuyos artículos se disponía lo siguiente:

"La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santafé".

Pues bien: hoy, 181 años después de esta ley, cuando tengo el altísimo honor de dirigirme al pleno del Congreso Nacional de la querida y hermana República del Ecuador, me asalta el pensamiento de que la historia transcurre a veces en espirales cíclicas y progresivas.

En efecto, hace sólo unos pocos días sancioné el Acto Legislativo mediante el cual –como se decidió en Angostura a principios del siglo XIX– Bogotá volvió a llamarse sólo Bogotá, eliminando la designación colo-

nial de Santafé que se le había agregado en años recientes. Y, por otra parte, Venezuela, Ecuador y Colombia, pero también Perú y Bolivia, continúan avanzando en un proceso de integración que nos compromete desde los tiempos del ideal bolivariano.

Esta integración es un legado del pasado y un desafío de la historia. ¡Que no seamos nosotros jamás sus verdugos, sino, todo lo contrario, sus mayores impulsores!

La Comunidad Andina, a la que pertenecemos con orgullo, es la suma natural de nuestras posibilidades en un conjunto con peso en el horizonte internacional. Por eso me congratulo por sus avances; por los compromisos asumidos en Guayaquil, Cartagena y Lima, y por la riqueza de su institucionalidad, y los invito a ustedes, señores congresistas ecuatorianos, a acompañarla y defenderla con decisión.

Queremos integración, pero una integración vital y progresiva. Una integración sería que implique para sus miembros una sujeción estricta a sus normas y a las disposiciones de sus órganos. Una integración que presente ante el mundo el mapa de una región unida en la democracia y en el respeto a los derechos humanos, con reglas claras y ciertas que se cumplan por encima de los intereses sectoriales.

Sabemos que la consolidación de la Comunidad Andina es el primer paso para una integración latinoamericana y hemisférica de más largo alcance, como la que hemos planteado en el Grupo de Río, en la Cumbre de Presidentes Suramericanos de Brasilia y en la Cumbre de las Américas. Sólo unidos en el concurso de nuestros intereses, con el firme piso de una tradición y una cultura compartidas, podremos alcanzar el lugar que nos corresponde en el nuevo orden internacional.

Honorables diputados:

Hoy, en este recinto solemne, recuerdo nuestra historia común, nuestra bandera que nos hace vibrar con los mismos colores y nuestro sendero siempre enfilado hacia una democracia más fuerte y participativa.

Ecuador y Colombia, en los últimos años, se han apoyado mutuamente en medio de las múltiples dificultades que cada país ha tenido que

sortear, con la íntima convicción de que nuestro progreso es interdependiente y de que el bienestar del uno es también el mejor porvenir del otro.

Desde el norte, desde el final ramificado de nuestra común cordillera andina, 40 millones de colombianos observamos con interés y los mejores deseos el devenir político y económico de Ecuador. No han sido tiempos sencillos para nuestros amigos ecuatorianos, pero hemos visto, con satisfacción, que, después de todo, la democracia ha dicho la última palabra y ha sostenido su vigencia, y que los indicadores económicos comienzan a repuntar, en medio de procedimientos interesantes y audaces como el de la dolarización.

Quiero decirlo hoy ante ustedes, señores diputados, con voz alta y sincera: Colombia está con el Ecuador, sufre sus dolores y comparte con inmensa alegría sus triunfos. No hay nada ¡ni tiene por qué haber nunca nada!, que nos separe. Somos vecinos, somos hermanos, somos hijos de unos mismos ideales, de una misma historia y de un mismo Libertador.

El futuro, por ello, será nuestro si lo construimos juntos, con solidaridad y respeto.

Y, con la misma sinceridad con que se habla en la casa del hermano, hoy quiero contarles a ustedes, dignos representantes del pueblo ecuatoriano, acerca de lo que pasa en mi país, de lo que estamos haciendo en Colombia para labrar un futuro de paz, de progreso y de justicia social, que no sea sólo nuestro, sino que irradie también a nuestros vecinos.

Cuarenta años hemos estado sufriendo los estragos de un conflicto armado desatado por una minoría que no alcanza siquiera al 0,1 por ciento de nuestra población, pero que ha insistido, tristemente, en buscar a través de la violencia lo que sólo puede alcanzarse en un contexto democrático.

Desde cuando llegué a la Presidencia me propuse buscar una solución pacífica y negociada a este problema, siguiendo el mandato que el pue-

blo colombiano expresó en las urnas, y no he cesado ni un minuto en ese esfuerzo. Lo primero que hice, como Presidente electo, fue reunirme personalmente con el máximo líder de las Farc-Ep, la guerrilla más grande y más antigua de Colombia, y sentar las bases del Proceso de Diálogo que hoy tenemos.

A partir de ese momento revivieron las esperanzas de alcanzar una paz negociada y hemos avanzado en ese propósito, por encima de las múltiples y obvias dificultades que implica un proceso de esta naturaleza.

Falta mucho camino, seguramente, pero hoy podemos contar con orgullo a la comunidad internacional que el Proceso está vivo, que está operando una Mesa de Diálogo, que tenemos una Agenda definida, que estamos recibiendo propuestas de todos los rincones de Colombia y que la negociación continúa por encima de los obstáculos, porque estamos convencidos de que una paz sólida sólo se construye sobre cimientos de convivencia y jamás sobre las armas de la destrucción. Sabemos, como decía Víctor Hugo, que la verdadera gloria no está en vencer, sino en convencer.

Pero la paz no se alcanza sin desarrollo. La paz no se alcanza sin igualdad de oportunidades. La paz no se alcanza en tanto subsista la nefasta economía del delito y el narcotráfico, que financia el caos, porque vive del caos.

Por eso mi gobierno diseñó una estrategia integral que abarca la complejidad de la situación colombiana y busca, mediante la operación en varios frentes, fortalecer la presencia del Estado y su institucionalidad.

Esa estrategia es el Plan Colombia, un Plan que incluye mecanismos y programas para reactivar la economía, impulsar las negociaciones de paz, fortalecer la justicia y promover los derechos humanos, aumentar la inversión social con énfasis en las zonas de conflicto o con cultivos ilícitos, realizar procesos de sustitución y desarrollo alternativo integral, y luchar contra el narcotráfico.

Es importante precisar que el Plan Colombia es un plan netamente colombiano que goza de respaldo internacional y que consta de un pro-

grama que se desarrollará en 3 años por un valor de 7.500 millones de dólares, en el cual Colombia, un país que hasta ahora ha asumido la mayor carga en lo que a la lucha contra el narcotráfico se refiere, aportará 4.500 millones.

Yo sé que ha surgido un desmesurado énfasis en el componente militar del Plan.

Por ello, es bueno aclarar que éste contiene mucho más que unos helicópteros y más que fumigación. El 75 por ciento del Plan Colombia se refiere a aspectos sociales y políticos, y no militares. Es un Plan de paz, para la paz y para el fortalecimiento del Estado.

Sería un gran error considerar que el Plan Colombia es un plan de guerra. Es cierto que nuestros esfuerzos son contra el narcotráfico, pero al mismo tiempo son esfuerzos a favor de la paz. Son, sobre todo, esfuerzos en pro de nuestros pobres, de nuestros campesinos y del porvenir de nuestros niños.

La comunidad internacional, cada vez más consciente de la responsabilidad compartida que existe en el manejo del problema mundial de las drogas ilícitas, está apoyando esta estrategia, porque comprende que no es sólo para el beneficio de un país, sino también para el mejor futuro de la humanidad.

¿Y qué pueden esperar nuestros vecinos, como el Ecuador, que miran con justificable interés lo que ocurre en nuestro país? Lo que pueden esperar es que la mayor presencia del Estado colombiano en las regiones cercanas a sus fronteras derive también en mayor seguridad y mejor comercio para ellos.

En la reciente visita que realizó el presidente Noboa a Bogotá tuve oportunidad de conversar con él sobre este tema. Entonces le manifesté y hoy lo reitero ante ustedes: el Ecuador no tiene nada que temer y sí mucho que ganar con la adecuada implementación del Plan Colombia.

La pregunta correcta es: ¿Cuál sería el destino de la región fronteriza si no se hace algo a tiempo y se deja esta zona abandonada al imperio del

narcotráfico? ¡Ahí sí que habría motivos para temer, ante una verdadera amenaza regional! Pero traer seguridad, inversión social y presencia estatal son objetivos que consultan nuestros intereses comunes y que se cumplirán mejor aún si contamos con la cooperación y comprensión ecuatoriana, como hasta ahora ha sucedido.

Juntos, Ecuador y Colombia, tenemos mucho que compartir en nuestro camino hacia el progreso y la justicia social. Si obramos coordinadamente, si hacemos del desarrollo fronterizo un proyecto binacional, tendremos el futuro en nuestras manos.

Ustedes y nosotros lo sabemos: Las armas solamente jamás podrán desterrar el narcotráfico o a la guerrilla del panorama colombiano o latinoamericano.

La seguridad sin desarrollo es un espejismo inalcanzable. Por eso, es fundamental que avancemos juntos en el diseño y la implementación de un Plan Integral de Desarrollo Fronterizo, dotado de recursos nacionales e internacionales, que nos permita garantizar el desarrollo humano de las comunidades asentadas en nuestras zonas fronterizas y mejorar la infraestructura física. Los invito, muy cordialmente, a coadyuvar en este propósito.

Amigos diputados de esta querida República del Ecuador:

Nada ensombrece la larga y profunda amistad entre nuestras naciones. Nada debe entorpecer nuestro camino promisorio de integración. Sólo tenemos motivos para ayudarnos mutuamente, para respaldarnos y para cooperar en las diversas instancias políticas, económicas, culturales y sociales.

Hoy, en esta casa de la democracia ecuatoriana, ante los representantes de esta nación que no se doblega ante la adversidad, vengo a traerles el testimonio de amistad de mi pueblo colombiano.

Reciban mi humilde homenaje a esta tierra de volcanes y nevados que guarda lo más hondo de la herencia americana y del legado hispánico.

Reciban mi cariño y el cariño de mi gente, a la patria de Espejo y de Olmedo, a la tierra que dio gloria a Sucre y a Flores, a la cuna de Icaza

y de Guayasamín, a la orgullosa guardiana de la latitud cero y de la fauna exuberante de las Islas Galápagos.

Colombia, por mi intermedio, su hermana de sangre, su hermana en la democracia, deposita en este Congreso Nacional un voto simbólico por la felicidad, la prosperidad y la paz perenne del Ecuador.

TESTIMONIO DE UN PUEBLO DECIDIDO A FORJAR SU PROPIO FUTURO

*Texto de la clase magistral que dictó el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, en la Universidad Adolfo Ibáñez
de Santiago de Chile.*

Santiago de Chile, 10 de octubre de 2000.

Hoy me siento especialmente honrado al encontrarme con ustedes en este recinto del saber chileno. Y, más aún, por haber sido invitado a dar una clase magistral en esta universidad que tuvo sus orígenes hace 47 años en la Escuela de Negocios de Valparaíso y que hoy irradia conocimiento y valores a miles de chilenos y extranjeros desde la bella Viña del Mar y desde esta importante sede capitalina.

Para mí es imposible venir a Chile y no hablar de educación, pues este país ha sido siempre para Colombia y para América Latina un paradigma en este campo.

Pensar en Chile es también pensar en universidades y centros de cultura; es evocar a don Andrés Bello, ese grande del pensamiento americano, que acogió a Chile como su segunda patria; es aprender el idioma del alma de esa educadora por excelencia que fue la gran Gabriela Mistral; es recordar la labor organizadora de Diego Portales en el siglo XIX y la reforma educativa de Pedro Aguirre Cerda en el siglo XX.

Si Chile es hoy un ejemplo de desarrollo estable y sostenido es, en buena parte, porque sus dirigentes y su pueblo han hecho de la educación la pieza magistral, la llave maestra de su proyección como Nación. A ese esfuerzo de cultura, ciencia y arte rindo hoy, en la Universidad Adolfo Ibáñez, el más sincero homenaje.

Apreciados amigos:

Ustedes me han invitado hoy, como Presidente de una Nación amiga y hermana, como representante de 40 millones de colombianos que luchan con coraje y esperanza por construir un futuro de paz y de progreso, a hablarles sobre Colombia, sobre su presente y su futuro en medio de las particularidades y las circunstancias muy especiales que hoy rodean a mi país.

Pero antes de hablar de la realidad no siempre fácil, pero siempre desafiante y estimulante, de mi país, yo quisiera que ustedes lo conocieran a través de los ojos de un poeta, del más grande poeta de nuestra América: de Pablo Neruda, cuando él describía mi país en un emotivo discurso dirigido al poeta Eduardo Carranza.

Esto le decía Neruda a su amigo colombiano:

"Cuando por muchos años y por muchas regiones mi pensamiento se detenía en Colombia, se me aparecía tu vasta tierra verde y forestal, el río Cauca hinchado por las lágrimas de María y planeando sobre todas las tierras y los ríos, como pañuelos de terciopelo celestial, las extraordinarias mariposas amazónicas, las mariposas de Muzo. Siempre vi tu país a través de una luz azul de mariposas bajo este enjambre de alas ultravioleta, y vi también los caseríos desdoblados en este tembloroso vaivén de alas y luego vi la historia de Colombia seguida por un cometa de mariposas azules: sus grandes capitanes, Santander y Bolívar con una mariposa luminosa posada en cada hombro, como la más deslumbrante charretera, y a tus poetas, infortunados como José Asunción o como Porfirio o soberbios como Valencia, perseguidos hasta el fin de su vida por una mariposa".

Ahora que releo el bello texto de Neruda, pienso en cómo la pluma y la imaginación de dos grandes han convertido a Colombia, la tierra de las flores y del café, en un multicolor espectáculo de alas de mariposa:

Primero fueron las mariposas azules del poeta chileno y luego –cómo no– las mariposas amarillas que inundaron Macondo en la obra inmortal de Gabriel García Márquez.

Alguna vez lo dije: "Yo sueño con un país donde predomine el color amarillo de las mariposas de Mauricio Babilonia –el personaje de Gabo y nunca más el rojo sangre de la violencia. Por eso he dedicado todos mis esfuerzos y lo seguiré haciendo hasta el último minuto para consolidar en Colombia un proyecto de paz y de desarrollo social, del cual hoy he venido a hablarles, con sinceridad y claridad".

El reto ante el cual nos enfrentamos hoy los colombianos, como Nación y como parte de la comunidad mundial, es, quizás, el mayor desafío de nuestra historia. Pero no nos sentimos entregados a un destino fatal. Por el contrario, somos optimistas, porque sabemos de nuestras propias capacidades, de nuestra determinación y de la gran riqueza de nuestra tierra. Y porque sabemos también que contamos con el apoyo certero de muchos otros países en el mundo, como Chile, que han entendido y valorado nuestra lucha como pueblo.

Colombia atraviesa su más difícil prueba y su futuro está en la cuerda floja por causa de la violencia y el narcotráfico. Unos pocos guerrilleros y grupos de justicia privada, que no cuentan con respaldo popular y cuyos miembros no alcanzan ni siquiera a las 40.000 personas (o sea, el uno por mil de la población colombiana) continúan levantados en armas, en el marco de un conflicto armado que ya lleva casi 40 años.

Pero lo más grave es que estos grupos subversivos se financian en muy buena parte con dineros provenientes de los narcotraficantes, que son otra plaga que ha incidido negativamente en la realidad colombiana. Vale decir: la muerte, que acompaña cada gramo de droga, está financiando la violencia, como aliados nefastos e inseparables.

Estos dos fenómenos: violencia y narcotráfico, que se alimentan y degradan entre sí, como un círculo vicioso, son hoy los grandes generadores de pobreza, de desempleo y de inseguridad para una gran parte de la población colombiana, que sólo quiere trabajar y progresar en paz y por medios lícitos.

Debemos entender que el narcotráfico y sus gigantescas utilidades han cambiado la naturaleza del conflicto en Colombia. Mi opinión, com-

partida por la mayoría de los colombianos, es que ya seríamos una Nación en paz si no fuera por la violencia y corrupción que ha fomentado el negocio de las drogas ilícitas.

Mi Gobierno ha entendido la necesidad urgente de escapar de este círculo fatal, con medidas audaces y procesos que involucren la voluntad de toda la Nación, y desde hace cerca de dos años trabaja, de la mano de todos los colombianos y de la comunidad internacional, en solucionar estos graves problemas.

Con este fin, diseñamos una estrategia integral que permitirá a nuestro país salir adelante y caminar con decisión hacia las promesas y los desafíos del siglo XXI.

A esta estrategia la he denominado el Plan Colombia, y es un plan que está encaminado a fortalecer la democracia, mejorar la participación ciudadana, alcanzar la paz, luchar efectivamente contra el narcotráfico, modernizar y ampliar el acceso a la justicia, promover aún más la protección de los derechos humanos y realizar programas sociales que produzcan efectos positivos en la población más necesitada y más golpeada por la violencia y la miseria.

Parte fundamental de este Plan está enfocada al logro de la paz. En Colombia, hace 3 años más de 10 millones de ciudadanos expresaron en las urnas un mandato dirigido a sus gobernantes, y ese mandato fue el de buscar, a través de todos los medios y haciendo todos los esfuerzos posibles, una solución política al conflicto armado que aún persiste en nuestra Nación.

Como Presidente, desde cuando me posesioné el 7 de agosto de 1998, he asumido con convicción este encargo del pueblo colombiano y estoy liderando personalmente el proceso de paz que está en curso en nuestro país.

Por eso, y con el objeto de recuperar nuestra viabilidad como Nación, estamos adelantando un amplio Proceso de Paz con las organizaciones guerrilleras, para alcanzar la conciliación por la vía del diálogo y no por el penoso camino de las armas. Yo mismo he visitado a los líderes

guerrilleros en sus campamentos en las montañas y he asumido el liderazgo de un Proceso que avanza lento pero seguro.

Hoy por hoy, con las Farc-Ep, la guerrilla más grande del país, hemos convenido una agenda de los temas para discutir y estamos realizando Audiencias Públicas para que todos los colombianos tengan oportunidad de dar a conocer sus opiniones sobre los puntos de la agenda que se debate.

Incluso, en un experimento sin precedentes en el mundo, voceros del Gobierno y de la guerrilla realizaron en los primeros meses de este año una gira por varios países de Europa, con el fin de conocer sobre el terreno las diversas opciones políticas y económicas que se han puesto en práctica en esta parte del mundo. Igualmente, hemos recibido en la llamada Zona de Distensión a muchos representantes de países amigos que se han interesado por la suerte del Proceso y por el papel que pueden jugar para su consolidación.

Con la guerrilla del Eln, por otra parte, estamos también en conversaciones con miras a iniciar un Proceso de diálogos, que conduzca a la realización de una gran Convención Nacional, donde se alcancen los acuerdos que permitan la finalización del conflicto con este grupo. Hace unos días, no más, el Alto Comisionado para la Paz acordó con los líderes de este grupo el adelanto de procesos de sustitución de cultivos ilícitos y protección del medio ambiente en algunas zonas donde tienen influencia.

La paz, queridos amigos, requiere paciencia, más de la que muchos están dispuestos a concederle. Pero yo he decidido ser paciente, sin dejar de ser firme, porque los beneficios de la paz bien valen el esfuerzo. Yo creo, como dijo Gandhi, que no hay caminos para la paz, sino que la paz es el camino. Por eso puedo decirles hoy que vamos avanzando en ese único camino de la paz de Colombia, despacio, superando muchos y muy grandes obstáculos, pero con una voluntad indoblegable.

En cuanto al narcotráfico, la comunidad internacional ha entendido que éste es un problema mundial: un problema de todos que tenemos que solucionar entre todos. Nuestro país ha realizado y continúa realizando grandes esfuerzos para eliminar la producción y el tráfico de estu-

pefacientes de nuestra tierra, pero tenemos que entender que nos enfrentamos contra un enemigo poderoso que tiene tentáculos en muchísimos países y un inmenso poder de corrupción e intimidación.

En Colombia, durante nuestra lucha solitaria, murieron nuestros mejores líderes políticos, nuestros mejores jueces y nuestros mejores periodistas bajo las balas del narcotráfico. Y seguimos en la lucha, no por que nadie nos lo exija, sino por una profunda convicción ética y porque sentimos que tenemos un compromiso para con nuestros hijos y para con las nuevas generaciones de todo el mundo.

Pero, ya lo he dicho, el problema es de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la Tierra. Los países productores, los países consumidores, los que producen los precursores químicos para fabricar la droga, los de tránsito y aquellos donde se lavan los dineros provenientes del delito, todos tenemos que unirnos en un frente común. ¡Es por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos!

Entendiendo esto, Estados Unidos aprobó una importante ayuda económica y en equipos de transporte aéreo para colaborar en la lucha contra el narcotráfico y en programas de sustitución de cultivos ilícitos y de fortalecimiento institucional. Otras naciones, como España, Noruega y Japón han anunciado también su decisión de aportar a este esfuerzo común, así como contamos con el apoyo de las entidades financieras multilaterales. Y en los próximos días se definirán los programas en los que colaborarán otros países de la Unión Europea y de América.

Pero es importante hacer una precisión fundamental: el Plan Colombia es un plan colombiano que goza de respaldo internacional, y no una imposición desde el exterior. Es más: la mayor parte de su financiación correrá por cuenta de nuestro país, que colocará 4.500 de los 7.500 millones de dólares que implica su realización.

Por otra parte, los medios y analistas le han dado demasiado énfasis al componente militar del Plan, cuando éste no llega siquiera a la cuarta parte del mismo. Quizás esto ocurre porque el 68 por ciento de la ayu-

da norteamericana, que es la que más se conoce y se difunde, está destinada a actividades militares o de policía contra el narcotráfico. Pero tenemos que ser claros: El paquete de asistencia de Estados Unidos apenas si financia el 17 por ciento de la totalidad del Plan Colombia y no lo podemos confundir o equiparar con él. ¡El Plan Colombia es mucho más que helicópteros!

En efecto, más del 75 por ciento del Plan Colombia se refiere a aspectos sociales y políticos. Se trata de ofrecer desarrollo alternativo al agricultor de subsistencia, de la modernización y reforma de la rama judicial, de la protección del medio ambiente y del amparo a los derechos humanos.

Para darles un ejemplo concreto, dentro del Plan Colombia tenemos prevista una Red de Apoyo Social por un valor de 900 millones de dólares, recursos que se destinarán a tres programas fundamentales:

En primer lugar, para construir proyectos de infraestructura, carreteras, escuelas, hospitales, acueductos, que requieran las comunidades más pobres del país, utilizando la mano de obra surgida de ellas mismas, de forma que al tiempo se genere empleo no calificado. Este programa se llama Manos a la Obra.

El segundo programa de la Red de Apoyo Social será la entrega de subsidios directos a las familias de menores recursos, especialmente a aquellas donde las madres sean cabeza de hogar, bajo la única condición de que velen por que sus hijos reciban la atención de salud y la educación que les proporciona el Estado. Será un estímulo para los buenos padres, y una apuesta por el futuro de nuestros niños.

Y el tercer programa de este componente del Plan Colombia será uno destinado a la capacitación de los jóvenes desempleados. Vamos a entrenar, con el subsidio del Gobierno, a los desocupados entre los 18 y 25 años que pertenezcan a los estratos más bajos, para que puedan acceder al mercado laboral.

Otra estrategia eminentemente social del Plan Colombia es la democratización y desarrollo social, a la que destinaremos un valor superior a los 2 mil millones de dólares.

Esta estrategia está conformada por dos componentes principales: por un lado, el Desarrollo Alternativo y, por otro, los derechos humanos y la atención humanitaria.

En cuanto a la estrategia de Desarrollo Alternativo es muy importante aclarar que no se trata, como se ha tendido a pensar, de una simple sustitución de cultivos ilícitos. Por el contrario, lo que se busca es promover un desarrollo regional integral que genere verdaderas alternativas de ingreso en el mediano y largo plazos.

Para esto, se dará apoyo a proyectos productivos participativos, rentables y sostenibles en las regiones. Este desarrollo productivo será complementado por inversiones en infraestructura física y social dirigidas a garantizar la competitividad y el acceso a los mercados nacional e internacional. Y todo esto estará a su vez acompañado por programas para el fortalecimiento del capital social, la promoción de la sostenibilidad ambiental y el desarrollo institucional de las regiones.

Los pequeños campesinos que han terminado siendo usados por las mafias del narcotráfico para sembrar sus parcelas con plantas de coca o amapola no son delincuentes, sino víctimas de este negocio mortal. Por ello, nuestro empeño es darles, antes que un tratamiento punitivo, un verdadero programa de acción social que garantice su adecuado reintegro a la economía legal. Y es bueno poder decir que, en este tema del desarrollo alternativo, contaremos con el apoyo decidido de Chile, en el marco de un acuerdo de asistencia técnica en los sectores agropecuario y agroindustrial.

Por su parte, el componente de derechos humanos y atención humanitaria busca reconocer y atender a la población víctima de la violencia y fomentar el desarrollo de su potencial como individuos y comunidad, para estimularla económica y socialmente.

En este sentido, los programas implican inversiones para auxiliar a la población desplazada, a los niños y a las mujeres víctimas del conflicto, a la población afectada por minas antipersonales, concentrando especial atención en la población infantil, y una campaña de difusión del Derecho Internacional Humanitario.

Como ven, apreciados amigos, es cierto que nuestros esfuerzos son contra el narcotráfico, pero al mismo tiempo son esfuerzos a favor de la paz, del desarrollo y de las mejores condiciones de vida de los colombianos más pobres.

Además, quiero hacer énfasis en que el Plan Colombia es un Plan abierto, que no oculta nada ni guarda ningún secreto o intención clandestina. Sus programas y planteamientos han sido conocidos y publicados desde el año pasado. Es un Plan transparente que busca la paz y el desarrollo de Colombia, y, por consiguiente, la mejoría de condiciones de toda la región suramericana.

¿Y qué pueden esperar los demás países de América Latina de la aplicación de este Plan? Lo que pueden esperar es que la mayor presencia del Estado colombiano en todo el territorio bajo su jurisdicción derive también en mayor seguridad y mejor comercio para ellos.

Para entender la importancia regional del Plan basta con que miremos cuál sería el horizonte sin su aplicación: ¿Cuál sería el destino de Colombia si no se hace algo a tiempo y se dejan algunas zonas abandonadas al imperio del narcotráfico? ¿Cuánto crecería la delincuencia? ¿Cuánto dinero seguiría destinándose para financiar la violencia y promover la muerte?

¡Ahí sí que todos tendrían motivos para temer, ante una verdadera amenaza regional! Pero aumentar la seguridad, la inversión social y la presencia estatal son objetivos que consultan los intereses comunes y que se cumplirán mejor aún si contamos con la cooperación y comprensión de los gobiernos, de los dirigentes y del pueblo de las naciones de América Latina.

Dentro del concepto de seguridad continental nada más peligroso que una Colombia a la deriva, con un Estado débil y una delincuencia pujante.

Afortunadamente, el panorama es el contrario. El Estado colombiano se fortalece y hace cada vez más presencia en todo el extenso territorio de nuestra Nación, debilitando y erradicando el imperio de los sembradores de muerte y de miseria.

En el pasado Colombia apoyó los esfuerzos de Bolivia y Perú para luchar contra la producción y el tráfico de estupefacientes en sus territorios.

Hoy esperamos la misma solidaridad de nuestros similares de Suramérica, que, con seguridad, entienden los beneficios de contar al fin con una Colombia en paz, próspera y estable.

Apreciados amigos:

Mi país, que se precia de haber mantenido una tradición democrática desde su independencia y de preservar, frente a todas las eventualidades, una economía estable y confiable, hoy está recuperando también el lugar que le corresponde en la comunidad mundial.

Nuestro apego a los postulados del Derecho Internacional y al principio del cumplimiento de buena fe de los tratados; nuestra confianza en el multilateralismo, en la solución pacífica de los conflictos y en las ventajas de la cooperación internacional son las bases sobre las cuales hemos construido nuestra relación con el mundo.

Hoy Colombia, además de ser parte activa de los principales organismos multilaterales del planeta y del continente, como lo son las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, cumple un papel de liderazgo en la conducción del Grupo de Río, el mecanismo de concertación política más importante de América Latina y el Caribe, dentro del cual logramos en junio pasado en Cartagena la suscripción de "Un Compromiso para el Milenio", en el que se plasmó la posición de la región sobre los temas más urgentes de la agenda internacional.

En la reciente Cumbre del Milenio que se celebró en Nueva York, en el marco de las Naciones Unidas, tuve oportunidad de presentar, en nombre del Grupo, este Compromiso, como un importante aporte de América Latina y el Caribe a la solución de los problemas globales.

Yo estoy seguro de que Chile, quien nos sucederá el próximo año en la Secretaría Pro Témporte del Grupo de Río, continuará con excelencia la labor que con tanto empeño estamos realizando para que la voz de América Latina y el Caribe se escuche fuerte y clara en todos los escenarios del mundo.

También Colombia hace parte de la Comunidad Andina, dentro de la cual ejerció un fundamental liderazgo en la última cumbre de Lima al invitar a los demás miembros a suscribir una Declaración de Compromiso con la Democracia, que hoy coadyuva a su preservación y defensa dentro del grupo de integración.

Tenemos, además, un papel deliberante en la Organización de Países No Alineados, que presidimos hasta el año antepasado; formamos parte fundadora de la Asociación de Estados del Caribe, y recientemente fuimos aceptados como miembros del Grupo de los 15 –del cual también hace parte Chile–, que es un importante mecanismo de interlocución entre los países en vía de desarrollo y los más industrializados.

Y valga resaltar, en este breve recuento del contexto de nuestras relaciones internacionales, que Colombia ocupará, con el aval de todos los países de América Latina y del Caribe, a partir del próximo 1º de enero, un puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Allí defenderemos, como ha sido nuestra tradición, la importancia de preservar y fortalecer el multilateralismo y de que cualquier acción internacional se enmarque dentro de la legalidad establecida por la Carta de las Naciones Unidas. Promoveremos también el necesario respeto por el Derecho Internacional Humanitario, un mayor control al tráfico ilícito de armas y una lucha más decidida contra las fuentes de financiación de las guerras.

El compromiso de Colombia va más allá de sus fronteras y sus intereses particulares. Cuando luchamos por nuestra paz, luchamos también por la estabilidad del continente. Cuando combatimos la producción y tráfico de drogas ilícitas, estamos combatiendo por las nuevas generaciones de todo el mundo.

Queremos un país, un continente y un planeta libres de conflictos, de droga y de miseria, y contamos con el apoyo de toda la comunidad internacional en estos propósitos, que son los propósitos de todos.

Queridos amigos de Chile; directivos, profesores y alumnos de esta Universidad Adolfo Ibáñez:

He venido a hablarles de mi Colombia con el corazón en la mano, mostrando toda la dimensión de nuestro problema, pero también los im-

portantes mecanismos que estamos poniendo en práctica para superarlo.

En Chile siempre hemos encontrado los colombianos un afecto de hermanos. Y así ocurre con los chilenos en mi país.

Hoy, ante este amable auditorio, quiero dejarles el testimonio de un pueblo que está decidido a forjar su propio futuro. Ustedes lo conocen y lo sienten, porque palpita con el mismo latir americano. Y quiero que sepan que sus lazos de afecto siempre estarán atados a la esbelta silueta de la querida Chile.

Cuando piensen en Colombia, como Neruda, háganlo a través de una luz azul de mariposas. Cuando piensen en Colombia, como Gabo, háganlo imaginando un país mágico y vital, sembrado de colores, habitado por gente buena ¡y por miles y miles de mariposas amarillas!

CHILE Y COLOMBIA SE ENCUENTRAN EN UN NIVEL EXCEPCIONAL DE COOPERACIÓN BILATERAL Y MULTILATERAL

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la cena ofrecida en su honor por su homólogo de Chile,
Ricardo Lagos Escobar.*

Santiago de Chile, 10 de octubre de 2000.

¡Oh, Chile... Ay cuándo y cuándo! ¡Ay cuándo me encontraré contigo!, enrollarás tu cinta de espuma blanca y negra en mi cintura (...) ¡Ay cuándo me sacará del sueño un trueno verde de tu manto marino! (...) ¡Ay cuándo y cuándo despertaré en tus brazos, empapado de mar y de rocío!

Ese cuándo llegó para Pablo Neruda el día en que regresó a su Chile amado, a su Chile salino y mineral, a su Chile de vino y poesía, hace más de tres décadas, y ha llegado para mí el día de hoy, porque de nuevo piso la tierra hermana de la república austral y siento, conmovido, la misma emoción del poeta, al encontrarme en medio de amigos entrañables, recibiendo la calurosa hospitalidad del presidente Ricardo Lagos y de su digna esposa, doña María Estela León de Lagos.

Hoy, queridos amigos, en este Palacio de la Moneda confluyen los sueños libertarios de San Martín y Bolívar, de O'Higgins y Santander, de Chacabuco y el Pantano de Vargas, de Maipú y Boyacá, como las dos caras de una misma historia.

Nuestras relaciones vienen de muy atrás, y se remontan al período que antecedió a la emancipación de España. En esos años, el patriota chileno, don José Cortés Madariaga, formuló en Caracas la iniciativa de una alianza americana de apoyo a la independencia, idea que tuvo resonancia en la Nueva Granada. La fecunda amistad que establecieron en Lon-

dres Francisco de Miranda y Bernardo O'Higgins fue el marco para que el ilustre general chileno planteara, en 1818, la idea de la integración política entre las naciones recién nacidas a la libertad. Como sabemos, parte fundamental del pensamiento continental del Libertador Simón Bolívar se estructuró también alrededor de la unión política de nuestros pueblos.

Y, si bien estos planteamientos no alcanzaron a concretarse, reconocieron desde entonces la necesidad de la unidad y la solidaridad regional.

La figura de don Andrés Bello, tal vez la más sobresaliente del pensamiento latinoamericano de la época, y la labor que desempeñó en Chile, son igualmente un factor de estrecha unidad intelectual en aquellos primeros años de nuestra historia como repúblicas independientes. En el campo de las relaciones diplomáticas formales, recordemos que el primer intercambio de plenipotenciarios se llevó a cabo en 1821.

Entonces Bolívar, como Presidente de la República de Colombia, envió esta carta al general O'Higgins, Director Supremo del Estado de Chile, al tiempo que le anunciaba la designación de Joaquín Mosquera y Arboleda como nuestro primer embajador en la república del sur:

"La nueva actitud con que nuestros pueblos comparecen ya en el mundo político, sus intereses recíprocos, y cuantas relaciones pueden unir estrechamente a dos naciones hermanas, nos imponen la necesidad de darnos las más distinguidas pruebas de amistad y mutuo servicio".

Y así ha sido desde entonces. El proceso de integración entre Chile y Colombia no ha terminado. Nos unen mucha historia y muchos propósitos comunes. De los primeros años del Grupo Andino –hoy Comunidad Andina–, que contó con el impulso decisivo de nuestros dos países, hemos trascendido a otras instancias de integración, como la Aladi, el Grupo de Río y las Cumbres de las Américas, y hoy caminamos juntos hacia un futuro de equidad y cooperación.

Señor presidente Lagos y estimados amigos de Chile:

Su país fue por muchos años un ejemplo de estabilidad e institucionalidad democrática como no hubo otro en América Latina.

Gracias a la labor organizadora de Diego Portales y al espíritu pacífico y progresista del pueblo chileno, mientras en otros Estados de la región nos debatíamos en rencillas y guerras civiles, en Chile sólo hubo 10 períodos presidenciales entre 1831 y 1924, casi uno por década, signados por un ambiente de civilidad y legalidad.

No por nada, Bolívar lo había pronosticado en su Carta de Jamaica, cuando escribió: "(...) Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad (...)".

Por eso me congratulo, y así lo hace todo el pueblo colombiano, por el proceso de restablecimiento democrático que ha vivido Chile en la última década, recobrando una tradición de la que el pueblo chileno puede estar orgulloso.

Usted, presidente Lagos, consolidará el trabajo responsable realizado por sus predecesores, Patricio Aylwin y Eduardo Frei, y pasará a la historia, no tengo duda, como el hombre que completó la transición de Chile a la democracia.

¡Qué mayor honor para alguien que, como usted, ha consagrado su vida a su defensa, a la lucha por los derechos civiles de sus compatriotas y a la educación de su pueblo!

Colombia sólo desea lo mejor para Chile y por eso todas sus buenas noticias son alivios en nuestro corazón. La recuperación de su economía, cuyo brillante desempeño fue un faro de luz en América, es un hecho del cual no se podía dudar. Un país que creció a una tasa promedio superior al 7 por ciento durante la última década; que desarrolló un comercio equilibrado con Estados Unidos, con la Unión Europea y con los países de la Cuenca del Pacífico; que ha sido líder en competitividad y ejemplo en materia de seguridad social y educación, tiene todas las herramientas para seguir avanzando en su labor de pionero.

Usted, señor presidente Lagos, ha propuesto crear un Chile más igualitario, y está dando los pasos para ello. Nosotros, en Colombia, estamos también empeñados en generar un crecimiento con equidad social, porque somos conscientes de que nada vale una economía próspera si no está acompañada de una justa distribución de la riqueza y de un mejor desarrollo humano.

Nuestra gente, sobre todo aquellos que han sido excluidos de los frutos del progreso, tiene derecho a la esperanza y nosotros tenemos el deber de devolvérsela.

Apreciado señor presidente Lagos:

Chile y Colombia se encuentran hoy en un nivel excepcional de cooperación, tanto en el campo multilateral como bilateral.

Trabajamos en coordinación con las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos y somos forjadores de consenso en el Grupo de Río, cuyo desarrollo e importancia ha impulsado Colombia durante todo este año, como estoy seguro de que lo seguirá haciendo Chile cuando asuma la Secretaría Pro Témpace en 2001.

El liderazgo que ha asumido su país en el tema de la relación política y económica con los países de la Cuenca del Pacífico y del Asia del Este es fundamental y enriquecerá la posición del Grupo en el contexto internacional. Nuestro trabajo coordinado en la llamada *troika* del Grupo de Río ha sido y seguirá siendo una garantía de éxito y crecimiento para el mismo.

Por otra parte, son también interesantes los acercamientos logrados a través del Foro América Latina-Asia del Este, Falae, que ha promovido su país con tanta decisión. Colombia, como coordinadora adjunta para América Latina, está comprometida con el buen desarrollo de esta nueva instancia de diálogo y cooperación.

También formamos parte, Chile y Colombia, de la Comisión Permanente del Pacífico Sur, dentro de la cual firmamos el Acuerdo de Galápagos para la conservación de recursos vivos en el océano Pacífico, al cual debemos darle toda la prioridad para su aprobación y aplicación.

Lo mismo debo decir del Protocolo del Tratado Antártico sobre Protección al Medio Ambiente, que protege no sólo la ecología de la zona antártica, sino el futuro de la humanidad entera. Mi Gobierno hará todo lo necesario para su pronta ratificación.

Y mención especial quiero hacer de las Cumbres de las Américas, donde Chile y Colombia han tenido importantes posiciones coincidentes y un buen trabajo conjunto. Mi país celebra los avances logrados en la II Cumbre, celebrada en Santiago en 1998, particularmente en el aspecto social, donde se incorporó el tema de la educación como la llave maestra del progreso.

También en Santiago generamos un mandato para la creación del mecanismo de evaluación multilateral en la lucha contra las drogas y hoy vemos, con satisfacción, cómo hace un año la Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas asumió, con la ayuda de expertos de nuestros países, el diseño y puesta en marcha de este mecanismo que debe constituirse en una herramienta idónea y eficiente para adelantar nuestra lucha desde un enfoque multilateral.

En definitiva, la comunidad mundial ha entendido –y así lo ha expresado en varias instancias– que el fenómeno del narcotráfico es un problema mundial y que su solución depende de todos, bajo el principio de responsabilidad compartida.

Sobre este punto, sobre la agenda social del continente y sobre la zona de libre comercio hemisférica para 2005 seguiremos avanzando de la mano, señor Presidente, para garantizar el éxito de la III Cumbre de las Américas que se celebrará en Quebec el año que viene.

Colombia, a su vez, desde el puesto que ocupará en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a partir del próximo enero, seguirá promoviendo los valores que nos identifican con Chile, como son el respeto al Derecho Internacional, la defensa del multilateralismo, la solución pacífica de los conflictos y la no intervención internacional por fuera de la legalidad de las Naciones Unidas.

Señor presidente Lagos:

¡Qué bueno que hoy nuestros países se apoyen mutuamente dentro del marco de la cooperación horizontal! Una prueba de ello es el memorando

de entendimiento que estamos firmando en esta visita para la cooperación en materia de desarrollo alternativo. Yo estoy seguro de que la experiencia chilena en el campo agropecuario y agroindustrial, y en el tecnológico, será un aporte invaluable para lograr el éxito en los procesos de sustitución de cultivos ilícitos en mi país.

Y sea esta la oportunidad, señor Presidente, para agradecer muy especialmente a usted y al querido pueblo chileno el respaldo continuo y desinteresado que han manifestado al Proceso de Paz que vengo liderando en Colombia y a los planes de desarrollo social, económico y de fortalecimiento institucional que estamos llevando a cabo.

La voz siempre solidaria y amiga de Chile –a la que se unieron los demás Presidentes de América del Sur en la reciente Cumbre de Brasilia– es un estímulo para seguir trabajando en la solución de los problemas de conflicto y pobreza en mi país.

Yo concuerdo con usted, señor Presidente, en el concepto de seguridad cooperativa, según el cual la paz y la seguridad regionales se incrementarán en la medida en que se promuevan relaciones de cooperación, amistad e integración entre nuestros países y se profundice la confianza mutua.

Parte de esa cooperación está dando ya buenos resultados en el éxito de la aplicación del convenio entre la policía de Colombia y los carabineros de Chile, que firmamos el año pasado, y de otros mecanismos de cooperación en la lucha contra las drogas.

En el campo económico –como ya lo manifesté hoy en la Cámara Nacional de Comercio de Chile– es bueno constatar la tendencia positiva de nuestro comercio, los buenos resultados del acuerdo de complementación económica, el interés mutuo por negociar un tratado de libre comercio y el buen momento de nuestras inversiones, que serán potenciadas por el Acuerdo de Protección y Promoción de Inversiones que suscribimos a inicios del presente año.

Con Chile sólo tenemos motivos de unión y de celebración, y por eso estamos hoy reunidos, para afianzarlos e incrementarlos.

Y así como Neruda dijo: "Nada puede separarme de Colombia. Mi integración es la del honor y del amor", yo también digo hoy: ¡Nada puede separarnos de Chile!

Señor presidente Lagos:

Hay dos momentos excepcionales en las relaciones de amistad y cooperación entre Chile y Colombia: uno es este que estamos viviendo, y que nos deja la satisfacción de avanzar juntos en el camino del progreso y la integración.

Y el otro se dio hace 30 años, cuando los Gobiernos de Salvador Allende y de mi padre, Misael Pastrana Borrero, se encontraron en la coincidencia de ser ambos abanderados de un cambio social en sus países y en América Latina.

Por esa época fuimos Chile y Colombia los únicos promotores en el seno de la Organización de Estados Americanos de los postulados del pluralismo político, una reforma que finalmente fue incorporada en Cartagena, en 1985.

Como dijo a principios de la década del setenta el canciller colombiano Alfredo Vásquez Carrizosa, en un homenaje a su homólogo de Chile: "En América hay campo anchuroso para las ideologías y es bien posible admitir un sistema interamericano pluralista en cuyo seno ya tienen cabida gobiernos de diferente tipo social".

Y recuerdo también, apreciados amigos, con emoción, la impactante visita que realizó el presidente Allende a mi país en agosto de 1971.

En dicha oportunidad, Allende dijo:

"Latinoamérica es una realidad dinámica sólo en la medida en que el esfuerzo y el progreso de sus pueblos y sus dirigentes se adentren por el camino de su libertad social, económica y política. Iremos haciendo concreto lo que la historia y el presente nos ordenan. (...) Me asiste la más firme convicción de que tanto el pueblo de Colombia como el de Chile persiguen, con tesón, esta misma meta común y solidaria. La

angustia, el sufrimiento, el anhelo del hombre latinoamericano, así lo piden y reclaman".

Y mi padre dijo a Allende:

"Pareciera que la distancia interpuesta por la geografía entre nuestras naciones estuviera compensada por nuestra aproximación en el culto de unos ideales que han inspirado el discurrir republicano de nuestra gente y, como colombiano, me complace intuir que serán más vigorosos, sinceros y profundos".

¡Qué bueno decir hoy, en memoria de estos dos líderes que tanto significan a nuestros corazones, que los ideales comunes nos siguen uniendo ahora más que nunca!

Por eso quiero, señor presidente Lagos, para terminar, brindar a la salud de su país: de ese Chile atrevido, con nuevas ideas, con más proyectos que recuerdos y sin miedo a la libertad que usted quiere construir.

Brindo por que en Santiago y en toda la nación austral se abran las anchas avenidas de libertad y dignidad, por donde camine dejando huella, huella americana, este pueblo próspero y democrático, al cual hoy rindo el homenaje sincero de la amistad.

LA DIPLOMACIA POR LA PAZ, POLÍTICA EXTERIOR COLOMBIANA QUE BUSCA LA PAZ NACIONAL E INTERNACIONAL

*Texto de la Conferencia del presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, ante el Consejo Argentino
de Relaciones Internacionales, CARI.*

Buenos Aires, Argentina, 12 de octubre de 2000.

Agradezco la oportunidad que me brinda el señor Presidente del Comité Ejecutivo del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, Don Carlos Manuel Muñiz, para dictar una conferencia sobre la política exterior colombiana ante tan autorizado auditorio, compuesto por los miembros de una entidad que desde su creación, en 1978, ha cumplido a cabalidad su propósito fundamental de estimular, desde un enfoque nacional, un análisis de alto nivel y densidad política sobre los problemas internacionales.

Es esta institución el lugar adecuado donde podemos reflexionar sobre los grandes temas que atañen a nuestros pueblos. Tanto para mi padre, el ex presidente Misael Pastrana, como para mí, el ser miembros de esta institución significa estar en la atalaya desde donde se perciben las dimensiones del porvenir.

Mi intención es tratar ante ustedes algunos temas que considero fundamentales para comprender la complejidad de la situación interna que vive Colombia. Ello nos ayudará a entender mejor las estrategias que el pueblo y el gobierno colombianos vienen implementando para solucionar el conflicto armado por la vía de la negociación, así como para asegurar el respaldo político, la cooperación financiera y la asistencia técnica que requiere la construcción de la paz por parte de la comunidad internacional.

Colombia en el contexto regional

Colombia es el segundo país en población de Suramérica y el cuarto en territorio. Cuenta con un pueblo culto y emprendedor, que ha dado a Latinoamérica y al mundo un Premio Nobel de Literatura y pintores de talla universal, y que ha logrado con esfuerzo construir una de las más sólidas y prósperas economías de la región. Es el único país de Suramérica con costas sobre ambos océanos y su territorio abarca distintas regiones del subcontinente, como son la andina, la amazónica, la pacífica y la caribe.

Colombia cuenta también con una de las democracias más tradicionales de la región y con sólidas instituciones públicas y privadas que nos han permitido preservar nuestros valores democráticos, aun en medio de las más grandes dificultades.

Cito estos hechos que ustedes bien conocen, como expertos que son en el área de las relaciones internacionales, porque en estos momentos, cuando en algunos sectores se percibe a Colombia como "país problema", conviene recordar la importancia de esta nación en el contexto continental. Somos, con Venezuela, el eje fundamental de la Comunidad Andina de Naciones; hemos logrado construir una dinámica clase media y un sector empresarial emprendedor; contamos con prestigiosas universidades y centros académicos; representamos un importante mercado para los países vecinos y proyectamos con excelencia los valores de la cultura y el idioma que compartimos con todos los pueblos hermanos de Hispanoamérica.

Si colocamos todos estos atributos de mi país y de mi pueblo en una balanza en contraposición con el conflicto armado y el narcotráfico, verán ustedes que son muchas más las proyecciones positivas de Colombia a la región que las dificultades coyunturales que la actual situación colombiana pueda representar para nuestros países vecinos. Como Presidente de Colombia considero apenas justo con mi país y con mi pueblo que se reconozca esta realidad en la forma más objetiva y ponderada posible y con la responsabilidad histórica que ello merece.

El Proceso de Paz y el Plan Colombia

Desde cuando asumí la Presidencia de la República me propuse trabajar por la solución política y social del complejo conflicto interno que vive

mi país. Emprendimos un proceso de negociación con las Farc-Ep, el más antiguo y numeroso grupo guerrillero de América Latina, y avanzamos en conversaciones con el Eln. Pero la complejidad del conflicto colombiano, donde intervienen distintos actores que exacerban el conflicto a través de fondos oscuros procedentes del narcotráfico, hace insuficiente la sola respuesta política.

Tenemos que romper el círculo vicioso entre violencia y narcotráfico, que ha generado pobreza, desempleo e inseguridad para nuestro pueblo, a fin de consolidar la paz que se logre en la mesa de negociaciones. Estamos realizando grandes inversiones en el campo social, en el sector agropecuario y en la infraestructura regional para que nuestros campesinos puedan contar con alternativas diferentes del conflicto armado y los cultivos ilícitos.

Con este fin, mi Gobierno diseñó una estrategia integral que hemos denominado el Plan Colombia. En él se contemplan cuatro componentes principales: recuperación económica y social, lucha contra el narcotráfico, proceso de negociación política del conflicto y fortalecimiento institucional y desarrollo social.

Cada uno de ellos complementa a los demás y sólo el avance simultáneo en los cuatro componentes permitirá a los colombianos consolidar la paz, la reconciliación y la prosperidad que merece nuestro pueblo.

Conviene ahora aprovechar la excepcional oportunidad que me brinda el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, a fin de aclarar a Latinoamérica y al mundo qué es y qué no es el Plan Colombia.

En primer lugar, el Plan Colombia no se trata de una estrategia militarista, dirigida contra las guerrillas, que escalará el conflicto en Colombia. Es preciso aclarar que menos de la cuarta parte de los recursos del Plan Colombia se dedicará al fortalecimiento técnico e institucional del Ejército y la Policía, pero solo en cuanto se refiere a la lucha contra el narcotráfico. Esta estrategia contra las drogas ilícitas resulta fundamental para cerrarles a todos los actores armados su principal fuente de financiación. El Plan Colombia es un plan para la paz y no para la guerra.

En segundo lugar, no se trata de un Plan diseñado por los Estados Unidos con base en su percepción de mi país y la visión que esa nación

tiene de la lucha contra la producción de drogas ilícitas. Desde el comienzo de mi gobierno lo anuncié como un estilo de "Plan Marshall" para Colombia y constituí un equipo de alto nivel para enunciarlo y presentarlo a la comunidad nacional e internacional. Es una estrategia integral diseñada por colombianos y para los colombianos con base en la percepción que tenemos del país y en los más altos intereses de nuestra patria, convicción que nos anima a erradicar las drogas ilícitas de nuestro suelo.

La lucha frontal contra el narcotráfico se inscribe en el Plan Colombia, no como una presión externa que se hubiese ejercido sobre mi Gobierno, sino como nuestra más íntima creencia de que esta lucha nos permitirá recuperar nuestra viabilidad como nación y avanzar en un proceso de negociación con los alzados en armas que garantice una paz firme y duradera. Contamos, eso sí, con el apoyo de los Estados Unidos, que ya aprobó un importante paquete de ayuda al Plan Colombia, y trabajamos para consolidar la comprensión y el apoyo de la comunidad internacional en general, particularmente de los países desarrollados y de los latinoamericanos, quienes ya en distintos escenarios nos han expresado su total apoyo político al proceso de paz y un creciente interés en las estrategias de desarrollo social y fortalecimiento institucional.

Vale la pena también aclarar que la campaña de estigmatización del Plan Colombia ha buscado presentarlo como un plan militarista de los Estados Unidos. Nada más alejado de la realidad. La ayuda de los Estados Unidos, que sólo representa un 17 por ciento de los fondos totales que implica el Plan y un 37 por ciento de la cooperación internacional al mismo, no es sólo militar. Se contemplan en ella aproximadamente 260 millones de dólares para desarrollo alternativo, ayuda humanitaria, proyectos de derechos humanos y apoyo a la justicia. El Plan no se reduce a la ayuda norteamericana. Avanzamos ya con el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, constituido en Madrid y del cual hace parte Argentina, en la concreción de la asistencia financiera y técnica que requiere la estrategia de fortalecimiento institucional y desarrollo social del Plan Colombia.

En tercer lugar, la aplicación de la estrategia antinarcóticos del Plan Colombia busca prevenir un desplazamiento masivo de la población

colombiana hacia los países fronterizos. En el componente de desarrollo social del mismo plan se contemplan ambiciosos proyectos para atender a la población que pudiere resultar desplazada internamente, incluidos los proyectos de desarrollo alternativo, materia en la cual hemos suscrito durante esta visita un Memorandum de Entendimiento con la República Argentina a fin de consolidar la cooperación binacional en esta área.

En cuarto lugar, la aplicación de la estrategia antinarcóticos del Plan Colombia no necesariamente ocasionaría el desplazamiento de los cultivos ilícitos y de narcotraficantes a los países fronterizos. Ello depende del grado de coordinación policial y militar, así como del intercambio de información de inteligencia que logremos consolidar con los países vecinos.

Para ello, Colombia busca activamente profundizar los acuerdos existentes con esos países que nos permitan enfrentar con éxito al enemigo común: el narcotráfico.

Lo que no podemos aceptar es que se pretenda combatir un fenómeno mundial concentrando toda la responsabilidad y obligaciones en una nación. La naturaleza misma del flagelo de las drogas ilícitas hace que tengamos que ejercer el principio de responsabilidad compartida y que nos veamos obligados a luchar en forma mancomunada contra las distintas etapas de la cadena del narcotráfico.

Finalmente, el Plan Colombia no es un proyecto unilateral del Gobierno que no haya sido consultado con el pueblo colombiano. Está contemplado en el Plan Nacional de Desarrollo 1998-2002 "Cambio para Construir la Paz", el cual fue aprobado por el Congreso Nacional, luego de innumerables reuniones con las distintas regiones y fuerzas vivas del país. También fue objeto de varios debates en el Congreso colombiano. Más aún, la estrategia de fortalecimiento institucional y desarrollo social del plan es hoy objeto de continuas reuniones entre el Gobierno Nacional y las organizaciones no gubernamentales que operan en el país a fin de lograr su fundamental aporte a los proyectos contemplados.

Diplomacia por la paz

La diplomacia por la paz que ha identificado a la política exterior colombiana de los últimos dos años parte del mismo propósito funda-

mental que sirvió para la creación del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales: estimular el análisis de los problemas internacionales desde un enfoque nacional. Con la diplomacia por la paz hemos logrado recuperar el consenso nacional alrededor de la política exterior, ampliar los espacios de interacción con la sociedad civil y restablecer la autonomía de nuestra presencia internacional.

La diplomacia por la paz responde a una concepción integral de política exterior, en la cual se articulan las necesidades más apremiantes de Colombia con las realidades del entorno internacional. En esta estrategia se armonizan todos los componentes de la política internacional dentro del propósito de contribuir a la paz, entendida no como la ausencia de conflicto sino como un escenario de democracia, desarrollo y justicia social.

Por eso la diplomacia por la paz se sustenta en las acciones necesarias para lograr el apoyo de la comunidad internacional al proceso de negociación, incluido el respaldo político, la cooperación financiera y la asistencia técnica. Por eso, también, la gestión diplomática en áreas prioritarias como los derechos humanos, las drogas ilícitas y el medio ambiente resulta prioritaria para alcanzar los objetivos de la política exterior, que a la vez son propósitos centrales de la política doméstica.

Finalmente, es importante anotar que la diplomacia por la paz no sólo busca la paz de Colombia, sino la paz y la seguridad internacionales. Queremos, como todos los países hermanos del hemisferio, que Latinoamérica y el Caribe sean una región de paz y de desarrollo. Buscamos por eso que esta zona del hemisferio, primera región densamente poblada del mundo libre de armas nucleares, sea también una región libre del tráfico ilícito de armas pequeñas y ligeras, libre de minas antipersonales, libre de conflictos y libre de los trágicos efectos del problema mundial de las drogas ilícitas.

Estoy empeñado en esta tarea; he asumido esta misión; estoy trabajando en este compromiso porque tenemos la obligación, todos juntos, de inventar un mundo nuevo.

Inventando un mundo nuevo

Todos somos conscientes de los desafíos que el mundo de hoy está presentando a la política y lo somos porque insistentemente se nos están

demandando respuestas que no conocemos o nos estamos viendo interrogados por preguntas que jamás nos hubiéramos hecho. Ustedes son conscientes de este fenómeno, que se pone en evidencia a través de los hijos y de los nietos que con escepticismo miran la rutina de sus mayores ante un mundo pleno de dinamismos, de exigencias y de misterios que deben ser develados oportunamente.

Yo, con mis hijos y con los hijos de los colombianos llenos de juventud, y seguramente ustedes con sus hijos y con la juventud de la nación argentina, hemos descubierto que gobernar no es sólo administrar sino que es también el arte apasionado de inventar permanentemente un mundo nuevo.

Ustedes, amigos legisladores y autoridades de la nación argentina, saben que venimos de la culminación de las cuatro grandes revoluciones de la modernidad: la revolución científico-técnica provocada por Galileo; la revolución industrial que generó el espíritu del mercado, el lucro, la libre competencia, el respeto a la propiedad y al pragmatismo; la revolución cultural, que nos hizo conscientes de ser razonables, y la revolución democrática, sintetizada en los ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Bien saben ustedes –y lo sé yo– lo mucho de positivo que nos han dejado ellas, pero también somos conscientes del gran número de inquietudes para las que no tenemos respuestas y que nos obligan hoy a cambiar la mirada sobre lo que está aconteciendo.

Mirar con una mirada diferente es gobernar de una forma distinta.

No se nos oculta que han llegado la internet, la informática, la reducción de los espacios y de las distancias; no se nos oculta que disponemos ya del mapa del genoma humano y que hay quienes toman riesgos incalculables experimentando con la vida a través de la clonación y de tantas otras perspectivas que apenas se insinúan pero que han de definir el mundo y la vida del cercano mañana.

A nadie se oculta que ha llegado la tercera revolución industrial que, entre otras cosas, pondrá bajo interrogantes los éxitos de la etapa ante-

rior. Esto nos indica que estamos en crisis, es decir, en el momento preciso de enunciar nuevos modelos, de inventar nuevas respuestas.

Y esto nos indica, como alguien decía a principios de los años noventa, que no estamos en una época de cambios sino en un cambio de época.

Por ello es preciso mirar con detenimiento en qué hemos acertado y qué debe ser corregido.

De mi pasado guardo permanentemente el recuerdo de don Eduardo Mallea en su viejo libro *Historia de una pasión argentina* y me divierto mucho pensando que los autores y pensadores no son importantes por lo que uno recuerde de ellos sino por lo que ellos han despertado en uno. Don Eduardo Mallea, cuando lo recuerdo, me despierta el ánimo de tomarme cuentas y, a decir verdad, lo hago.

Y son muchos los interrogantes:

¿Qué pasó con la política que se ha reducido tan sólo a ser el arte de lo posible y abandonó la apasionante tarea de hacer posible lo deseable?

¿Qué pasó con los sueños y las utopías que demandaban de nosotros creatividad y esfuerzo?

¿Qué aconteció con la felicidad de las gentes que de repente se encuentran de nuevo vacías, sin compromisos y sin proyectos?

¿Qué pasó con el hombre prometeico que decidió regresar a la naturaleza y por qué se ha convertido en un factor de la destrucción de ella?

Es interesante la reflexión que hace H.J. Hohn en su texto *Contingencia y osadía*, cuando dice que en la sociedad industrial pasaban hambre los más pobres y en la nueva sociedad tosen por contaminación hasta los más ricos y con ironía afirma que antes todos los hombres eran iguales ante la ley y ante Dios y ahora lo son ante el agujero de ozono.

¿Qué pasó con las certezas que teníamos?

¿Qué pasó con las cosmovisiones que acompañaban el razonamiento de las gentes?

¿Qué planteamiento sociopolítico ha venido a reemplazar o a superar el fracaso de las ideologías de cualquier signo que hayan tenido?

¿Qué sucedió con nuestra historia y con la memoria que han dejado de ser puntos de referencia en la vida cotidiana de nuestras gentes y de nosotros mismos?

¿Qué ha acontecido con los valores de cuya pérdida y recuperación siempre conversamos en los momentos de peligro?

Todas estas son preguntas que cotidianamente están indicándonos que es preciso reinventar un mundo nuevo y que para ello tenemos que reinventar la política.

Reinventar la política

Tenemos que ser conscientes de estar trabajando para esa inmensa mayoría de jóvenes desencantados pero exigentes, ansiosos de tener puntos de referencia y una carta de navegación que les permita recuperar el sentido y la alegría de vivir.

Hay una palabra para mí muy significativa que ha marcado el lenguaje y el pensamiento de Jorge Luis Borges, esa palabra es HACEDOR y me siento bien cuando la empleo porque me da la sensación y me confirma la certeza de que voy avanzando, de que vamos avanzando, de que estamos respondiendo, desafiando a los desafíos, lo que equivale a decir que estamos haciendo política.

La crisis política de la actualidad nos está revelando la apatía, el desencanto o el desinterés de las gentes por quienes dirigen, diseñan o están encargados de realizar el bien común.

Hay quienes afirman que la política es un espectáculo y que ninguna ideología es capaz, ahora, de entusiasmar a la gente. Estamos pasando por una época en donde el político no es creíble; en donde algunos se atreven a afirmar que el sinónimo perfecto de corrupción es el concepto de administración pública y eso tiene que acabarse porque, de no suceder así, terminaremos devorándonos a nosotros mismos.

El sueño del bien común

Inventar un mundo nuevo exige crear un sueño, una ilusión capaz de conducirnos de la democracia que tenemos a la democracia que anhelamos.

Tenemos que estar en capacidad de decir en voz alta y con certeza que el bien común es la meta real de la política; que es preciso procurar la satisfacción de las necesidades básicas del ser humano como son aquellas del vestido, de la salud, de la vivienda y de la alimentación; que es urgente recuperar la necesidad de generar una educación vinculada a la creación de empleos y que no podemos dejar de lado el desafío de perder la carrera por el conocimiento.

Sin embargo, estas tareas por la supervivencia las tenemos que cumplir diseñando una política de libertad, de justicia social y de solidaridad que nos permitan vivir en paz.

La política tiene que tener la capacidad de generar un Estado Social de Derecho en el que quepa la participación de todos y la muy especial de la sociedad civil, que no es otra cosa que la comunidad organizada en términos de poder para cooperar con el Estado y con la política en la realización del bien común; a este Estado social de derecho debe pertenecer igualmente una economía social de mercado que, dimensionando la libre iniciativa, el trabajo creativo y responsable, la productividad y la redistribución, permita vencer al liberalismo totalitario que hoy trata de imponerse, para que podamos fundar esa economía social capaz de abrir posibilidades de optimismo.

A ese Estado social de derecho, a esa economía social de mercado, debe corresponder, igualmente, un modelo social de desarrollo que nos permita diseñar el cambio en equidad y que haga posible impulsar las transformaciones necesarias en un ritmo humano que disminuya los actuales costos sociales que causan la pobreza y la exclusión.

La política surge de la verdad

Es por esto que la política debe hacer las paces con la verdad. Llegará el día en que la definición de política se identificará como el arte de decir la verdad y el político será definido como aquel que siempre dice la verdad.

Es preciso observar, además, que la política tiene como obligación la de dar respuestas a los interrogantes de la comunidad, la cual puede exigir que esas respuestas sean oportunas.

Ahora, cuando todos hablamos de globalización, cuando todos celebramos la primera década de la caída del Muro de Berlín y el fin de las ideologías; ahora, cuando la economía ha exigido que se abran las puertas de la libertad de comercio; ahora que la privatización ha recorrido su camino liberando al Estado de la administración de lo que no le era propio, debemos tener una respuesta positiva para aquellos que nos preguntan cómo cumplir con los derechos sociales, partiendo de una economía que se ha liberado de la intervención pública del Estado.

¿Cómo salvaguardar los intereses y derechos sociales de millones de habitantes en nuestro continente, privados de asistencia sanitaria, carentes de alimentación adecuada y para quienes no hay educación ni trabajo?

¿Cómo diseñar un desarrollo que garantice la justicia social al tiempo que se inyecte dinámica al crecimiento económico?

Inventar un mundo nuevo requiere entender que la política, como la vida, no se agota en la economía. La verdadera política abre caminos en donde es preciso dejar abierta la creatividad de las gentes para que se participe de la construcción de la sociedad de una manera igualmente efectiva desde la cultura, desde el conocimiento, desde la tecnología y desde la ciencia. Es preciso que siga cumpliéndose aquel axioma de que el ser humano es el centro de todas las cosas y que la economía, la cultura y el arte fueron hechos para el ser humano y no éste para ellos.

Los límites de la globalización

No se trata hoy en política de convivir con la realidad. Se trata de desarrollar la capacidad de cambiar la realidad.

Bien saben ustedes, y bien lo sé yo, que vamos hacia la globalización, pero que ella solamente será sana si el ciudadano, el ser humano, es capaz de reconocerse en ella. Participo del pensamiento de aquellos que

afirman que la mejor manera de ser global es ser auténticamente local. Bien sé que la economía, el conocimiento y la solidaridad son globalizables, pero también sé que cada provincia, cada nación, cada pueblo, debe conservar sus señas de identidad que le permitan ser él mismo, alguien ante la historia. La cultura no es globalizable y yo personalmente no quiero asistir a ese espectáculo de pobreza sin retorno cuando no podamos reconocer que un argentino es un argentino, que un colombiano es un colombiano, o que un latinoamericano es un latinoamericano y llevemos todos con apacible indiferencia el sello de la deshumanización.

Profeso la convicción de que la diversidad sin unidad es anarquía, pero también que la unidad sin diversidad es tiranía.

Inventar un mundo nuevo es salirle al paso al *homo ciberneticus* y ponerlo a él al servicio del humanismo y de la comunicación y hacer de la comunicación una auténtica comunidad de transmisión de valores, de iniciativas, una comunidad lúdica y optimista que comprometa lo mejor de cada uno de nosotros.

Inventar un mundo nuevo requiere un gran optimismo; requiere ternos confianza los unos a los otros; requiere saber pasar de la hegemonía al pluralismo; requiere saber encontrar la verdad que hay en los otros; requiere saber que es preciso liberarnos de lo inútil para avanzar en el terreno en donde con toda la honestidad podamos decir que estamos, a través de la política, amando al prójimo como a nosotros mismos.

Inventar un mundo nuevo exige tener la capacidad y la valentía de reconciliarnos.

Un viejo tango habla de la urgencia de inventar el coraje. Es preciso tener el coraje para reconciliarnos con nosotros mismos. Es preciso tener el coraje para reconocernos con los nuestros, aceptando los errores de un ayer que nos compromete con su reivindicación y es preciso aprender a reconciliarnos con los otros para construir con ellos ese armonioso cauce de orillas opuestas que conduce el común río de nuestras esperanzas.

Derechos Humanos e Integración

Inventar un mundo nuevo es comprender que ni Argentina ni Colombia están solas, que se necesitan la una a la otra para poder, desde la integración latinoamericana, decir en voz alta su palabra.

La integración latinoamericana hace parte todavía de nuestros sueños y es hora de que comience a hacer parte efectiva de nuestras realidades.

Inventar un mundo nuevo es, señores legisladores, tener la certeza de que desde la política respetamos y promovemos y dimensionamos los derechos humanos. Es tener la certeza de la humanización de la sociedad y es abrirse campo hacia esa reconciliación con nuestro pasado, con nuestro presente y con nuestro porvenir que en mí evoca la lectura del pensamiento de ese gran argentino universal, de ese gran maestro de humanismo que es Don Ernesto Sábato.

Un día se encontraron San Martín y Bolívar, dos genios diferentes de una misma historia latinoamericana que desde la sensatez y la cordura fueron capaces de crearnos estas patrias, que hoy unen sus manos para recorrer, desde un mundo nuevo creado desde su pensamiento, los caminos del porvenir, marcados por unos sueños que tienen la indudable dimensión de nuestras esperanzas.

Es partiendo de estas bases, queridos amigos, de donde han brotado bajo mi gestión como gobernante, tanto el Plan Nacional de Desarrollo: Cambio para Construir la Paz como aquel que, comprometido con la erradicación del narcotráfico, es conocido como el Plan Colombia, que conduce a la superación del problema del narcotráfico mediante un profundo impulso del desarrollo social y la generación del bienestar.

Sé muy bien que, igualmente, en la tierra de José de San Martín se trabaja hondamente en la misma dirección, así como he visto a muchos otros colegas en el continente coincidir en la inquietud y en el esfuerzo por crear una política y un mundo nuevos capaces de responder a los desafíos.

Permítanme hoy enviar este mensaje al pueblo argentino a través de ustedes, miembros del Consejo Argentino para las Relaciones Exterio-

res, haciendo mío el llamamiento que Sábado hizo para toda la Latinoamérica unida:

Les pido que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera. Les pido ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión del hombre. (...)

El ser humano sabe hacer de los obstáculos nuevos caminos porque a la vida le basta el espacio de una grieta para renacer.

Yo creo que en esta evidencia la historia de nuestros pueblos se ha encontrado en múltiples oportunidades y creo que ustedes, representantes de la nación argentina, y nosotros, que hemos sido destinados por la democracia para señalar el camino inicial de este milenio que comienza, sabemos lo que debemos hacer y hemos comenzado a cumplirlo.

El porvenir tendrá el sello de nuestros compromisos y la intensidad de nuestros testimonios. Si somos fieles a nuestro destino ¡no todo verdor perecerá!

LAS NACIONES UNIDAS, ESTANDARTE DE LA PAZ UNIVERSAL

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, en el acto de celebración del 55 aniversario
de las Naciones Unidas.*

Bogotá, D. C., 24 de octubre de 2000.

Desde cuando nos reunimos hace cerca de un año para conmemorar un aniversario más de las Naciones Unidas, se produjo un hecho de gran trascendencia para la comunidad internacional: la celebración de la Cumbre del Milenio. Ella constituyó un evento sin precedentes y de dimensiones verdaderamente históricas.

En dicha oportunidad, los Jefes de Estado y de Gobierno abordamos temas de particular importancia para la agenda internacional del nuevo siglo. Por mi parte, tuve la responsabilidad, como Secretario pro t mpore del Grupo de Río, de presentar al mundo la posición unificada de América Latina y del Caribe sobre los diversos puntos de la agenda, tal como se acordó en la Declaración de Cartagena: Un Compromiso para el Milenio.

Con los resultados de la Cumbre, no me cabe duda, las Naciones Unidas salieron fortalecidas, como un foro único para el debate global y un instrumento indispensable para la paz, la seguridad y el progreso de las naciones del orbe. Desde luego, la sola realización de la Cumbre no significó cambiar el mundo. Pero sí ofreció una oportunidad única para reafirmar el compromiso de los líderes en favor de la paz, la democracia y el desarrollo.

La Declaración del Milenio definió seis valores esenciales que habrán de presidir las relaciones entre los Estados Miembros en los próximos años:

libertad, igualdad, solidaridad, tolerancia, el respeto por la naturaleza y la responsabilidad compartida. Colombia suscribe firmemente estos valores, como base para construir un mundo más justo y democrático para todos los pueblos del universo.

Es también un sólido compromiso de Colombia contribuir a la realización de las metas acordadas en la Cumbre y a la adaptación de las Naciones Unidas para que cumpla sus exigentes responsabilidades en el nuevo siglo. Ha quedado claro, en ese sentido, que los Estados no actuaremos aislados para alcanzar los objetivos trazados. Promoveremos nuevas asociaciones con la sociedad civil y el sector privado, especialmente en los temas relacionados con la movilización de recursos requeridos para lograr esas metas.

Gracias a la Cumbre, las Naciones Unidas han logrado un nuevo *momentum*. La materialización de los compromisos asumidos es ahora una responsabilidad colectiva a la que debemos contribuir con nuestras tareas diarias, así como a través de la Asamblea General de la Organización. En ella podremos evaluar si el espíritu del Milenio y la voluntad de los Estados que quedaron consagrados en la Declaración se traducen efectivamente en realizaciones concretas.

Hoy, en los 55 años de las Naciones Unidas, Colombia reafirma una vez más su compromiso indeclinable con los postulados que presidieron su creación y que rigen su existencia.

Para mi país, este período de transición al nuevo milenio es también un período de transición hacia una nueva sociedad. Colombia está en el cruce de caminos de los temas prioritarios de la agenda internacional y es por ello un escenario ideal para movilizar la comunidad internacional en la búsqueda de soluciones a problemas que son comunes a otros pueblos.

Quiero destacar, en este sentido, el importante papel del sistema de Naciones Unidas en Colombia. A través de sus 16 agencias especializadas, el sistema ha mostrado ventajas claras en la conjugación de esfuerzos para contribuir a la construcción de una sociedad de convivencia y crecimiento, de equidad y de bienestar colectivo.

Debo también agradecer el compromiso del sistema de Naciones Unidas con el proceso de reconciliación en Colombia, así como la dimensión que esta tarea ha adquirido en las áreas de trabajo de las agencias del sistema.

La gestión de todas ellas, así como del Asesor Especial del Secretario General, el señor Jan Egeland, son muestra de la voluntad existente para una cooperación amplia y decidida en este campo.

La paz y el desarrollo han adquirido un nuevo significado para las actividades de Naciones Unidas en Colombia. El Gobierno asigna gran importancia al trabajo de las agencias del sistema en áreas como la promoción de los derechos humanos, la atención a las personas desplazadas, el desarrollo alternativo, y los procesos de convivencia y desarrollo en los ámbitos local y regional.

Esas nuevas prioridades y las diferentes iniciativas de fortalecimiento institucional, desarrollo económico y social, preservación del medio ambiente y asistencia humanitaria han llevado a que en los últimos años se haya incrementado en Colombia la demanda de cooperación externa.

Continuaremos, por ello, trabajando estrechamente con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el cual, bajo la acertada orientación del señor Francesco Vincenti, ha contribuido con compromiso y seriedad a la construcción de una Colombia más justa y solidaria, así como con las demás agencias del sistema de Naciones Unidas, a fin de promover un aumento en la oferta de cooperación y de contribuir de esta manera a cubrir las expectativas de las instituciones colombianas en los distintos sectores y programas.

Apreciados representantes de las Naciones Unidas y de los pueblos del mundo:

Hoy quiero destacar, en este nuevo aniversario de la ONU, el gran honor que implica para Colombia su reciente designación –por sexta vez en la historia de la Organización– como Miembro No Permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para el periodo 2001-2002.

Somos conscientes de la dignidad internacional que ello significa dentro de la comunidad de naciones. Representa no el privilegio sino la gran responsabilidad de participar e incidir en las decisiones referentes al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

Desde el Consejo estamos decididos a participar en la consolidación de la paz en el mundo, de conformidad con los principios y propósitos de la Carta. Apoyaremos todos los esfuerzos encaminados a respetar la igualdad soberana de los Estados, su integridad territorial y su independencia política, y a impulsar la solución pacífica de los conflictos y la actuación continua en concordancia con los principios de la justicia y el derecho internacional. Reafirmaremos también nuestro compromiso y confianza en el multilateralismo, como el instrumento ideal para garantizar la paz y el progreso de las naciones del mundo.

Por otra parte, Colombia promoverá un mejor sistema de información y de consulta del Consejo con los Estados que no forman parte de este órgano, en especial con la región latinoamericana, y propiciará una relación más permanente y estrecha del Consejo con la Asamblea General, como órgano supremo de la Organización.

La reforma del Consejo de Seguridad es una de las principales expectativas de ajuste del sistema de las Naciones Unidas. Nuestro país considera que deben explorarse fórmulas para asegurar una mayor participación de los países en desarrollo en el Consejo. En este sentido, una representación regional más amplia, la aplicación de restricciones al uso del veto y una mayor transparencia en el proceso de toma de decisiones podrían ir acercando el Consejo de Seguridad a las nuevas realidades del tercer milenio.

Estimados amigos:

Hace 55 años entró en vigor la Carta de las Naciones Unidas, acordada cuatro meses antes por los representantes de los pueblos del mundo, incluido Colombia, en la ciudad de San Francisco.

Allí nos comprometimos a "practicar la tolerancia y convivir en paz como buenos vecinos; a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento

de la paz y la seguridad internacionales; a asegurar, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común, y a emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos".

Hemos avanzado mucho desde entonces, cuando el mundo salía consternado de la más grande guerra de la historia de la humanidad. Nuestro deber hoy, como líderes, es seguir reafirmando, en el pensamiento y en los hechos, estos postulados de hermandad universal.

Las Naciones Unidas son el estandarte de la paz mundial y se han comprometido con el desarrollo de quienes sufren las mayores carencias. ¡Que su misión siga siendo exitosa por muchos años y, ojalá, por muchos siglos más!

COLOMBIA, TIERRA BUENA HABITADA POR 40 MILLONES DE SERES HUMANOS ABIERTOS A LA AMISTAD, AL TRABAJO Y A LA VIDA

Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Instituto de Altos Estudios de América Latina, Laeal, ante empresarios e intelectuales especialistas en el caso colombiano.

París, Francia, 22 de enero de 2001.

"Sé que sólo hay una libertad: la de pensamiento", dijo el recordado escritor Antoine de Saint-Exupéry. Y quiero iniciar esta intervención citando sus palabras porque hoy me encuentro frente a un grupo de hombres y mujeres, personas del mundo académico francés, profesores y estudiantes, que cultivan como un tesoro esa primera libertad: la de pensar con autonomía, y que la han usado, para fortuna de nuestro país, para pensar en Colombia, en sus problemas y potencialidades, en su pasado y en su porvenir.

Muchos de ustedes, apreciados amigos, ostentan el significativo título de colombianistas por su especial conocimiento sobre la realidad de nuestro país, pero, más aún, por su compromiso con una tierra buena, como la llamara Juan de Castellanos, habitada por 40 millones de seres humanos abiertos a la amistad, al trabajo y a la vida.

Hace casi dos meses, el 27 y 28 de noviembre del año pasado, bajo el generoso auspicio de este Instituto y del Comité Universitario Francés por Colombia, con la promoción entusiasta de su director, Jean-Michel Blanquer, y del profesor Daniel Pecaute, se reunieron en esta querida Ciudad Luz académicos europeos y norteamericanos para debatir y pensar sobre el tema colombiano. Es un esfuerzo de gran envergadura que hoy quiero agradecer en nombre de Colombia, porque sus lúcidas conclusiones se han convertido en un aporte novedoso y sustancial al

entendimiento del proceso complejo que hoy vive mi país. Sobre todo teniendo en cuenta que, como bien dice Fernando Savater, el caso colombiano es de los menos dóciles al apresuramiento analítico.

Con detenimiento he leído el Llamado por Colombia resultante de ese Encuentro Internacional de París, y hoy quisiera, en compañía de ustedes, sus autores, reflexionar sobre el mismo y, al tiempo, presentarles mi visión como gobernante de una nación que sufre los embates de la violencia y la delincuencia, pero que no desfallece en su esperanza por un futuro de convivencia y de paz.

El documento comienza con un diagnóstico muy duro, pero terriblemente cercano a la realidad, en el cual se concluye, como lo hemos venido exponiendo nosotros ante el mundo desde hace ya mucho tiempo, que el conflicto colombiano, más que una guerra civil, es una guerra contra la sociedad, la que en su conjunto se ha convertido en rehén.

En palabras de los académicos, la sociedad colombiana es una sociedad que está siendo asesinada por los actores armados de diferentes perfiles pero cuyo rasgo común es su menosprecio por los sentimientos de los colombianos.

Esta es la dolorosa verdad de nuestra cotidianidad, una situación que afecta nuestra economía, nuestro futuro y nuestro devenir como nación. Para enfrentarla, el Gobierno colombiano, que, como lo expresa el documento, dispone de legitimidad democrática, está adelantando todos los procesos necesarios para alcanzar un porvenir viable, en paz y con justicia social.

Lo que no podemos compartir, porque no corresponde a la realidad que vivimos, es el planteamiento de que la población colombiana se ve martirizada por un conflicto que le es ajeno. Tristemente, los alzados en armas se han encargado de que dicho conflicto involucre a la población civil, que sólo aspira a que cese la violencia y a que las instituciones recuperen la plena vigencia en sus territorios.

No se puede afirmar que éste sea solamente un conflicto entre el Gobierno y la subversión en el que el pueblo colombiano actúa como simple observador o víctima: todo lo contrario, es un conflicto en el que un grupo de personas atenta contra el Estado y contra la nación

que éste representa, contra los 40 millones de colombianos que queremos vivir en paz.

Prueba de ello es que, mientras la guerrilla nunca ha alcanzado siquiera un 3 por ciento de respaldo popular en el país, las Fuerzas Armadas –como fuerzas de la institucionalidad colombiana– tienen una imagen favorable entre la población colombiana que únicamente es superada por la Iglesia católica.

Entre tanto, los actores armados al margen de la ley, llámense guerrilla o autodefensas, han rebasado todos los límites de la crueldad y violan constantemente las normas universales del Derecho Internacional Humanitario. No sólo se enfrentan a las fuerzas armadas del Estado, sino que ejecutan infames y cobardes masacres de civiles; arrasaron humildes poblaciones, dejando en la ruina física y moral a sus habitantes; destruyeron con atentados terroristas la infraestructura energética de la nación, privando a miles de compatriotas de los más mínimos servicios públicos; secuestran ancianos, niños y adultos, con la sangre fría de los más avezados criminales; siembran minas antipersonales, poniendo en riesgo a civiles inocentes; reclutan a niños y adolescentes en sus filas, y los obligan a permanecer en ellas bajo amenaza de muerte; bloquean vías, queman automotores, desplazan a millares de campesinos de sus parcelas.

En fin: han logrado lo único que puede conseguir la violencia: destruir la esperanza de un país y sembrar miedo e incertidumbre en el territorio colombiano.

Ellas –la guerrilla y las autodefensas– pretenden representar a un pueblo que abomina de sus actos de inhumanidad; se financian con los recursos que recaudan de la economía de la droga, de la extorsión y del secuestro, y luchan contra un régimen que, como bien reconoce el documento, no tiene nada que pueda asemejarlo a una dictadura y donde existen profundas aspiraciones democráticas. Luchan, con el poder oscuro de las armas y la intimidación, contra un régimen sustentado en el poder diáfano de las urnas.

Pero se equivocan de camino. Todos lo sabemos: la violencia, como decía Jean Jaurés, es una debilidad. La fuerza es el recurso de quienes no creen en el diálogo, en la convicción, en el poder de la democracia.

Desde cuando inicié mi gobierno, lo hice con el compromiso de buscar la paz para Colombia, no sólo por una convicción ética y patriótica, sino también porque en 1997 cerca de 10 millones de colombianos dieron un mandato a sus gobernantes para buscar la paz por el camino del diálogo, y yo estaba impelido a cumplirlo.

Han sido más de dos años de conversaciones con las Farc-Ep y muchos meses de acercamiento con el Eln, que han ido marcando un camino difícil y largo, pero que son el primer intento serio de negociación con la guerrilla en Colombia después de más de una década.

Ustedes, amigos colombianistas, lo saben: con las Farc-Ep hemos desmilitarizado una zona del país para posibilitar el diálogo; hemos acordado una agenda temática; hemos realizado audiencias públicas, donde han podido participar miles de colombianos con sus iniciativas sobre economía y empleo, y hemos intercambiado propuestas de cese del fuego y de hostilidades, que permitan al fin la humanización del conflicto. La organización guerrillera ha suspendido unilateralmente las negociaciones, pero guardamos la esperanza de que no se pierda el camino adelantado hasta hoy.

Las distintas fuerzas políticas representadas en el Frente Común por la Paz y contra la Violencia, así como las fuerzas sociales representadas en el Consejo Nacional de Paz, acompañan el proceso y las decisiones del Gobierno, porque la búsqueda de la paz no es un asunto gubernamental, sino que es una política de Estado, que reúne a toda Colombia en un solo propósito.

Con el Eln, como también ustedes saben, y con la generosa participación de Francia como uno de los cinco países amigos que sirven de facilitadores de este proceso, estamos avanzando en un clima de acercamiento, con el fin de lograr abrir una zona de encuentro donde se lleve a cabo la negociación con este grupo.

Pero no basta con la decisión del Gobierno colombiano, ni con el clamor del pueblo, que periódicamente sale a las calles pidiendo paz, armado sólo de pañuelos y banderas blancas. Necesitamos que la presión por el respeto de la vida y la libertad de los colombianos venga también de

todas las naciones amigas, que contemplan indignadas lo que pasa en Colombia. Como dice el documento de los académicos: Diferentes instancias de la Unión Europea han expresado su preocupación frente a las innumerables violaciones a los derechos fundamentales. Deben continuar haciéndolo, exigiendo que las fuerzas armadas no dejen más el campo libre a los grupos paramilitares, pero no pueden callarse sobre los crímenes perpetrados por las guerrillas y otros actores.

Sí, señoras y señores. Tenemos que ser muy claros. En Colombia es posible que, como casos individuales y no como política de la Fuerza Pública, se presenten algunas violaciones de los derechos humanos por parte de miembros de las Fuerzas Armadas, cada vez menos afortunadamente, las cuales perseguimos y sancionamos con decisión. Pero el 98 por ciento de las acciones que violan los más elementales derechos humanos e infringen el Derecho Internacional Humanitario es cometido por las guerrillas y por los grupos ilegales de autodefensa. ¡Aquí es donde el mundo debe ponerse en pie y exclamar con firmeza: NO MÁS! ¡Aquí es donde Colombia espera, con justa expectativa, un acompañamiento firme de la comunidad internacional!

Y quiero hacer una claridad sobre los grupos de autodefensa, que con frecuencia se pretenden vincular, casi siempre a la ligera o siguiendo las denuncias de los guerrilleros, con las fuerzas armadas de Colombia. El Gobierno y el país lo saben: Ellos son unos criminales desalmados, cuya actividad se alimenta únicamente de odio, de venganza y de ambición, que no representan a las instituciones ni a los ciudadanos de bien. Si algunos pocos militares descarriados del buen juicio, de manera individual, los han apoyado o han sido negligentes en su persecución, los hemos ido detectando, sancionando y separando del servicio. Pero las fuerzas armadas de Colombia no son aliadas de este grupo delincuencial, al cual no le reconocemos ni le reconoceremos jamás un carácter político.

Debe saber la comunidad internacional que tenemos un Plan de Acción definido contra estos grupos delincuenciales, que estamos llevando a cabo con decisión y convicción.

En primer lugar, hemos creado un Centro Nacional de Coordinación para la Lucha contra las Autodefensas Ilegales, en el cual, además del

Gobierno y la Fuerza Pública, participan la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General y la Defensoría del Pueblo.

En segundo término, creamos también una Brigada Financiera, en la que participan la Fiscalía, la Superintendencia Bancaria, la Dirección de Impuestos y los organismos de inteligencia del Estado, para detectar y combatir los fondos provenientes de la actividad delictiva de las autodefensas, así como a quienes financian a estos grupos ilegales.

En tercer lugar, estamos luchando denodadamente, realizando múltiples operaciones militares contra estos grupos, las cuales se han incrementado en un 123 por ciento en el último año. Ahora bien: Es bueno aclarar que si las cifras de capturados son inferiores a las que se dan contra la guerrilla, esto también se debe a que estos grupos son tres veces más pequeños que ésta. Pero veamos los datos: Durante mi Gobierno se han capturado 601 y dado de baja a 124 de sus miembros. Sólo el año pasado más de 400 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados, superando en un 10 por ciento el número de capturados y en un 150 por ciento el número de abatidos en el año 1999. Inclusive, hemos derribado ya un helicóptero artillado de estas fuerzas irregulares.

Más de 700 presuntos miembros de grupos de autodefensa, vale decir, casi el 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas, un porcentaje mucho mayor que el de guerrilleros detenidos.

En cuarto lugar, hablando ya del aspecto judicial, las cifras también son contundentes: la cantidad de acciones penales que adelanta la Fiscalía contra los grupos de autodefensa es más de tres veces superior a las ejecutadas contra la subversión.

Pero las investigaciones no son sólo penales, sino también administrativas, las cuales han producido importantes resultados. Las denuncias por hechos de colaboración u omisión ejecutados por miembros de la fuerza pública a favor de estas fuerzas irregulares no quedan impunes. Además de las medidas disciplinarias internas, son investigadas por órganos de control y fiscalización independientes, que desarrollan sus procesos y adoptan sus decisiones con total autonomía del Gobierno,

que las respeta y acata. Como prueba irrefutable de lo que afirmo están los fallos de destitución y condena que han afectado a altos oficiales de las fuerzas armadas por acciones u omisiones que fueron denunciadas.

En quinto término, hemos atribuido al Comandante General de las Fuerzas Militares, en el marco de una amplia reforma legal dirigida a la modernización y profesionalización de las fuerzas militares, la facultad discrecional de desvincular en forma inmediata de las filas, sin juicio previo, a los uniformados, cualquiera que sea su rango, contra los que existan sospechas fundadas de que violan derechos humanos o colaboran con los grupos ilegales. En su breve tiempo de vigencia, esta atribución ya ha sido ejercida, separando de las filas a 388 miembros de las fuerzas militares.

Las medidas de reforma, modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas del país y la reforma a la Justicia Penal Militar, a la que me referiré más adelante, hacen parte también de nuestro compromiso contra los grupos irregulares.

En sexta medida, es resaltable que la mayor parte de las actividades de fumigación de cultivos ilícitos extensos la estamos realizando en zonas de alta presencia de las autodefensas, donde hemos destruido también más de 20 laboratorios de procesamiento de droga.

Como puede verse, el Estado colombiano no se ha quedado ni se quedará quieto en su lucha denodada contra estos grupos criminales. Estamos obrando siguiendo un plan serio y coherente, que está produciendo buenos resultados.

También en desarrollo de nuestra política de derechos humanos, estamos protegiendo también a los que trabajan por su defensa y a los líderes sindicales, mediante esquemas que les brindan seguridad a las personas y a las sedes físicas donde laboran. En este sentido hemos invertido en el último año alrededor de cinco millones de dólares para otorgar protección personal permanente a cerca de 40 personas amenazadas, para establecer sistemas de comunicación preventivos y para realizar trabajos de blindaje en 85 sedes de organizaciones sindicales o de derechos humanos.

Es claro que, dados los altos niveles de violencia que el país experimenta, las demandas por protección aumentan y los recursos del presupuesto resultan insuficientes, como se hizo palpable hace un mes en el fallido atentado de los extremistas contra uno de los principales líderes sindicales del país. Por eso, hemos solicitado apoyo de la comunidad internacional para mantener y ampliar este programa y esperamos confiados obtener importantes recursos para estos fines.

Así mismo, hemos adoptado y puesto en ejecución un plan de acción para la prevención y atención de la población desplazada por el conflicto, el cual comprende mecanismos de prevención de desplazamiento, asistencia humanitaria de emergencia y acciones para el retorno, la reubicación y la estabilización socioeconómica.

Pese a las acciones emprendidas y a los recursos destinados, la respuesta institucional es insuficiente dada la magnitud del problema. Más allá de la discusión sobre cifras, lo cierto es que el desplazamiento ha crecido en intensidad en la medida en que el conflicto se ha vuelto una lucha entre actores ilegales por dominios territoriales, generando la injusta expulsión de la población.

Sobre este tema, dadas su magnitud y la limitación de los recursos del Estado, estamos también convocando la ayuda internacional. La dimensión del desplazamiento forzado en el país supera las posibilidades de atención del Estado colombiano y se requiere la cooperación de agencias, países y organizaciones no gubernamentales.

En cumplimiento de nuestra Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social hemos presentado a consideración de la comunidad internacional proyectos para la atención de los desplazados por un valor cercano a los quinientos millones de euros. Ya hemos comenzado a recibir propuestas concretas de apoyo y somos optimistas en que los países amigos, entendiendo la magnitud del fenómeno que afrontamos, contribuirán a la financiación de estos proyectos.

Otros logros, en materia legislativa, de la política de derechos humanos son la expedición de un nuevo Código Penal Militar que remite a la justicia civil la decisión sobre las presuntas violaciones a los derechos humanos que cometan los miembros de la fuerza pública, y la expedi-

ción de un nuevo Código Penal que ha puesto a tono la ley nacional con las normas internacionales que consagran las infracciones al derecho internacional humanitario, tales como la tortura o la desaparición forzada.

También mediante ley se han modernizado las fuerzas militares y de policía, y se prohibió el reclutamiento de menores de 18 años, yendo aún más allá de lo estipulado en la Convención de los Derechos del Niño. Igualmente, hace un año tuve la satisfacción de sancionar la ley que aprueba e incorpora a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa sobre eliminación de minas antipersonales. Además, suscribimos el tratado que crea la Corte Penal Internacional y estamos analizando su presentación ante el Congreso para su aprobación.

Somos conscientes de que, pese a los importantes logros obtenidos, nos falta mucho por hacer en la protección de los derechos humanos de los colombianos y estamos decididos a continuar mejorando nuestro desempeño. Tampoco desconocemos que mientras no avancemos en la solución negociada del conflicto armado y obtengamos acuerdos sobre la observancia del derecho internacional humanitario, la confrontación que, por la acción de guerrillas y autodefensas, crece cada día en intensidad y degradación, seguirá contribuyendo a la violación constante de los derechos de los ciudadanos.

El apoyo internacional al proceso de paz y la presión de las naciones amigas, de los investigadores sociales, de los medios, de los organismos multilaterales y de las ONG para que los actores armados al margen de la ley se comprometan con acuerdos humanitarios son, por eso, fundamentales.

Pero tenemos que reconocer también, como afirma el mismo documento de los académicos, que reforzar la autoridad y legitimidad del Estado y modernizar su funcionamiento son dos condiciones previas para instaurar una política de paz. Por eso la acción del Gobierno y la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que estamos poniendo en práctica y hemos sometido a la comunidad internacional para su apoyo se enfocan justamente en esa dirección. Colombia no podrá salir adelante si no garantizamos la presencia y actuación de un Estado fuerte, legítimo y moderno.

Ahora quiero aclarar algo sobre la cooperación que hemos pedido a la comunidad internacional, y muy particularmente a la Unión Europea, que hace parte del Grupo de Apoyo a la Paz de Colombia, que ha tenido ya dos reuniones, una en Madrid y otra en Bogotá, y que tendrá una próxima en Bruselas.

Esta no es una simple solicitud de solidaridad hacia un país agobiado por problemas de diversa índole, sino que es el resultado concreto de la aplicación del principio de responsabilidad compartida en la lucha contra las drogas ilícitas, una actividad que se ha convertido en la principal financiadora de la violencia en nuestro país y la mayor promotora de la corrupción.

Como dicen ustedes en su Llamado por Colombia: "El conjunto de la comunidad internacional debe asumir al respecto un papel directo. La Conferencia de Viena reconoció el principio de corresponsabilidad de países productores y de países consumidores, que son también los que se benefician de los circuitos de blanqueamiento de los dineros de la droga. Es tiempo ya de que se asuman las consecuencias de ello."

Apreciados amigos:

Hace once meses exactamente, una delegación de negociadores del Gobierno, presidida por el Alto Comisionado para la Paz y una delegación de voceros y negociadores de las Farc-Ep visitaron, como la última escala de su gira informativa por Europa, esta capital francesa, desde donde les escribo este mensaje.

Ellos, como nosotros ahora, habrán podido vivir en esta bien llamada Ciudad Luz el espíritu histórico que se respira en todas las esquinas y monumentos, que nos recuerdan eventos fundamentales en el acontecer del ser humano actual, como son la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, la monarquía constitucional y las llamadas Primera, Segunda, Tercera, Cuarta y Quinta República.

Aquí, donde visionarios reclamaron para nuestra especie los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sentimos que estamos en un laboratorio histórico, donde tenemos mucho que aprender: no sólo de

los derechos reivindicados y de la democracia que finalmente se impuso, sino también de los errores en que incurren las revoluciones cuando se sustentan en el odio, cuando se imponen por la violencia y el exterminio de quienes representen los conceptos opuestos a nuestra ideología.

Admiramos a los hombres y mujeres valientes que proclamaron la Asamblea General de Francia, pero no podemos dejar de recordar con horror las inmensas masacres cometidas en nombre de la libertad por el Régimen de Terror de Robespierre, que generaron un retroceso en los incipientes triunfos democráticos. No es posible que, en nombre de los valores más sagrados, los hombres tengamos que matarnos.

Yo invito a los que hoy persisten en mi país en el camino de las armas a reflexionar sobre los métodos usados para alcanzar los ideales políticos. Les he propuesto y sigo proponiendo que acudamos a la vía de la convivencia, del diálogo y de la negociación. No es con sangre ni con destrucción ni con secuestros como podemos construir un futuro justo para nuestros compatriotas.

Aprendamos de la Historia y avancemos, sin dudas ni sospechas, hacia la Paz.

Amigos colombianoistas:

Tenía mucho que decirles sobre la situación de Colombia, este país vital que no podemos dejar sucumbir bajo el peso de lo que nuestro querido Daniel Pecaute ha llamado "la violencia prosaica", pero creo que he dicho lo fundamental: En Colombia, el Gobierno y la sociedad civil estamos trabajando por consolidar la paz y el imperio de los derechos humanos, en medio de un clima de conflicto e intolerancia creado por unos pocos. Necesitamos el apoyo de Francia y de Europa; necesitamos diagnósticos y propuestas lúcidas como las que ustedes produjeron hace dos meses; necesitamos sentir cercano el aliento fraterno de nuestros hermanos europeos, los pioneros de la libertad y de la democracia.

Colombia no puede sola. Ustedes lo saben. Pero cuánto hemos adelantado y cuánto más podemos adelantar con el respaldo efectivo de nues-

tros amigos. Juntos podremos ver florecer de nuevo la esperanza. Juntos nos seguiremos abrazando sobre las alas gigantes de nuestros creadores, sobre el entusiasmo vibrante de nuestros estudiantes y sobre el corazón puro de nuestros pueblos.

Gracias, apreciados amigos, por irradiar desde Francia, la tierra iluminada de la razón y la libertad, un poco más de luz al difícil camino de la paz. Aunque todos sabemos, como dijo Gandhi, que no hay caminos para la paz: ¡La paz es el camino!

LAS RELACIONES INTERNACIONALES, ESCENARIO PROPICIO PARA LA SOLIDARIDAD Y LA RESPONSABILIDAD

Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el Instituto Francés de Relaciones Internacionales, IFRI, en donde presentó una conferencia sobre "Colombia y la Diplomacia por la Paz"

París, Francia, 22 de enero de 2001.

Para mí es una ocasión muy especial el poder dirigirme hoy, desde la misma tribuna en la que han hablado importantes hombres de Estado del planeta, a los más consagrados estudiosos de las relaciones internacionales en esta querida nación francesa.

Estar en el Instituto Francés de Relaciones Internacionales, una institución que desde hace más de dos décadas estudia y orienta con sus luces, y bajo la acertada dirección del profesor Thierry de Montbrial y su equipo de trabajo, la interacción de Francia con los pueblos del mundo, es un privilegio que hoy agradezco y valoro en toda su extensión.

"El hombre es el verdadero creador de su destino. Cuando no está convencido de ello, no es nada en la vida". Con esta frase del etnólogo y sociólogo francés Gustave Le Bon quiero introducir la presentación de una nación compleja y fascinante, que hoy, más que nunca, está creando su destino con sus manos y su trabajo de fe y de coraje: Colombia.

No siempre se nos entiende en la distancia. Ni siquiera es sencillo comprender nuestra situación para aquellos que la vivimos día a día, en medio de las urgencias y las sorpresas de cada momento. Por eso hoy quiero invitarlos a contemplar conmigo algunos temas que considero fundamentales para descifrar la complejidad de la situación interna que vive mi país.

Ello nos ayudará a entender mejor las estrategias que el pueblo y el Gobierno colombianos vienen implementando para solucionar el conflicto armado por la vía de la negociación, así como para asegurar el respaldo político, la cooperación financiera y la asistencia técnica que requiere la construcción de la paz de parte de la comunidad internacional.

Colombia en el contexto regional

Colombia es el segundo país en población de Suramérica y el cuarto en territorio. Cuenta con un pueblo culto y emprendedor, que ha dado a Latinoamérica y al mundo un Premio Nobel de Literatura, así como artistas, intelectuales y deportistas de talla universal, y que ha logrado con esfuerzo construir una de las más sólidas y prósperas economías de la región.

Es el único país de Suramérica con costas sobre ambos océanos y su territorio abarca distintas regiones del subcontinente, como son la andina, la amazónica, la pacífica y la caribe. Colombia cuenta también con una de las democracias más tradicionales de la región y con sólidas instituciones públicas y privadas que nos han permitido preservar nuestros valores democráticos, aun en medio de las más grandes dificultades.

Cito estos hechos que ustedes bien conocen, como expertos que son en el área de las relaciones internacionales, porque en estos momentos, cuando en algunos sectores se percibe a Colombia como "país problema", conviene recordar la importancia de esta nación en el contexto internacional. Somos, con Venezuela, el eje fundamental de la Comunidad Andina; hemos logrado construir una dinámica clase media y un sector empresarial emprendedor; contamos con prestigiosas universidades y centros académicos; representamos un importante mercado para los países vecinos, los Estados Unidos y la Unión Europea, y proyectamos con excelencia los valores de la cultura occidental, enriquecidos por nuestro propio entorno.

Si colocamos todos estos atributos de mi país y de mi pueblo en una balanza en contraposición con el conflicto armado y el narcotráfico, verán ustedes que son muchas más las proyecciones positivas de Colombia hacia las demás naciones que las dificultades coyunturales que

la actual situación colombiana puede representar para nuestros países vecinos o el mundo en general.

Como Presidente de Colombia considero apenas justo, con mi país y con mi pueblo, que se reconozca esta realidad en la forma más objetiva y ponderada posible y con la responsabilidad histórica que ello merece.

El Proceso de Paz y la estrategia para el fortalecimiento institucional y el desarrollo social

Desde cuando asumí la Presidencia de la República me propuse trabajar por la solución política y social del complejo conflicto interno que vive mi país. Emprendimos un proceso de negociación con las Farc-Ep, el más antiguo y numeroso grupo guerrillero de América Latina, y avanzamos en conversaciones con el Eln. Hoy estas negociaciones están avaladas, no sólo por un Frente Común formado por las más diversas fuerzas políticas del país y por un Consejo Nacional de Paz que reúne las distintas agrupaciones sociales y étnicas, sino por el mandato de 10 millones de colombianos que dijeron en las urnas que prefieren buscar la paz a través del diálogo.

Sea esta la oportunidad para destacar y agradecer sinceramente el importante papel que ha jugado Francia en estos dos procesos, que avanzan en medio de las normales dificultades.

Por una parte, en el proceso con las Farc-Ep, la República Francesa fue uno de los países que acogieron a la delegación gubernamental que viajó en compañía de unos delegados de la guerrilla hace exactamente un año, para intercambiar opiniones y estudiar las soluciones políticas y económicas planteadas por los países europeos.

Además, fue participante activa de la Audiencia Internacional que se celebró en la Zona de Distensión sobre el tema de cultivos ilícitos y medio ambiente. Por otro lado, Francia forma parte del llamado Grupo de Países Amigos que están sirviendo como facilitadores y mediadores para avanzar en el tema del diálogo con el Eln.

Pero la complejidad del conflicto colombiano, donde intervienen distintos actores que exacerban el conflicto a través de fondos oscuros procedentes del narcotráfico, hace insuficiente la sola respuesta política.

El narcotráfico, desde hace más de dos décadas, ha permeado la sociedad colombiana y se ha convertido en el principal financiador de los grupos subversivos y de autodefensa, vale decir, en el principal financiador de la muerte, no sólo por la que lleva en sí la misma droga sino por la violencia de que se rodea y alimenta.

Nuestro desafío es romper el círculo vicioso que se ha creado entre la violencia y el problema mundial de las drogas, que ha generado pobreza, desempleo e inseguridad para nuestro pueblo, a fin de consolidar la paz que se logre en la mesa de negociaciones. Con este fin, mi Gobierno diseñó una Estrategia para el Fortalecimiento Institucional y el Desarrollo Social, cuyo propósito es crear las condiciones propicias para el logro de la paz en Colombia.

Se trata de una estrategia integral y comprensiva, con programas que abarcan una amplia gama de iniciativas. Entre ellas, se promueve el concepto del desarrollo alternativo integral cuyo propósito es ofrecerles oportunidades de progreso económico y social a los miles de compatriotas que derivan su sustento de los pequeños cultivos ilícitos.

A través del Fondo de Inversiones para la Paz, que se alimenta de aportes de los sectores público y privado del país, así como de recursos de cooperación internacional, estamos realizando grandes inversiones en el campo social, en el sector agropecuario y en la infraestructura regional para que nuestros campesinos puedan contar con alternativas diferentes del conflicto armado y los cultivos ilícitos.

Otro aspecto de especial importancia es el relacionado con la atención humanitaria a los colombianos que han sido víctimas del conflicto armado. Por ello, se incluye una serie de iniciativas que buscan resolver los graves problemas que afectan a la población desplazada, a la mujer y a la niñez.

No menos importante es el fortalecimiento institucional, en áreas trascendentales como la justicia y la gestión local. Nuestro territorio no puede tener regiones sin acceso a la justicia y sin capacidad administrativa para el manejo transparente y eficiente de los recursos públicos. Tenemos que dotar a las comunidades de mayores herramientas para el manejo de su destino, pues creemos firmemente en las iniciativas locales.

Por último, la recuperación de nuestro medio ambiente y la sostenibilidad de los nuevos proyectos son un componente de la estrategia que ha recibido especial atención.

Hoy podemos contar, con verdadera satisfacción, que el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, constituido en Madrid, y al cual pertenecen Francia y los demás países de la Unión Europea, ha avanzado, con solidaridad y responsabilidad, en la concreción de la asistencia financiera y técnica que requiere esta ambiciosa y necesaria Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social.

En la última reunión del Grupo, celebrada en Bogotá el pasado mes de octubre, el papel de Francia, como coordinadora de la posición de la Unión Europea, fue especialmente destacado. Allí los países europeos, así como Japón y Canadá, pudieron conocer de primera mano los proyectos sociales que son el principal sustento del logro de la paz en Colombia. En marzo volveremos a reunirnos en Bruselas, y estoy seguro de que se concretará aún más la vinculación de Francia y de Europa a este proceso que es fundamental, no sólo para Colombia y la región latinoamericana, sino para el mundo entero.

Colombia ha sido la principal víctima del problema mundial de las drogas ilícitas, ha pagado con sangre y recesión el costo de una adicción que está llevando a la tumba a las juventudes del planeta. Hoy podemos decir que la comunidad internacional ha entendido que no es posible que se pretenda combatir un fenómeno mundial concentrando en un solo país la responsabilidad y el inmenso costo que representa luchar contra una actividad delictiva que se ha convertido en la segunda industria global después del petróleo.

La naturaleza misma del flagelo de las drogas ilícitas hace que tengamos que ejercer el principio de responsabilidad compartida y que nos veamos obligados a luchar en forma mancomunada contra las distintas etapas de la cadena del narcotráfico.

La cooperación y el respaldo de Francia y de Europa a los programas que permitirán darles una nueva oportunidad de vida a los campesinos que hoy derivan su sustento del cultivo de coca o amapola será la me-

por manera de poner en práctica, con hechos y no con retórica, la corresponsabilidad que hoy todos aceptan para el tratamiento de este flagelo universal.

No sólo les estaremos dando una nueva oportunidad a nuestros jóvenes para tener un futuro libre de drogas y de violencia, sino que también le daremos una nueva oportunidad a nuestro planeta que ve agotarse, día a día, las fuentes de vida. En los últimos diez años, los cultivos ilícitos han destruido cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en un área sensible para el medio ambiente, lo cual los convierte en uno de los principales destructores de la biodiversidad.

Por eso, en la medida en que los campesinos colombianos vuelvan a sembrar productos legales, con el apoyo de la comunidad internacional, estaremos restaurando entre todos la delicada piel verde de nuestra madre Tierra.

Pero quiero ser claro: Colombia, más que ayuda, lo que pide es responsabilidad a las demás naciones del mundo frente a un problema que es mundial. Necesitamos crear oportunidades para que nuestra gente tenga una digna calidad de vida, fundada en la producción y el comercio de bienes primarios o industriales. Por eso es también fundamental estimular el comercio y la inversión en nuestro país.

Programas de beneficios arancelarios como el SGP Andino han sido determinantes para reemplazar la economía de lo ilícito por la economía de lo lícito. Por eso confiamos en su prórroga a finales de este año, porque sólo abriendo las puertas del comercio legal podremos encontrar nuevas alternativas de desarrollo para Colombia.

Diplomacia por la Paz y nuestro papel en el Consejo de Seguridad

La diplomacia por la paz que ha identificado a la política exterior colombiana en los últimos años parte del mismo propósito fundamental que sirvió para la creación del Instituto Francés de Relaciones Internacionales: estimular el análisis de los problemas internacionales desde un enfoque nacional.

Con la diplomacia por la paz hemos logrado recuperar el consenso nacional alrededor de la política exterior, ampliar los espacios de interacción con la sociedad civil y restablecer la autonomía de nuestra presencia internacional.

Por supuesto, como su nombre lo indica, la Diplomacia por la Paz que viene ejerciendo mi Gobierno busca lograr el apoyo de la comunidad internacional al proceso interno de paz –incluido el respaldo político, la cooperación financiera y la asistencia técnica–, pero no se limita a ello.

Esta diplomacia no sólo busca la paz de Colombia, sino la paz y la seguridad internacionales. Queremos que Latinoamérica y el Caribe sean una región de paz y desarrollo. Buscamos por eso que esta zona del hemisferio, primera región densamente poblada del mundo libre de armas nucleares, sea también una región libre del tráfico ilícito de armas pequeñas y ligeras, libre de minas antipersonales, libre de conflictos y libre de los trágicos efectos del problema mundial de las drogas ilícitas.

Esta es una oportunidad propicia para compartir con ustedes la satisfacción del Gobierno de Colombia por la reciente posesión de nuestro país como Miembro no Permanente del Consejo de Seguridad de la ONU el pasado primero de enero. Somos conscientes de la dignidad que ello significa dentro de la comunidad de naciones. Representa no sólo el privilegio, sino también la gran responsabilidad de participar e incidir en las decisiones referentes al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

La dignidad que asume Colombia constituye una oportunidad para continuar con la importante labor que han venido desarrollando los países latinoamericanos en dicho órgano de las Naciones Unidas en pro de la paz y la seguridad internacional.

La reforma del Consejo de Seguridad es una de las principales expectativas de ajuste del sistema de las Naciones Unidas. Nuestro país considera que deben explorarse fórmulas para asegurar una mayor participación de los países en desarrollo en el Consejo. En este sentido, una representación regional más amplia, la aplicación de restricciones al uso del veto y una mayor transparencia en el proceso de toma de decisiones po-

drían ir acercando el Consejo de Seguridad a las nuevas realidades del tercer milenio.

Estamos decididos a participar en la consolidación de la paz en el mundo, de conformidad con los principios y propósitos de la Carta. Apoyaremos todos los esfuerzos encaminados a respetar la igualdad soberana de los Estados, su integridad territorial y su independencia política, y a promover la solución de los conflictos por medios pacíficos y la actuación continua en concordancia con los principios de la justicia y el derecho internacional.

Francia y el mundo libre, que fundan sus cimientos en el respeto de la vida y de los derechos humanos, en la tolerancia y la convivencia pacífica, tienen en Colombia un aliado de paz en el Consejo de Seguridad.

Colombia y la concertación latinoamericana

Para el Gobierno colombiano la profundización de los procesos de integración y concertación en los campos subregional, regional y hemisférico es una política de Estado. El nuevo contexto internacional, que se define por el creciente proceso de globalización, exige la inserción positiva y efectiva de las naciones de América Latina y el Caribe en el sistema económico internacional y la concertación política sobre los temas prioritarios de las agendas mundial y regional.

Colombia ha actuado con gran interés e ímpetu en los procesos subregionales, regionales, hemisféricos y mundiales, tales como el Grupo de Río, la Comunidad Andina, la Cumbre de las Américas, el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el Grupo de los Tres, la Asociación de Estados del Caribe, el Grupo de los 15, el Grupo de los 77 y la Organización de Países No Alineados.

Estos espacios le han permitido a Colombia demostrar su creciente interés en la profundización de los procesos de integración y concertación política en América Latina, el Caribe y el hemisferio, y ratificar su visión de una integración multidimensional, que incluya no sólo lo económico y lo comercial, sino lo político, lo social y lo cultural. Creemos, además, en un regionalismo abierto que busque, entre otros obje-

tivos, la mayor integración económica y política entre Europa y América Latina.

Durante todo el año pasado, mientras desempeñamos la Secretaría Pro Témpace del Grupo de Río, nuestro país asumió un doble compromiso: fortalecer al Grupo en su carácter de mecanismo regional de consulta y concertación política, y consolidar su papel como actor en el escenario internacional, intensificando su acción en foros y diálogos políticos. Con esos dos objetivos logramos consolidar, en el seno del Grupo, una posición latinoamericana frente a los temas de la agenda de la Cumbre del Milenio, celebrada en el seno de las Naciones Unidas el pasado mes de septiembre.

En la Declaración de Cartagena de Indias ratificamos nuestro firme compromiso con el multilateralismo, con el fortalecimiento de las instituciones multilaterales globales y regionales, y con la participación amplia y democrática en las mismas, como mecanismo para afrontar con criterios justos y equilibrados las problemáticas mundiales. La Declaración reafirmó, así mismo, la creencia de nuestros países con la dimensión humana del desarrollo y nuestra posición frente a la reforma del sistema financiero internacional.

En mi calidad de Secretario Pro Témpace del Grupo de Río, tuve la oportunidad de presentar estos puntos a los líderes del mundo participantes en la Cumbre. Hoy registramos con satisfacción que muchos de ellos se vieron reflejados en la Declaración del Milenio. Esperamos que en las diferentes Conferencias que se celebrarán en el marco de las Naciones Unidas en los próximos años, sea posible continuar impulsando iniciativas que correspondan a la búsqueda de un mejor porvenir para la humanidad en su conjunto.

Debo resaltar también los avances alcanzados en la Cumbre Ministerial de Vilamoura, celebrada el año pasado entre los representantes de los países del Grupo de Río y de los países miembros de la Unión Europea. Allí seguimos profundizando en el diálogo político, económico y comercial para promover el positivo intercambio de posiciones frente al problema mundial de las drogas, la cooperación para el desarrollo, la protección del medio ambiente y la promoción de los derechos humanos.

Apreciados amigos:

Dentro de las particularidades de cada región, Francia y Colombia hemos encontrado múltiples valores e ideales comunes y un fértil campo de trabajo conjunto en las áreas comercial y financiera. Somos dos naciones del planeta que entendemos la necesidad de humanizar la globalización para evitar que la brecha entre ricos y pobres se acentúe.

Hoy quiero atreverme a pensar, con ustedes, que las relaciones internacionales no obedecen, como planteaba la teoría del realismo de Hans Morgenthau, únicamente a los intereses nacionales y a los esquemas de poder, sino que pueden ser también un escenario propicio para la solidaridad y la responsabilidad.

"La utopía es el principio de todo progreso y el diseño de un porvenir mejor", decía Anatole France, y yo prefiero inclinarme por la utopía, porque, como también dijo el mismo pensador, "el futuro está oculto detrás de los hombres que lo hacen".

He hablado ante ustedes, más que como Jefe de Estado, como la voz de cuarenta millones de seres humanos que han visto desvanecerse sus sueños detrás de la cortina injusta de la violencia y del problema mundial de las drogas. Pero seguimos siendo un pueblo que cree en la magia de la esperanza, que lucha por construir su realidad contra todas las adversidades y que no se resigna a vivir otros "cien años de soledad".

En nombre de esta nación de poetas y de músicos, de científicos e intelectuales, de campesinos y de obreros, de gente buena, hermosa y simple, como la rosa de Saint-Exupéry, quiero ratificar ante ustedes nuestra vocación de vida y de paz.

"Lo esencial, amigos míos, es invisible para los ojos".

LA COOPERACIÓN ENTRE FRANCIA Y COLOMBIA EN MATERIA CULTURAL, EDUCATIVA, CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA ES UNA CORRIENTE QUE NO CESA

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, en el encuentro con el ministro
de Educación de Francia, Jack Lang.*

París, Francia, 22 de enero de 2001.

No es posible pisar el suelo francés sin sentir a la vez una especie de reverencia y de emoción ante la historia y la civilización que éste simboliza. Estar con los continuadores de la saga de la Canción de Rolando es, de alguna manera, compartir la tradición y la amistad de un pueblo que ha realizado un inmenso legado a la cultura universal.

Señor Ministro Jack Lang y señora Lang: Hoy ustedes nos honran con su hospitalidad y nosotros, venidos de la bella y lejana Colombia, con el calor del trópico en nuestra sangre, queremos decirles, en nombre de 40 millones de personas que pueblan nuestro extenso territorio de montañas, llanuras, selvas y playas, que valoramos y apreciamos la amistad del pueblo francés como un tesoro incalculable.

Nos separa un océano, pero nos acercan miles de vínculos culturales, familiares y económicos. La presencia y la influencia de Francia en Colombia han sido una constante desde los tiempos de la colonia y el romántico siglo XIX, cuando todos –políticos, pensadores, artistas, estudiantes– miraban a Francia como la meca de sus ilusiones, y cuando los franceses llegaban al país con espíritu abierto y emprendedor, como lo hizo en 1816 Julián Mellet, uno de tantos viajeros venidos de la tierra de los galos, quien dejó estas interesantes anotaciones sobre cómo era la Bogotá de hace 185 años:

"Los habitantes son muy afables; se entregan al cultivo de las artes y de las ciencias; la delicadeza que ponen en sus operaciones comerciales es garantía segura de buena fe; por eso los extranjeros hacen buen número de negocios; llegan de todas partes por la regularidad de las costumbres de los habitantes, como por la facilidad de darse a entender, cualquiera que sea la lengua que hablen; pues, sea por razón de sus numerosas relaciones, sea por las ganas de conocer de todo un poco, sea, en fin, porque entra en su educación hablar algunas lenguas extranjeras, se entregan a este estudio con particular cuidado. El francés, especialmente, era en mi tiempo el idioma más familiar; las damas mismas lo hablaban con mucha gracia y lo habían puesto de moda".

Colombia ha sido, durante mucho tiempo, un país apegado a la tradición francesa. Nuestras leyes civiles aún sientan sus bases en el llamado Código de Napoleón; la doctrina de los grandes juristas franceses es aún citada y aplicada por nuestros jueces; nuestras instituciones políticas están fundadas sobre la teoría del *Contrato social* de Rousseau y sobre la división y equilibrio de los poderes de que hablara Montesquieu.

¡Cuántos poetas nuestros han bebido de la fuente inagotable de la poesía francesa; cuántos filósofos han aprendido en esta tierra los fundamentos del racionalismo cartesiano, del existencialismo de Sartre y Camus, o del posmodernismo de Lyotard; cuántos artistas descubrieron la luz guiados por la sensibilidad de los impresionistas o replantearon su visión del arte a través del dadaísmo de Duchamp!

Aquí, en Francia, se han educado muchos colombianos que ven en la cultura y las instituciones francesas un ejemplo por seguir. No por nada, Colombia es el país americano de habla hispana que más estudiantes tiene matriculados en las universidades francesas. Así que la relación entre nuestros pueblos no es una novedad que estemos estimulando hoy, sino una realidad cierta e histórica que corresponde también al excelente nivel de nuestras relaciones diplomáticas.

Nuestro propósito, para volver a los tiempos que narra Julián Mellet, cuando la lengua francesa era tan apreciada y conocida en las ciudades colombianas, es incentivar aún más su estudio en las instituciones de educación secundaria y universitaria en nuestro país, con la participa-

ción de calificados profesores oriundos de Francia, que encontrarán en Colombia un ambiente amable para su labor. Porque así como en Francia el español se está consolidando cada vez más como una tercera lengua, estoy convencido de que en Colombia también podemos y debemos hacer del francés un idioma familiar para nuestros estudiantes y profesionales.

La cooperación entre Francia y Colombia en materia cultural, educativa, científica y tecnológica es una corriente que no cesa. Gracias a ella, el año pasado se presentó en París la más grande muestra de piezas precolombinas del Museo de Oro de Bogotá, en tanto en esta ciudad los colombianos pudimos disfrutar una histórica exposición de obras de Picasso.

En el aspecto educativo, aparte de los continuos intercambios y becas que estimulan nuestro encuentro enriquecedor, quiero celebrar el importante avance en las acciones orientadas al perfeccionamiento del Convenio de Reconocimiento Mutuo de Títulos y Certificados de Estudios entre nuestros países.

Estamos tranquilos, señor Ministro Lang, porque sentimos en usted a un amigo sincero e incondicional, y confiamos en que seguirá siendo, como siempre, un incansable promotor de la cooperación entre nuestros países, con base en la educación. Como dice su buen amigo Gabriel García Márquez, la educación es el órgano maestro del cambio social. "Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma". Es por esa educación por la que debemos trabajar juntos, como lo hacemos hoy Francia y Colombia, para que sigamos gozando las ventajas recíprocas de nuestras culturas.

Para que los festivales de cine francés sigan haciendo furor en nuestras ciudades. Para que los filósofos franceses sigan llenando los auditorios universitarios de Colombia. Para que Gabo y su universo mágico, para que Álvaro Mutis y su gaviero Maqroll, para que Germán Espinosa y su tejedora de coronas, sigan acompañando la imaginación de Francia. Para que la cumbia salga de fiesta con el can-can y el joven Buenaven-

tura pueda seguir cantando "Ne me quitte pas" en ritmo de salsa. Para que "Mano Negra" vuelva a recorrer los caminos de Macondo en un vagón de hielo, plétórico de música y de arte. Para que Francia y Colombia sigan creciendo juntas en la interacción creativa de sus almas.

Francia ha sido siempre un país interesado en la suerte y el devenir de las naciones de América Latina y, muy particularmente, de Colombia. Por eso ha sido y sigue siendo un importante asociado en materia de cooperación para programas sociales, ambientales y educativos. Y valga la oportunidad para recordar con gratitud la solidaria y rápida respuesta que tuvieron el Gobierno y el pueblo francés frente al terremoto que, hace dos años, por estas fechas, asoló las tierras cafeteras de Colombia. Como siempre, es en las dificultades donde se reconoce a los verdaderos amigos.

¡Qué bueno poder decir que hoy seguimos contando con el interés y la disposición de Francia y de sus socios europeos por contribuir a consolidar un clima de paz, de desarrollo social y de progreso en nuestro país, cuya suerte es determinante en el ámbito de toda América Latina!

El logro de la paz en Colombia no es sólo una preocupación gubernamental, sino una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales del país. El apoyo de la República Francesa al proceso de paz es, entonces, más que el apoyo a un Gobierno, el respaldo al esfuerzo común de todos los colombianos.

Francia recibió hace un año a la comisión de negociadores del Gobierno colombiano y de las Farc-Ep que realizó un recorrido informativo por varias naciones europeas; también participó en la Audiencia Internacional sobre Medio Ambiente y Cultivos Ilícitos que se llevó a cabo en junio del año pasado en San Vicente del Caguán, y ha intervenido activamente como miembro del Grupo de Países Amigos que están sirviendo como facilitadores dentro del proceso de acercamiento con el Eln, bajo la dirección destacada del Embajador Daniel Parfait.

Además, ha tenido una participación activa en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, tanto en la primera reunión celebrada en julio en Madrid, como en la segunda, que se llevó a cabo el mes pasado

en Bogotá, cuando la posición de la Unión Europea fue coordinada por su delegado. Estamos seguros de que encontraremos igual voluntad de cooperación en la próxima reunión del Grupo que se llevará a cabo en dos meses en Bruselas.

En todos estos eventos ha sido ejemplar el interés de Francia en aportar soluciones a los difíciles momentos que vive mi país, dentro de una órbita de respeto a los derechos humanos y el medio ambiente, y con énfasis en los programas sociales. Es un interés que hoy agradecemos y valoramos de corazón.

La situación de Colombia es compleja; no se puede resumir en unas pocas líneas y no es mi intención hacerlo en este momento, pero en algo sí quiero ser claro: Nuestro país ha afrontado durante mucho tiempo, solo y con sus escasos medios, la lucha contra el problema mundial de las drogas, sufriendo la pérdida de muchas vidas honestas y de inmensos recursos que tendrían que ser destinados a la inversión social.

El nefasto negocio de las drogas se ha convertido, además, en la principal fuente de financiamiento de los grupos armados al margen de la ley, que siembran violencia, miseria y desempleo por todo el territorio del país. Nuestro pueblo es la principal víctima de este círculo vicioso.

Pero el problema es de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Y hemos convocado a un frente común para que todos los países: los productores, los consumidores, los que venden los insumos químicos y aquellos donde se lavan los dineros ilegales, obremos conjuntamente para conjurar una situación que afecta el futuro de nuestros jóvenes.

En tal sentido, celebro la buena disposición del Gobierno francés para contribuir, dentro de los parámetros de la Unión Europea, en la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que ha diseñado mi gobierno para sacar a Colombia adelante, incluyendo un aumento de la presencia institucional del Estado en las zonas más apartadas del país; la sustitución de los cultivos ilícitos por cultivos legales,

acompañada de programas de desarrollo social y comunitario; el apoyo a la población que ha sido desplazada por la violencia; la protección de los derechos humanos, y el logro de la paz a través de procesos de diálogo con los grupos subversivos.

Son muchas metas, que implican el desarrollo simultáneo de un gran número de programas, y estamos seguros de que contaremos con el respaldo siempre eficaz del pueblo francés, porque éste entiende, más que ninguno, la necesidad y la conveniencia del apoyo internacional para salir con éxito de las crisis que históricamente sacuden a las naciones.

Señor ministro Jack Lang y amables invitados:

Alphonse de Lamartine decía que "un pueblo sin alma es solamente una multitud". La querida República Francesa, por fortuna, tiene un alma gigantesca, que oscila entre el más puro racionalismo y la más apasionada visión latina de la vida. Colombia también ha traído con nosotros la esencia de su alma: un alma generosa, alegre, creativa, talentosa y llena de amor, que renace cada día en medio de sus dificultades.

Amigos:

Permítanme, para terminar, levantar, en el cordial encanto de esta noche, mi copa de amistad y gratitud, y brindar por las almas de nuestras dos naciones; por su futuro venturoso; por su mayor unidad y cooperación; por usted, señor Ministro Lang; por madame Lang; por los amables asistentes a esta cena y por el buen suceso de nuestras esperanzas.

**EL TIEMPO QUE VIVIMOS LOS COLOMBIANOS
REQUIERE UN COMPROMISO CON LA VIDA,
LA LIBERTAD Y LA PROTECCIÓN
DE LOS DERECHOS HUMANOS**

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, al recibir el Premio Anual otorgado
por la Asociación de Política Extranjera de la Sorbona
y por Politique Internationale.*

París, Francia, 23 de enero de 2001.

Me siento muy honrado al dirigirme a ustedes desde este centro del pensamiento universal, este hermoso palacio del saber, donde, desde hace más de 8 siglos, se expande la luz del conocimiento por todos los confines del mundo.

Hablar en la Universidad de París, y más concretamente en la Sorbona, donde se pueden intuir los pasos y las palabras del gran doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino; de su fundador, Robert de Sorbon, y de tantos filósofos y humanistas que, desde entonces, han marcado el devenir de las ideas y su repercusión en la vida de las naciones, es, para mí, hablar en un templo sagrado, destinado al cultivo de la mente y de los mejores valores del ser humano.

Y todavía es mucho mayor mi emoción, pues al privilegio de encontrarnos en este escenario histórico se une el hecho de estar recibiendo hoy mismo el Premio Anual, concedido por la Asociación de Política Extranjera de la Sorbona, presidida por el Profesor Charles Zorgbibe, y por la revista Politique Internationale, que, bajo la dirección audaz y equilibrada de mi admirado amigo, Patrick Wajzman, es una de las principales promotoras del debate político e intelectual, no sólo en Europa, sino en todo el mundo.

Recibo, con gratitud, este premio que reconoce nuestra lucha contra el narcotráfico y por el restablecimiento de la paz civil en mi país, y lo hago, más que en mi propio nombre, en nombre de todo un pueblo que merece más que ninguno el apelativo de valiente. Lo recibo en nombre de 40 millones de mujeres, de hombres y de niños de Colombia que luchan todos los días con coraje y decisión por construir un mejor mañana para los suyos, por defenderse de la violencia de unos pocos intolerantes y por escalar la cumbre de la dignidad humana.

No olvido –y menos hoy, cuando estamos en el suelo vibrante de la Francia pionera de los derechos humanos– que hace un poco más de dos siglos, en 1794, un joven intelectual bogotano tradujo del francés y puso a circular por las calles y esquinas de su ciudad unos volantes con un título sonoro y sugestivo: *Los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

Gracias a este acto audaz del precursor Antonio Nariño –que le costó una condena a 10 años de cárcel, el exilio y la confiscación de sus bienes– los colombianos comenzamos a apropiarnos del tema fundamental de los Derechos Humanos.

En esas páginas podían leerse los principios redactados por los revolucionarios franceses, según los cuales los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.

Una verdad tan grande, y que hoy parece tan obvia, era entonces completamente revolucionaria y sigue siéndolo en los tiempos actuales, cuando, en medio de los avances tecnológicos, de la informática, de la genética y los viajes espaciales, los seres humanos seguimos empeñados en defender los derechos más sagrados y elementales, comenzando, por supuesto, por la vida y la libertad.

Antonio Nariño sufrió torturas y vejaciones por su actitud libertaria, que precedió a la gesta heroica de Bolívar y Santander. Pero los héroes no dejan de crecer en la tierra hermosa del café y de las flores, y siguen luchando como titanes contra la violencia y la indiferencia.

Colombia, tristemente, ha sufrido en las últimas cuatro décadas un conflicto armado interno, que se degrada con el paso del tiempo, en el

cual unos pocos intolerantes, que no llegan a 40.000, vale decir, menos del uno por mil de la población del país, entre guerrilleros y miembros de grupos ilegales de autodefensa, con un ínfimo apoyo popular, mantienen en jaque a las instituciones y a toda la población con el poder oscuro de la violencia y el terrorismo.

No es una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil. No es un conflicto entre dos bandos similares de compatriotas por el control del Estado; es la batalla de una inmensa minoría de intolerantes contra la gran mayoría de la población, tal como lo reconoce la comunidad internacional, que contempla, con natural consternación, cómo unos pocos violentos en Colombia atacan sin compasión poblados humildes, hospitales y escuelas, dinamitan puentes, carreteras y torres de energía, secuestran y extorsionan en nombre de unos ideales que no se compaginan con esta actitud cruel y despiadada.

En medio de esta situación, he liderado, con el respaldo de un mandato popular tan amplio como no ha tenido ningún otro presidente en la historia de Colombia, un proceso de paz para alcanzar, por la vía negociada, la terminación definitiva de estas dolorosas hostilidades. Por supuesto, lo hemos hecho sin abandonar a la población civil, que espera y confía en la protección del Estado frente a todo acto violento que atente contra sus vidas, contra su integridad o contra sus bienes.

Aquí resulta primordial el tema de los derechos humanos y la aplicación del derecho internacional humanitario, que a menudo se ven vulnerados o en peligro cuando las situaciones llegan a estados de complejidad como los que se presentan en Colombia.

Por eso hoy, ante este auditorio excepcional, en este centro académico que vivió el espíritu de la ilustración, los postulados de la revolución democrática y los nuevos ideales que se hicieron patentes en mayo de 1968, quiero hablarles sobre lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo en Colombia, en el tema fundamental de los derechos humanos, un tema en el que estamos comprometidos por convicción moral y como vocación de vida.

Primero que todo, quiero resaltar que, en un hecho sin precedentes en nuestro país, mi Gobierno presentó de manera pública el año antepasa-

do, ante la comunidad nacional e internacional, la política que se ha comprometido a ejecutar en materia de derechos humanos y de aplicación del derecho internacional humanitario, la cual es el fruto de un amplio consenso logrado entre todas las entidades gubernamentales con responsabilidades en el tema, incluida la Fuerza Pública.

Este hecho tiene varios significados. Refleja, por una parte, el compromiso político del Gobierno colombiano con el tema y demuestra una voluntad real por lograr coherencia y eficacia en su defensa y protección. Permite, por otro lado, fijar objetivos prioritarios y canalizar los recursos siempre escasos hacia la obtención de las metas indicadas. Y, lo que es más importante, al hacer pública y visible la política, invita al escrutinio constante y a su permanente verificación.

Permítanme ahora que haga referencia a algunos logros relevantes alcanzados en la ejecución de la mencionada política. En materia de lucha contra los grupos armados al margen de la ley –guerrillas y autodefensas ilegales–, principales responsables de las violaciones a los derechos a la vida, la libertad y la integridad personales, las fuerzas armadas están obteniendo resultados contundentes y se ha recuperado capacidad ofensiva y disuasiva.

Sobre este aspecto quisiera hacer dos aclaraciones, que me parecen pertinentes, sobre todo por la desinformación que a menudo se presenta en otros países, incluido Francia, sobre la real situación colombiana. La primera es que no hay contradicción entre el fortalecimiento de la eficacia de la fuerza pública del Estado y la política de paz. Y no la hay, porque el Estado no puede renunciar a su deber de proteger a la población de los ataques alevos de los grupos ilegales y porque sólo unas fuerzas militares sólidas y legítimas pueden disuadir a la subversión de su intención de tomarse el control del Estado por la fuerza de las armas y la intimidación.

Voltaire decía, en tono de sátira: "Proclamo en voz alta la libertad de pensamiento, y muera el que no piense como yo". El mensaje que estamos haciendo llegar a la guerrilla es que estamos dispuestos a hablar y a discutir sobre los temas nacionales, pero que el medio para imponer las ideas no es ni puede ser nunca el exterminio de aquellos que no

piensan como nosotros. La intolerancia sólo lleva a regímenes totalitarios y autoritaristas, que jamás representarán la voluntad nacional ni serán voceros del bien común.

La segunda claridad que quiero hacer es que el Estado colombiano combate con decisión y contundencia a los grupos ilegales de autodefensa, una afirmación en la que soy enfático porque el Gobierno y las fuerzas armadas no toleran la existencia de grupos al margen de la ley, vengan de donde vinieren, mucho menos de aquellos que propician o cometen masacres que atentan contra todo concepto de humanidad.

Rechazo, en nombre del Gobierno y de todos los colombianos de bien, las acusaciones según las cuales existen vínculos institucionales entre estas agrupaciones criminales y la fuerza pública. Los grupos de autodefensa son delincuentes contra los cuales se oponen todas las fuerzas del Estado.

Debe saber la comunidad internacional que tenemos un Plan de Acción definido contra estos grupos delincuenciales, que estamos llevando a cabo con decisión y convicción.

En primer lugar, hemos creado un Centro Nacional de Coordinación para la Lucha contra las Autodefensas Ilegales, en el cual, además del Gobierno y la Fuerza Pública, participan la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General y la Defensoría del Pueblo.

En segundo término, creamos también una Brigada Financiera, en la que participan la Fiscalía, la Superintendencia Bancaria, la Dirección de Impuestos y los organismos de inteligencia del Estado, para detectar y combatir los fondos provenientes de la actividad delictiva de las autodefensas, así como a quienes financian a estos grupos ilegales.

En tercer lugar, estamos luchando denodadamente, realizando múltiples operaciones militares contra estos grupos, las cuales se han incrementado en un 123 por ciento en el último año. Ahora bien: Es bueno aclarar que si las cifras de capturados son inferiores a las que se dan contra la guerrilla, esto también se debe a que estos grupos son tres veces más pequeños que éstas.

Pero veamos los datos: Durante mi Gobierno se han capturado 601 y dado de baja a 124 de sus miembros. Sólo el año pasado más de 400 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados, superando en un 10 por ciento el número de capturados y en un 150 por ciento el número de abatidos en el año 1999. Inclusive, hemos derribado ya un helicóptero artillado de estas fuerzas irregulares.

Más de 700 presuntos miembros de grupos de autodefensa, vale decir, casi el 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas, un porcentaje mucho mayor que el de guerrilleros detenidos.

En cuarto lugar, hablando ya del aspecto judicial, las cifras también son contundentes: la cantidad de acciones penales que adelanta la Fiscalía contra los grupos de autodefensa es más de tres veces superior a las ejecutadas contra la subversión.

Pero las investigaciones no son sólo penales, sino también administrativas, las cuales han producido importantes resultados. Las denuncias por hechos de colaboración u omisión ejecutados por miembros de la fuerza pública a favor de estas fuerzas irregulares no quedan impunes. Además de las medidas disciplinarias internas, son investigadas por órganos de control y fiscalización independientes, que desarrollan sus procesos y adoptan sus decisiones con total autonomía del Gobierno, que las respeta y acata. Como prueba irrefutable de lo que afirmo están los fallos de destitución y condena que han afectado a altos oficiales de las fuerzas armadas por acciones u omisiones que fueron denunciadas.

En quinto término, hemos atribuido al Comandante General de las Fuerzas Militares, en el marco de una amplia reforma legal dirigida a la modernización y profesionalización de las Fuerzas Militares, la facultad discrecional de desvincular en forma inmediata de las filas, sin juicio previo, a los uniformados, cualquiera que sea su rango, contra los que existan sospechas fundadas de que violan derechos humanos o colaboran con los grupos ilegales. En su breve tiempo de vigencia, esta atribución ya ha sido ejercida, separando de las filas a 388 miembros de las Fuerzas Militares.

Las medidas de reforma, modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas del país y la reforma a la Justicia Penal Militar, a la que me referiré más adelante, hacen parte también de nuestro compromiso contra los grupos irregulares.

En sexta medida, es resaltable que la mayor parte de las actividades de fumigación de cultivos ilícitos extensos la estamos realizando en zonas de alta presencia de las autodefensas, donde hemos destruido también más de 20 laboratorios de procesamiento de droga.

Como puede verse, el Estado colombiano no se ha quedado ni se quedará quieto en su lucha denodada contra estos grupos criminales. Estamos obrando siguiendo un plan serio y coherente, que está produciendo buenos resultados.

También en ejecución de la Política estamos protegiendo a los defensores de derechos humanos, mediante esquemas que les brindan seguridad a las personas y a las sedes físicas donde laboran. En este sentido, hemos invertido en el último año alrededor de cinco millones de dólares para otorgar protección personal permanente a cerca de 40 personas, para establecer sistemas de comunicación preventivos y para realizar trabajos de blindaje en 85 sedes sindicales o de organizaciones de derechos humanos.

Es claro que, dados los altos niveles de violencia que el país experimenta, las demandas por protección aumentan y los recursos del presupuesto resultan insuficientes, como se hizo palpable hace un mes en el fallido atentado de los extremistas contra uno de los principales líderes sindicales del país. Por eso, hemos solicitado apoyo de la comunidad internacional para mantener y ampliar este programa y esperamos confiados obtener importantes recursos para estos fines.

Así mismo, hemos adoptado y puesto en ejecución un plan de acción para la prevención y atención de la población desplazada por el conflicto, el cual comprende mecanismos de prevención de desplazamiento, asistencia humanitaria de emergencia, y acciones para el retorno, la reubicación y la estabilización socioeconómica.

Sobre este tema, dada su magnitud y la limitación de los recursos del Estado, estamos también convocando la ayuda internacional. La di-

mención del desplazamiento forzado en el país supera las posibilidades de atención del Estado colombiano y se requiere la cooperación de agencias, países y organizaciones no gubernamentales.

En desarrollo de nuestra Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social hemos presentado a consideración de la comunidad internacional proyectos para la atención de los desplazados por un valor cercano a los quinientos millones de dólares. Ya hemos comenzado a recibir propuestas concretas de apoyo y somos optimistas en que los países amigos, entendiendo la magnitud del fenómeno que afrontamos, contribuirán a la financiación de estos proyectos.

En materia legislativa, los logros de la política de derechos humanos son los más importantes de los últimos tiempos. Se obtuvo la expedición de un nuevo Código Penal Militar que, entre otras cosas, ha determinado que las violaciones a los derechos humanos que cometan los miembros de la fuerza pública serán juzgadas por jueces ordinarios y no militares, una aspiración no lograda por muchos gobiernos anteriores.

Así mismo, se elevó a la categoría de delito la desaparición forzada de personas, otra vieja aspiración repetidamente aplazada, y se adoptó un nuevo Código Penal que consagra las infracciones al derecho internacional humanitario.

También mediante ley se han modernizado las fuerzas militares y de policía y se prohibió el reclutamiento de menores de 18 años, yendo aún más allá de lo estipulado en la Convención de los Derechos del Niño. Igualmente, hace un año tuve la satisfacción de sancionar la ley que aprueba e incorpora a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa sobre eliminación de minas antipersonales. Además, suscribimos el tratado que crea la Corte Penal Internacional y estamos analizando su presentación ante el Congreso para su aprobación.

Por último, en materia de política, venimos apoyando a la Fiscalía General de la Nación en la investigación de las violaciones a los derechos humanos.

Mediante un Comité que preside el Vicepresidente de la República, quien lidera al más alto nivel gubernamental la aplicación de la política de derechos humanos, impulsamos las investigaciones de los casos más

graves de estas violaciones, de aquellos que han generado un hondo impacto social. El mecanismo ha resultado idóneo como medio para encauzar la cooperación interinstitucional, concentrar los esfuerzos investigativos y canalizar apoyos específicos para su ejecución.

Somos conscientes de que, pese a los importantes logros obtenidos, nos falta mucho por hacer, todavía, en la protección de los derechos humanos de los colombianos. Tampoco desconocemos que mientras no avancemos en la solución negociada del conflicto armado y obtengamos acuerdos sobre la observancia del derecho internacional humanitario, la confrontación, incrementada por la actitud demencial de guerrillas y autodefensas, seguirá contribuyendo a la violación constante de los derechos de los ciudadanos.

Creemos que la comunidad internacional, además de su apoyo en recursos, puede efectuar una contribución decisiva para aliviar la crisis humanitaria que padecemos. Consiste en que los Estados y las ONG de derechos humanos complementen su visión tradicional edificada sobre una comprensión clásica de los derechos humanos según la cual sólo el Estado puede violarlos, con una lectura del derecho internacional humanitario, que contemple la capacidad de todos los actores armados en conflicto para perpetrar crímenes de guerra.

Al proponer lo anterior no lo hago con el ánimo de eludir los deberes de protección en cabeza del Estado colombiano, que los conocemos, asumimos y observamos, ni de ocultar los eventuales excesos o crímenes en que puedan incurrir sus agentes. Lo hago con un doble propósito. El primero, asignar con mayor objetividad, entre los distintos centros de imputación, incluidas las fuerzas insurgentes, las responsabilidades por las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el marco de la confrontación armada.

El segundo, la necesidad de que la comunidad internacional, en la medida en que denuncie también los crímenes y atrocidades de los grupos ilegales, contribuya a que los dirigentes de esos grupos entiendan que las normas humanitarias obligan a todas las fuerzas en contienda y acepten observarlas y aplicarlas.

Es alarmante, clama al cielo, la conducta inhumana de los subversivos cuando secuestran, cuando asesinan a quienes se rinden, cuando des-

truyen poblaciones, cuando reclutan menores de edad a la fuerza y les prohíben desertar so pena de muerte.

Es alarmante, clama al cielo, la conducta inhumana de los miembros de grupos ilegales de autodefensa que ejecutan masacres y riegan de sangre hermana el territorio de Colombia.

Las naciones amigas tienen que entender que, como gobernante, estoy obligado a transitar el camino del diálogo para obtener la paz, pero que NO podemos quedarnos con los brazos cruzados mientras los violentos, de izquierda o de derecha, subversivos o antisubversivos, asesinan, destruyen e intimidan.

"La debilidad de la fuerza", decía el poeta Paul Valéry, "es no creer más que en la fuerza". Mientras los violentos entienden este postulado esencial de la razón humana, la protección de los derechos humanos exigirá también, y esto quiero decirlo sin recelo, mejorar la capacidad del Estado para brindarles seguridad a todos los ciudadanos.

La legitimidad también se gana con el uso ético, eficiente y efectivo de la Fuerza Armada contra quienes delinquen y amenazan la seguridad de la sociedad y del Estado. Esto también debe entenderlo la comunidad internacional. No se puede seguir estigmatizando, *a priori*, cualquier esfuerzo del Gobierno por mejorar los medios para proteger a la población. Ese es nuestro deber y no podemos eludirlo.

Apreciados amigos:

No son tiempos fáciles los que vivimos los colombianos. Son tiempos que exigen, sobre todo, coraje, voluntad y patriotismo. Tiempos que requieren un compromiso indeclinable con la vida, con la libertad y con la protección de los derechos humanos.

Nadie entiende que las Farc-Ep mantengan congeladas las discusiones para solucionar los grandes problemas sociales del país que ellas mismas dicen que quieren negociar y solucionar.

Lo que el país está esperando es que, cuanto antes, pasemos a acuerdos en la Mesa de Negociación que resuelvan, precisamente, los problemas más sentidos y cercanos de los colombianos.

Las Farc-Ep congelaron unilateralmente las negociaciones. Por eso, los colombianos y la comunidad internacional esperamos que ellas mismas las descongelen, sin condiciones.

Desde esta cuna de la libertad y de respeto a los Derechos Humanos que hoy hace homenaje, no a Andrés Pastrana, sino a 40 millones de colombianos que, en medio de la desesperanza, del dolor y de la violencia, han tenido el valor de hacer la paz, quiero reiterarles y decirles una vez más a los alzados en armas: no hay que tenerle miedo a la paz.

CON EL RESPALDO DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL ESTAMOS CONSTRUYENDO LA COLOMBIA DEL SIGLO XXI

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
pronunciado ante políticos, empresarios y medios de comunicación
miembros del Club de Ejecutivos del diario Svenska Dagbladet.*

Estocolmo, Suecia, 25 de enero de 2001.

Svenska Dagbladet y su Club de Ejecutivos son, en Suecia y toda Europa, un centro de debate y pensamiento, donde las palabras y las mentes más lúcidas ayudan a crear la realidad que vivimos. Por eso me siento muy orgulloso al asistir, como mi primer acto público en esta esperada visita oficial al Reino de Suecia, a esta reunión con los hombres y mujeres de la política, de la economía y de los medios de comunicación de Suecia, para exponerles, personal y directamente, lo que pasa, lo que vive, lo que sueña mi país.

Colombia, como las demás naciones del mundo contemporáneo, tiene una larga y compleja historia, llena de éxitos, pero también de fracasos; con muchas cosas aún por hacer pero con sus propios valores, su propia cultura política y sus propias instituciones, forjadas en medio de dificultades y obstáculos como quizás ningún otro país de Latinoamérica.

Hemos vivido largos períodos de paz en los cuales sembramos las bases de nuestro desarrollo pero a esos años han sobrevenido otros de confrontación violenta que han amenazado con destruirlas. Sin embargo, y pese a lo duro de las confrontaciones, los colombianos seguimos trabajando por un futuro mejor, con la confianza que nos dan nuestras instituciones y el conocimiento de un pasado que ha sido testigo más de una vez de la grandeza de nuestras gentes.

En mi país, por fortuna, la práctica de la democracia, las elecciones libres, el respeto a las libertades fundamentales, la promoción de los derechos humanos, incluyendo en éstos los derechos de contenido social y económico, así como los llamados derechos de tercera generación, sigue siendo característica esencial de nuestro sistema político. En octubre del año pasado, hace tres meses, millones de colombianos eligieron libremente y mediante masivas votaciones a sus mandatarios regionales: gobernadores, alcaldes, diputados, concejales y ediles, en una muestra más de que Colombia, pese a las dificultades de orden público, cree más que nada en el poder del voto y en el ejercicio de la democracia.

Esto lo traigo a cuento porque a veces se olvida que Colombia ha construido pacientemente una institucionalidad respetable, que ha resistido durante los últimos lustros el embate feroz de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo, que no se ha alejado de la democracia, que la legitimidad del Gobierno es indiscutible, y que su clase dirigente ha hecho esfuerzos para abrir a todos los sectores de la sociedad el esquema político, en un sistema multipartidista que cada vez incluye más opciones independientes y novedosas.

Colombia ha sido y sigue siendo un baluarte de democracia, estabilidad política y estabilidad económica en América Latina.

Como toda democracia, ha tenido y tiene imperfecciones. Pero siempre hemos obrado con la voluntad de ir superándolas, sin transitar las vías del autoritarismo. El Gobierno que me honro en presidir fue elegido en unos comicios electorales cuya transparencia nadie ha puesto en duda, con la mayor votación de la historia y recibió el poder de su antecesor, integrante del partido contrario, sin traumatismos ni contratiempos. Las ramas del poder público funcionan en forma separada y autónoma y los órganos de control cumplen sus labores con total independencia.

Por estos días Colombia vive ciertamente circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero de las cuales estamos seguros de que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

El legado histórico de nuestras generaciones pasadas, que constituye nuestro más valioso activo, se ha visto amenazado en las dos últimas

décadas por la aparición en nuestra vida nacional del fenómeno del narcotráfico.

Este, con los inmensos recursos económicos que genera, ha sido el principal catalizador de la violencia en el país; ha distribuido grandes sumas de dinero en diferentes sectores sociales, alimentando intensos ciclos de corrupción; ha desplazado con cultivos ilícitos la tradicional geografía agrícola de nuestro país, así como impulsado la colonización de nuevos territorios para su expansión. En esas zonas, y por la razón misma de ser una actividad ilícita, el narcotráfico se desenvuelve en medio de una dramática violencia con altos costos sociales, que lo convierten en un generador de conflictos y de pobreza.

Colombia, sin embargo, pese a que no ha contado con los suficientes recursos para enfrentar tal amenaza, jamás ha claudicado ante ella. Por el contrario, sacrificando buena parte de sus mejores hombres y mujeres, y desviando importantes sumas de dinero que bien pudieran haberse invertido en desarrollo social, el país ha asumido con entereza y valentía la parte que le corresponde frente a un delito que tiene una naturaleza claramente internacional.

Pero mientras logramos que las cargas para enfrentar este delito se distribuyan en forma equitativa, Colombia tiene que seguir su camino histórico de consolidación y fortalecimiento de un Estado Social de Derecho que nos permita insertarnos positivamente en el mundo globalizado de este siglo XXI.

Sobre ese objetivo mi Gobierno ha venido trabajando incansablemente, asumiendo con valentía todos los retos que los actuales momentos nos han impuesto. No hay problema que no estemos enfrentando, no sólo con decisión, sino ante todo con perspectiva de largo plazo, construyendo el futuro en medio de no pocas incomprendiones y sacrificios.

Desde el primer día de mi Gobierno anuncié que le daríamos un profundo cambio al rumbo que traía el país y que ello lo haríamos respetando en todo momento nuestras instituciones democráticas y constitucionales. Mi decisión se fundaba en que Colombia venía acumulando unos problemas cuya solución no podía continuar aplazándose con

fórmulas simplistas, y los comenzamos a enfrentar conociendo de antemano los costos políticos de impopularidad que ello acarrea. Por tratarse de problemas alimentados en medio de una compleja trama de procesos históricos, no hemos prometido milagros sino trabajo serio y responsable, audacia para buscar salidas creativas, tenacidad para enfrentar las adversidades y valor para aplicar los correctivos, por dolorosos que ellos sean.

Identificamos, como los grandes problemas que nos aquejan, la violencia, la corrupción, la pobreza generada por el desempleo, el desequilibrio del gasto público y el debilitamiento del Estado. Ante todos ellos hemos venido actuando sin vacilaciones y hoy los resultados se comienzan a sentir en forma positiva.

Colombia viene soportando desde hace cuatro décadas el costo social de un conflicto armado que desangra nuestro país y que en buena parte es financiado por los dineros del narcotráfico. Superar este conflicto mediante la negociación y el diálogo es un reto que mi Gobierno ha asumido en cumplimiento del mandato que le otorgaron millones de colombianos.

Pero debo ser claro, porque frecuentemente hay mucha confusión en la comunidad internacional sobre la verdadera dimensión de este conflicto. En Colombia no hay una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil. Una guerra civil se da cuando los hijos de una misma nación se enfrentan entre sí en bandos que agrupan grandes proporciones de sus habitantes. Pero éste no es el caso de Colombia. Nosotros somos un país con cerca de 40 millones de habitantes, donde los actores armados al margen de la ley, tanto guerrilleros como autodefensas, no llegan siquiera a 40.000 miembros, o sea, menos de una milésima parte de la población, con un apoyo popular que no alcanza ni al 3 por ciento de los colombianos.

En Colombia, la inmensa mayoría queremos la paz y no la confrontación, y en ese propósito estoy comprometido, en una política que no es sólo del Gobierno sino que corresponde a una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales de la nación.

Hoy puedo decir que, a pesar de los recientes tropiezos en el proceso, hemos avanzado en dos años lo que fue impensable durante décadas. Con las Farc-Ep, el grupo guerrillero más grande y antiguo del país, hemos iniciado un proceso de negociación, con una agenda y unos procedimientos definidos, en el que han intervenido todos los estamentos de la nación. Las fuerzas vivas de Colombia, mediante un proceso de audiencias públicas, expusieron ante un Comité Temático compuesto por miembros de las instituciones colombianas y de la guerrilla, sus fórmulas para avanzar en materia de empleo y reactivación económica, con miras a su próxima discusión en la Mesa de Negociaciones. Más de 1.100 colombianos de todos los sectores, de todas las regiones, presentaron sus propuestas y más de 24.000 se hicieron presentes en las audiencias públicas, que, además, eran transmitidas por televisión.

Hace un año negociadores de las Farc-Ep y del Gobierno estuvieron visitando algunos países europeos, comenzando por Suecia, con el ánimo de conocer la experiencia de diferentes modelos económicos, y de poder discutir algunos temas propios del mundo del nuevo milenio. En particular se habló del imperativo moral de humanizar el conflicto mediante el respeto por parte de la guerrilla de las normas del Derecho Internacional Humanitario.

Este es un llamado moral que el mes pasado, en París, los miembros de la Unión Europea realizaron a las Farc-Ep, y que el pueblo de Colombia agradeció en todo su valor, porque sabemos la importancia de que todas las naciones y las organizaciones no gubernamentales nos ayuden a presionar a los actores armados del conflicto a abandonar los métodos crueles e inhumanos de lucha, como el secuestro, el asesinato, las masacres, la destrucción de poblaciones, los atentados contra la infraestructura energética, y algo que ha sensibilizado profundamente la opinión mundial y nacional: el reclutamiento de menores de edad, de niños, en sus filas.

Contra nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a adelantar los diálogos en medio de la confrontación, pero esperamos hechos de paz de parte de los alzados en armas. Entre tanto, seguiremos cumpliendo con el deber constitucional de salvaguardar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, para lo cual estamos fortaleciendo la eficiencia de las Fuerzas Armadas en un marco de respeto a los derechos humanos.

Con el Eln, la segunda organización guerrillera del país, hemos avanzado también en el camino hacia la iniciación de un proceso de diálogo, que se pueda realizar en una Zona de Encuentro, con veeduría internacional y un término fijo.

En cuanto a los llamados grupos de autodefensa, que se han formado ilegalmente como una respuesta de violencia y venganza contra los ataques absurdos de la subversión, quiero dejar muy claro que el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas de la nación los perseguimos con todo el peso de la ley, como se debe perseguir a unos criminales que siembran muerte y dolor por todo el país.

Si algunos pocos militares descarriados del buen juicio, de manera individual, los han apoyado o han sido negligentes en su persecución, los hemos ido detectando, sancionando y separando del servicio. Pero debo ser enfático en que las fuerzas armadas de Colombia no son aliadas de este grupo delincencial, al cual no le reconocemos ni le reconoceremos jamás un carácter político.

Debe saber la comunidad internacional que tenemos un Plan de Acción definido contra estos grupos delincuenciales, que estamos llevando a cabo con decisión y convicción.

En primer lugar, hemos creado un Centro Nacional de Coordinación para la Lucha contra las Autodefensas Ilegales, en el cual, además del Gobierno y la Fuerza Pública, participan la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General y la Defensoría del Pueblo.

En segundo término, creamos también una Brigada Financiera, en la que participan la Fiscalía, la Superintendencia Bancaria, la Dirección de Impuestos y los organismos de inteligencia del Estado, para detectar y combatir los fondos provenientes de la actividad delictiva de las autodefensas, así como a quienes financian a estos grupos ilegales.

En tercer lugar, estamos luchando denodadamente, realizando múltiples operaciones militares contra estos grupos, las cuales se han incrementado en un 123 por ciento en el último año. Ahora bien: Es bueno aclarar que si las cifras de capturados son inferiores a las que se

dan contra la guerrilla, esto también se debe a que estos grupos son tres veces más pequeños que éstas. Pero veamos los datos: Durante mi gobierno se han capturado 601 y dado de baja a 124 de sus miembros. Sólo el año pasado más de 400 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados, superando en un 10 por ciento el número de capturados y en un 150 por ciento el número de abatidos en el año 1999. Inclusive, hemos derribado ya un helicóptero artillado de estas fuerzas irregulares.

Más de 700 presuntos miembros de grupos de autodefensa, vale decir, casi el 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas, un porcentaje mucho mayor que el de guerrilleros detenidos.

En cuarto lugar, hablando ya del aspecto judicial, las cifras también son contundentes: la cantidad de acciones penales que adelanta la Fiscalía contra los grupos de autodefensa es más de tres veces superior a las ejecutadas contra la subversión.

Pero las investigaciones no son sólo penales, sino también administrativas, las cuales han producido importantes resultados. Las denuncias por hechos de colaboración u omisión ejecutados por miembros de la fuerza pública a favor de estas fuerzas irregulares no quedan impunes. Además de las medidas disciplinarias internas, son investigadas por órganos de control y fiscalización independientes, que desarrollan sus procesos y adoptan sus decisiones con total autonomía del Gobierno, que las respeta y acata. Como prueba irrefutable de lo que afirmo están los fallos de destitución y condena que han afectado a altos oficiales de las fuerzas armadas por acciones u omisiones que fueron denunciadas.

En quinto término, hemos atribuido al comandante general de las fuerzas militares, en el marco de una amplia reforma legal dirigida a la modernización y profesionalización de las fuerzas militares, la facultad discrecional de desvincular en forma inmediata de las filas, sin juicio previo, a los uniformados, cualquiera que sea su rango, contra los que existan sospechas fundadas de que violan derechos humanos o colaboran con los grupos ilegales. En su breve tiempo de vigencia, esta atribución ya ha sido ejercida, separando de las filas a 388 miembros de las fuerzas militares.

Hemos adoptado también medidas de reforma, modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas del país, de reforma a la Justicia Penal Militar y a las normas penales colombianas, limitando el fuero militar y tipificando en nuestra ley delitos como la desaparición forzada y la tortura.

En sexta medida, es resaltable que la mayor parte de las actividades de fumigación de cultivos ilícitos extensos la estamos realizando en zonas de alta presencia de las autodefensas, donde hemos destruido también más de 20 laboratorios de procesamiento de droga.

Como puede verse, el Estado colombiano no se ha quedado ni se quedará quieto en su lucha denodada contra estos grupos criminales. Estamos obrando siguiendo un plan serio y coherente, que está produciendo buenos resultados.

Mi Gobierno está comprometido a fondo con la aplicación de unas normas mínimas de humanidad que alivien, siquiera parcialmente, el sufrimiento causado por el conflicto interno a sus víctimas y a la población civil.

En este sentido, hemos incorporado a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa para la Prohibición y Destrucción de las Minas Antipersonales. Así mismo, exoneramos de la prestación del servicio militar a los menores de 18 años de edad, yendo más allá de lo establecido en la Convención de los Derechos del Niño.

Decía el gran autor sueco August Strindberg: "No es la victoria lo que yo quiero, sino la lucha". Yo también puedo decirles, con el corazón en la mano, que no sé si voy a poder consolidar la paz durante el año y medio que me queda al frente de la Presidencia de Colombia, pero que no cesaré jamás de luchar por ella. Pueden estar seguros de que dejaremos sentadas las bases del diálogo y la convivencia, para que las generaciones futuras disfruten de un privilegio que nosotros infortunadamente no hemos tenido: el de vivir en paz.

Apreciados amigos:

El manejo de la economía colombiana –tal como lo han reconocido los más rigurosos analistas extranjeros– ha sido señalado como prudente

y ortodoxo, lo cual nos ha permitido sortear con éxito coyunturas que han sido críticas para otras economías de la región. En ese contexto, la recesión que padecimos en 1999 fue una desafortunada excepción, que, gracias a una política económica seria, responsable y coherente, pudimos superar el año pasado, recuperando la senda del crecimiento en un nivel cercano al 3 por ciento, con expectativas de crecer un 4 por ciento en este año que comienza.

Para alcanzar este logro, hemos tomado, junto con el Congreso Nacional, drásticas medidas de ajuste fiscal y de racionalización de la administración pública, con miras a reducir el déficit del Estado central, así como otras acciones necesarias para sanear las finanzas públicas y dinamizar la producción industrial. En la preparación de los presupuestos del Estado hemos sido responsables y austeros. Estamos aplicando una estricta disciplina fiscal, convencidos de que al hacerlo se propicia un escenario más apropiado para el sano desarrollo de los negocios privados. Este conjunto de medidas persigue que el crecimiento económico del país en adelante se haga sobre bases sólidas y no sobre bases ilusorias que se desvanezcan a la primera crisis.

Es satisfactorio constatar que las medidas adoptadas ya han comenzado a mostrar sus bondades y que el panorama económico del país es prometedor. Aparte del mencionado crecimiento de la economía en el año 2000, vale resaltar también que las tasas de interés son hoy menos de la mitad de lo que eran hace dos años, la inflación reporta por segundo año consecutivo índices de un solo dígito, el déficit de las cuentas externas se ha reducido sustancialmente y los organismos multilaterales, al renovarles su confianza al país, han despejado el panorama cambiario.

Vale decir, la economía colombiana, en un breve lapso, recuperó su senda de crecimiento, restauró su tradicional esquema de estabilidad y sigue siendo un ejemplo de manejo serio y coherente.

Apreciados amigos:

Todas las acciones que hemos asumido para buscar la paz, para combatir la corrupción, para sanear las finanzas públicas y para recuperar la economía, buscan en últimas el fortalecimiento de la presencia institucional

del Estado como prerrequisito básico e inaplazable para que el país se inserte positivamente en este mundo de la globalización.

Es dentro de esa perspectiva donde se inscribe la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que estamos adelantando en Colombia y que hemos presentado a la comunidad internacional. Como país, y con el consenso de todas las fuerzas, estamos enfrentando el reto de recuperar las responsabilidades centrales del Estado: la promoción de la democracia, la generación de condiciones para el empleo, el respeto por los derechos humanos, la búsqueda de la paz y la lucha contra el narcotráfico.

Con esta Estrategia estamos construyendo los cimientos de una paz duradera y de un desarrollo con justicia social, y nos asiste la confianza de que obtendremos el respaldo de los países amigos que le quieren hacer justicia al coraje y sacrificio que en las últimas décadas ha hecho nuestra nación.

Estoy convencido de que el Reino de Suecia, como participante activo del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, y más aún hoy cuando ha asumido la Presidencia de la Unión Europea, seguirá apoyando y liderando, dentro del contexto europeo, este mecanismo de apoyo a los sectores más vulnerables de nuestro país, tal como lo hizo en la reciente reunión del Grupo de Apoyo en Bogotá. Nuestra próxima reunión de Bruselas será la mejor oportunidad para que Europa continúe demostrando con hechos que el principio de responsabilidad compartida es mucho más que retórica: es una realidad palpable que enaltece al pueblo sueco y a sus colegas europeos por el compromiso que asumen con el futuro de la humanidad.

Dentro de los programas a cuya cooperación hemos convocado, en un acto de responsabilidad más que de simple solidaridad, a la comunidad internacional, están los relacionados con la atención a la población desplazada por el conflicto armado; el apoyo a programas comunitarios de carácter ambiental, de construcción de obras de infraestructura o de tipo productivo; la protección a los defensores de derechos humanos, y la implementación de programas de desarrollo integral alternativo que posibiliten la sustitución de cultivos ilícitos por cultivos legales, con el menor costo ambiental y social.

Yo sé que Suecia es, con orgullo, una abanderada de la lucha por el medio ambiente en Europa y en el mundo, y por eso los invito a cooperar con entusiasmo en la preservación del ecosistema colombiano, que contiene el 10 por ciento de la biodiversidad del planeta, y que se ve seriamente afectado por la deforestación causada por los cultivos de coca y amapola. Se calcula que en los últimos 10 años se ha destruido, por causa de la droga, cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en Colombia. Es una cifra aterradora que nos mueve a todos a la acción.

Hoy quiero contarles que los programas de sustitución manual y voluntaria de cultivos ilícitos están avanzando con buenas perspectivas en zonas tan complejas como el Putumayo, donde los campesinos y los indígenas están comenzando a acogerse a los programas y las alternativas que les brinda el Gobierno.

Por supuesto, estos programas de inmensa trascendencia son válidos frente a los pequeños cultivadores, pero no resultan suficientes para contrarrestar los cultivos ilícitos a escala industrial. En estos casos sigue siendo necesaria la fumigación, pero la comunidad internacional puede tener la seguridad de que, en dichos eventos, hacemos hasta lo imposible para no comprometer el medio ambiente. Es más: nos hemos negado a usar elementos exógenos como el hongo *fusarium oxysporum*, para evitar riesgos de deterioro no sólo ambiental, sino también en la salud humana.

Y es importante hacer una claridad adicional: es mucho mayor el daño ambiental que producen los narcotraficantes para sembrar y producir la droga que el que pudiera derivarse de los procesos de fumigación que realiza el Gobierno sobre los cultivos ilícitos extensos, donde se utilizan parámetros técnicos rigurosos para minimizar los efectos nocivos en la población y el medio ambiente. En efecto, mientras en 1998 se emplearon 150.000 litros del herbicida glifosato para fumigar, el narcotráfico empleaba 163.000 toneladas de químicos para la siembra y el procesamiento de droga.

Se estima que en los últimos 15 años se utilizaron, para la producción de estupefacientes, más de 900 mil toneladas de precursores químicos,

cuyos deshechos generalmente van a parar a los miles de riachuelos que circundan nuestro territorio. Así que, como pueden ver, en este caso no se puede decir que el remedio sea peor que la enfermedad. Dejar crecer el negocio de la droga, alegando motivos ecológicos, sería la más funesta y equivocada alternativa para el medio ambiente no sólo colombiano, sino mundial.

Estimados amigas y amigos:

Estamos construyendo los colombianos, con el respaldo de la comunidad internacional, la Colombia del siglo XXI: una Colombia en paz, con oportunidades de empleo para su gente, con unas instituciones fuertes y con una economía sólida, caminando el sendero del progreso y la justicia social y contando con la participación activa de las demás naciones del planeta en la lucha contra el problema mundial de las drogas.

¡Esa es la Colombia que estamos forjando, con la voluntad y el coraje de todos los colombianos, con la decisión indeclinable de mi Gobierno y con el apoyo solidario de muchos países amigos, como el Reino de Suecia!

La historia de las naciones puede ser leída como la sucesión de períodos de auge y caída, de declives y renacimientos. Pero siempre ha sido la voluntad libre de los hombres la que ha logrado superar los derrumbamientos y construir la prosperidad, como nos lo ha enseñado, a través de los siglos, el pueblo sueco, que hoy es, sin duda, un ejemplo de convivencia y de logros sociales y económicos para todo el mundo.

Los colombianos hemos vivido el invierno de nuestras desventuras pero, y en esto no tengo la menor duda, estamos comenzando a vivir la primavera de nuestras esperanzas. Tenemos la capacidad para hacerlo. No somos un pueblo de violentos, mediocres o corruptos, como algunos con mucho simplismo nos quieren rotular. Somos, por el contrario, un pueblo que lucha contra muchas adversidades y que empieza a recuperar la confianza en lo mejor de sus valores y capacidades para seguir adelante.

Alberto Lleras Camargo, uno de nuestros más grandes estadistas y arquitecto de la Colombia civilista y democrática del siglo XX, escribió

alguna vez: "Ninguna cosa peor para las gentes que acostumbrarse a oír las profecías más aterradoras y los anuncios más devastadores, señalados como los azotes por las maldades de un pueblo. No hay ciertamente pueblos malos. Hay momentos de corrupción y de dolo, de crimen y de impunidad en toda la historia, seguidos por una reacción salvadora y aun por excesos de puritanismo. Sólo con mantener abiertas las vías para que la libertad opere los cambios, sin empleo de la fuerza ni del despotismo, la humanidad puede seguir su camino de ascenso, empeñosamente, y cada época será mejor que la que le antecedió. Sólo que hay que perseverar, que hay que emplearse, que no se puede dar nadie por derrotado de antemano".

¡Los invito, amigos míos, a acompañar a Colombia en este compromiso con la esperanza y el porvenir!

VERDADERA VOCACIÓN DE COOPERACIÓN DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL CON COLOMBIA

*Saludo del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
al cuerpo diplomático acreditado en Colombia.*

Bogotá, D. C., 6 de febrero de 2001.

"Soy feliz en mis amigos", decía Shakespeare, y eso mismo puedo decir hoy, cuando tengo el placer de darles la bienvenida a esta Casa de Nariño –que es también la casa de todos ustedes–, a los distinguidos representantes de las naciones y de los organismos internacionales que han hecho de nuestras relaciones, mucho más que una simple rutina diplomática, un intercambio enriquecedor y promisorio.

En este ya tradicional saludo de comienzos de año al Cuerpo Diplomático quiero aprovechar para extender a todos ustedes y a sus respectivos pueblos los más sinceros y afectuosos deseos por su bienestar y felicidad en esta nueva era que comienza. Que el destino nos depare a todos un porvenir de armonía, justicia social y prosperidad, en el que podamos seguir afianzando e incrementando los lazos del afecto y la amistad.

Son tiempos de esperanza, retos y realizaciones, que exigen lo mejor de nosotros. Por eso, Colombia valora y agradece especialmente el papel respetuoso, constructivo y cooperador que ha tenido la Comunidad Internacional en su conjunto frente a las particulares y complejas circunstancias que se presentan en el país.

Estamos afrontando con decisión y con audacia la búsqueda de la paz a través del diálogo y la negociación política. Estamos fortaleciendo nuestras instituciones e incrementando la presencia del Estado en todo el territorio. Estamos ejecutando ambiciosos proyectos de inversión social para mejorar las condiciones de vida de los más necesitados a través de la creación de oportunidades de trabajo. Y en todos estos desafíos hemos encontrado, como nunca antes en la historia, el unánime respaldo de la comunidad internacional, y la firme decisión de cooperar en este empeño de hacer de Colombia un país que progresa en un entorno de paz.

En los últimos doce meses ha existido una constante que marca el devenir histórico del Proceso de Paz en Colombia: el acompañamiento firme de los países amigos y de los organismos internacionales, impulsando, todos a una, nuestras legítimas aspiraciones.

Las naciones del mundo y los principales organismos internacionales se han hecho presentes, con verdadera vocación de cooperación, en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, que tuvo el año pasado una reunión preliminar en Londres, una reunión formal en Madrid y otra en Bogotá, y que continuará su trabajo durante este primer semestre en Bruselas. De este Grupo de Apoyo hemos obtenido importantes aportes para programas sociales, de desarrollo alternativo, de derechos humanos, de asistencia humanitaria, de fortalecimiento institucional y de protección al medio ambiente, que se verán enriquecidos con las decisiones que tomen las naciones participantes una vez estudiados y analizados en detalle los diferentes programas de inversión. En este sentido destaco la visita que actualmente realiza una Misión Técnica de la Unión Europea para la identificación de los proyectos sociales en que mejor pueden colaborar, así como la reciente resolución del Parlamento Europeo apoyando los programas de desarrollo social e institucional en nuestro país.

La importante cooperación directa de los Estados Unidos de América, por otra parte, es también motivo de gratitud para el pueblo colombiano, que reconoce su decisión responsable, no sólo por la necesaria colaboración en la lucha antinarcóticos, sino también porque incluye el mayor aporte para inversión social en la historia de nuestras relaciones bilaterales.

En la aplicación del concepto de responsabilidad compartida en la lucha contra el problema mundial de las drogas, estamos pasando definitivamente de la retórica de las palabras y las buenas intenciones a la acción concreta y efectiva. Hemos transitado, por fortuna, de un acompañamiento declarativo por parte de la comunidad internacional a uno concreto y efectivo, que se traduce en programas sociales y en apoyo al Proceso de Paz.

Colombia no puede sola en esta lucha, que tanto nos ha costado. Ustedes, que nos acompañan día a día, lo saben, señores Embajadores, y por eso podemos decir que lo que pedimos al mundo, más que ayuda, es responsabilidad.

Si bien en nuestro camino hacia la construcción de la paz hemos tenido un año difícil, no hay duda de que la vinculación de la comunidad internacional a la reconciliación entre los colombianos quedó definitivamente consolidada: Suecia, Noruega, Italia, Ciudad del Vaticano, Suiza, España y Francia fueron, hace un año, los amables anfitriones de una gira histórica y sin precedentes de los negociadores del Gobierno y de las Farc-Ep por sus países, donde tuvieron oportunidad de conocer de primera mano sus modelos políticos y económicos, así como de intercambiar opiniones sobre diversos tópicos.

También Alemania, Costa Rica, Cuba y Venezuela han sido escenarios de diálogo en diversas etapas de las negociaciones del Gobierno y de la sociedad civil con los insurgentes. Además, veintiún naciones asistieron a la Audiencia Pública sobre Cultivos Ilícitos y Medio Ambiente en San Vicente del Caguán, y cinco Estados (Francia, España, Noruega, Suiza y Cuba) nos están acompañando, con ejemplar prudencia y compromiso, como países amigos en el proceso de conversaciones con el Eln. ¡Cómo no valorar y agradecer todo este esfuerzo internacional por cooperar con la paz de Colombia!

Nuestro conflicto interno, la sangre derramada, son fenómenos que le quitan la esperanza y la alegría a un país enamorado de la vida. Por eso valoro tanto los gestos de apoyo que continuamente recibimos de ustedes, de sus naciones y de las entidades que representan, tales como los que recientemente se produjeron de parte de los embajadores europeos;

de los Secretarios Generales de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos, y de otras naciones del planeta. Nos sentimos acompañados, queridos amigos. Los sabemos cercanos más que nunca.

Y en esa cercanía entendemos que su papel, que el papel de la comunidad internacional en la humanización de este doloroso conflicto, es fundamental. Como ustedes saben, mi Gobierno se ha comprometido con énfasis en la defensa y protección de los Derechos Humanos y en la aplicación del Derecho Internacional Humanitario, temas que se hacen aún más complejos en medio de la degradación del conflicto causada por la acción intolerante e indiscriminada de todos los grupos al margen de la ley.

Yo estoy seguro de que el clamor internacional para que cesen estos actos es de gran ayuda para que estos grupos acepten al fin humanizar el conflicto, salvaguardar a la población civil y a los niños, y detener la confrontación para que no sigamos obligados a negociar en medio de la guerra. Posiciones como la asumida por la Unión Europea frente a representantes de las Farc-Ep en París, o la de la Iglesia católica, o la de tantas otras naciones y organismos internacionales que denuncian las atrocidades y hacen un llamado por la humanización del conflicto, son un gran aporte del mundo hacia la paz de Colombia.

Pero para cooperar mejor hay que conocer mejor, y por eso es tan importante la labor que ustedes, señores Embajadores, hacen, al enterarse de primera mano de la situación de nuestro país, procurando comprenderla en su difícil complejidad.

Por ejemplo, en el caso de la lucha continua que libra el Estado contra los grupos ilegales de autodefensa, que asuelan con masacres y actos de crueldad el territorio nacional, nos llenan de satisfacción declaraciones como la que hicieron la semana pasada los embajadores europeos, al afirmar que "la Unión Europea es consciente de los esfuerzos que realiza el Gobierno para reducir las actividades de los paramilitares".

Como hemos expuesto ante la comunidad nacional e internacional, estamos atacando con todos los medios logísticos y legales a nuestro

alcance todos los factores de violencia, incluyendo, por supuesto, los grupos de autodefensa. En la lucha contra estos delincuentes, en particular, estamos llevando a cabo un Plan de Acción que incluye seis puntos principales:

En primer lugar, la creación de un Centro Nacional de Coordinación de la lucha contra las Autodefensas, donde participan el Gobierno, la Fuerza Pública, la Procuraduría, la Fiscalía y la Defensoría del Pueblo; en segundo lugar, la puesta en marcha de una Brigada Financiera para combatir sus finanzas y la de aquellos que los patrocinan; en tercer término, el incremento de operaciones militares, las cuales aumentaron el año pasado frente a 1999 en un 123 por ciento, dando como resultado más de 400 miembros de estos grupos detenidos o dados de baja de hecho: prácticamente el 10 por ciento de los miembros de grupos de autodefensa se encuentran presos en las cárceles del país; en cuarto lugar, estamos obrando con acciones penales y administrativas contra los integrantes de estos grupos o contra cualquier funcionario o uniformado que los patrocine o tolere. Es más: contra los autodefensas hay tres veces más acciones penales en la Fiscalía que contra miembros de la subversión; en quinto término, concedimos facultades discrecionales al comandante de las Fuerzas Militares para desvincular discrecionalmente y sin juicio previo a cualquier militar de quien se tengan indicios de violaciones a los derechos humanos o vinculación con grupos de autodefensa, y, en sexto lugar, estamos adelantando acciones de fumigación de cultivos ilícitos y de destrucción de laboratorios de droga en zonas de mayor presencia de autodefensas, desvertebrando así su apoyo financiero. Nadie puede dudar en el mundo de la voluntad del Gobierno de combatir este flagelo, así como cualquier otra forma de violencia que atente contra los colombianos.

Infortunadamente, hay quienes, en el concierto internacional, pretenden que Colombia luche contra el narcotráfico y controle a los grupos de autodefensas y otras manifestaciones delincuenciales, pero, al mismo tiempo, critican cualquier acción destinada a fortalecer nuestro ejército y nuestra policía. El absurdo de este postulado no puede ser mayor. Si Colombia quiere salir adelante, lo primero que tiene que hacer es fortalecer sus instituciones legítimas, incluyendo por supuesto a la Fuerza Pública, para combatir las actividades ilícitas y llevar mayor

bienestar y seguridad a la población. Nada haría crecer más a las autodefensas y a la funesta actividad del narcotráfico que unas Fuerzas Armadas débiles, condenadas al fracaso y presas de la corrupción. Por el contrario, unas Fuerzas Armadas modernas, profesionales, bien dotadas, capacitadas y entrenadas, son la mejor garantía en Colombia –y en cualquier país del mundo– del imperio de la ley y de los derechos humanos, y del marchitamiento de las fuerzas marginales que crecen, justamente, donde hay menor presencia del Estado.

También es muy importante que la prensa internacional, genuinamente preocupada por el caso de Colombia, nos observe con una mirada serena, objetiva y abarcante, libre de prejuicios y estereotipos. Especialmente en momentos como éste, es necesario respetar la enorme complejidad del proceso de paz y de la situación colombiana, cuando se informa acerca de estos temas, como ustedes bien lo hacen en su labor diplomática. Es necesario que seamos precisos con la información, y aún más con las cifras que difundimos. La violencia trae consigo la distorsión de la verdad. Esto es lo que debemos evitar.

Quiero resaltar, eso sí, que cada día se supera más esta etapa de aproximación superficial, y se profundiza con mayor seriedad en los distintos matices de nuestra realidad. Las oportunidades que hemos tenido de visitar durante los últimos doce meses naciones y escenarios de América y de Europa han sido una forma ideal para mostrar al mundo, con nuestra presencia directa, en foros y diálogos con los medios de comunicación, el rostro verdadero de un país que ha sido muchas veces incomprendido y que hoy mira con dignidad a la comunidad internacional. A todos nuestros amables anfitriones, ¡muchas gracias!

Apreciados amigos:

Colombia ha regresado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por sexta ocasión, y estamos ejerciendo esta gran responsabilidad desde el pasado 1º de enero. Trabajaremos de la mano con los demás países miembros, en la certeza de que la inquebrantable vocación de paz que anima a mi Gobierno será la misma voluntad que guiará nuestra participación en ese importante órgano. En él promoveremos de manera constante el diálogo, las soluciones negociadas, las salidas políticas y

diplomáticas, como único camino para darles a la paz y la seguridad internacional bases verdaderamente estables y perdurables.

Tenemos una firme confianza en el papel que pueden jugar las Naciones Unidas para prevenir las confrontaciones. Para controlar y evitar el tráfico de armas pequeñas y ligeras que tantas tragedias causan en nuestros pueblos; para promover la plena vigencia y observancia del Derecho Internacional Humanitario; para aliviar el sufrimiento de los grupos más vulnerables que resultan víctimas de los conflictos; para promover el desarrollo económico y social, la justicia y la democracia, como condiciones esenciales para el afianzamiento de la paz y la estabilidad internacional. No ahorraremos esfuerzos para contribuir al logro de esos objetivos.

También quiero destacar en este recuento la realización el año pasado en nuestro suelo de dos eventos de primordial importancia: la Cumbre Ministerial del Movimiento de Países No Alineados y la Cumbre Presidencial del Grupo de Río. En la primera, pudimos concertar con los 115 países miembros del NOAL una posición común frente a muchos puntos de la agenda global, como un mensaje claro de los países en desarrollo al resto del mundo.

Igualmente, en la Cumbre del Grupo de Río, que fue la primera en incluir a los países centroamericanos como miembros individuales y de pleno derecho del Grupo, logramos la suscripción de la trascendental "Declaración de Cartagena", en la cual se plasmó una posición común de los países de América Latina y el Caribe para presentar en los más destacados foros internacionales. Como resultado de esta reunión, tuve el honor y la responsabilidad de exponer ante la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas, en mi calidad de Secretario pro t mpore del Grupo de Río, la visión latinoamericana y caribeña sobre los desafíos de la humanidad en el siglo XXI.

Queridos embajadores:

Inici  este saludo afirmando, con las palabras del gran bardo inglés, que "soy feliz en mis amigos". Permítanme decirles ahora, en nombre de 40 millones de corazones que agradecen el respaldo de las naciones

del mundo y de las entidades internacionales en la búsqueda de la paz y la justicia social en nuestro país, que Colombia también es feliz en sus amigos. Y que ustedes, señoras y señores, son los mejores amigos que un país puede desear.

LAS OPORTUNIDADES QUE NUESTRO PAÍS OFRECE PERMITEN AMPLIAR LOS INTERCAMBIOS COMERCIALES

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la Conferencia de la Asociación Nacional de Gobernadores.*

Washington, D. C., Estados Unidos, 25 de febrero de 2001.

Gobernadores y distinguidos invitados, damas y caballeros:

Quisiera empezar por agradecerles por la oportuna invitación a hablar aquí hoy en su conferencia de invierno. En particular quiero agradecer a los gobernadores Parris Grentenning, de Maryland, y Jim Gilmore, de Virginia, por su ayuda para haber hecho posible este evento.

Como líderes electos de cada uno de los cincuenta Estados de los Estados Unidos, ustedes representan la inmensa diversidad de este país, con influencias europeas, africanas, nativas americanas, asiáticas e hispanas que han dado forma a la experiencia americana. Los fundadores de su nación dieron muestras de una genuina sabiduría al crear un gobierno verdaderamente federal, pero también al darles poder real y responsabilidades a los Estados.

En esta era de rápida globalización, el papel de los gobernadores ha cambiado. Además de afrontar desafíos domésticos, hoy ustedes lideran misiones al extranjero y compiten por la inversión extranjera en sus respectivos Estados. Ustedes son a la vez embajadores y directores ejecutivos.

Esta mirada al exterior es particularmente importante en las áreas de comercio e inversión. Sin embargo, otros asuntos internacionales son

también parte del día a día de gobernar una provincia o Estado. Tales son la inmigración, el medio ambiente, el crimen transnacional y el inmenso peligro que representa el narcotráfico internacional.

Hoy he venido a hablarles sobre mi patria, un lugar de belleza impactante, gente decidida, logros inmensos y difíciles desafíos. Hemos crecido con frecuencia en medio de grandes dificultades, gracias a nuestro compromiso con la democracia. La nuestra es la democracia más antigua de América Latina.

Cuando llegué a la presidencia hace dos años y medio, el pesimismo era muy grande. Nuestra economía se encontraba en su primera recesión en casi setenta años. Los narcotraficantes eran tan poderosos y amenazantes como siempre. No teníamos una negociación andando que permitiera poner fin a casi 40 años de violencia y conflicto armado. Nos sentíamos aislados de los Estados Unidos y la comunidad internacional.

Hoy tenemos razones para estar de nuevo optimistas. Nuestra economía se está recuperando. Estamos derrotando a una nueva generación de narcotraficantes. Nos hemos sentado con los grupos guerrilleros a la mesa de negociaciones y hemos forjado estrechos lazos bilaterales con Estados Unidos y la comunidad internacional.

Sin duda, el que logremos compartir el papel y la responsabilidad en la guerra contra las drogas ilícitas es crítico para nuestra relación. Como gobernadores ustedes viven en carne propia el impacto de las drogas ilícitas en sus comunidades y en sus escuelas. Ustedes entienden la complejidad de este problema, desde la adicción, el hacer aplicar la ley, pasando por la corrupción, la violencia y la necesidad de generar una respuesta internacional a esta amenaza.

En el plano internacional tenemos que sostener nuestros esfuerzos para reducir, de un lado la oferta y del otro la demanda. Estos esfuerzos tienen que ser complementarios. Tenemos que atacar el elemento criminal del negocio. Pero debemos tener compasión con quienes sufren la adicción y el abuso aquí en los Estados Unidos y por quienes en Colombia se han visto literalmente forzados a sobrevivir a través del cultivo manual de la coca o de la amapola.

En Colombia, el narcotráfico sigue siendo un ataque directo y frontal contra la democracia. Miles de valientes colombianos, soldados, policías, jueces, líderes políticos, periodistas y hasta candidatos presidenciales y ministros, han entregado sus vidas en la lucha contra el tráfico de drogas. La violencia que genera esta industria ha afectado nuestra economía al espantar la inversión extranjera y doméstica. Hemos tenido que desviar grandes cantidades de recursos que necesitamos para satisfacer las múltiples necesidades de los colombianos, en educación, salud, desarrollo económico, para invertirlos en la lucha contra los narcotraficantes. Grandes áreas de nuestra selva amazónica, el pulmón del mundo, han sido destruidas por los narcotraficantes en su afán por internarse en las zonas más alejadas de Colombia con el objeto de escapar a nuestros esfuerzos por aniquilarlos.

El narcotráfico es un negocio global caracterizado por la violencia, la falta de escrúpulos y orientado por enormes ganancias, la razón por la cual, a pesar de nuestro éxito al derrotar a los carteles de Medellín y Cali, entre otros, en los años 90, la industria ha resurgido en las áreas rurales remotas de Colombia como el Putumayo, donde la presencia del Estado es escasa.

La respuesta de mi Gobierno a este desafío es el Plan Colombia. La prensa internacional tiende a referirse equivocadamente al Plan Colombia como una operación militar. Plan Colombia es una estrategia social y política para fortalecer las instituciones, el imperio y la ley, alcanzar la paz, fortalecer la economía y combatir el narcotráfico en áreas abrumadas por décadas de abandono. Nuestra meta no es castigar a los campesinos que cultivan la coca sino ofrecerles una alternativa real para que puedan desarrollar a sus familias y sus comunidades.

Desde antes de la llegada de los recursos de Estados Unidos, Colombia ya venía luchando vigorosamente contra el narcotráfico en dos frentes: hemos ofrecido un programa de erradicación voluntaria a los campesinos que cultivan coca en pequeñas parcelas, en forma tal que si acceden a erradicar sus cultivos de coca, les suministramos compensaciones económicas y las herramientas que necesitan para dedicarse a la agricultura legal, tales como semillas, equipos y asesoría técnica. La respuesta ha sido abrumadora.

Al mismo tiempo, hemos fumigado grandes cantidades de cultivos industriales de coca, protegidos por grupos ilegales de autodefensa, grupos guerrilleros o narcotraficantes. Los hemos combatido sin cuartel y hemos fumigado aproximadamente 25.000 hectáreas desde diciembre 19 de 2000 en el Putumayo. Esta coca sería suficiente para producir cerca de 225 toneladas de cocaína, o aproximadamente la tercera parte de la oferta anual mundial de este alcaloide.

En 1995, cuando el Gobierno hizo un intento similar de erradicación de los cultivos de coca del Putumayo, los campesinos locales se levantaron al unísono y se opusieron a las fuerzas de seguridad. Eso no sucedió esta vez. No hay protestas ni manifestaciones porque hoy estamos ofreciendo una presencia gubernamental positiva. Estamos además haciendo grandes inversiones en el Putumayo en forma de escuelas, centros de salud, servicios sociales e infraestructura.

Aun así, a pesar de sus esfuerzos, muchos aquí en los Estados Unidos están preocupados por su involucramiento en Colombia. Han expresado su miedo de que Estados Unidos sea halado a un conflicto militar prolongado en la Región Andina y comparan esta situación con su experiencia en Vietnam.

Quiero responder a esta preocupación en forma directa y firme. Los Estados Unidos jamás van a verse arrastrados a un conflicto armado en Colombia. Para empezar, esto no tendría el apoyo del Presidente de Colombia o de los colombianos, como tampoco lo recibiría del Gobierno de los Estados Unidos ni de sus ciudadanos. Esto no está en discusión ahora, ni lo estará en el futuro.

Estados Unidos, sin embargo, tiene un importante papel de apoyo que cumplir en la ayuda a Colombia para acabar con casi 40 años de violencia. Una forma es reduciendo la demanda por drogas aquí en los Estados Unidos, lo cual debilitará a aquellos que en Colombia se enriquecen con este negocio. Otra forma, que ha funcionado en otros lugares como Irlanda del Norte, América Central y el Medio Oriente, es que Estados Unidos apoye el Proceso de Paz en Colombia. Esto no debe ser visto como un simple asunto puntual o una apuesta de ocasión. Donde quiera que el apoyo de los Estados Unidos a iniciativas de paz ha sido

exitoso en el mundo, ha sido gracias a compromisos a largo plazo y visión estratégica, de frente a negociaciones difíciles y complejas y a reveses ocasionales.

Ese proceso de paz colombiano ha tenido picos positivos y negativos. No se pueden borrar 40 años de conflicto de un día para otro. Sin embargo, yo creo que en este frente hemos logrado importantes avances recientemente. A principios de este mes me reuní con el líder de las Farc-Ep, el más grande de los grupos guerrilleros que hay en Colombia. Allí, en un área remota, dos días de tensos diálogos con los enemigos declarados del Estado colombiano nos permitieron llevar el proceso de paz a un nuevo cauce.

El componente económico también es de gran importancia aquí. Para nadie es un secreto que la prosperidad económica tiene un positivo impacto sobre la estabilidad política. Con una mano tenemos que enfrentar los problemas de violencia, narcotráfico y el conflicto armado. Pero con la otra tenemos que ofrecer esperanza y oportunidad a nuestros ciudadanos.

Ello implica invertir en carreteras, salud, educación e infraestructura. También implica buscar nuevos mercados para los productos colombianos y atraer las inversiones del extranjero. Para convencer a los grupos guerrilleros de dejar las armas y lograr que los campesinos abandonen el cultivo de la coca e ingresen a la economía legal, tenemos que crear nuevos empleos para dejar a decenas de miles de colombianos.

Aquí también Estados Unidos puede hacer un aporte significativo. La cooperación mutua en materia antinarcóticos es fundamental y debemos perseverar en ella. Pero esto es solo una parte de la realidad.

Desarrollo económico y social son el camino hacia la paz. Crear empleo es la esencia del desarrollo. Si somos capaces de generar las condiciones apropiadas, quienes participen de actividades ilícitas como la siembra de coca se pasarán a una economía legítima. Para luchar contra las drogas, tenemos que luchar contra la pobreza.

El comercio y la inversión ofrecen beneficios de largo plazo para todos. Esa es la razón por la cual mi Gobierno, como en la mayor parte de los

Gobiernos de América Latina, apoya la liberalización del comercio. Para nosotros, ello implica la inmediata renovación y expansión de las preferencias comerciales andinas o ATPA, que expiran en diciembre de este año.

La extensión y ampliación del ATPA nos permitirán continuar y crecer con base en ese exitoso esquema que ha permitido la creación de 140.000 empleos directos en Colombia en los pasados 10 años. Al mismo tiempo, podremos seguir trabajando hacia un acuerdo de libre comercio hemisférico más amplio para el año 2003.

Nuestro comercio bilateral en el año 2000 alcanzó los 10.000 millones de dólares y benefició a nuestras dos economías. El comercio con Colombia se traduce en miles de empleos acá en Estados Unidos. Nueve Estados de Estados Unidos exportan cada uno más de 100 millones de dólares al año al mercado colombiano.

Históricamente, Colombia ha tenido la economía más sólida de América Latina. Nunca hemos fallado en el cumplimiento de un crédito, siempre hemos pagado nuestras deudas y nunca hemos sufrido de hiperinflación. Hemos logrado salir de una recesión, la primera en casi 70 años, y mi Gobierno está poniendo los cimientos para un crecimiento económico sostenido de largo plazo.

Parte fundamental de nuestra política económica es la creación de nuevas industrias orientadas a los mercados extranjeros, así como la atracción de inversión foránea. A pesar de ser una de las economías más abiertas en América Latina, Colombia ha seguido mejorando su régimen de inversión extranjera en muchas formas, con miras a ser un socio aún más atractivo para las compañías de Estados Unidos.

Quisiera invitarlos a todos ustedes hoy a que visiten Colombia, y que vean con sus propios ojos las oportunidades que nuestro país ofrece. Espero que vayan liderando misiones de comercio e inversión que nos permitan explorar formas de ampliar los intercambios comerciales y las oportunidades de negocios para nuestras dos economías.

Estamos mucho más cerca de lo que las apariencias indican. Un vuelo de Cartagena a Miami dura lo mismo que un vuelo de Miami a

Washington. Les hago esta invitación porque sé que para que nuestra situación pueda mejorar, líderes como ustedes deben entender a la Colombia que está más allá de los titulares de prensa.

Al terminar, quiero agradecer de nuevo la oportunidad de poder dirigirme a ustedes hoy y referirme a todos estos temas que de una u otra forma afectan nuestras vidas.

MALASIA, PUNTO DE REFERENCIA PARA COLOMBIA, DECIDIDO A AVANZAR POR LA SENDA DE DESARROLLO Y JUSTICIA SOCIAL

Discurso pronunciado por el presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, en el banquete de Estado ofrecido por el rey de Malasia, sultán Salahuddin Abdul Aziz Shah.

Kuala Lumpur, Malasia, 1º de marzo de 2001.

Para mí es un inmenso privilegio ser el primer Presidente de Colombia en realizar una visita oficial a Malasia, y ser hoy el afortunado invitado de su Majestad El Yang Di-Pertuan Agong XI de esta querida y gran nación, en cuyo verdor y exuberancia reconozco el ambiente y la riqueza natural del trópico que nos hermana en la distancia.

Su Majestad:

En el vértice mágico del continente americano, donde confluyen las islas del mar Caribe con el istmo de Panamá y el inmenso territorio de América del Sur, hay 40 millones de seres humanos, 40 millones de hombres y mujeres trabajadores y vitales que, por intermedio de su Jefe de Estado, hoy envían un mensaje de amistad a todo el pueblo malayo.

Colombia, Su Majestad, un país que –como Malasia– posee una de las biodiversidades más grandes y ricas del planeta y que camina en pos del desarrollo social, ha observado con interés constante el desarrollo de su nación a través de su historia reciente.

Conocemos y admiramos sus inmensas transformaciones generadas a partir de la aplicación, desde hace ya tres décadas, de la llamada Nueva Política Económica, que combinó en forma sabia las metas de crecimiento económico con la redistribución del ingreso.

Sabemos de sus importantes avances en la producción de componentes electrónicos y circuitos integrados, así como de los más sofisticados aparatos de sonido y video, sin perder de vista su importancia en la producción mundial de bienes primarios como el estaño, el aceite de palma y el caucho. Hemos aprendido, también, de la forma inteligente en que han integrado al sector privado a su impulso económico, y de la manera magistral en que superaron la crisis financiera de finales de los noventa, recuperando la senda del crecimiento.

El ejemplo de Malasia, sin duda, es un punto de referencia para países que, como Colombia, están decididos a avanzar por la senda del desarrollo y la justicia social, y a enfrentar inmensos desafíos como el problema mundial de las drogas, la violencia y la pobreza.

Colombia ha sufrido desde hace casi cuatro décadas los embates de un conflicto interno que nos sangra entre hermanos, promovido por una minoría que no cree en los cauces democráticos y cuyos miembros no llegan siquiera al uno por mil de la población colombiana.

Para recuperar la paz he liderado personalmente un proceso con la guerrilla más antigua de nuestro país, el cual avanza en una zona de distensión creada exclusivamente para los diálogos. Asimismo, estamos adelantando acercamientos con el segundo grupo guerrillero, con muy buenas perspectivas, con el respaldo unánime y generoso de la comunidad internacional, que ha prestado su apoyo político para hacer de este proceso una locomotora sin reversa que nos lleve a un único fin: la paz.

El camino de la búsqueda de la paz no es fácil ni produce resultados inmediatos, pero es el único camino, y he decidido asumirlo con paciencia y determinación.

Infortunadamente, la violencia en Colombia se ve acrecentada por la financiación y los intereses nefastos provenientes de los mercaderes de narcóticos, que siembran muerte y corrupción por todo el planeta. Este es un problema mundial en el que la comunidad internacional no puede dejar sola a Colombia. Ustedes y nosotros sabemos que únicamente podremos solucionarlo si lo enfrentamos entre todos, obrando bajo el principio de la responsabilidad compartida.

Mi Gobierno ha diseñado una estrategia integral para fortalecer las instituciones e incrementar la inversión social en mi país, que busca, entre otros objetivos, ofrecer alternativas productivas a aquellos campesinos que hoy siembran coca o amapola para subsistir.

A esta estrategia –que incluye también el Proceso de Paz, el mejoramiento del sistema de justicia, la atención a la población desplazada por la violencia, programas de difusión y protección de los derechos humanos, y la realización de obras de infraestructura social– se han unido con entusiasmo varios países y organismos de la comunidad internacional, individualmente o a través del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz que se constituyó en Madrid el año pasado.

En cuanto a Malasia, tenemos muchos temas de cooperación posible, pero el más destacable, sin duda, se presenta en el campo de los cultivos de palma de aceite, en los que este país ocupa un lugar preponderante, como el principal productor de aceite de palma en el mundo.

Colombia, por su parte, es el primer productor de esta clase de aceite en América y el cuarto en el mundo, y tiene sobradas razones para pensar en estos cultivos como una forma ideal de subsistencia para nuestros campesinos, reemplazando con los mismos los cultivos ilícitos que tanto daño causan en nuestra nación y en todo el planeta.

Por eso estamos aquí, en Malasia, con el propósito de invitar a sus empresarios a que vayan a nuestro país, con su acervo de experiencia, e inviertan en ese campo que tanto conocen. Tenemos en Colombia más de 3 millones de hectáreas que se pueden dedicar a la producción de aceite de palma, así como excelentes recursos humanos y técnicos, que pueden garantizar que los proyectos de inversión conjunta o *joint ventures* sean todo un éxito.

Ya hemos avanzado en esta propuesta. En los últimos cuatro años hemos recibido la visita del Ministro de Industrias Primarias de Malasia y de misiones de técnicos y empresarios malayos, quienes han podido intercambiar amplia información y compartir experiencias en este promisorio sector de la agroindustria, y, recíprocamente, ministros y empresarios colombianos han venido también a Malasia.

Sea esta la oportunidad para agradecer a las autoridades malayas la generosa colaboración que han brindado a mi país con el envío de técnicos. Gracias a sus investigaciones hemos podido identificar las áreas óptimas para el cultivo, así como las enfermedades de mayor incidencia en las plantaciones.

Con la visita que hoy se lleva a cabo al más alto nivel, en la que me acompañan funcionarios de Estado, empresarios y dirigentes gremiales relacionados con el sector de la palma de aceite, espero que concretemos instrumentos de cooperación y negocios que nos permitan avanzar en esta positiva relación.

Su Majestad:

Nuestras dos naciones comparten un sitio en importantes escenarios internacionales como la Organización de Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, el Movimiento de Países No Alineados, el Grupo de los 77 y, más recientemente, el Grupo de los 15, donde Colombia fue admitida el año pasado con el beneplácito de Malasia.

Mi país mira cada vez con mayor interés hacia el extremo oriente y hacia los demás Estados que comparten con nosotros la inmensa Cuenca del Pacífico. Los viajeros, como nosotros, que venimos de América Latina, quedamos maravillados cuando tenemos oportunidad de apreciar el crecimiento vertiginoso de Asia Oriental.

Estos pueblos, que tan sólo dos o tres décadas atrás estaban sumidos en los conflictos internos, lidiando con la pobreza y el malestar social, han emergido, gracias a la clarividencia de sus dirigentes, a la disciplina social y al esfuerzo mancomunado del Estado y la empresa privada, como sociedades modernas y competitivas, con altos índices de desarrollo económico y social. Con su sabiduría ancestral se sobrepusieron a la crisis financiera y han vuelto a tomar los puestos de vanguardia en el desarrollo económico del Pacífico y del mundo contemporáneo.

Registramos con satisfacción las actividades llevadas a cabo en los últimos siete años en el Consejo Económico de la Cuenca Pacífica (PBEC) y en el Consejo de Cooperación Económica del Pacífico (PECC), organis-

mos en los que, por cierto, ingresamos como miembros plenos en esta ciudad, en el año 1994.

Ambos han sido instrumentos para el encuentro y el intercambio académico y empresarial con Malasia y con todo el borde oriental asiático.

De igual modo, hemos logrado llevar a cabo actividades en el grupo de Cooperación Económica de Asia Pacífico (APEC), como invitados en los grupos de trabajo sobre telecomunicaciones y cooperación energética, y pronto ampliaremos esta rica experiencia con la participación en el grupo de promoción comercial.

Colombia ha demostrado, a través de su intensa participación en estos organismos, su compromiso serio y profundo con la cooperación económica en la Cuenca del Pacífico. Es por este motivo que quiero insistir en el interés de mi país de hacer parte del APEC, un propósito que beneficia nuestras posibilidades de comercio e inversión con Malasia, por lo cual contamos con su respaldo solidario para nuestra solicitud y para la suspensión de la moratoria al ingreso de nuevos miembros.

Mi país, por otra parte, al igual que Malasia, es un decidido promotor del Foro América Latina "Asia del Este" (FALAE), del cual somos coordinadores adjuntos para América Latina, como una nueva instancia de diálogo y cooperación entre las dos regiones.

Por último, ahora que Colombia ocupa un lugar como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, desde el 1º de enero pasado y hasta el 31 de diciembre del año 2002, quiero reiterarle al pueblo de Malasia la gran importancia que atribuimos al proceso de ampliación y reforma de dicho Consejo, para corregir los desequilibrios de su composición actual, mejorar los mecanismos de toma de decisiones y conferir más transparencia a la conducción de sus trabajos, reflejando de una manera más legítima y representativa el conjunto de los países miembros de la Organización.

En este foro, como en muchos otros, podemos aunar nuestros esfuerzos para lograr el objetivo común de tener un mundo en paz y seguro, donde la diversidad sea una forma de enriquecimiento cultural y no un motivo de disputas.

Su Majestad:

Bien dice un proverbio malayo que "podemos pagar un préstamo de oro pero siempre estaremos en deuda con quienes han sido amables con nosotros".

Mi pueblo, los miembros de la delegación que me acompaña, mi esposa y yo mismo, estaremos siempre en deuda con Su Majestad y con la nación de Malasia por su hospitalidad y amable acogida.

Hoy usted ostenta el símbolo de Colombia, de su libertad y de su coraje, en la forma de la Orden de Boyacá, que fue instituida por el mismo Libertador Simón Bolívar para exaltar a quienes pueden considerarse, con justicia, amigos de Colombia. Yo también llevo conmigo la más alta condecoración de la patria malaya, un honor que me enaltece y que me vincula aún más a esta tierra de progreso y de futuro.

Por eso, con la emoción de la amistad y del afecto que nos reúne en esta bella noche de Kuala Lumpur, les pido que me acompañen, apreciados amigos, y que brindemos juntos por la salud de Su Majestad El Yang Di-Pertuan Agong XI, por la de Su Majestad Raja Permaisuri Agong, por las excelentes relaciones entre nuestros Estados, y por la felicidad y prosperidad del Gobierno y del querido pueblo malayo.

ENCUENTRO DONDE SE ABRAZAN DOS CULTURAS COMPLEMENTARIAS

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, en la cena ofrecida por el presidente
de la India, Shri Kocheril Raman Narayanan.*

Nueva Delhi, India, 5 de marzo de 2001.

Reverencia... No encuentro otra palabra más adecuada para describir lo que sentimos las personas que llegamos desde cualquier lugar del planeta al subcontinente indio.

Reverencia... Porque ante nuestros ojos atónitos se presentan el testimonio y el legado de una civilización milenaria cuyos orígenes se confunden con la génesis del mundo. Porque sentimos flotar en la luz etérea y mágica que nos envuelve el espíritu divino, la esencia misma que alienta en el sentimiento religioso de todos los hombres.

Hoy recibimos con gratitud la hospitalidad del pueblo indio, representado dignamente por Su Excelencia, Shri Kocheril Raman Narayanan, y sentimos que en nuestro encuentro se abrazan dos culturas complementarias: una, la india, plena de espiritualidad y misticismo, y otra, la colombiana, con la magia y la vitalidad del trópico americano, que mira a su país, señor Presidente, con una mirada joven de respeto y admiración.

Su Excelencia:

En nombre de 40 millones de corazones colombianos quiero expresarle, antes que nada, la solidaridad y el sentimiento fraternal de nuestro pueblo ante la reciente tragedia natural que sufrió su Nación, cuando la tierra tembló en el Estado de Gujarat, el mismo que vio nacer al gran líder de la paz: Mahatma Gandhi.

Con alma apenada contemplamos el dolor de sus compatriotas y elevamos oraciones al Creador por que trajera alivio y consuelo a los que tanto perdieron el 26 de enero. Pero también con admiración fuimos testigos de los milagros de vida que produce este territorio ancestral, cuando niños y ancianos surgían de los escombros, varios días después del terremoto, como pruebas de la resistencia y la tenacidad del ser humano.

También quiero expresar mis sentimientos de tristeza y preocupación por los recientes ataques contra los antiguos budas de Bamiyan por parte de soldados talibanes. Estas acciones hieren a la humanidad en su conjunto, pues representan un brutal atentado contra la tolerancia y el respeto a la diversidad cultural y religiosa. Tenemos que reconocer que este es un problema difícil, que merece una atención más detenida por parte de la comunidad internacional.

Con ese mismo coraje de que nos da ejemplo la República de India mi país hoy está enfrentando los desafíos del problema mundial de las drogas, de la violencia y de la pobreza.

Colombia ha sufrido desde hace casi cuatro décadas los embates de un conflicto interno que nos desangra entre hermanos, promovido por una minoría que no cree en los cauces democráticos y cuyos miembros no llegan siquiera al uno por mil de la población colombiana.

Para recuperar la paz he liderado personalmente un proceso con la guerrilla más antigua de nuestro país, el cual avanza hoy en la fase de negociación, que se lleva a cabo en una zona de distensión creada exclusivamente para los diálogos, y estamos adelantando acercamientos con el segundo grupo guerrillero, con muy buenas perspectivas, con el respaldo unánime y generoso de la comunidad internacional, que ha prestado su apoyo político para hacer de este proceso una locomotora sin reversa que nos lleve a un único fin: la paz.

El camino de la búsqueda de la paz no es fácil ni produce resultados inmediatos, pero es el único camino. Muchas veces recuerdo a los colombianos que Gandhi, el padre de la nación india, dijo esta frase sabia y verdadera: "No hay caminos para la paz: la paz es el camino."

Infortunadamente, la violencia en Colombia se ve acrecentada por la financiación y los intereses nefastos provenientes de los mercaderes de narcóticos, que siembran muerte y corrupción por todo el planeta. Este es un problema mundial en el que la comunidad internacional no puede dejar sola a Colombia. Ustedes y nosotros sabemos que únicamente podremos solucionarlo si lo enfrentamos entre todos, obrando bajo el principio de la responsabilidad compartida.

Mi Gobierno ha diseñado una estrategia integral para fortalecer las instituciones e incrementar la inversión social en mi país, que busca, entre otros objetivos, ofrecer alternativas productivas a aquellos campesinos que hoy siembran coca o amapola para subsistir. A esta estrategia –que incluye también el Proceso de Paz, el mejoramiento del sistema de justicia, la atención a la población desplazada por la violencia, programas de difusión y protección de los derechos humanos, y la realización de obras de infraestructura social– se han unido con entusiasmo varios países y organismos de la comunidad internacional, individualmente o a través del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz que se constituyó en Madrid el año pasado.

Estamos, entonces, avanzando en un recorrido promisorio, de la mano de la comunidad internacional, hacia un porvenir de paz, de prosperidad económica y de justicia social, que hoy queremos compartir con el pueblo de India.

Excelentísimo señor Presidente:

En el campo internacional hemos admirado siempre el carácter neutral y de no alineación que ha mantenido India desde su independencia, un carácter que se hizo más palpable aun cuando el recordado Primer Ministro Nehru fue miembro fundador del Movimiento de Países No Alineados, un movimiento al que Colombia hoy pertenece y en el que igualmente desarrollamos un papel activo y protagónico.

Nuestras dos naciones comparten también un sitio en importantes escenarios internacionales como la Organización de Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, el Grupo de los 77 y, más recientemente, el Grupo de los 15, donde Colombia fue admitida el año pasado con el beneplácito de su país.

Colombia reconoce en India un país amante de la paz. Su cooperación con las Naciones Unidas y, en especial, con el Consejo de Seguridad, tiene un gran significado para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional, así como para la estabilidad y la promoción de la democracia en el continente asiático.

Ahora que nuestro país ocupa un lugar como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, desde el 1º de enero pasado y hasta el 31 de diciembre del año 2002, quiero reiterarle al pueblo de India la gran importancia que atribuimos al proceso de ampliación y reforma de dicho Consejo, para corregir los desequilibrios de su composición actual, mejorar los mecanismos de toma de decisiones y conferir más transparencia a la conducción de sus trabajos, reflejando de una manera más legítima y representativa el conjunto de los países miembros de la Organización.

En este foro, como en muchos otros, podemos aunar nuestros esfuerzos para lograr el objetivo común de tener un mundo en paz y seguro, donde la diversidad sea una forma de enriquecimiento cultural y no un motivo de disputas.

Su Excelencia:

Hoy, cuando nos sentimos deslumbrados y complacidos ante la belleza de Nueva Delhi y la imponentia de este gran monumento arquitectónico, que es el Rashtrapati Bhawan, quiero decirle que traemos desde Colombia, la más antigua y constante democracia de América, una ofrenda de amistad al pueblo de India, la más grande democracia del mundo.

Usted y yo, señor Presidente Narayanan, hemos ejercido como periodistas y sabemos la importancia que tiene la comunicación entre las personas y entre los Estados. Por eso queremos aprender y queremos crecer juntos.

Hoy hemos venido a hablarles de Colombia, de sus oportunidades y de su realidad actual, pero hemos venido también a reconocer a India, un país que tiene mucho que enseñar, no sólo en el cultivo de la espiritua-

lidad, sino también en el ámbito práctico y moderno de los ordenadores, la biotecnología y la industria farmacéutica, entre otros campos en los que se ha vuelto pionera.

"Las palabras van al corazón cuando han salido del corazón", escribió el gran poeta Rabindranath Tagore. Por eso sé que lo que hoy digo en nombre de los colombianos ha de llegar al corazón de los indios, porque mis palabras son sinceras y nacen del corazón.

Levanto mi copa, señor Presidente, y brindo a su salud, y a la salud de su digna esposa, la Primera Dama Usha Narayanan; brindo por el incremento de nuestras excelentes relaciones, y brindo, finalmente, por la felicidad del pueblo de India: Por más de mil millones de seres humanos que representan la herencia más sagrada de la humanidad.

LA FUERZA DE LATINOAMÉRICA RESIDE EN LA UNIÓN DE SUS ESFUERZOS

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, durante su encuentro con empresarios
mexicanos y colombianos, en el marco de la visita de Estado
del mandatario azteca, Vicente Fox.*

Bogotá, D. C., 6 de abril de 2001.

"Nuestra modernidad más exigente nos pide que abracemos al otro a fin de ensanchar nuestra posibilidad humana. Las culturas perecen aisladamente, pero nacen o renacen en el contacto con otros hombres y mujeres, los hombres y mujeres de otra cultura, otro credo, otra raza. Si no reconocemos nuestra humanidad en los demás, nunca la reconoceremos en nosotros mismos."

Estas frases inspiradas del gran pensador y novelista mexicano Carlos Fuentes bien pueden ser el marco de esta propicia reunión entre empresarios de México y de Colombia, en la que tengo el inmenso gusto de estar acompañado por mi colega, el presidente Vicente Fox.

En efecto, siguiendo con la idea del autor de *El espejo enterrado*, las culturas afines de nuestros pueblos perecerían si no fuera por el contacto permanente entre sus hombres y mujeres, si no fuera porque estamos dispuestos a reconocernos los unos en los otros.

Hoy, en este escenario de integración, donde se juntan las mentes y voluntades de los empresarios de nuestros dos países, es un buen momento para reflexionar sobre aquello que nos une, sobre las ventajas de nuestras relaciones armónicas y sobre las inmensas posibilidades de nuestra integración.

Ustedes, amigos mexicanos, que hoy visitan nuestro país, no son unos turistas más, sino que sienten –y es verdad– que aquí se encuentran en un segundo hogar, en una patria que los recibe con los brazos abiertos, como se recibe únicamente al hermano y al amigo.

Y así como nosotros vemos en México, en este México renovado que hoy ingresa con mayores bríos al siglo XXI, un país que, por fortuna, está lleno de promesas y de buenas noticias, cuya economía florece y crece a niveles del 7 por ciento, con bajo desempleo y una inflación por debajo del 10 por ciento, también podrán encontrar ustedes en Colombia una nueva cara.

Cuando tuve el grato placer de estar en México en diciembre de 1998, seguramente con muchos de los aquí presentes, les expuse con sinceridad a los mexicanos la difícil situación por la que pasaba la economía de mi país y las medidas que estábamos tomando para enfrentar dicha crisis.

Hoy, más de dos años después, podemos felizmente dar un parte positivo a nuestros socios de América Latina. La economía colombiana, que vivió el coletazo de la recesión en 1999, recuperó el año pasado la senda del crecimiento.

Hoy tenemos un índice de inflación de un solo dígito, el más bajo de las tres últimas décadas; hemos disminuido las tasas de interés en más de 30 puntos; hemos reducido sensiblemente el déficit fiscal; tenemos estabilidad cambiaria; acabamos con la incertidumbre en el sector financiero; recuperamos la seguridad jurídica para los inversionistas, y agilizamos el sistema aduanero.

Superando la recesión, la industria está creciendo a una tasa del 10 por ciento –con sectores como el textilero, cuyo crecimiento ha estado por encima del 20 por ciento–. Las exportaciones no tradicionales, por su parte, se incrementaron en un 17 por ciento. El sector agropecuario, tras un largo letargo, creció en un 5,4 por ciento. El sistema financiero, asimismo, ha mejorado la calidad de su cartera y ha podido reactivar un continuo flujo de créditos a los empresarios. Las perspectivas, en suma, son innegablemente alentadoras.

El ajuste fiscal realizado hasta ahora y el buen comportamiento del conjunto de las variables macroeconómicas nos permiten esperar un crecimiento de por lo menos un 4 por ciento para el presente año. Este no sólo es más que un punto mayor al crecimiento del 2,8 por ciento que se produjo el año pasado, sino que tiene especial significación si se considera el decrecimiento del 4,3 por ciento que se presentó en 1999.

No les quepa duda, amigos empresarios e inversionistas de México: ¡Soplan buenos vientos en la economía colombiana!

Gracias a ellos estamos retornando a los atractivos panoramas de estabilidad y crecimiento que, por tradición, han distinguido a Colombia.

A todo lo anterior se suman los esfuerzos que el Gobierno Nacional ha venido adelantando, desde hace más de dos años, para consolidar la paz en el país, los cuales he liderado personalmente. Es un camino que requiere paciencia y constancia, pero en el cual estamos avanzando con decisión y con el apoyo unánime de las fuerzas sociales y políticas de la nación y de la comunidad internacional.

Ahora estamos listos para consolidar la reactivación, volcándonos a la inversión extranjera y a los mercados internacionales, para asegurar un crecimiento sólido y sostenible en el largo plazo.

Y lo queremos hacer de la mano de ustedes: de México y de toda la región latinoamericana. Queremos hacerlo con empresas mexicanas que han creído e invertido en Colombia, como Transportación Marítima Mexicana, el Grupo Industrial Bimbo, Cémex, Mabe, Dataflux, Panamco, el Grupo Mágico Salitre y el Grupo Vitro, entre otras varias que registraron un total de inversiones por cerca de 72 millones de dólares en el año 2000.

Sabemos los latinoamericanos que nuestra fuerza reside en la unión de nuestros esfuerzos, y por eso registramos con alegría la decisión del Gobierno del Presidente Fox de concentrar su atención hacia el sur: hacia Latinoamérica. Esta visita que hoy nos enaltece y la cumbre de mañana con el Presidente de Venezuela para relanzar nuestra alianza estratégica en el Grupo de los Tres son la muestra fehaciente de que tenemos toda

la voluntad para hacer de nuestras naciones verdaderos polos de desarrollo regional.

Señor Presidente Fox y apreciados amigos:

El Grupo de los Tres que constituimos México, Venezuela y Colombia hace ya 12 años será de nuevo, gracias a la iniciativa de reflexión y fortalecimiento que se acordó en el marco de la reunión del Grupo de Río el pasado mes de junio en Cartagena y al manifiesto interés del presidente Fox, el centro dinámico e impulsor de nuestras relaciones.

Hasta ahora hemos avanzado bastante en el campo de las desgravaciones arancelarias y demás normas de integración comercial de bienes y servicios pactadas en el Tratado de Libre Comercio, normas que esperamos profundizar y poner a tono con las nuevas realidades del tercer milenio.

Las cifras hablan por sí solas. En tanto el comercio bilateral entre nuestras naciones era apenas de 381 millones de dólares en 1994, antes de entrar en vigencia el TLC-G3, el año pasado alcanzó una cifra récord de 745 millones de dólares, lo que significa que logramos duplicar nuestro intercambio en solo seis años.

Teniendo en cuenta que aún nos quedan por cumplir etapas de desgravación gradual, que culminarán a mediados de 2004, podemos esperar mayores desarrollos en nuestro comercio recíproco, sobre todo si ustedes, los empresarios de ambos países, se deciden a conocer y aprovechar aún más las múltiples ventajas que ofrece este tratado.

Por otra parte, las nuevas circunstancias de la globalización hacen imperante que se flexibilicen normas que no reflejan las realidades productivas de los países y que se han convertido en barreras para el comercio. Es el caso, por ejemplo, de las reglas de origen que, al exigir la utilización de insumos subregionales, impiden que productos obtenidos durante varios procesos en los que se usan insumos externos, por presentarse desabastecimiento en la región, gocen de preferencias arancelarias. Su modificación y actualización son propuestas que bien vale la pena analizar en beneficio del comercio trilateral.

Pero las relaciones económicas no sólo las componen las inversiones o el intercambio de bienes y servicios, sino que también se potencian en la medida en que se facilite la movilización entre nuestros países para los empresarios y los trabajadores calificados. La integración, por eso, debe pasar también por la facilitación de los negocios y de la movilidad entre las personas que los hacen.

Señor Presidente Fox:

Así como mañana relanzaremos, con inmensas perspectivas, el G-3, también tendremos la oportunidad de encontrarnos en dos semanas en Quebec, con ocasión de la celebración de la III Cumbre de las Américas, un escenario propicio para que México y Colombia aúnen esfuerzos en temas tan importantes como la estrategia hemisférica integral contra las drogas, el fortalecimiento del sistema financiero internacional, la financiación para el desarrollo y la integración comercial bajo parámetros de equidad.

El Área de Libre Comercio de las Américas es una meta hacia la cual estamos dirigiendo nuestros esfuerzos, pues somos convencidos de las ventajas del libre comercio. Mi país está listo para avanzar hacia la conclusión de las negociaciones del ALCA con el propósito de que ésta entre en vigor en el año 2005, pero, con el mismo énfasis, confía en que la libertad comercial contemple un acceso preferencial a los mercados de los productos derivados de los programas de desarrollo alternativo.

La mejor forma de apoyar el proceso de paz colombiano y de respaldar, bajo el principio de responsabilidad compartida, la lucha contra el problema mundial de las drogas, es con comercio, con inversión y con cooperación. En el caso de México, la cooperación técnica horizontal en temas como agricultura y agroindustria, turismo o en la promoción de las pequeñas y medianas industrias, que tanto pueden estimular el desarrollo social, sería un aporte fundamental para este momento crucial de nuestra historia.

Señor Presidente Fox y apreciados empresarios:

Su presencia en este recinto, donde se respira el clima de la amistad y de la cooperación, es la prueba fehaciente de su interés por incrementar el intercambio comercial y la inversión entre nuestros países.

Los gobiernos de México y de Colombia estamos haciendo todo cuanto está en nuestras manos para que ese interés genuino se traduzca en negocios concretos y en mayor bienestar para nuestras naciones.

Cuando pienso en el destino común y solidario de nuestros pueblos, cuando miro los rostros amigos de nuestros hombres de empresa y siento la calidez de su presencia, sé que nunca más cruzarán nuestras naciones ese difícil "laberinto de la soledad" del que hablara Octavio Paz.

Unidos y cercanos avanzaremos por la senda del progreso y de la justicia social.

LA POLÍTICA QUE LES PROPONGO, ES EL ARTE DE EQUILIBRAR EL PRESENTE Y EL FUTURO

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la Primera Sesión Plenaria de la III Cumbre de las Américas.*

Quebec, Canadá, 21 de abril de 2001.

Represento, con orgullo, una nación en pie por la democracia. Un pueblo que no sólo ha vivido en democracia desde hace más de 181 años, sino que también está dispuesto a librar todas las batallas para defenderla, para consolidarla y para fortalecerla en nuestro país y en todo el continente.

Colombia, enfrentada a los vientos destructores de la violencia insensata y de las drogas ilícitas, se ha mantenido en pie y seguirá en pie, apegada a las soluciones de derecho. Y nuestra fuerza es la fe incommovible en los principios de la libertad y de la democracia.

Hemos sufrido mucho. Hemos sentido en carne propia los estragos de la violencia, pero nuestra democracia no se doblega. Está en pie. Viva. Está lista para fortalecerse y para hacerse cada vez más transparente.

No les quepa duda. Si la democracia en Colombia fuera débil, ya habría desaparecido. Nuestra fuerza está en ella, está en la participación libre y decidida de nuestra gente en las decisiones políticas y en nuestras instituciones republicanas.

El compromiso de Colombia con la democracia y con las disposiciones y medidas para preservarla, normas y mecanismos para preservarla y depurarla, emanadas de la Organización de Estados Americanos y de otras instancias regionales como el Grupo de Río y la Comunidad Andina,

así como de programas globales, es hoy más firme que nunca. Por eso apoyamos con decisión la iniciativa de articular todos estos esfuerzos en una gran carta de orientación que sistematice y reúna los diversos instrumentos americanos para la defensa y avance de la democracia.

Mi país es un eslabón en la inmensa cadena democrática de América: un eslabón fuerte y seguro, que se enfrenta con coraje a las amenazas que lo circundan y que atenazan su futuro.

Colombia ha sido víctima de un problema mundial, como lo son las drogas ilícitas, y de un conflicto interno que se alimenta de este flagelo, pero no renuncia a su derecho de vivir y progresar en paz ni a su obligación de ayudar a construir un sistema interamericano más solidario.

Los grupos que generan violencia en mi país no luchan, como ha ocurrido en otras partes del mundo, para liberar al pueblo de un régimen tiránico y dictatorial, violador de los derechos humanos. En el caso colombiano el conflicto está generado por grupos minoritarios que han tomado equivocadamente el camino de las armas y que han promovido una violencia insensata, enfrentando al Estado y a una sociedad mayoritariamente convencida de las bondades de la democracia, la superioridad de la democracia, con sus métodos pacíficos de reforma.

Hoy vivimos en Colombia un momento crucial en el que la sociedad les está ofreciendo a estos grupos armados una opción para que se incorporen al sistema democrático a través de la vía política y civilista, y para que corten sus vínculos con el narcotráfico, cuyos recursos han servido y sirven como combustible para toda esta violencia y para la degradación del conflicto.

En tal sentido, yo estoy liderando en mi país, siguiendo el mandato de mis compatriotas, un proceso de paz para buscar una solución política al conflicto interno. Pero debemos ser realistas: mientras el problema mundial de las drogas siga enraizado en nuestras naciones, agobiándonos con sus largos tentáculos, cualquier esfuerzo se verá ahogado por su enorme poder corruptor y destructor.

Señores Jefes de Estado y Jefes de Gobierno:

El problema de las drogas ilícitas –y la amenaza que implica contra nuestros sistemas democráticos y contra el tejido social de nuestros

pueblos– no es tan sólo un problema de Colombia: el epicentro está en todos nuestros países, que hacen parte, de una u otra forma, de esta cadena de muerte y de dolor.

Las consecuencias, que hoy sufre Colombia más que ninguna otra nación, son un peligro latente para todo el continente: no por parte de Colombia –que es sólo una víctima, básicamente víctima y combatiente–, sino porque cada país tiene dentro de sí algún síntoma de esta penosa enfermedad, endemia global.

Es importante que cada Estado, en lugar de mirar sólo hacia afuera, reconozca su cuota de responsabilidad, antes de que sea demasiado tarde, para que, de esta manera, fortalezcamos entre todos una Estrategia Integral contra las Drogas Ilícitas.

Es tiempo de admitir que ningún esfuerzo individual y subregional es suficiente por sí solo para enfrentar un flagelo de estas dimensiones. Por ello debemos potenciar el Mecanismo de Evaluación Multilateral y dotar a la Estrategia, no sólo de una estructura operativa eficaz, sino también de una instancia de cooperación política y judicial del más alto nivel que garantice su análisis y seguimiento.

Además, tenemos que darle sostenibilidad económica y social al proceso de sustitución de cultivos ilícitos, de tal forma que los campesinos de las naciones afectadas puedan obtener ingresos justos por el cultivo de productos legales.

En este sentido, lo que necesita Colombia, así como todos los países que han visto crecer en su suelo las semillas de la droga, es la posibilidad de un comercio abierto y equitativo que le permita orientar su economía en el sentido correcto y afrontar los nuevos desequilibrios que genera la globalización.

Mi país está listo para anticipar la conclusión de las negociaciones del Área de Libre Comercio de las Américas con el propósito de que ésta entre en vigor en el año 2005. Con el mismo énfasis, confía en que la libertad comercial contemple un acceso preferencial a los mercados de los productos derivados de los programas de desarrollo alternativo.

Sólo así, con una estrategia integral contra las drogas, con cooperación internacional, con comercio equitativo, podremos vencer mancomunadamente un enemigo cuyo germen todos tenemos en casa, que puede convertirse en el mayor desestabilizador de las democracias de nuestro continente.

Apreciados colegas americanos:

Tengo también el convencimiento de que para fortalecer la democracia es necesario alcanzar una estabilidad y un crecimiento económico que aseguren un auténtico desarrollo humano. Nuestras sociedades exigen una respuesta clara y firme de quienes tenemos la responsabilidad de liderarlas. Una respuesta que, al tiempo que garantice su bienestar en el largo plazo, atienda sus necesidades básicas de supervivencia.

Es imperioso que seamos realistas: Cuando estas necesidades no están satisfechas, ¡qué difícil es creer en el largo plazo! Cuando acosan el hambre, la miseria y el desempleo, ¡qué difícil es creer en lo estructural y qué fácil incurrir en el populismo irresponsable!

Tenemos que evitar la tentación de caer en el populismo del corto plazo pero también la soberbia de pensar únicamente en las soluciones estructurales, mientras nuestros pueblos sufren y esperan. Si hoy proliferan algunas opciones populistas o si crece el descontento social, ello se debe a la torpeza política de no haber sabido equilibrar presentes con futuros.

Cuando algunos ofrecen lo divino y lo humano en la inmediatez están sacrificando un futuro de prosperidad para su pueblo. Y nada hay más peligroso para la democracia que este populismo irresponsable. El retorno a este populismo radical ha probado, en el curso de la historia, ser nefasto para las democracias latinoamericanas.

En el otro lado de la balanza se encuentran quienes nos piden pensar únicamente en el futuro, olvidando que las necesidades de nuestros pueblos no dan espera. Los abanderados de las reformas estructurales o del famoso consenso de Washington deben entender que una posición intransigente y alejada de la realidad social ha sido siempre, y puede ser

de nuevo, el cultivo de situaciones críticas o peligrosas. ¡Nuestra América está llena de presente y no podemos darle la espalda!

Lo que yo he buscado en mi Gobierno y lo que propongo a todos los Gobiernos americanos es que avancemos hacia un equilibrio entre la urgencia de llenar los vacíos del corto plazo y la importancia de construir un crecimiento estable en el largo plazo.

¡Ortodoxia inteligente! ¡Ortodoxia sensible! No primeras, segundas ni terceras vías, sino la única vía: la vía del equilibrio entre las medidas de largo y corto plazo; el justo término medio entre reformas estructurales y justicia social. Ahí reside el verdadero soporte de la democracia.

Yo creo en la ortodoxia económica. He luchado como pocos en su defensa, en un entorno más adverso que el que haya vivido cualquiera de los presentes. Pero no creo en la miopía política. Por eso estoy decidido a buscar el equilibrio entre lo urgente y lo importante, entre lo conveniente y lo absolutamente necesario.

La política, mi política, la política que les propongo, es el arte de equilibrar el presente y el futuro.

Si luchamos juntos, queridos amigos, si trabajamos en plena cooperación, ese porvenir que estamos construyendo desde hoy tendrá, por fin, ¡la medida de nuestros sueños!

COLOMBIA: UNA NACIÓN AMANTE DE LA VIDA ENFRENTADA AL MOMENTO MÁS CRUCIAL DE SU HISTORIA RECIENTE

Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante una Mesa Redonda celebrada en el Instituto Alfred Nobel de Noruega.

Oslo, Noruega, 24 de abril de 2001.

Hace unos cuantos años Jostein Gaarder le dio vida a una pequeña y curiosa niña llamada Sofía Amundsen y a un extravagante profesor de filosofía, Alberto Knox, quienes revivieron con imaginación y fantasía el interés del mundo, y sobre todo de los jóvenes, por la evolución del pensamiento filosófico. Su magia constituyó en saber hablar de temas complejos con palabras sencillas e imágenes perdurables.

Hoy quisiera tener ese talento fabulador de Gaarder para contarles a ustedes, sus compatriotas y los compatriotas de Sofía, con claridad y concisión, lo que pasa, lo que vive y lo que sueña mi país: una nación amante de la vida y la alegría que se enfrenta al momento más crucial de su historia reciente.

Voy a intentarlo, y me siento particularmente honrado de hacerlo hoy en el Instituto Nobel, la entidad que, por voluntad del mismo Alfred Nobel, tiene la inmensa responsabilidad de designar cada año el ganador del Premio Nobel de la Paz. ¡No concibo mejor escenario que éste para hablar de mi país y de su más caro anhelo: ¡la paz!

Colombia, como las demás naciones del mundo contemporáneo, tiene una larga y compleja historia, llena de éxitos, pero también de fracasos; con muchas cosas aún por hacer pero con sus propios valores, su propia cultura política y sus propias instituciones, forjadas en medio

de dificultades y obstáculos como quizás ningún otro país de Latinoamérica.

Hemos vivido largos períodos de paz en los cuales sembramos las bases de nuestro desarrollo, pero a esos años han sobrevenido otros de confrontación violenta que han amenazado con destruirlas. Sin embargo, y pese a lo duro de las confrontaciones, los colombianos seguimos trabajando por un futuro mejor, con la confianza que nos dan nuestras instituciones y el conocimiento de un pasado que ha sido testigo más de una vez de la grandeza de nuestras gentes.

En mi país, por fortuna, la práctica de la democracia, las elecciones libres, el respeto a las libertades fundamentales, la promoción de los derechos humanos, incluyendo en éstos los derechos de contenido social y económico, así como los llamados derechos de tercera generación, sigue siendo característica esencial de nuestro sistema político.

En octubre del año pasado, hace seis meses, millones de colombianos eligieron libremente y mediante masivas votaciones a sus mandatarios regionales: gobernadores, alcaldes, diputados, concejales y ediles, en una muestra más de que Colombia, pese a las dificultades de orden público, cree más que nada en el poder del voto y en el ejercicio de la democracia.

Esto lo traigo a cuento porque a veces se olvida que Colombia ha construido pacientemente una institucionalidad respetable, que ha resistido durante los últimos lustros el embate feroz de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo, que no se ha alejado de la democracia, que la legitimidad del Gobierno es indiscutible, y que su clase dirigente ha hecho esfuerzos para abrir a todos los sectores de la sociedad el esquema político, en un sistema multipartidista que cada vez incluye más opciones independientes y novedosas.

Colombia ha sido y sigue siendo un baluarte de democracia, estabilidad política y económica en América Latina.

Como toda democracia, ha tenido y tiene imperfecciones. Pero siempre hemos obrado con la voluntad de superarlas, sin transitar las vías del autoritarismo. El Gobierno que me honro en presidir fue elegido en unos comicios electorales cuya transparencia nadie ha puesto en duda,

con la mayor votación de la historia, y recibió el poder de su antecesor, integrante del partido contrario, sin traumatismos ni contratiempos. Las ramas del poder público funcionan en forma separada y autónoma y los órganos de control cumplen sus labores con total independencia.

Señoras y señores: ¡Si la democracia en Colombia fuera débil, ya habría desaparecido! Nuestra fuerza está precisamente en ella y en nuestra fe en sus valores.

Por estos días Colombia vive ciertamente circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero estamos seguros de que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

El legado histórico de nuestras generaciones pasadas, que constituye nuestro más valioso activo, se ha visto amenazado en las dos últimas décadas por la aparición en nuestra vida nacional del fenómeno del narcotráfico.

Este, con los inmensos recursos económicos que genera, ha sido el principal catalizador de la violencia en el país; ha distribuido grandes sumas de dinero en diferentes sectores sociales, alimentando intensos ciclos de corrupción; ha desplazado con cultivos ilícitos la tradicional geografía agrícola de nuestro país, así como impulsado la colonización de nuevos territorios para su expansión. En esas zonas, y por la razón misma de ser una actividad ilícita, el narcotráfico se desenvuelve en medio de una dramática violencia con altos costos sociales, que lo convierten en un generador de conflictos y de pobreza.

Colombia, sin embargo, pese a que no ha contado con los suficientes recursos para enfrentar tal amenaza, jamás ha claudicado ante ella. Por el contrario, sacrificando buena parte de sus mejores hombres y mujeres, y desviando importantes sumas de dinero que bien pudieran haberse invertido en desarrollo social, el país ha asumido con entereza y valentía la parte que le corresponde frente a un delito que tiene una naturaleza claramente internacional.

No exagero si les digo que por cada aspiración de cocaína en Europa, en Estados Unidos o en cualquier lugar del mundo, hay un muerto en Colombia.

Pero mientras logramos que las cargas para enfrentar este delito se distribuyan en forma equitativa, Colombia tiene que seguir su camino histórico de consolidación y fortalecimiento de un Estado Social de Derecho que nos permita insertarnos positivamente en el mundo globalizado de este siglo XXI.

Sobre ese objetivo mi Gobierno ha venido trabajando incansablemente, asumiendo con valentía todos y cada uno de los retos que los actuales momentos nos han impuesto. No hay problema que no estemos enfrentando, no sólo con decisión, sino ante todo con perspectiva de largo plazo, construyendo el futuro en medio de no pocas incomprendiones y sacrificios.

Desde el primer día de mi Gobierno anuncié que le daríamos un profundo cambio al rumbo que traía el país y que ello lo haríamos respetando en todo momento nuestras instituciones democráticas y constitucionales. Mi decisión se fundaba en que Colombia venía acumulando unos problemas cuya solución no podía continuar aplazándose con fórmulas simplistas, y los comenzamos a enfrentar conociendo de antemano los costos políticos de impopularidad que ello acarrea.

Por tratarse de problemas alimentados en medio de una compleja trama de procesos históricos, no hemos prometido milagros sino trabajo serio y responsable, audacia para buscar salidas creativas, tenacidad para enfrentar las adversidades y valor para aplicar los correctivos, por dolorosos que ellos sean.

Identificamos como los grandes problemas que nos aquejan la violencia, la corrupción, la pobreza generada por el desempleo, el desequilibrio del gasto público y el debilitamiento del Estado. Ante todos ellos hemos venido actuando sin vacilaciones y hoy los resultados se comienzan a sentir en forma positiva.

Colombia viene soportando desde hace cuatro décadas el costo social de un conflicto armado que desangra nuestro país y que en buena parte es financiado por los dineros del narcotráfico. Superar este conflicto mediante la negociación y el diálogo es un reto que mi Gobierno ha asumido en cumplimiento del mandato que le otorgaron millones de colombianos.

Pero debo ser claro, porque frecuentemente hay mucha confusión en la comunidad internacional sobre la verdadera dimensión de este conflicto. En Colombia no hay una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil.

Una guerra civil se da cuando los hijos de una misma nación se enfrentan entre sí en bandos que agrupan grandes proporciones de sus habitantes. Pero éste no es el caso de Colombia. Nosotros somos un país con cerca de 40 millones de habitantes, donde los actores armados al margen de la ley, tanto guerrilleros como autodefensas, no llegan siquiera a 40.000 miembros, o sea, menos de una milésima parte de la población, con un apoyo popular que no alcanza ni al 3 por ciento de los colombianos.

En Colombia, la inmensa mayoría queremos la paz y no la confrontación, y en ese propósito estoy comprometido, en una política que no es sólo del Gobierno sino que corresponde a una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales de la nación.

Hoy puedo decir que, a pesar de los recientes tropiezos en el proceso, hemos avanzado en dos años lo que fue impensable durante décadas. Con las Farc-Ep, el grupo guerrillero más grande y antiguo del país, hemos iniciado un proceso de negociación, con una agenda y unos procedimientos definidos, en el que han intervenido todos los estamentos de la nación. Las fuerzas vivas de Colombia, mediante un proceso de audiencias públicas, expusieron ante un Comité Temático compuesto por miembros de las instituciones colombianas y de la guerrilla, sus fórmulas para avanzar en materia de empleo y reactivación económica, con miras a su próxima discusión en la Mesa de Negociaciones. Más de 1.100 colombianos de todos los sectores, de todas las regiones, presentaron sus propuestas y más de 24.000 se hicieron presentes en las audiencias públicas, que, además, eran transmitidas por televisión.

Hace un año negociadores de las Farc-Ep y del Gobierno estuvieron visitando algunos países europeos, incluyendo Noruega, con el ánimo de conocer la experiencia de diferentes modelos económicos, y de poder discutir algunos temas propios del mundo del nuevo milenio. En parti-

cular se habló del imperativo moral de humanizar el conflicto mediante el respeto por parte de la guerrilla de las normas del Derecho Internacional Humanitario.

Más recientemente, en medio de un periodo de congelamiento del proceso por parte de las Farc-Ép, fui personalmente a encontrarme con el jefe de este grupo guerrillero y acordamos continuar el proceso, dotándolo de mayores garantías y de mayor acompañamiento internacional. Parte de este acompañamiento se ha visto reflejado en la creación de una Comisión de Países Facilitadores, en la cual tenemos la suerte de incluir a Noruega.

Contra nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a adelantar los diálogos en medio de la confrontación, pero esperamos hechos de paz de parte de los alzados en armas. Entretanto, seguiremos cumpliendo con el deber constitucional de salvaguardar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, para lo cual estamos fortaleciendo la eficiencia de las Fuerzas Armadas en un marco de respeto a los derechos humanos.

Con el Eln, la segunda organización guerrillera del país, hemos avanzado también en el camino hacia la iniciación de un proceso de diálogo, que se pueda realizar en una Zona de Encuentro, con veeduría internacional y un término fijo. En esta fase del proceso hemos contado también con la presencia de Noruega como parte del Grupo de Países Amigos.

En cuanto a los llamados grupos de autodefensa, que se han formado ilegalmente como una respuesta de violencia y venganza contra los ataques absurdos de la subversión, quiero dejar muy claro que el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas de la nación los perseguimos con todo el peso de la ley, como se debe perseguir a unos criminales que siembran muerte y dolor por todo el país.

Si algunos pocos militares descarriados del buen juicio, de manera individual, los han apoyado o han sido negligentes en su persecución, los hemos ido detectando, sancionando y separando del servicio. Pero debo ser enfático en que las Fuerzas Armadas de Colombia no son aliadas ni cómplices de este grupo delincencial, al cual no le reconocemos ni le reconoceremos jamás un carácter político.

Debe saber la comunidad internacional que tenemos un Plan de Acción definido contra estos grupos delincuenciales, que estamos llevando a cabo con decisión y convicción.

En primer lugar, hemos creado un "Centro Nacional de Coordinación para la Lucha contra las Autodefensas Ilegales", en el cual, además, del Gobierno y la Fuerza Pública, participan la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General y la Defensoría del Pueblo.

En segundo término, creamos también una Brigada Financiera, en la que participan la Fiscalía, la Superintendencia Bancaria, la Dirección de Impuestos y los organismos de inteligencia del Estado, para detectar y combatir los fondos provenientes de la actividad delictiva de las autodefensas, así como a quienes financian a estos grupos ilegales.

En tercer lugar, estamos luchando denodadamente, realizando múltiples operaciones militares contra estos grupos, las cuales se han incrementado en un 123 por ciento en el último año. Ahora bien: Es bueno aclarar que si las cifras de capturados son inferiores a las que se dan contra la guerrilla, esto también se debe a que estos grupos son tres veces más pequeños que éstas. Pero veamos los datos: Durante mi gobierno se han capturado 719 y dado de baja a 134 de sus miembros. Sólo el año pasado 419 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados, superando en un 14 por ciento el número de capturados y en un 163 por ciento el número de abatidos en el año 1999. Además, en los tres primeros meses del presente año hemos abatido en combate o capturado a 128 miembros de las autodefensas. Inclusive, hemos derribado un helicóptero artillado de estas fuerzas irregulares.

Otro dato importante es el de los miembros de grupos de autodefensa que hoy están en prisión: Cerca de 800, vale decir, más del 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas, un porcentaje mucho mayor que el de guerrilleros detenidos.

En cuarto lugar, hablando ya del aspecto judicial, las cifras también son contundentes: la cantidad de acciones penales que adelanta la Fiscalía contra los grupos de autodefensa es más de tres veces superior a las ejecutadas contra la subversión.

Pero las investigaciones no son sólo penales, sino también administrativas, las cuales han producido importantes resultados. ¡En Colombia no se promueve la impunidad! Las denuncias por hechos de colaboración u omisión ejecutados por miembros de la fuerza pública a favor de estas fuerzas irregulares no quedan impunes. Además de las medidas disciplinarias internas, son investigadas por órganos de control y fiscalización independientes, que desarrollan sus procesos y adoptan sus decisiones con total autonomía del Gobierno, que las respeta y acata. Como prueba irrefutable de lo que afirmo están los fallos de destitución y condena que han afectado a altos oficiales de las fuerzas armadas por acciones u omisiones que fueron denunciadas.

En quinto término, hemos atribuido al Comandante General de las Fuerzas Militares, en el marco de una amplia reforma legal dirigida a la modernización y profesionalización de estas, la facultad discrecional de desvincular en forma inmediata de las filas, sin juicio previo, a los uniformados, cualquiera que sea su rango, contra los que existan sospechas fundadas de que violan derechos humanos o colaboran con los grupos ilegales. En su breve tiempo de vigencia, esta atribución ya ha sido ejercida, separando de las filas a 458 miembros de las fuerzas militares, incluidos 89 oficiales.

Hemos reformado también la Justicia Penal Militar y las normas penales colombianas, limitando el fuero militar y tipificando en nuestra ley delitos como la desaparición forzada y la tortura.

En sexta medida, es resaltable que la mayor parte de las actividades de fumigación de cultivos ilícitos extensos la estamos realizando en zonas de alta presencia de las autodefensas, donde hemos destruido decenas de laboratorios de procesamiento de droga.

Como puede verse, el Estado colombiano no se ha quedado, ni se quedará quieto en su lucha denodada contra estos grupos criminales. Estamos obrando siguiendo un plan serio y coherente, que está produciendo buenos resultados.

Mi Gobierno está comprometido a fondo con la aplicación de unas normas mínimas de humanidad que alivien, siquiera parcialmente, el sufrimiento causado por el conflicto interno a sus víctimas y a la población civil.

En este sentido, hemos incorporado a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa para la Prohibición y Destrucción de las Minas Antipersonales. Asimismo, exoneramos de la prestación del servicio militar a los menores de 18 años de edad, yendo más allá de lo establecido en la Convención de los Derechos del Niño.

Estimados amigos de Noruega:

Como ustedes saben, vengo de asistir a la III Cumbre de las Américas en Quebec, donde nos reunimos los Jefes de Estado y de Gobierno de 34 países de América. ¡Con cuánta satisfacción recibí allí el respaldo decidido de todo el continente americano a nuestros esfuerzos por la paz, por la reconciliación y por la profundización de los valores democráticos!

Con claridad, todos los representantes de los Estados americanos pidieron un compromiso firme hacia el cese del fuego y el fin de las hostilidades, y solicitaron a los grupos guerrilleros actuar de manera que corresponda a los esfuerzos del Gobierno colombiano para lograr este objetivo.

Yo sé que en Noruega y en toda Europa podemos encontrar un clamor similar, para que pronto en Colombia los violentos dejen de utilizar la razón de la fuerza y comiencen a creer en la fuerza de la razón.

Hoy puedo decirles, con el corazón en la mano, que no sé si voy a poder consolidar la paz durante el año y tres meses que me quedan al frente de la Presidencia de Colombia, pero que no cesaré jamás de luchar por ella.

Pueden estar seguros de que dejaremos sentadas las bases del diálogo y la convivencia, para que las generaciones futuras disfruten de un privilegio que nosotros infortunadamente no hemos tenido: el privilegio de vivir en paz.

Apreciados amigos:

Todas las acciones que hemos asumido para buscar la paz, para combatir la corrupción, para sanear las finanzas públicas y para recuperar

la economía, buscan en últimas el fortalecimiento de la presencia institucional del Estado como prerrequisito básico e inaplazable para que el país se inserte positivamente en este mundo de la globalización.

Es dentro de esa perspectiva donde se inscribe la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que estamos adelantando en Colombia y que hemos presentado a la comunidad internacional. Como país, y con el consenso de todas las fuerzas, estamos enfrentando el reto de recuperar las responsabilidades centrales del Estado: la promoción de la democracia, la generación de condiciones para el empleo, el respeto por los derechos humanos, la búsqueda de la paz y la lucha contra el narcotráfico.

Con esta Estrategia estamos construyendo los cimientos de una paz duradera y de un desarrollo con justicia social, y nos asiste la confianza de que obtendremos el respaldo de los países amigos que le quieren hacer justicia al coraje y sacrificio que en las últimas décadas ha hecho nuestra nación.

Estoy convencido de que el Reino de Noruega, como participante activo del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, seguirá respaldando este mecanismo de apoyo a los sectores más vulnerables de nuestro país, tal como lo hizo en la reunión de octubre pasado en Bogotá. Nuestra próxima reunión de Bruselas será la mejor oportunidad para que Europa continúe demostrando con hechos que el principio de responsabilidad compartida es mucho más que retórica: es una realidad palpable que enaltece al pueblo noruego y a sus colegas europeos por el compromiso que asumen con el futuro de la humanidad.

Dentro de los programas a cuya cooperación hemos convocado, en un acto de responsabilidad más que de simple solidaridad, a la comunidad internacional, están los relacionados con la atención a la población desplazada por el conflicto armado; el apoyo a programas comunitarios de carácter ambiental, de construcción de obras de infraestructura o de tipo productivo; la protección a los defensores de derechos humanos, y la implementación de programas de desarrollo integral alternativo que posibiliten la sustitución de cultivos ilícitos por cultivos legales, con el menor costo ambiental y social.

Yo sé que Noruega es, con orgullo, una abanderada de la lucha por el medio ambiente en Europa y en el mundo, y por eso los invito a cooperar con entusiasmo en la preservación del ecosistema colombiano, que contiene el 10 por ciento de la biodiversidad del planeta y que se ve seriamente afectado por la deforestación causada por los cultivos de coca y amapola. Se calcula que en los últimos 10 años se ha destruido, por causa de la droga, cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en Colombia. Es una cifra aterradora que nos mueve a todos a la acción.

Hoy quiero contarles que los programas de sustitución manual y voluntaria de cultivos ilícitos están avanzando con buenas perspectivas en zonas tan complejas como el Putumayo, donde los campesinos y los indígenas están comenzando a acogerse a los programas y las alternativas que les brinda el Gobierno.

Por supuesto, estos programas de inmensa trascendencia son válidos frente a los pequeños cultivadores, pero no resultan suficientes para contrarrestar los cultivos ilícitos a escala industrial. En estos casos sigue siendo necesaria la fumigación, pero la comunidad internacional puede tener la seguridad de que, en dichos eventos, hacemos hasta lo imposible para no comprometer el medio ambiente. Es más: nos hemos negado a usar elementos exógenos como el hongo *fusarium oxysporum*, para evitar riesgos de deterioro no sólo ambiental, sino también en la salud humana.

Y es importante hacer una claridad adicional: es mucho mayor el daño ambiental que producen los narcotraficantes para sembrar y producir la droga que el que pudiera derivarse de los procesos de fumigación que realiza el Gobierno sobre los cultivos ilícitos extensos, donde se utilizan parámetros técnicos rigurosos para minimizar los efectos nocivos en la población y el medio ambiente. En efecto, mientras en 1998 se emplearon 150.000 litros del herbicida glifosato para fumigar, el narcotráfico empleaba 163.000 toneladas de químicos para la siembra y el procesamiento de droga.

Se estima que en los últimos 15 años se utilizaron, para la producción de estupefacientes, más de 900 mil toneladas de precursores químicos, cuyos desechos generalmente van a parar a los miles de riachuelos que

circundan nuestro territorio. Así que, como pueden ver, en este caso no se puede decir que el remedio sea peor que la enfermedad. Dejar crecer el negocio de la droga, alegando motivos ecológicos, sería la más funesta y equivocada alternativa para el medio ambiente, no sólo colombiano, sino mundial.

Estimados amigas y amigos:

Estamos construyendo los colombianos, con el respaldo de la comunidad internacional, la Colombia del siglo XXI: una Colombia en paz, con oportunidades de empleo para su gente, con unas instituciones fuertes y con una economía sólida, caminando el sendero del progreso y la justicia social y contando con la participación activa de las demás naciones del planeta en la lucha contra el problema mundial de las drogas.

¡Esa es la Colombia que estamos forjando, con la voluntad y el coraje de todos los colombianos, con la decisión indeclinable de mi Gobierno y con el apoyo solidario de muchos países amigos, como el Reino de Noruega!

La historia de las naciones puede ser leída como la sucesión de períodos de auge y caída, de declives y renacimientos. Pero siempre ha sido la voluntad libre de los hombres la que ha logrado superar los derrumbamientos y construir la prosperidad, como nos lo ha enseñado, a través de los siglos, el pueblo noruego, que hoy es, sin duda, un ejemplo de convivencia y de logros sociales y económicos para todo el mundo.

Los colombianos hemos vivido el invierno de nuestras desventuras pero, y en esto no tengo la menor duda, estamos comenzando a vivir la primavera de nuestras esperanzas. Tenemos la capacidad para hacerlo. No somos un pueblo de violentos, mediocres o corruptos, como algunos con mucho simplismo nos quieren rotular. Somos, por el contrario, un pueblo que lucha contra muchas adversidades y que empieza a recuperar la confianza en lo mejor de sus valores y capacidades para seguir adelante.

Decía Henrik Ibsen que "un pueblo con vida, por diezmado que se encuentre, extrae de la adversidad médula y fuerzas". Esa descripción se

ajusta con precisión al caso colombiano y resume la razón por la que hoy estoy aquí, con ustedes, hablando de mi país, de sus problemas y de su inmensa capacidad para superarlos: Porque Colombia es "un pueblo con vida."

Porque, como decía nuestro Premio Nobel, Gabriel García Márquez, merecemos y estamos consiguiendo "una segunda oportunidad sobre la tierra."

¡Los invito, amigos míos, a acompañar a Colombia en este compromiso con la esperanza y el porvenir!

EL APOYO DE NORUEGA AL PROCESO DE PAZ ES EL RESPALDO AL ESFUERZO COMÚN DE TODOS LOS COLOMBIANOS

Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, durante un encuentro con el primer ministro del Reino de Noruega, Jens Stoltenberg.

Oslo, Noruega, 25 de abril de 2001.

"Juego mi vida,
cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...".

Estos versos desencantados, extractados del *Relato de Sergio Stepansky*, hacen parte de la memoria colectiva de todos los colombianos y los cito hoy aquí porque son obra de uno de nuestros más grandes poetas, descendiente de una saga de vikingos, el inolvidable León de Greiff, en cuyo talento quiero rendir un homenaje sentido a la presencia de los pueblos escandinavos en nuestro país.

León de Greiff, que se definía a sí mismo como "el sueño ex viking, ex coracero, ex capitán de paladines vándalos, godos y suecos", es sólo la punta del iceberg de todo un grupo de hombres y mujeres nórdicos que nos han ayudado a construir nuestra historia.

Desde los tiempos ya legendarios, cuando en el siglo X el vikingo Bjarni Herjólfsson descubrió Vinlandia, que no era otra cosa que la zona norte de América, hasta los días actuales, cuando nuestros pueblos luchan juntos por la defensa de valores universales, como los derechos humanos y la protección del medio ambiente, podemos marcar una línea constante y ascendente: la línea del entendimiento y de la cooperación.

Pero no es necesario remontarnos en la historia porque los tiempos actuales nos proporcionan los mejores ejemplos. Noruega, a través del señor Jan Egeland, Asesor Especial del Secretario General de las Naciones Unidas para Asistencia Internacional a Colombia, está cumpliendo un papel fundamental en la creación de oportunidades para los colombianos. Además, a través de su Gobierno y de algunas organizaciones no gubernamentales está prestando su apoyo decidido al desarrollo social de nuestro país, como un prerrequisito para alcanzar al fin una paz cierta y duradera.

Señor primer ministro Stoltenberg:

Hoy su nación nos honra con su hospitalidad y nosotros, venidos de la bella y lejana Colombia, con el calor del trópico en nuestra sangre, queremos decirle, en nombre de 40 millones de personas que pueblan nuestro extenso territorio de modernas ciudades, montañas, llanuras, selvas y playas, que valoramos y apreciamos la amistad del pueblo noruego como un tesoro incalculable.

Admiramos el legado histórico de Noruega, su voluntad continua de cooperación internacional, la inmensidad literaria de Ibsen y de Hamsun, la música simple y maravillosa de Grieg, las hazañas antárticas del explorador Roald Amundsen, la expresión humana de la pintura de Munch y la pedagogía novedosa de Gaarder.

¡Qué bueno poder sumar a esta admiración nuestro agradecimiento por el interés y la disposición del Reino de Noruega para contribuir a consolidar un clima de paz, de desarrollo social y de progreso en nuestro país, cuya suerte es determinante en el ámbito de toda América Latina!

En Colombia, una nación democrática y civilista como pocas, estamos luchando con denuedo por consolidar una paz interna que nos ha sido esquiva durante 40 años; por mejorar las condiciones sociales de nuestra gente; por proteger la buena salud de nuestros recursos naturales y por ser un factor positivo dentro del escenario internacional, más aún hoy, cuando estamos actuando como miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, un puesto en el que compartimos responsabilidad y voluntad con el pueblo noruego.

El logro de la paz en Colombia no es sólo una preocupación gubernamental, sino una verdadera política de Estado que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales del país. El apoyo de Noruega al Proceso de Paz es, entonces, más que el apoyo a un Gobierno, el respaldo al esfuerzo común de todos los colombianos.

Noruega recibió hace un año a la comisión de negociadores del Gobierno colombiano y de las Farc-Ep que realizó un recorrido informativo por varias naciones europeas, y también participó como país facilitador en la Audiencia Internacional sobre Medio Ambiente y Cultivos Ilícitos que se llevó a cabo en junio del año pasado en San Vicente del Caguán. Forma también parte del Grupo de Países Amigos para la creación de una zona de encuentro que posibilite el diálogo con el Eln y de la Comisión de Países Facilitadores en el proceso con las Farc-Ep.

Además, ha tenido un papel activo en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, tanto en la primera reunión celebrada en julio en Madrid, como en la segunda, que se llevó a cabo en octubre pasado en Bogotá. Por eso estoy seguro de que su papel volverá a ser determinante en la tercera reunión que sostendremos la próxima semana en Bruselas.

En todas las oportunidades mencionadas ha sido ejemplar el interés de Noruega en aportar soluciones a los difíciles momentos que vive mi país, dentro de una órbita de respeto a los derechos humanos y el medio ambiente, y con énfasis en los programas sociales. Es un interés que hoy agradecemos y valoramos de corazón.

La situación de Colombia es compleja; no se puede resumir en unas pocas líneas y no es mi intención hacerlo en este momento, pero en algo sí quiero ser claro: Nuestro país ha afrontado durante mucho tiempo, solo y con sus escasos medios, la lucha contra el problema mundial de las drogas, sufriendo la pérdida de muchas vidas honestas y de inmensos recursos que tendrían que ser destinados a la inversión social.

El nefasto negocio de las drogas se ha convertido, además, en la principal fuente de financiamiento de los grupos armados al margen de la

ley, que siembran violencia, miseria y desempleo por todo el territorio del país. Nuestro pueblo es la principal víctima de este círculo vicioso, que no sólo ha causado dolor y desesperanza en nuestras gentes, sino que, también, ha consumido en la última década más de un millón de hectáreas de bosques naturales, atentando contra una tierra que contiene, hoy por hoy, el diez por ciento de la biodiversidad mundial.

Pero el problema es de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Y hemos convocado a un frente común para que todos los países: los productores, los consumidores, los que venden los insumos químicos y aquellos donde se lavan los dineros ilegales, obremos conjuntamente para conjurar una situación que afecta el futuro de nuestros jóvenes.

En tal sentido, celebro la buena disposición del Gobierno noruego para contribuir en la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que ha diseñado mi Gobierno para sacar a Colombia adelante. Esta Estrategia abarca, entre otros objetivos, un aumento de la presencia institucional del Estado en las zonas más apartadas del país; la sustitución de los cultivos ilícitos por cultivos legales, acompañada de programas de desarrollo social y comunitario; la preservación del medio ambiente; el apoyo a la población que ha sido desplazada por la violencia; la protección de los derechos humanos, y el logro de la paz a través de procesos de diálogo con los grupos subversivos.

Son muchas metas, que implican el desarrollo simultáneo de un gran número de programas, y estamos seguros de que contaremos con el respaldo siempre eficaz del pueblo noruego, que ha sido, históricamente, un pueblo que asume y cumple con su cuota de responsabilidad en la solución de los problemas mundiales, que afectan a la humanidad o al medio ambiente.

Señor Primer Ministro Jens Stoltenberg y apreciados amigos:

Alfred Nobel, cuyo instituto para la paz tiene su honrosa sede en esta bella ciudad de Oslo, escribió estas palabras que hoy quiero recordar ante ustedes: "Las conquistas de la investigación científica (...) nos in-

funden la esperanza de que los microbios, tanto los del alma como los del cuerpo, serán exterminados gradualmente y de que la única guerra que libraré la humanidad en el futuro será la guerra contra esos microbios".

En Colombia soñamos, y estamos trabajando, por que un día cese la violencia de los intolerantes y podamos dedicarnos a construir vida en lugar de muerte. En Colombia queremos tener miles de científicos, como Manuel Elkin Patarroyo, luchando la única guerra que vale la pena luchar: la guerra contra los microbios. Yo sé que ustedes, amigos del Reino de Noruega, nos acompañan en este propósito fundamental.

Con este espíritu de colaboración fraterna, quiero ahora levantar la copa de la amistad y la solidaridad, y brindar por usted, señor Primer Ministro, por los amables invitados, por la salud y felicidad del pueblo noruego, y por la buena ventura de nuestras relaciones.

LA PAZ: DESAFÍO PRIMORDIAL DE LA ACCIÓN POLÍTICA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la Fundación Konrad Adenauer.*

Berlín, Alemania, 26 de abril de 2001.

Es preciso que me acompañen un poco con la imaginación. Pensemos, por ejemplo, en los hijos que por una u otra razón se van de casa a estudiar afuera. Allí ellos no sólo construyen su propia vida sino que, además, aprenden a manejarnos según su lógica y nos dan verdaderas lecciones que es indispensable aprender.

Por favor, hagan el esfuerzo de ubicarse en el lugar de un padre o de una madre preocupados que reciben de su hija única y predilecta, que vive su primera experiencia de persona libre e independiente, una carta como la siguiente:

"Queridos papi y mami:

Me apena mucho la demora en escribirles nuevamente, pero resulta que mi papel de cartas se perdió la noche del incendio del dormitorio ocasionado por la huelga estudiantil y la asonada subsiguiente. Yo ya estoy fuera de peligro y ya salí del hospital y me informa el médico que recuperaré la vista en pocos días más. Lo sabremos cuando me quiten las vendas de la cara.

El muchacho que me salvó del incendio, Juan, muy amablemente me ofreció que me quedara en su apartamento con él hasta que construyeran los dormitorios. Él viene de una familia buena y por eso espero no se sorprendan si les participo de nuestro próximo matrimonio. De he-

cho, ustedes siempre han querido un nieto y por lo tanto me da mucha alegría anunciarles que el nieto vendrá en cosa de un mes más o menos.

Por favor, no le paren bolas a la anterior práctica de composición y gramática castellana. No ha habido tal incendio, no he estado en ningún hospital, no estoy embarazada, ni siquiera tengo novio.

Lo que pasó fue que me rajaron en Matemáticas, lo mismo que en Química, en Francés y en Física, y simplemente quería que recibieran esta noticia dentro de la perspectiva adecuada.

Todo mi amor.
María".

Realmente María conocía bien a sus padres. Lo catastrófico se reduce siempre a lo conflictivo y esto, a su vez, encuentra una realidad más cierta, que es lo problemático.

Esto es lo que acontece con el tema de la paz en Colombia, donde se escuchan a menudo tantas cosas y tan brutales, haciendo aparecer la catástrofe tan evidente que sería mejor no hacer nada. O se presenta todo con tal pesimismo que se deja la sensación de que no existe ninguna salida.

Como en la carta de María, yo les puedo asegurar que la integridad de mi país está a salvo y que sus instituciones están firmes. Aceptemos que hay malas notas en algunas materias, pero tenemos el chance de presentar nuevos exámenes, de habilitar materias, de recuperarlas y, como dice la misma niña, de mirar las cosas dentro de la perspectiva adecuada.

Me he permitido comenzar con la lectura de esta carta porque cada vez que hablo acerca de la paz en mi país me voy encontrando con gente que siempre se ubica en los peores escenarios para reflexionar sobre las realidades que vive Colombia; realidades que son graves, es cierto, pero nunca tanto como imaginan las malquerencias de algunos o el malconocimiento de otros.

Esto siempre es así y aun cuando sé sobre cuál realidad estamos trabajando los colombianos, no aceptaré nunca la caricatura degradada de

quienes, no habituados a la esperanza, quieren negarnos a nosotros la posibilidad de construir la propia. Por eso quiero ser claro ante ustedes: En Colombia no estamos sufriendo una guerra civil, ¡sino una guerra contra la sociedad civil!

Es un acierto estar aquí en la Fundación Konrad Adenauer para tratar ante ustedes el tema de la paz porque construir la paz ha sido, desde mis primeros años en la política, el desafío primordial, el hilo conductor de mi actividad, la razón de ser de mi trabajo y el punto nodal de una propuesta que he hecho al país a lo largo de mi carrera política y que siempre ha estado respaldada con los mejores resultados electorales de nuestra historia reciente.

Acepté la invitación porque quien da nombre a esta casa –y cuya medalla he recibido hoy y llevaré con honor– fue el hombre que lideró la salida del gran pueblo alemán de la destrucción, de las cenizas y de la vergüenza, y lo colocó donde habita la grandeza, le señaló el rumbo y le hizo merecer el futuro.

Adenauer ha hecho propio lo que decía el gran Alejandro: Sólo la gloria de quien ha vivido con honor crece con el paso de los años. Más aún: la Fundación Adenauer es parte de nuestra historia colombiana. Por eso ustedes lo saben bien, y lo sabe bien el profesor Thesing, que caminamos juntos por la vía de la democracia, de la verdad, de la libertad, de la solidaridad y del respeto a los derechos humanos.

Revisando libros y curioseando entre documentos me he encontrado con la certeza de que la paz lo es todo. Me he encontrado que cuando se reflexiona seriamente sobre la política, la administración pública, el desarrollo comunitario, la gestión de la sociedad civil, siempre se concluye que todos ellos orientan sus esfuerzos al establecimiento de la paz, a la reformulación de la paz, a la profundización de la paz, saliendo a relucir aquel viejo principio de que la política comienza cuando se anhela la paz y llega a su mayor nivel cuando se la conquista.

Yo participo plenamente de la idea de que entre todos los derechos, hay dos que no son discutibles en ninguna de sus facetas: el derecho a la vida y el derecho a la paz.

El derecho a la vida no puede separarse nunca del derecho a la paz.

El derecho a la vida nos señala la vigencia irrefutable del mandamiento de no matar. No hay ninguna razón que justifique la más mínima violación contra la vida. Una sociedad democrática para nosotros es una sociedad que permanentemente opta por la vida.

En esto no es posible irse por las ramas: la cultura de la vida implica el rechazo a toda forma de violencia sin excepción alguna.

Yo sé que a algunos les cuesta trabajo entender esta vinculación de la cultura de la vida con el rechazo de la violencia, pero quiero insistir en ello porque la violencia tiene múltiples rostros que es preciso desmascarar si se quiere vivir en paz. Existe la violencia del hambre, la violencia de la exclusión, la violencia de la pobreza, la violencia del maltrato al medio ambiente, la violencia de la difusión de las drogas, la violencia del tráfico de armas, la violencia de los conflictos armados.

Todos estos rostros básicos de la violencia se oponen a la vida y se oponen a la paz.

Cuando inauguré mi mandato como Presidente de Colombia hablé claramente de mi compromiso con la vida y con la paz. Expresé claramente que el logro de la paz es la condición que nos asegura que todo lo demás pueda lograrse. Dije claramente que la opción por la paz no puede ser un simple movimiento táctico del político sino la manifestación expresa de una convicción política.

Quienes hemos vivido, como pueblos y comunidades, el impacto de la violencia; quienes en carne propia hemos experimentado la cercanía de la muerte, el peso infamante del secuestro, la dolorosa pérdida de la libertad y aun de las señas de identidad que hablan a todos de nuestra dignidad, no podemos hacer teorías con la paz ni aceptar que la paz es sólo una teoría.

Hay gente que se compromete con la paz en las palabras y en las declaraciones, pero el compromiso con la paz no conoce otro camino cierto que el de los gestos y el de los hechos de paz.

Yo tengo la clara convicción de que la paz nunca ha fracasado y que, en cambio, la violencia siempre ha fracasado. La violencia ha fracasado como recurso político porque la violencia destruye y se lleva por la calle de en medio la moral de los pueblos y las bases que sostienen una sociedad. La violencia sólo deja muertes y lágrimas y sobre ellas no puede construirse nada duradero.

Como Presidente, he ido a la selva en búsqueda de los jefes guerrilleros para convencerlos de que trabajar por la paz es una tarea inaplazable, de que hay que ir caminando hacia ella y llegar al acuerdo de que en la paz todos ganamos. No es la debilidad lo que conduce a un Presidente donde el adversario, sino la fortaleza de una idea irrenunciable.

Con tozudez y con decisión estamos llevando adelante en este momento el proceso de diálogo y negociación con las Farc-Ep, y estoy seguro de que la mesa de diálogo y negociación logrará acuerdos en el desarrollo de la agenda común para el cambio hacia una nueva Colombia y del recientemente alcanzado Acuerdo de Los Pozos, avanzando hacia el cese al fuego, el respeto a los derechos humanos y la vigencia efectiva del Derecho Internacional Humanitario.

Puedo también decirles claramente que estamos dando pasos promisorios en la búsqueda de compromisos con el Ejército de Liberación Nacional, Eln, un proceso en el cual Alemania ha tenido un papel destacado, primero como anfitriona de trascendentales encuentros entre la sociedad civil y dicho grupo guerrillero, y luego como parte del grupo de cinco países verificadores de la eventual Zona de Encuentro que queremos implementar para adelantar los diálogos de paz.

De la misma manera, no puede dudarse de la convicción de mi Gobierno en el combate contra los grupos ilegales de autodefensa y contra el narcotráfico, que son a mi parecer los principales enemigos de la paz en Colombia.

En nuestra tradición hispana se dice popularmente que obras son amores y no buenas razones. Yo creo que esto es cierto, que hay que tener el coraje de hacer gestos de paz, de tomar iniciativas, de arriesgarse por la paz, de ir, si es necesario, hasta el fin del mundo y hasta el campamento de los rebeldes para apostarle a la paz.

La paz no es un entretenimiento costoso de la política: es la razón misma de la política.

Yo estoy convencido de que quien opta por la paz está optando por la vida. Estamos sembrando ahora las semillas de un porvenir que merecemos.

Me duele mucho mirar la infancia de tantos niños, la juventud de tantos muchachos y la madurez de tantas mujeres y hombres que no han tenido el privilegio de vivir un solo día cobijados por la certeza de la paz. Quien quiera realmente construir una nueva sociedad tiene que comprometerse a construir la paz. No es posible que el ser humano sirva tan sólo para morir.

Cómo aceptar por ejemplo que los niños estén en armas; cómo aceptar que la vida nueva se entrene para matar; cómo aceptar que su capacidad de jugar, correr y alegrarse termine mutilándolos en los campos minados y, sobre todo, cómo aceptar que se deje en ellos sembrado el sentido de la destrucción y el sentido de la muerte. Ya en este punto hemos logrado comenzar a tener buenos resultados; quienes tenemos la suerte de tener cerca a nuestros hijos sabemos lo grande que es el retorno de los niños a la infancia que se les había negado alucinándolos con la muerte.

Seguiré una y otra vez exigiendo opciones expresas por la vida y por la paz, promocionando prohibiciones radicales como las del uso de la violencia y la corrupción en los niños, cuando se les hace instrumentos del matar, comprometiéndolos con la muerte.

El derecho a la vida, el derecho a la paz, son en realidad los principios fundantes de una verdadera política.

La Paz y los Derechos Humanos

Una nación, una agrupación política, cualquiera que ella sea; un Gobierno, cualquiera que él sea; una sociedad, llámese como se llame, no tendrá garantizado su futuro si no ha construido previamente la certeza del respeto a los derechos humanos de sus asociados partiendo del más pequeño de ellos. Una cultura de los derechos humanos, vinculada

a la cultura de la vida y a la cultura de la paz, delinea con precisión el sitio donde el Estado coincide con todos los demás actores individuales o comunitarios que se preocupan por la paz.

Los derechos humanos son el punto de encuentro de la cooperación internacional, de aquella cooperación que comprende que es preciso ayudar a construir y que, además, es preciso realizar esfuerzos para habilitar, en la acción coordinada, a los distintos actores que hacen de los derechos humanos su punto de compromiso.

Lógicamente me refiero aquí a aquellos países, a aquellas organizaciones no gubernamentales y a aquellos grupos de sociedad civil internacional que quieren sinceramente cooperar en el crecimiento de la calidad de vida a través del crecimiento de los derechos humanos y no a aquellos otros que tratan de proteger afuera lo que están irrespetando adentro o que toleran en unos lo que critican en otros o que ofrecen gustosos protección permanente a quienes asesinan y secuestran.

Estoy seguro de que no hay mejor auditorio que éste en Alemania para contarles lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo en Colombia en el tema fundamental de los derechos humanos, un tema con el que estamos comprometidos por convicción moral y como vocación de vida.

Primero que todo, quiero resaltar que, en un hecho sin precedentes en nuestro país, mi Gobierno presentó de manera pública el año antepasado, ante la comunidad nacional e internacional, la política que se ha comprometido a ejecutar en materia de derechos humanos y de aplicación del derecho internacional humanitario, la cual es el fruto de un amplio consenso logrado entre todas las entidades gubernamentales con responsabilidades en el tema, incluida la Fuerza Pública.

Este hecho tiene varios significados. Refleja, por una parte, el compromiso político del Gobierno colombiano con el tema y demuestra una voluntad real por lograr coherencia y eficacia en su defensa y protección. Permite, por otro lado, fijar objetivos prioritarios y canalizar los recursos siempre escasos hacia la obtención de las metas indicadas. Y, lo que es más importante, al hacer pública y visible la política, invita al escrutinio constante y a su permanente verificación.

Permítanme ahora que haga referencia a algunos logros relevantes alcanzados en la ejecución de la mencionada política. En materia de lucha contra los grupos armados al margen de la ley –guerrillas y autodefensas ilegales–, principales responsables de las violaciones a los derechos a la vida, la libertad y la integridad personales, las fuerzas armadas están obteniendo resultados contundentes y se ha recuperado capacidad ofensiva y disuasiva.

Sobre este aspecto quisiera hacer dos aclaraciones, que me parecen pertinentes, sobre todo por la desinformación que a menudo se presenta en otros países, incluida Alemania, sobre la real situación colombiana. La primera es que no hay contradicción entre el fortalecimiento de la eficacia de la fuerza pública del Estado y la política de paz. Y no la hay porque el Estado no puede renunciar a su deber de proteger a la población de los ataques alevos de los grupos ilegales y porque sólo unas fuerzas militares sólidas y legítimas pueden disuadir a la subversión de su intención de tomarse el control del Estado por la fuerza de las armas y la intimidación.

La segunda claridad que quiero hacer es que el Estado colombiano combate con decisión y contundencia a los grupos ilegales de autodefensa, una afirmación en la que soy enfático porque el Gobierno y las fuerzas armadas no toleran la existencia de grupos armados al margen de la ley, vengan de donde vengan, mucho menos de aquellos que propician o cometen masacres que atentan contra todo concepto de humanidad.

Rechazo, en nombre del Gobierno y de todos los colombianos de bien, las acusaciones según las cuales existen vínculos institucionales entre estas agrupaciones criminales y la fuerza pública. Más de la mitad de los funcionarios estatales que han caído en el conflicto interno ha sido víctima de estos grupos ilegales de autodefensa. ¿Cómo se puede, entonces, insistir en su supuesta vinculación con ellos? Que quede claro: Los grupos de autodefensa son delincuentes contra los cuales se oponen todas las fuerzas del Estado.

Debe saber la comunidad internacional que tenemos un Plan de Acción definido contra estos grupos delincuenciales, que estamos llevando a cabo con decisión y convicción.

En primer lugar, hemos creado un Centro Nacional de Coordinación para la Lucha contra las Autodefensas Ilegales, en el cual, además del Gobierno y la Fuerza Pública, participan la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General y la Defensoría del Pueblo.

En segundo término, creamos también una Brigada Financiera, en la que participan la Fiscalía, la Superintendencia Bancaria, la Dirección de Impuestos y los organismos de inteligencia del Estado, para detectar y combatir los fondos provenientes de la actividad delictiva de las autodefensas, así como a quienes financian a estos grupos ilegales.

En tercer lugar, estamos luchando denodadamente, realizando múltiples operaciones militares contra estos grupos, las cuales se han incrementado en un 123 por ciento en el último año. Ahora bien: Es bueno aclarar que si las cifras de capturados son inferiores a las que se dan contra la guerrilla, esto también se debe a que estos grupos son tres veces más pequeños que éstas. Pero veamos los datos: Durante mi gobierno se han capturado 719 y dado de baja a 134 de sus miembros. Sólo el año pasado 419 integrantes de grupos ilegales de autodefensa fueron dados de baja o capturados, superando en un 14 por ciento el número de capturados y en un 163 por ciento el número de abatidos en el año 1999. Además, en los tres primeros meses del presente año hemos abatido en combate o capturado a 128 miembros de las autodefensas. Inclusive, hemos derribado un helicóptero artillado de estas fuerzas irregulares.

Otro dato importante es el de los miembros de grupos de autodefensa que hoy están en prisión: Cerca de 800, vale decir, más del 10 por ciento de sus integrantes, están hoy retenidos en las cárceles colombianas, un porcentaje mucho mayor que el de guerrilleros detenidos.

En cuarto lugar, hablando ya del aspecto judicial, las cifras también son contundentes: la cantidad de acciones penales que adelanta la Fiscalía contra los grupos de autodefensa es más de tres veces superior a las ejecutadas contra la subversión.

Pero las investigaciones no son sólo penales, sino también administrativas, las cuales han producido importantes resultados. ¡En Colombia

no se promueve la impunidad! Las denuncias por hechos de colaboración u omisión ejecutados por miembros de la fuerza pública a favor de estas fuerzas irregulares no quedan impunes. Además de las medidas disciplinarias internas, son investigadas por órganos de control y fiscalización independientes, que desarrollan sus procesos y adoptan sus decisiones con total autonomía del Gobierno, que las respeta y acata. Como prueba irrefutable de lo que afirmo están los fallos de destitución y condena que han afectado a altos oficiales de las fuerzas armadas por acciones u omisiones que fueron denunciadas.

En quinto término, hemos atribuido al Comandante General de las Fuerzas Militares, en el marco de una amplia reforma legal dirigida a la modernización y profesionalización de las Fuerzas Militares, la facultad discrecional de desvincular en forma inmediata de las filas, sin juicio previo, a los uniformados, cualquiera que sea su rango, contra los que existan sospechas fundadas de que violan derechos humanos o colaboran con los grupos ilegales. En su breve tiempo de vigencia, esta atribución ya ha sido ejercida, separando de las filas a 458 miembros de las Fuerzas Militares, incluidos 89 oficiales.

Las medidas de reforma de las Fuerzas Armadas del país y la reforma a la Justicia Penal Militar, a la que me referiré más adelante, hacen parte también de nuestro compromiso contra los grupos irregulares.

En sexta medida, es resaltable que la mayor parte de las actividades de fumigación de cultivos ilícitos extensos la estamos realizando en zonas de alta presencia de las autodefensas, donde hemos destruido decenas de laboratorios de procesamiento de droga.

Como puede verse, el Estado colombiano no se ha quedado, ni se quedará, quieto en su lucha denodada contra estos grupos criminales. Estamos obrando siguiendo un plan serio y coherente, que está produciendo buenos resultados.

También en ejecución de la Política estamos protegiendo a los defensores de derechos humanos, mediante esquemas que les brindan seguridad a las personas y a las sedes físicas donde laboran. En este sentido hemos invertido en el último año alrededor de cinco millones de dólares

para otorgar protección personal permanente a cerca de 40 personas, para establecer sistemas de comunicación preventivos y para realizar trabajos de blindaje en 85 sedes sindicales o de organizaciones de derechos humanos.

Es claro que, dados los altos niveles de violencia que el país experimenta, las demandas por protección aumentan y los recursos del presupuesto resultan insuficientes. Por eso, hemos solicitado apoyo de la comunidad internacional para mantener y ampliar este programa y esperamos confiados obtener importantes recursos para estos fines.

Así mismo, hemos adoptado y puesto en ejecución un plan de acción para la prevención y atención de la población desplazada por el conflicto, el cual comprende mecanismos de prevención de desplazamiento, asistencia humanitaria de emergencia y acciones para el retorno, la reubicación y la estabilización socioeconómica.

Sobre este tema, dadas su magnitud y la limitación de los recursos del Estado, estamos también convocando la ayuda internacional. La dimensión del desplazamiento forzado en el país supera las posibilidades de atención del Estado colombiano y se requiere la cooperación de agencias, países y organizaciones no gubernamentales.

En desarrollo de nuestra Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social hemos presentado a consideración de la comunidad internacional proyectos para la atención de los desplazados por un valor cercano a los quinientos millones de dólares. Ya hemos comenzado a recibir propuestas concretas de apoyo y somos optimistas en que los países amigos, entendiendo la magnitud del fenómeno que afrontamos, contribuirán a la financiación de estos proyectos.

En materia legislativa, los logros de la política de derechos humanos son los más importantes de los últimos tiempos. Se obtuvo la expedición de un nuevo Código Penal Militar que, entre otras cosas, ha determinado que las violaciones a los derechos humanos que cometan los miembros de la fuerza pública serán juzgadas por jueces ordinarios y no militares, una aspiración no lograda por muchos Gobiernos anteriores.

Así mismo, se elevó a la categoría de delito la desaparición forzada de personas, otra vieja aspiración repetidamente aplazada, y se adoptó un nuevo Código Penal que consagra las infracciones al derecho internacional humanitario.

También mediante ley se han modernizado las fuerzas militares y de policía y se prohibió el reclutamiento de menores de 18 años, yendo aún más allá de lo estipulado en la Convención de los Derechos del Niño. Igualmente, hace un año tuve la satisfacción de sancionar la ley que aprueba e incorpora a nuestra legislación interna la Convención de Ottawa sobre eliminación de minas antipersonales. Además, suscribimos el tratado que crea la Corte Penal Internacional y estamos analizando su presentación ante el Congreso para su aprobación.

Por último, en materia de política, venimos apoyando a la Fiscalía General de la Nación en la investigación de las violaciones a los derechos humanos.

Mediante un Comité que preside el Vicepresidente de la República, quien lidera al más alto nivel gubernamental la aplicación de la política de derechos humanos, impulsamos las investigaciones de los casos más graves de estas violaciones, de aquellos que han generado un hondo impacto social. El mecanismo ha resultado idóneo como medio para encauzar la cooperación interinstitucional, concentrar los esfuerzos investigativos y canalizar apoyos específicos para su ejecución.

Somos conscientes de que, pese a los importantes logros obtenidos, nos falta mucho por hacer en la protección de los derechos humanos de los colombianos. Tampoco desconocemos que mientras no avancemos en la solución negociada del conflicto armado y obtengamos acuerdos sobre la observancia del derecho internacional humanitario, la confrontación, incrementada por la actitud demencial de guerrillas y autodefensas, seguirá contribuyendo a la violación constante de los derechos de los ciudadanos.

Creemos que la comunidad internacional, además de su apoyo en recursos, puede efectuar una contribución decisiva para aliviar la crisis humanitaria que padecemos. Consiste en que los Estados y las ONG de derechos humanos complementen su visión tradicional edifi-

cada sobre una comprensión clásica de los derechos humanos según la cual sólo el Estado puede violarlos, con una lectura del derecho internacional humanitario, que contemple la capacidad de todos los actores armados en conflicto para perpetrar crímenes de guerra.

Al proponer lo anterior no lo hago con el ánimo de eludir los deberes de protección en cabeza del Estado colombiano, que los conocemos, asumimos y observamos, ni de ocultar los eventuales excesos o crímenes en que puedan incurrir sus agentes. Lo hago con un doble propósito. El primero, asignar con mayor objetividad, entre los distintos centros de imputación, incluidas las fuerzas insurgentes, las responsabilidades por las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el marco de la confrontación armada. El segundo, la necesidad de que la comunidad internacional, en la medida en que denuncie también los crímenes y atrocidades de los grupos ilegales, contribuya a que los dirigentes de esos grupos entiendan que las normas humanitarias obligan a todas las fuerzas en contienda y acepten observarlas y aplicarlas.

Es alarmante, clama al cielo, la conducta inhumana de los miembros de grupos de guerrilla cuando secuestran, cuando asesinan a quienes se rinden, cuando destruyen poblaciones, cuando reclutan menores de edad a la fuerza y les prohíben desertar so pena de muerte.

Es alarmante, clama al cielo, la conducta inhumana de los miembros de grupos ilegales de autodefensa que ejecutan masacres y riegan de sangre hermana el territorio de Colombia.

Las naciones amigas tienen que entender que, como gobernante, estoy obligado a transitar el camino del diálogo para obtener la paz, pero que tampoco podemos quedarnos con los brazos cruzados mientras los violentos, de izquierda o de derecha, subversivos o antisubversivos, asesinan, destruyen e intimidan.

La protección de los derechos humanos exige también, y esto quiero decirlo sin recelo, mejorar la capacidad del Estado para brindarles seguridad a todos los ciudadanos.

La legitimidad también se gana con el uso ético, eficiente y efectivo de la fuerza armada contra quienes delinquen y amenazan la seguridad de la

sociedad y del Estado. Esto debe entenderlo la comunidad internacional. No se puede seguir estigmatizando, a priori, cualquier esfuerzo del Gobierno por mejorar los medios para proteger a la población. Ese es nuestro deber, ese es el deber de cualquier Gobierno responsable en el mundo, y no podemos eludirlo.

Las siete libertades de la democracia

La convergencia de la cultura de la vida, de la cultura de la paz y de la cultura de los derechos humanos es la que nos permite crearle el ambiente al cumplimiento de las siete libertades que constituyen los indicadores más importantes de la conquista del humanismo.

Estas tres culturas que son el trípode de significaciones de mi Gobierno tienen que llegar a lograr que la gente se sienta libre de la discriminación de cualquier tipo; que esté libre del temor, que no exista la tortura, que no tenga lugar la detención arbitraria y que no exista el secuestro. Propiciamos un ser humano libre de pensar y de expresarse; libre de la miseria y capaz de sentir la alegría de vivir; libre para trabajar en la construcción del mundo; libre de las injusticias y de las violaciones del Estado de Derecho, y libre de tener un trabajo que lo dignifique.

No puede existir un pensamiento de paz sin una realidad de derechos humanos que vaya encontrando caminos para su cumplimiento. Nuestra opción es clara: nos oponemos y estamos actuando con decisión frente a quienes promueven las guerras, conflictos, genocidios, limpiezas étnicas y xenofobias, porque todas ellas conducen a un debilitamiento del tejido social y configuran esa violencia brutal y sistemática que, de una manera tan evidente, ha tenido lugar en el siglo XX.

De hecho, para nosotros la primera globalización real es la de los derechos humanos, que nos permite y nos permitirá tomar cuentas en cualquier lugar del mundo a quienes hayan maltratado la dignidad y la vida de seres humanos, porque quien viola los derechos humanos ofende la conciencia humana y ofende a la humanidad misma. Los crímenes contra la humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación porque la conciencia de los pueblos como la conciencia de los seres humanos, carece de fronteras cuando se piensa en los derechos humanos.

La paz crece en la solidaridad

La caída del muro de Berlín dio fin al modelo de relación entre los pueblos denominado coexistencia pacífica, que centraba todo su actuar en el desarrollo de la sociabilidad, ese valor negativo que nos conduce a coexistir junto a los otros sin hacerles el bien o el mal.

La paz nos exige hoy sustituir la coexistencia pacífica por la convivencia que debe estar animada por el valor activo y dinámico de la solidaridad, que es ese valor que demanda de nosotros no sólo no hacer el mal a nadie sino la obligatoriedad, siempre y en todo momento, de hacer el bien a los demás. Y esto tiene no sólo valor entre las personas sino un enorme valor entre los pueblos porque se está señalando con ello el final del cainismo social, donde Caín siempre responde cuando se le interroga por su hermano: ¿Acaso soy yo el guarda de mi hermano?

La paz viene acompañada siempre –si es verdadera–, de verdad, justicia y solidaridad. Lo ha dicho ya Juan Pablo II: el derecho a la paz y el derecho a un desarrollo integral son dos derechos indivisibles e inseparables.

La paz, el desarrollo y la convivencia

Sin pan no hay paz, fue una convicción que expresé en el inicio mismo de mi Gobierno y ésta es una convicción no sólo para Colombia sino para todos los países del mundo, aun para aquellos que reciben hoy en forma de migración el peso de la pobreza que se extiende.

Ha sido doloroso observar cómo los bancos y las agencias internacionales y, en general, todas las instituciones destinadas a combatir la pobreza han tenido que constatar que los modelos de desarrollo no han sido capaces de abrir caminos ciertos a la superación de la pobreza.

Si queremos la paz, tenemos que pensar y recrear opciones de desarrollo para que la real riqueza de las naciones esté conformada por el aporte de todos.

Es necesario encontrar soluciones para aquellos que están amenazados por las enfermedades, el hambre y la desnutrición, ya que nadie puede

estar orgulloso de una modernización económica que presenta un terrible número de damnificados y de víctimas para los cuales no ha habido solución posible.

La paz es una gran estructura a cuya construcción deben concurrir todos. El trabajo por la paz es el trabajo por el desarrollo.

Tenemos un gran desafío que ya desde hace mucho tiempo ustedes han asumido como Fundación en Latinoamérica y es el desarrollo responsable de la Solidaridad para la Paz. Bien decía el presidente Kennedy: que si en una sociedad libre no se logra ayudar a los muchos que son pobres no se podrán dar garantías a los pocos que son ricos.

Desde Berlín el nuevo mundo que nace

Debemos continuar partiendo –para que la paz sea posible– de la igualdad irrenunciable de los seres humanos.

Este joven mundo, surgido aquí hace más de once años, en noviembre de 1989, con la caída del Muro, nos dio algunas lecciones que no se pueden olvidar:

- Nos enseñó que no se puede gobernar con ideologías, ni combatir a partir de ellas porque siempre se llegará al exterminio del otro. La democracia demanda principios ciertos e irrenunciables que posibiliten el pluralismo.
- Nos enseñó que ni el extremismo revolucionario ni el facilismo político conducen a ninguna solución duradera.
- Nos enseñó que lo nuevo debe ir sustituyendo gradualmente a lo viejo y que la persistencia en esa sustitución –al decir de Gorbachev– marca la progresión de la democracia.
- Nos enseñó que la tarea de gobernar consiste en saber mirar a lo lejos; saber discernir sobre lo cercano y aprender a darles nuevos nombres a las nuevas realidades que están surgiendo.
- Nos enseñó que la paz es el único bien absolutamente imprescindible. Tal como lo dijo Adenauer –y ese fue el mensaje de navidad que

ustedes me enviaron el año anterior–, la paz no es sólo hacia afuera; la paz tiene que estar presente en el ser humano si éste quiere llevar una vida digna, y la paz interior no la posee aquel que no sea libre, porque la libertad es innata al Hombre.

Apreciado profesor Thesing, amigos todos de la Fundación Konrad Adenauer:

He logrado hacer de la paz una política de Estado, vale decir, un proceso sin retorno hacia la vida.

Hemos logrado que la gente piense diferente y sepa que la paz sólo tiene una alternativa: la paz.

Hoy podemos mirar al mundo de frente y con la dignidad de haber sido leales, en todos y cada uno de los momentos en los que Colombia y la comunidad internacional demandaron de nosotros.

Estamos empeñados, ahora, en ganarle la batalla a la pobreza. No hay paz sin pan, no podemos aceptar que crezca el número de los excluidos porque ello aumentará las distancias que darían al traste con la democracia.

Es preciso que se abran las posibilidades de empleo creadas por las inversiones productivas.

Es preciso recrear lo social. Sólo la recreación de lo social dará el golpe de gracia a esa dolorosa enfermedad del narcotráfico que ha dificultado a todos los actores de la paz social y de la paz política avanzar con mayor premura en logros irreversibles.

Es preciso entender que la recreación de lo social en estos momentos de la globalización es tarea de todos, es objeto de la acción de gobierno y de la cooperación internacional.

Estimados amigos:

¡Si la democracia en Colombia fuera débil, ya habría desaparecido! Nuestra fuerza está precisamente en ella y en nuestra fe en sus valores.

Como ustedes saben, vengo de asistir a la III Cumbre de las Américas en Quebec, donde nos reunimos los Jefes de Estado y de Gobierno de 34 países de América. ¡Con cuánta satisfacción recibí allí el respaldo decidido de todo el continente americano a nuestros esfuerzos por la paz, por la reconciliación y por la profundización de los valores democráticos!

Con claridad, todos los representantes de los Estados americanos pidieron un compromiso firme hacia el cese del fuego y el fin de las hostilidades, y solicitaron a los grupos guerrilleros actuar de manera que corresponda a los esfuerzos del Gobierno colombiano para lograr este objetivo.

Yo sé que en Alemania y en toda Europa podemos encontrar un clamor similar, para que pronto en Colombia los violentos dejen de utilizar la razón de la fuerza y comiencen a creer en la fuerza de la razón.

Bien sé yo que Europa cumplirá su palabra. Ustedes y nosotros tenemos que profesar el mismo convencimiento: No cambiaremos de vida si no cambiamos la vida.

Tenemos frente a nosotros la posibilidad, en este inicio de milenio, de crear una nueva sociedad centrada en el ser humano.

Apreciados amigos:

Gracias, mil gracias por la Medalla Konrad Adenauer –que a su vez encierra el arte de Dalí–; gracias por haber hospedado mis palabras en esta casa de la democracia, por llenar de honor democrático el viaje de un Presidente que se siente orgulloso de ser colombiano y que, inspirado en esta nación donde la paz fue posible, continuará convirtiendo en realidad la que todos estamos soñando para nuestra Patria.

LAS RELACIONES ENTRE VENEZUELA Y COLOMBIA SE CONCENTRAN AHORA EN EL PROGRESO CONJUNTO Y ARMÓNICO DE SUS PUEBLOS

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, durante la cena oficial ofrecida al presidente
de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez Frías.*

Bogotá, D. C., 4 de mayo de 2001.

"Estamos autorizados a creer que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar".

En estas frases, que firmó el Libertador Simón Bolívar como "El Americano", está la esencia de las relaciones entre Venezuela y Colombia: unas relaciones signadas por un "afecto fraternal recíproco" que ninguna maquinación podrá alterar, que ningún obstáculo podrá vencer, que ningún dique podrá detener.

Entre pueblos como los nuestros, con tan intensas relaciones humanas, territoriales, económicas y políticas, es natural que ocurran incidentes o que aparezcan perturbaciones, pero éstos jamás podrán soslayar la verdadera esencia de nuestra amistad y de nuestra vocación integradora.

Hace sólo unas semanas los mecanismos binacionales que fortalecimos e impulsamos conjuntamente en Santa Marta estaban viviendo una crisis, en medio de discrepancias que agregaban un ruido innecesario a nuestras relaciones. Fue entonces cuando nos reunimos el Presidente Chávez y yo en la hermosa Ciudad Guayana, con el fin de superar los malentendidos y de consolidar una agenda firme y transparente para el diálogo bilateral, la profundización de la integración binacional

y subregional, y el adelanto de proyectos comunes, particularmente aquellos destinados a la integración fronteriza.

Esta visita que hoy nos honramos en recibir forma parte de esa nueva dinámica de nuestras relaciones que ventilamos con franqueza de hermanos en el imponente escenario de la naturaleza venezolana, con los ojos y el espíritu maravillados por las aguas interminables del Salto Ángel.

La agenda entre Venezuela y Colombia no está caracterizada por las dificultades. Tenemos el deber de privilegiar y profundizar la agenda positiva porque son muchas las obligaciones comunes y los desafíos que nos imponen la globalización y los problemas compartidos.

¡Qué satisfactorio es, señor presidente Chávez, poder decir hoy a nuestros pueblos que hemos acordado la reactivación plena de todos los mecanismos bilaterales vigentes y que, de hecho, ya varios de ellos se encuentran operando a toda marcha!

En efecto, el excelente mecanismo de la Comisión Bilateral Fronteriza –Combifrón– para el diálogo y la cooperación entre nuestras Fuerzas Armadas, lideradas por los respectivos Ministros de Defensa, ha vuelto a operar con una reunión formal que acaba de culminar en Caracas. Dicha nueva reunión es la mejor prueba de la confianza que existe entre nuestras autoridades militares y de su decisión de coordinar acciones para optimizar resultados.

También determinamos acelerar los trabajos sobre múltiples temas de interés común que adelanta la Comisión Presidencial de Integración y Asuntos Fronterizos, gestiones que avanzan a buen ritmo y que se vieron especialmente impulsadas en la última reunión de la Comisión en Santa Marta, con la presencia de la Vicepresidenta de Venezuela, Adina Bastidas, y del Vicepresidente de Colombia, Gustavo Bell.

No tienen por qué existir indefinidamente asuntos pendientes entre dos naciones tan cercanas y amigas. De ahí la importancia de la Comisión Presidencial Negociadora, para que resolvamos los asuntos de mayor complejidad de común acuerdo, según las metodologías convenidas,

para lograr que nuestras excelentes relaciones lleguen a ser óptimas. Yo estoy seguro, señor Presidente, de que los Gobiernos de Venezuela y de Colombia tenemos la madurez y la voluntad para encontrar soluciones equilibradas dentro del Derecho y la amistad.

Estamos listos para una nueva reunión de la Comisión Presidencial Negociadora. ¡La luz de la razón, el sentido de responsabilidad histórica y el calor del corazón lleno de afecto habrán de presidir sus deliberaciones!

Señor Presidente:

Tenemos, Venezuela y Colombia, muchos campos de acción conjunta. No sólo en la Comunidad Andina –sobre cuyo desarrollo tuvimos oportunidad de disertar en el encuentro de hoy con los empresarios de nuestros países– sino también en el Grupo de los Tres que hoy avanza con nuevos bríos después de su reciente relanzamiento en Caracas.

También trabajamos juntos en los más importantes foros internacionales, como las Naciones Unidas –donde Colombia lleva una importante vocería latinoamericana en el Consejo de Seguridad– y la Organización de Estados Americanos, cuyo Consejo Permanente hoy preside mi país.

Somos ambas naciones integrantes del Grupo de Río, del Grupo de los 77 y de la Asociación de Estados del Caribe, cuya próxima cita a fines de este año en su país será la oportunidad propicia para seguir construyendo un gran Caribe sin exclusiones, vinculado por una identidad cultural, por una cooperación creciente y por la intensificación y agilización del transporte y el comercio entre los países que lo integran.

Mención especial quiero hacer del Grupo de los 15, donde Colombia fue admitida el año pasado con el generoso aval de Venezuela, que también lo integra. En este grupo, conformado por varias de las principales economías emergentes, y que se reunirá a finales de este mes en Yakarta, pueden nuestros países estimular la creación de vínculos económicos con otros socios del mundo en desarrollo, ampliar las posibilidades de la cooperación sur-sur y contribuir a mejorar nuestra capacidad de negociación en los foros internacionales.

Colombia apoyará con entusiasmo la propuesta de Venezuela para ser la sede de la Cumbre del Grupo en el año 2002 y ofrece desde ya su decidida colaboración para contribuir positivamente a la realización de este evento, así como a su proceso preparatorio.

Querido Presidente y amigo:

Siempre hemos valorado el respaldo de su Gobierno al proceso de paz que estamos adelantando en Colombia. Su continua disponibilidad, y su reciente incorporación como uno de los países facilitadores del proceso de paz con las Farc-Ep, es una muestra palpable del genuino interés de Venezuela por la suerte de sus hermanos colombianos.

Agradecemos también de corazón su respaldo recientemente manifestado al componente social del Plan Colombia, que reúne la gran mayoría de sus programas e inversiones. ¡Nada distinto esperaríamos de nuestros hermanos venezolanos!

Sepa también, señor Presidente, que en Colombia miramos con gran interés su proyecto bolivariano enfocado a aliviar la situación social de sus compatriotas y que, como siempre, puede Venezuela contar con nuestra colaboración en lo que sea necesario.

Usted, señor presidente Chávez, se ha declarado amigo de Colombia y mi pueblo agradece su interés y su apoyo dentro de los cauces de la transparencia que deben regir nuestras relaciones. En prueba de este agradecimiento, hoy he tenido la feliz oportunidad de hacerle entrega del Gran Collar de la Orden de Boyacá, como un homenaje de la patria colombiana a un Presidente amigo que está dispuesto a jugársela por nuestro país.

Yo sé que usted, enamorado como es del ideario bolivariano, apreciará más que nadie esta condecoración que hoy lleva en su pecho, pues es la misma que instituyó el Libertador Simón Bolívar al día siguiente de la Batalla de Boyacá para premiar a quienes mejor sirvieron a Colombia.

¡Llévela usted, señor presidente Hugo Chávez Frías, como el testimonio de un pueblo hermano que sólo espera lo mejor de Venezuela!

Valga la oportunidad también para expresar nuestra admiración y cariño hacia su distinguida y amable esposa.

Marisabel: En tantos y tan gratos encuentros que hemos tenido en estos últimos años, usted ha puesto siempre un toque de alegría y de cordialidad que realmente perdura en nuestros corazones. Yo sé que todos los colombianos, que hoy la han podido conocer mejor a través de esta visita, concuerdan con Nohra y conmigo en que la Primera Dama de Venezuela es una mujer cálida y afectuosa que, con razón, es querida por su pueblo y es la fuerza y el apoyo oportuno de su esposo.

Debo agradecer, además, que hoy hayan traído con ustedes a Rosinés, una pequeña y hermosa venezolana que encontrará siempre en Colombia a un país que la recibe con los brazos abiertos. Sobra decir que Valentina ha sido la más beneficiada de esta visita, que se ha convertido en un verdadero intercambio bilateral, pero de juegos, de risas y de rondas infantiles. Cuando las veo jugar, señor presidente Chávez y querida Marisabel, a los reinados de belleza, como lo hicieron esta tarde, es como ver en la forma de dos niñas inocentes el futuro promisorio que espera a nuestras dos naciones si obran juntas y en cooperación, con la alegría y la transparencia de dos pequeñas niñas. ¡Ellas sí que simbolizan, como decía esta mañana, la primavera en flor de nuestras relaciones!

Ya para terminar, apreciado Presidente Chávez –y recordando que usted dijo en Caracas que iba a aprovechar la Semana Santa para leer una biografía del General Rafael Uribe Uribe–, quiero citar una frase de este gran líder colombiano, que luchó como nadie por sus ideales pero que también fue el adalid de la reconciliación nacional:

"Si seguimos distraendo la atención y empleando el tiempo en cuestiúnculas y en rencillas, estemos seguros de que este siglo se nos acabará como el pasado, sin haber adelantado un paso."

Por fortuna, las relaciones entre nuestros países han superado ya el tiempo de distraernos en lo accesorio y pueden ahora concentrarse en lo fundamental, que no es otra cosa que el progreso conjunto y armónico de nuestros pueblos.

Los invito, entonces, en compañía de Nohra, a brindar por este futuro que estamos construyendo, por mi querido invitado el presidente Hugo Chávez, por su señora esposa Marisabel de Chávez y su linda Rosinés, por el hermano pueblo venezolano, por su felicidad y por la buena ventura de nuestras relaciones.

PERÚ Y COLOMBIA TIENEN UN COMPROMISO INAPLAZABLE CON LA INTEGRACIÓN ANDINA

Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango, con motivo del homenaje ofrecido por el presidente de la República de Perú, Valentín Paniagua Corazao.

Lima, Perú, 7 de mayo de 2001.

Es un gran honor para mí estar hoy en esta bella Lima de la tradición, disfrutando de la inmensa hospitalidad del pueblo peruano y muy particularmente de mi buen amigo, el presidente Valentín Paniagua y de su digna esposa, doña Nilda Jara de Paniagua. Pero más que un honor, es un placer, porque venir al Perú es desandar el camino que nos trae de regreso a lo más grande y emocionante de nuestros orígenes telúricos e históricos.

Hace apenas una semana se reveló al mundo que en Caral, a sólo 125 kilómetros de esta capital, se han identificado los restos de la ciudad más antigua de América, una ciudad que pudo estar en su apogeo hace más de cuatro milenios.

Pero, si no existiera Caral, ya era suficiente motivo de admiración la belleza mineral de Cuzco –su querida ciudad, señor Presidente–, la altiva imponentia de Machu Picchu, o el interminable espejo del lago Titicaca, con la leyenda y la magia del gran Imperio Inca.

Bastaba con la inmensa cultura de los peruanos: con el sorprendente aporte histórico y literario del Inca Garcilaso de La Vega; con el romanticismo de Ricardo Palma y sus *Tradiciones Peruanas*; con el pensamiento libre de Manuel González Prada; con el indigenismo de José María Arguedas y de Ciro Alegría; con la prosa moderna de Vargas Llosa, de

Bryce Echenique y de Ribeyro, y con la poesía sugerente e inolvidable de César Vallejo.

Bastaba, en fin, para quienes creemos en los valores cristianos, con recordar a dos santos peruanos que son patrimonio espiritual de América Latina: Santa Rosa de Lima y el humilde San Martín de Porres, patrono de esa justicia social por la que tanto luchamos en nuestros países.

Venir al Perú, señor presidente Paniagua, es hacer un recorrido de admiraciones y de afectos, que pasa también por la inolvidable música de Chabuca Granda.

Y es más emocionante todavía cuando regresamos a un Perú inmerso en un proceso democrático renovador, que ha sido posible gracias a la madurez del mismo pueblo peruano, gracias a la conducta patriótica de su Congreso y gracias a las bondades de un gobierno de transición que cuenta con la orientación de un hombre con sus capacidades y con el aporte de un personaje de talla mundial como Don Javier Pérez de Cuéllar presidiendo el Consejo de Ministros y sirviendo a la vez como Ministro de Relaciones Exteriores. ¡Este es un gobierno de lujo, señor Presidente, que puede garantizar al Perú y al mundo la transparencia de una democracia que se recupera valiente y serenamente de un fuerte traumatismo!

Es también encomiable el apoyo internacional que ha tenido este proceso en el Perú, manifestado principalmente a través de la Organización de Estados Americanos, gracias a la comprometida labor de su Secretario General, el doctor César Gaviria Trujillo, y a su acompañamiento en la Mesa de Diálogo.

No olvidemos que aquí en Lima firmamos los Presidentes de la Comunidad Andina en junio del año pasado un "Compromiso de la Comunidad Andina por la Democracia". ¡Qué bueno ver hoy en el Perú que esta palabra cobra un nuevo y fortalecido sentido, y que es esta misma nación la que está liderando la iniciativa de preparar una Carta Democrática Interamericana que sistematice y refuerce los instrumentos existentes de la Organización de Estados Americanos para la defensa de la

democracia representativa! Desde ya, señor Presidente, manifestamos nuestro apoyo a esta magnífica idea.

Apreciado presidente Paniagua:

Las reuniones entre el Perú y Colombia se producen, para fortuna nuestra, en medio de la familiaridad y el afecto con que se reúnen dos hermanos que viven en casas vecinas y que a menudo se encuentran para tratar de sus problemas y de sus anhelos comunes.

En esta nueva era de nuestras relaciones podemos ver con satisfacción cómo están operando nuestros múltiples mecanismos bilaterales para adelantar el trabajo de nuestra cooperación y de nuestra armónica vecindad.

En primer lugar, tenemos nuestra Comisión de Vecindad e Integración, que como gobernantes tenemos el deber de apoyar e impulsar para que sus recomendaciones tengan cabal cumplimiento.

En este sentido, es bueno poder contar que, precisamente en desarrollo de las recomendaciones de la Comisión, nuestros cancilleres suscribieron hace tres semanas en Bogotá dos solicitudes conjuntas de financiamiento internacional que forman parte del mencionado Plan de la Cuenca del Putumayo: una destinada a la CAF para el "Manejo Integral y Sostenible de los Bosques de Tarapacá y Flor de Agosto" y otra dirigida a la FAO para el "Manejo Integral de Pesca".

Muy importantes, igualmente, han sido las reuniones entre las autoridades militares de nuestros países, que permiten armonizar sus actividades, aumentar su capacidad de acción en las fronteras, mejorar su inteligencia y coordinar conjuntamente la lucha contra los delincuentes. Este ejercicio, de por sí provechoso, será complementado por mecanismos político-diplomáticos de alto nivel, que se empeñarán en construir medidas de confianza entre nuestros dos países.

Otros mecanismos de cooperación técnica y de cooperación para el desarrollo alternativo, la prevención del consumo y el control del tráfico ilícito de estupefacientes están también operando y deben seguir ha-

ciéndolo con un mayor seguimiento de sus recomendaciones, en bien de nuestras relaciones bilaterales.

En este último campo, relativo a la producción y comercio de drogas ilícitas, quiero insistir en la propuesta de mi país para que definamos dentro de la Comunidad Andina un Plan Estratégico Andino para la lucha contra el problema mundial de las drogas ilícitas, incluyendo el combate de todos los delitos conexos, como el desvío y contrabando de insumos químicos, el tráfico ilegal de armas y el lavado de activos, desde un enfoque integral. ¡Sólo unidos podemos vencer un delito transnacional como lo es el narcotráfico!

Señor Presidente:

Usted y yo, como líderes de dos países vecinos y hermanos, que reúnen dentro de sus límites una población superior a los 65 millones de personas, que esperan ansiosas los beneficios del desarrollo y de la globalización, tenemos un compromiso inaplazable con la integración andina.

Han sido más de tres décadas de construcción de un esfuerzo común que no podemos echar por la borda. Por el contrario, tenemos que intensificar los logros alcanzados en la última década del siglo XX, cuando le dimos un segundo aire a la Comunidad y diseñamos en Trujillo un completo "Sistema Andino de Integración".

Hemos avanzado en la conformación de una Zona de Libre Comercio con el Perú a la cual aún le faltan importantes tramos de desgravación y en la creación de una Unión Aduanera que, aunque imperfecta, espera la incorporación del Perú. Sólo una gran voluntad de nuestros países permitirá adelantar este proceso y así hacer posible nuestra aspiración de constituir un Mercado Común antes de terminar el año 2005.

También formamos parte Perú y Colombia del Grupo de Río, cuyo papel de interlocutor de la región en los foros internacionales se ha fortalecido en los últimos años, y del sistema de Cumbres Iberoamericanas, la próxima de las cuales se celebrará en este país, donde estaremos prestos a contribuir en los temas que se propongan.

Colombia mira con interés hacia el Océano Pacífico. Por lo mismo, insistimos en nuestra intención de hacer parte del grupo de Cooperación Económica de Asia Pacífico –APEC–, una solicitud que aspira a contar con el respaldo solidario del Perú, y que implica, además, el trámite de la suspensión de la moratoria al ingreso de nuevos miembros.

Por último, ahora que nuestro país ocupa un lugar como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, quiero reiterar al Perú que allá actuaremos como voceros de la región latinoamericana, siempre defendiendo la aplicación y la vigencia de los principios y normas del derecho internacional.

Apreciado Presidente Paniagua:

Hoy quiero aprovechar para agradecerle, muy especialmente, sus manifestaciones de decidido respaldo al Proceso de Paz que vengo liderando en mi país, así como a los planes de desarrollo social y económico y de fortalecimiento institucional que promueve mi Gobierno.

Este apoyo, al que se unió en la reciente Cumbre de las Américas de Quebec la totalidad de los mandatarios de los Estados de América, es una inyección de aliento a Colombia, que lucha denodadamente por derrotar la violencia, el narcotráfico y la pobreza para instalarse al fin en un horizonte de desarrollo, seguridad y paz. También celebro y agradezco la reciente incorporación del Perú al Grupo de Apoyo al Proceso de Paz, que realizó su última reunión hace una semana en Bruselas.

En el contexto de nuestra agenda bilateral es resaltable la suscripción, el mes pasado, por nuestros cancilleres del "Memorándum de Entendimiento para el Tratamiento de Posibles Personas Desplazadas en la Zona de Frontera", el cual establece mecanismos para prevenir y tratar los eventuales casos de desplazamiento transfronterizo, los cuales, por fortuna, no se han presentado.

Apreciados presidente Paniagua y amigos peruanos:

He venido a Lima a refrendar de palabra y de obra el hondo afecto de mi gente hacia el pueblo del Perú.

Es hondo el pasado que nos liga, es importante el presente que nos reúne y será aún más grande nuestro porvenir si actuamos juntos, con fraternidad y solidaridad.

Gracias por su hospitalidad hacia este emisario de la verde Colombia, de la dulce Colombia, de la aromática Colombia, que hoy viene, emocionado, a depositar en la sede de la cultura inmemorial de los incas una ofrenda de amistad y de cariño.

Brindo por usted, presidente Paniagua, y por su impecable gestión al frente del Gobierno de Transición; brindo por su señora esposa, doña Nilda; brindo por mis buenos amigos peruanos, y brindo por el feliz destino de esta nación que hoy renueva su fe en la democracia y en sus valores republicanos. ¡Que Dios los bendiga!

**LOS PERUANOS ESTÁN CONSCIENTES
DE QUE NO TIENEN NADA QUE TEMER
Y SÍ MUCHO QUE GANAR CON LA ADECUADA
INPLEMENTACIÓN DEL PLAN COLOMBIA**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en el Congreso de Perú.*

Lima, Perú, 7 de mayo de 2001.

Hoy me siento muy honrado al dirigirme a un Congreso valiente y patriótico que ha puesto su fe en los valores democráticos. Éste no es un Congreso cualquiera, sino uno que pasará a la historia del Perú y de América por haber logrado el retorno del país a una democracia plena, respetando siempre la Constitución y las leyes, por encima de las adversas circunstancias.

Este Congreso de la República del Perú hoy hace honor a la voluntad popular, adelantando con coraje investigaciones sobre asuntos de gran trascendencia para la consolidación de la democracia.

Este es un Congreso que asumió con vocación patriótica los acuerdos logrados en la Mesa de Diálogo promovida por la Organización de Estados Americanos, gracias a la cual se allanaron los cambios que hoy posibilitan que el Perú viva un proceso democrático abierto y transparente del cual estamos pendientes todos los países de América.

Me siento orgulloso, de verdad, por estar hoy en el máximo órgano legislativo de una república que se levanta con dignidad de un momento difícil, pero que lo difícil lo hace con el apoyo de los países amigos, como Colombia, y con la conciencia de que la democracia es el norte que nunca se puede perder.

Para Colombia, el Perú es una nación admirada y querida que nos evoca la más grande cultura indígena de América del Sur, como lo fue el Imperio Inca, y el aporte de inteligencia y arte que realizaron intelectuales de gran peso en América como Ricardo Palma, Manuel González Prada, César Vallejo, Ciro Alegría y José María Arguedas, sin mencionar a tantos que en los tiempos actuales siguen recreando el imaginario cultural de nuestras naciones.

Las relaciones entre nuestros pueblos hoy están llamadas a profundizarse más que nunca en el nuevo entorno político del Perú. Y bien podemos hacerlo, con vocación de amistad y cooperación, no sólo bilateralmente, sino también en el marco subregional que nos es propio: la Comunidad Andina.

Esta Comunidad, a la que pertenecemos con orgullo, es la suma natural de nuestras posibilidades en un conjunto con peso en el horizonte internacional. Por eso me congratulo por sus avances; por los compromisos asumidos en Guayaquil, Cartagena y Lima, y por la riqueza de su institucionalidad. Por eso los invito a ustedes, señores congresistas peruanos, a acompañarla y a defenderla con decisión.

Queremos integración, pero una integración vital y progresiva. Una integración sería que implique para sus miembros una sujeción estricta a sus normas y a las disposiciones de sus órganos. Una integración que presente ante el mundo el mapa de una región unida en la democracia y en el respeto a los derechos humanos, con reglas claras y ciertas que se cumplan por encima de los intereses sectoriales.

Sabemos que la consolidación de la Comunidad Andina es el primer paso para una integración latinoamericana y hemisférica de más largo alcance, como la que hemos planteado en el Grupo de Río, en la Cumbre de Presidentes Suramericanos de Brasilia y en la Cumbre de las Américas. Sólo unidos en el concurso de nuestros intereses, con el firme piso de una tradición y una cultura compartidas, podremos alcanzar el lugar que nos corresponde en el nuevo orden internacional.

La integración entre nuestros pueblos es un legado del pasado y un desafío de la historia. ¡Que no seamos nosotros jamás sus verdugos, sino, todo lo contrario, sus mayores impulsores!

Honorables Congresistas:

El Perú y Colombia, históricamente, se han apoyado en medio de las múltiples dificultades que cada país ha tenido que sortear, con la íntima convicción de que nuestro progreso es interdependiente y de que el bienestar del uno es también el mejor porvenir del otro.

Desde el norte, desde el final ramificado de nuestra común cordillera andina, 40 millones de colombianos observamos con interés y los mejores deseos el devenir político y económico del Perú. No han sido tiempos sencillos para nuestros amigos peruanos, pero hemos visto, con satisfacción, que, después de todo, la democracia ha dicho la última palabra y ha sostenido su vigencia.

Quiero decirlo hoy ante ustedes, señores congresistas, con voz alta y sincera: Colombia está con el Perú, sufre sus dolores y comparte con inmensa alegría sus triunfos. No hay nada, ¡ni tiene por qué haber nunca nada!, que nos separe. Somos vecinos, somos hermanos, somos hijos de unos mismos ideales, de una misma historia y de un mismo Libertador.

El futuro, por ello, será nuestro si lo construimos juntos, con solidaridad y con respeto.

Y, con la misma sinceridad con que se habla en la casa del hermano, hoy quiero compartir con ustedes, dignos representantes del pueblo peruano, lo que pasa en mi país, de lo que estamos haciendo en Colombia para labrar un futuro de paz, de progreso y de justicia social, que no sea sólo nuestro, sino que irradie también a nuestros vecinos.

Cuarenta años hemos estado sufriendo los estragos de un conflicto armado desatado por una minoría que no alcanza siquiera al 0,1 por ciento de nuestra población, pero que ha insistido, tristemente, en buscar a través de la violencia lo que sólo puede alcanzarse en un contexto democrático.

Desde que asumí la Presidencia me propuse buscar una solución pacífica y negociada a este problema, siguiendo el mandato que el pueblo

colombiano expresó en las urnas, y no he cejado ni un minuto en ese esfuerzo. Lo primero que hice, como Presidente electo, fue reunirme personalmente con el máximo líder de las Farc-Ep, la guerrilla más grande y más antigua de Colombia, y sentar las bases del proceso de diálogo que hoy tenemos.

A partir de ese momento revivieron las esperanzas de alcanzar una paz negociada y hemos avanzado en ese propósito, por encima de las múltiples y obvias dificultades que implica un proceso de esta naturaleza.

Falta mucho camino, seguramente, pero hoy podemos contar con orgullo a la comunidad internacional que el proceso está vivo, que está operando una Mesa de Diálogo, que tenemos una Agenda definida, que hemos recibido propuestas de todos los rincones de Colombia y que la negociación continúa por encima de los obstáculos, porque estamos convencidos de que una paz sólida sólo se construye sobre cimientos de convivencia y jamás sobre las armas de la destrucción. Sabemos, como decía Víctor Hugo, que "la verdadera gloria no está en vencer, sino en convencer".

Pero la paz no se alcanza sin desarrollo. La paz no se alcanza sin igualdad de oportunidades. La paz no se alcanza en tanto subsista la nefasta economía del delito y el narcotráfico, que financia el caos, porque vive del caos.

Por eso mi Gobierno diseñó una estrategia integral que abarca la complejidad de la situación colombiana y busca, mediante la operación en varios frentes, fortalecer la presencia del Estado y su institucionalidad.

Esa estrategia es el Plan Colombia, un Plan que incluye mecanismos y programas para reactivar la economía, impulsar las negociaciones de paz, fortalecer la justicia y promover los derechos humanos, aumentar la inversión social –con énfasis en las zonas de conflicto o con cultivos ilícitos–, realizar procesos de sustitución y desarrollo alternativo integral, y luchar contra el narcotráfico.

Es importante precisar que el Plan Colombia es un plan netamente colombiano que goza de respaldo internacional y que consta de un pro-

grama que se desarrollará en 3 años por un valor de 7.500 millones de dólares, en el cual Colombia, un país que hasta ahora ha asumido la mayor carga en lo que a la lucha contra el narcotráfico se refiere, aportará 4.000 millones.

Yo sé que en muchos casos se ha interpretado el Plan dando un desmesurado énfasis al componente militar. Por ello, es bueno aclarar que éste contiene mucho más que unos helicópteros y que un programa de fumigación. Cerca del 80 por ciento del Plan Colombia se refiere a aspectos sociales y políticos, y no militares. Es un Plan de paz, para la paz y para el fortalecimiento del Estado.

Sería un gran error considerar que el Plan Colombia es un plan de guerra. Es cierto que nuestros esfuerzos son contra el narcotráfico, pero al mismo tiempo son esfuerzos a favor de la paz. Son, sobre todo, esfuerzos en pro de nuestros pobres, de nuestros campesinos y del porvenir de nuestros niños.

La comunidad internacional, cada vez más consciente de la responsabilidad compartida que existe en el manejo del problema mundial de las drogas ilícitas, está apoyando esta estrategia, porque comprende que no es sólo para el beneficio de un país, sino también para el mejor futuro de la humanidad.

¿Y qué pueden esperar nuestros vecinos, como el Perú, que miran con justificable interés lo que ocurre en nuestro país? Lo que pueden esperar es que la mayor presencia del Estado colombiano en las regiones cercanas a sus fronteras derive también en mayor seguridad y mejor comercio para ellos.

Hoy, por fortuna, los peruanos están conscientes de que no tienen nada que temer y sí mucho que ganar con la adecuada implementación del Plan Colombia.

La pregunta correcta es: ¿Cuál sería el destino de las zonas fronterizas si no se hace algo a tiempo y se dejan abandonadas al imperio del narcotráfico? ¡Ahí sí que habría motivos para temer, ante una verdadera amenaza regional! Pero traer seguridad, inversión social y presencia

estatal son objetivos que consultan nuestros intereses comunes y que se cumplirán mejor aún si contamos con la cooperación y comprensión peruanas.

Juntos, Perú y Colombia, tenemos mucho que compartir en nuestro camino hacia el progreso y la justicia social. Si obramos coordinadamente, si hacemos del desarrollo fronterizo un proyecto binacional, tendremos al futuro en nuestras manos.

Ustedes y nosotros lo sabemos: Las armas solamente jamás podrán desterrar el narcotráfico o a la guerrilla del panorama colombiano o latinoamericano. La seguridad sin desarrollo es un espejismo inalcanzable. Por eso, es fundamental que avancemos juntos en el diseño y la implementación de planes de desarrollo social como afortunadamente ya venimos avanzando en el Plan de Desarrollo Integral de la Cuenca del Putumayo. Es mejorando la calidad de vida de las comunidades asentadas en nuestras zonas fronterizas como podemos convertirlas en fuentes de progreso y de mayor unión entre nuestros pueblos. Trabajemos juntos con entusiasmo para alcanzar ese propósito.

Amigos congresistas de esta querida República del Perú:

Nada ensombrece la larga y profunda amistad entre nuestras naciones. Nada debe entorpecer nuestro camino promisorio de integración. Sólo tenemos motivos para ayudarnos mutuamente, para respaldarnos y para cooperar en las diversas instancias políticas, económicas, culturales y sociales.

Hoy, en esta "casa de la democracia peruana", ante los representantes de esta nación que no se doblega ante la adversidad, vengo a traerles el testimonio de amistad de mi pueblo colombiano.

Reciban nuestro sentido homenaje a esta tierra de historia y tradición que guarda lo más hondo de la herencia americana y del legado hispánico.

Reciban mi cariño y el cariño de mi gente, a la patria de Tupac Amaru y de José Gabriel Condorcanqui, a la guardiana de los Andes, de Machu

Picchu y de Cuzco, a la tierra que dio gloria a Bolívar, a Sucre y a San Martín, a la orgullosa heredera del legado del Imperio del Sol.

Colombia, por mi intermedio, su hermana de sangre, su hermana en la democracia, deposita en este Congreso Nacional un voto simbólico por la felicidad, la prosperidad y la paz perenne del Perú.

NUESTRA FUERZA ES LA FE INCONMOVIBLE EN LOS PRINCIPIOS DE LA LIBERTAD Y DE LA DEMOCRACIA

*Conferencia del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la Academia Diplomática de Perú.*

Lima, Perú, 7 de mayo de 2001.

Para mí es especialmente grata la oportunidad de exponer la situación actual de mi país a este selecto auditorio, donde están presentes los peruanos que determinan y analizan el devenir internacional de la región y de esta nación hermana.

Me siento particularmente honrado al venir a hablar hoy ante representantes de la academia del Perú en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos porque estamos, además, a pocos días de celebrar un evento de inmensa trascendencia, no sólo para el Perú sino para toda América Latina: los 450 años de este centro académico, decano de América, fundado el 12 de mayo de 1551 por el dominico Fray Tomás de San Martín, en un acto que dio inicio a un camino de educación y cultura que se extendió por todo el continente.

Por su claustro histórico han pasado hombres de la talla de Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre, Manuel Vicente Villarán, Víctor Raúl Haya de la Torre y Mario Vargas Llosa, entre otros muchos que han dejado una huella en el ámbito cultural y político de América. Con este breve recuento de admiración quiero rendir, en esta tarde limeña, un homenaje a la Universidad de San Marcos, al Perú y a su inmenso aporte intelectual a sus vecinos de América.

Con tan hondo y feliz antecedente hoy quiero tratar ante ustedes algunos temas que considero fundamentales para comprender la complejidad de la situación interna que vive mi país.

Una larga y compleja historia

Colombia, como las demás naciones del mundo contemporáneo, tiene una larga y compleja historia, llena de éxitos pero también de duras pruebas; con muchas cosas aún por hacer pero con sus propios valores, su propia cultura política y sus sólidas instituciones, forjadas en medio de obstáculos como quizás ningún otro país de Latinoamérica.

Hemos vivido largos períodos de paz durante los cuales sembramos las bases de nuestro desarrollo, pero a esos años han sobrevenido otros de confrontación violenta que han amenazado con destruirlas. Sin embargo, y pese a las enormes dificultades, los colombianos seguimos trabajando y produciendo para un mejor futuro, con la confianza que nos da el conocimiento de un pasado que ha sido testigo más de una vez de la grandeza de nuestras gentes.

En mi país, por fortuna, la práctica de la democracia, las elecciones libres, el respeto a las libertades fundamentales, la promoción de los derechos humanos, incluyendo en éstos los derechos sociales y económicos, así como los llamados derechos de tercera generación, sigue siendo característica esencial de nuestro sistema político.

Esto lo traigo a cuento porque a veces se olvida que Colombia ha construido pacientemente una institucionalidad respetable, que ha resistido durante los últimos lustros el embate feroz de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo, que no se ha alejado de la democracia, que la legitimidad del gobierno es indiscutible, y que su clase dirigente ha logrado abrir a todos los sectores de la sociedad el esquema político, en un sistema multipartidista que cada vez incluye más opciones independientes y novedosas.

Colombia ha sido y sigue siendo un baluarte de democracia, estabilidad política y estabilidad económica en América Latina.

Violencia y narcotráfico: dos fenómenos inseparables

Colombia atraviesa, ciertamente, circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero estamos seguros de que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

En mi país vivimos un conflicto armado que nos desangra. No es una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil en la que grupos de guerrilleros y de justicia privada, que no cuentan con respaldo popular y cuyos miembros no suman 40.000 personas, continúan levantados en armas, en el marco de un conflicto armado que ya lleva casi cuatro lustros. Pero, lo que es más grave: esos grupos subversivos o de justicia privada se financian en buena parte con dineros provenientes de los narcotraficantes, que son la otra plaga que ha incidido negativamente en el devenir colombiano.

Estos dos fenómenos, violencia y narcotráfico, que se alimentan y degradan entre sí como un círculo vicioso, son factores que generan mayor pobreza, desempleo e inseguridad a una gran parte de la población colombiana, que anhela merecidamente trabajar en actividades lícitas para alcanzar progreso y paz.

Mi Gobierno ha entendido la necesidad urgente de escapar de este círculo fatal con medidas audaces y procesos que involucren la voluntad de toda la nación, y desde hace más de dos años ha venido trabajando, de la mano de todos los colombianos y de la comunidad internacional, en solucionar estos graves problemas.

Con este fin diseñamos una estrategia integral que permita a nuestro país salir adelante y caminar con decisión hacia las promesas y los desafíos del siglo XXI. A esta estrategia la denominamos Plan Colombia. Muchos de sus críticos, en ocasiones sin conocerlo bien, han pretendido verlo como un plan militarista. Sin embargo, el Plan Colombia se centra particularmente en el fortalecimiento de las instituciones democráticas y en la búsqueda de un mayor desarrollo social para la población más vulnerable del país. Por fortuna, hoy en el Perú ya se está entendiendo la verdadera esencia de esta estrategia que es, ante todo, un plan de desarrollo y un plan de paz.

Con nuestros propios recursos y con el respaldo de la comunidad internacional hemos comenzado a implementar la más grande estrategia para fortalecer la democracia, para mejorar la participación ciudadana, para alcanzar la paz, para luchar efectivamente contra el narcotráfico, para modernizar y ampliar el acceso a la justicia, promover aún más la protección de los derechos humanos y realizar programas sociales que

proporcionen progreso y bienestar que aseguren a la población más necesitada y más golpeada por la violencia y la miseria una vida más digna.

La amenaza del problema mundial de las drogas

El narcotráfico, sin duda, con los inmensos recursos económicos que genera, ha sido el principal catalizador de la violencia en el país; ha distribuido grandes sumas de dinero en diferentes sectores sociales, alimentando grandes círculos de corrupción; ha desplazado con cultivos ilícitos la tradicional geografía agrícola de nuestro país, así como impulsado la perversa colonización de nuevos territorios para su expansión. En esas zonas, y por la razón misma de ser una actividad ilícita, el narcotráfico se desenvuelve en medio de una dramática violencia con altos costos sociales, que lo convierten en un generador de conflictos y de pobreza.

Colombia, sin embargo, pese a que no ha contado con los suficientes recursos para enfrentar tal amenaza, jamás ha claudicado ante ella. Por el contrario, sacrificando buena parte de sus mejores hombres y mujeres, y desviando importantes recursos que bien pudiesen haberse invertido en desarrollo social, el país ha asumido con entereza y valentía la parte que le corresponde frente a un delito que tiene una naturaleza claramente internacional.

Si seguimos en la lucha no es porque alguien nos lo exija sino por una profunda convicción ética y porque sentimos que tenemos un compromiso, no sólo con los colombianos, sino con las nuevas generaciones del mundo entero.

Si alguna nación puede entendernos, porque lo ha sufrido en carne propia, es el Perú. El problema de las drogas ilícitas es un problema de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Los países productores, los países consumidores, los que producen los precursores químicos para fabricar la droga, los de tránsito y aquellos donde se lavan los dineros provenientes del delito, todos tenemos que unirnos en un frente común

que nos permita disminuir simultáneamente la oferta y la demanda de estos venenos. ¡Es por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos!

La amenaza de las drogas afecta también la seguridad ambiental del planeta y ha causado gran destrucción en el ecosistema colombiano, que contiene el 10 por ciento de la biodiversidad de la tierra y que se ve seriamente afectado por la deforestación producida por los cultivos de coca y amapola. Se calcula que en los últimos 10 años se ha destruido, por causa de la droga, cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en Colombia. Es una cifra aterradora que nos mueve a todos a la acción.

Es importante hacer una claridad adicional: es mucho mayor el daño ambiental que producen los narcotraficantes al sembrar y producir la droga que el que pudiera derivarse de los procesos de fumigación que realiza el Gobierno sobre los cultivos ilícitos extensos, donde se utilizan parámetros técnicos rigurosos para minimizar los efectos nocivos en la población y el medio ambiente. En efecto, mientras en 1998 se emplearon 150.000 litros del herbicida glifosato para fumigar, el narcotráfico empleaba 163.000 toneladas de químicos para la siembra y el procesamiento de droga.

La Paz: un propósito esencial

Dentro de las estrategias encaminadas a recuperar nuestra viabilidad como nación considero primordial adelantar un amplio proceso de paz con las organizaciones guerrilleras, para alcanzar la conciliación por la vía del diálogo y no por el penoso camino de las armas. He adquirido ese compromiso con mi patria y por ello personalmente he visitado en tres oportunidades a los líderes guerrilleros en sus campamentos, en las montañas o en la zona de distensión, y he asumido el liderazgo de un proceso que avanza con ritmo lento pero seguro.

Por tratarse de problemas alimentados en medio de una compleja trama de procesos históricos, no hemos prometido milagros sino trabajo serio y responsable, audacia para buscar salidas creativas, tenacidad para enfrentar las adversidades y valor para aplicar los correctivos, por dolorosos que ellos sean. Superar este conflicto mediante la negociación y el diálogo es un reto que mi Gobierno ha asumido en cumplimiento del mandato que le otorgaron millones de colombianos.

En Colombia, la inmensa mayoría queremos la paz y no la confrontación, y en ese propósito estoy comprometido, en una política que no es sólo del Gobierno sino que corresponde a una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales de la nación.

Hoy puedo decir que, a pesar de los recientes tropiezos en el proceso, hemos avanzado en dos años lo que fue impensable durante décadas. Con las Farc-Ep, el grupo guerrillero más grande y antiguo del país, hemos iniciado un proceso de negociación, con una agenda y unos procedimientos definidos, en el cual han intervenido todos los estamentos de la nación. Las fuerzas vivas de Colombia, mediante un proceso de audiencias públicas, expusieron ante un Comité Temático integrado por miembros de las instituciones colombianas y de la guerrilla sus fórmulas para avanzar en materia de empleo y reactivación económica, con miras a su próxima discusión en la Mesa de Negociaciones. Más de 1.100 colombianos de todos los sectores y de todas las regiones del país presentaron sus propuestas y más de 24.000 participaron en las audiencias públicas. Este proceso se difundió a todos los ciudadanos a través de los medios de comunicación.

Hace un año negociadores de las Farc-Ep y del Gobierno estuvieron visitando algunos países europeos con el ánimo de conocer la experiencia de diferentes modelos económicos, y de poder discutir algunos temas propios de la actualidad mundial. El imperativo moral de humanizar el conflicto mediante el respeto de las normas del Derecho Internacional Humanitario por parte de la guerrilla constituyó el principal enfoque de esas reuniones.

Más recientemente, en febrero de este año, en medio de un periodo de congelamiento del proceso por parte de las Farc-Ep, fui personalmente a encontrarme con el jefe de este grupo guerrillero y acordamos continuar el proceso, dotándolo de mayores garantías y de mayor acompañamiento internacional.

Contra nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a adelantar los diálogos en medio de la confrontación, pero esperamos hechos de paz de parte de los alzados en armas. Entretanto, seguiremos cumpliendo

con el deber constitucional de salvaguardar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, para lo cual estamos fortaleciendo la eficiencia de las Fuerzas Armadas en un marco de respeto a los Derechos Humanos.

Con el Eln, la segunda organización guerrillera del país, hemos avanzado también en el camino hacia la iniciación de un proceso de diálogo, que se pueda realizar en una Zona de Encuentro, con veeduría internacional y un término fijo. En esta fase del proceso hemos contado también con la presencia decidida y facilitadora de la comunidad internacional.

En cuanto a los llamados grupos de autodefensa, que se han formado ilegalmente como una respuesta de violencia y venganza contra los ataques absurdos de la subversión, quiero dejar muy claro que el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas de la nación los perseguimos con todo el peso de la ley, como se debe perseguir a unos criminales que siembran muerte y dolor por todo el país.

La cooperación internacional

Durante los últimos meses ha existido una constante que marca el devenir histórico del proceso de paz en Colombia: el acompañamiento firme y generoso de los países amigos y de los organismos internacionales, impulsando, todos a una, nuestras legítimas aspiraciones.

Canadá, Estados Unidos, Europa, Japón, países hermanos de América Latina y los principales organismos internacionales se han hecho presentes con conmovedora vocación de solidaridad, en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, que tuvo el año pasado una reunión preliminar en Londres, una reunión formal en Madrid y otra en Bogotá, y que se reunió en Bruselas en los últimos días de abril del presente año. Hoy debo destacar, expresando mi sincera gratitud, que el Perú se unió al Grupo con verdadera vocación de solidaridad andina y latinoamericana, en la reciente y exitosa reunión de Bruselas.

De este Grupo de Apoyo hemos obtenido importantes aportes para programas sociales de desarrollo alternativo, de derechos humanos, de asistencia humanitaria, de fortalecimiento institucional y de protección al medio ambiente

Colombia en el Consejo de Seguridad

Colombia ha regresado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por sexta ocasión, y estamos ejerciendo esta gran responsabilidad desde el pasado 1º. de enero, donde llevaremos el sentimiento y la vocería de la región latinoamericana.

Vamos a trabajar de la mano con los demás países miembros, en la certeza de que la inquebrantable vocación de paz que anima a mi Gobierno en el ámbito interno será la misma voluntad que guiará nuestra participación en ese importante órgano. Allí promoveremos de manera constante el diálogo, las soluciones negociadas, las salidas políticas y diplomáticas, como único camino para darles a la paz y la seguridad internacional bases verdaderamente estables y perdurables.

Continuaremos defendiendo e impulsando los principios del derecho internacional. Ellos constituyen pilares fundamentales de la convivencia pacífica y la solidaridad entre las naciones. Respetaremos, dentro de ese marco, la libre autodeterminación de los pueblos, la igualdad soberana de los Estados, su independencia política y su integridad territorial, la no injerencia en los asuntos internos y la cooperación internacional, como postulados básicos y expresiones genuinas del mundo mejor que queremos para nuestros hijos.

Las realidades contemporáneas están signadas por grandes desafíos que sólo podremos enfrentar con eficacia si actuamos unidos, con un espíritu renovado de amistad y solidaridad. Queremos un futuro de paz en el Medio Oriente, de estabilidad en la región de los grandes lagos africanos y en otras regiones de ese continente, de tolerancia en los Balcanes y de convivencia en Asia, así como queremos también ver brillar de nuevo en nuestro país la luz de paz y reconciliación que anhelan mis compatriotas.

Tenemos una firme confianza en el papel que pueden jugar las Naciones Unidas para prevenir las confrontaciones; para controlar y evitar el tráfico de armas pequeñas y ligeras que tantas tragedias causan en nuestros pueblos; para promover la plena vigencia y observancia del Derecho Internacional Humanitario; para aliviar el sufrimiento de los

grupos más vulnerables que resultan víctimas de los conflictos; para impulsar el desarrollo económico y social, la justicia y la democracia, como condiciones esenciales para el afianzamiento de la paz y la estabilidad internacional.

Colombia: un compromiso con la democracia

Al iniciar esta intervención afirmé que, por fortuna, la práctica de la democracia sigue siendo una constante en la vida de mi país. Colombia, sin duda, es una nación en pie por la democracia: un pueblo que no sólo ha vivido en democracia desde hace más de 181 años, sino que también está dispuesto a librar todas las batallas para defenderla, para consolidarla y para fortalecerla en nuestro país y en todo el mundo.

Colombia, enfrentada a los vientos destructores de la violencia insensata y de las drogas ilícitas, se ha mantenido apegada a las soluciones de derecho. Y nuestra fuerza es la fe incommovible en los principios de la libertad y de la democracia.

Hemos sufrido mucho. Hemos sentido en carne propia los estragos de la violencia, pero nuestra democracia no se doblega. Está viva. Está lista para fortalecerse y para hacerse cada vez más transparente. Está construyendo nuevos conceptos de integridad pública y privada.

Que no quepa duda. Si la democracia colombiana fuera débil, ya habría desaparecido. Nuestra fuerza está en ella, mediante la participación libre y decidida de nuestra gente en las decisiones políticas y en nuestras instituciones republicanas.

Colombia merece y aspira a la comprensión y el respaldo de la comunidad internacional, para salir de la pesadilla del narcotráfico y la violencia, y brindar a sus gentes oportunidades de gozar una vida digna y sin sobresaltos, una vida que corresponda a las inmensas potencialidades y riquezas naturales y humanas de nuestro pueblo.

Todo lo que queremos en Colombia, como bien dice Gabriel García Márquez, es una segunda oportunidad sobre la tierra. Este es el momento de la verdad y tengo la certeza de que, con el apoyo solidario de la comunidad mundial, vamos a lograrlo.

CAPÍTULO III

FUERZAS ARMADAS Y PAZ

NORMAS PROPIAS PARA LA FUERZA PÚBLICA COLOMBIANA DEL SIGLO XXI

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la expedición de los decretos de reestructuración
de las Fuerzas Armadas.*

Bogotá, D. C., 14 de septiembre de 2000.

¡La paz está en nuestra mente y en nuestro corazón, es el objetivo de todas nuestras acciones y será el resultado de nuestro trabajo conjunto!

Para lograr la paz, ese anhelo compartido por 40 millones de colombianos, no he escatimado ningún recurso y no ahorraré ningún esfuerzo. Y sé que debemos hacerlo transitando dos caminos que, a primera vista, pueden parecer contradictorios, pero que son el sustento de una paz cierta y duradera, estable y democrática:

Por una parte, el proceso de diálogo y negociación que venimos impulsando con decisión y paciencia. Un proceso que deberá traer a los colombianos los beneficios de una paz que vaya más allá del silencio de los fusiles. Un proceso que garantice la realización de una mayor justicia social sobre nuestro suelo y la apertura democrática para todos aquellos que hoy creen, equivocadamente, que solo pueden hacerse escuchar a sangre y bala.

En segundo lugar, necesitamos fortalecer nuestras Fuerzas Armadas, que son las únicas fuerzas legítimas de Colombia y que obran dentro del marco de nuestra Constitución, para que estén en capacidad de contener y reducir todo ataque que se presente contra el orden institucional, los derechos de los ciudadanos y la tranquilidad pública.

Nuevamente hago un llamado a todos los colombianos de bien. Es fortaleciendo la Fuerza Pública, apoyando sus acciones, respaldando la fuerza legítima y tranquila de la institucionalidad, como el país va a lograr la paz. En eso no nos podemos equivocar: no vamos a permitir ni a tolerar que, con el pretexto de proteger a la población civil, se organicen fuerzas oscuras que solo contribuyen a aumentar el conflicto y a debilitar a las Fuerzas Armadas de Colombia y, con ello, a nuestra democracia.

¿Se imaginan ustedes si todos los recursos que se pagan en Colombia por extorsiones, vacunas, boleteo, secuestros y aportes a la guerrilla y a las autodefensas ilegales se canalizaran a la Fuerza Pública? El efecto, señoras y señores, sería el fortalecimiento de las instituciones y el debilitamiento de aquellos que persisten en acudir a la violencia. He partido siempre del principio de que unas Fuerzas Armadas fuertes, pero que dejen espacio al diálogo, son la garantía necesaria para que éste avance, en busca de resultados favorables y permanentes para el país. En efecto, el diálogo perdería credibilidad ante la Nación si se permitiera alimentar la creencia de que por la fuerza se pueden alcanzar propósitos políticos, a menudo excluyentes y totalitarios.

No hay, pues, ninguna contradicción en proseguir simultáneamente la búsqueda de un arreglo político del conflicto y el incremento de la capacidad combativa de las Fuerzas Armadas. La experiencia ha demostrado que los dos procesos no son excluyentes frente al objetivo buscado, y cada día es más evidente que la subversión puede llegar a acuerdos positivos y racionales con el Estado y la Nación, pero que jamás podrá imponerse mediante el uso del crimen y de las armas.

Es de observar que la subversión, al igual que los grupos ilegales de autodefensa, con su escalada de brutal violencia, antes que fortalecerse están debilitándose a los ojos del pueblo por el que dicen luchar. Destruir pequeñas e indefensas poblaciones; asesinar y masacrar civiles y policías; acabar con la infraestructura energética; atentar contra las empresas y los inversionistas son actos sin sentido, absurdos e inhumanos, que solo dejan una mancha de violencia y de dolor, que solo producen miseria y desempleo.

La gran mayoría de los colombianos rechazamos estos actos de barbarie y estupidez, y solo pedimos a los violentos que le den una oportunidad a la paz.

En medio de este panorama de diálogo e, infortunadamente, de confrontación, es indispensable para Colombia contar con unas Fuerzas Armadas sólidas, modernas y profesionales, que representen los intereses de la Nación y garanticen la tranquilidad y la seguridad de sus compatriotas.

Dentro de esta política de fortalecimiento intenso y sin pausa de las Fuerzas Armadas, se inscriben los decretos-ley que acabo de firmar y que son el motivo de este acto.

El Congreso de la República y el Gobierno nos pusimos de acuerdo en que se concedieran al Presidente facultades extraordinarias para expedir las normas necesarias para reajustar los mecanismos internos de las Fuerzas Militares y de la Policía Nacional, para modernizar y dinamizar la carrera castrense, para garantizar la buena conducta de sus miembros activos, para impulsar su combatividad y el cumplimiento del deber, y para amparar a sus miembros con procedimientos objetivos de calificación y de promoción, y con amparos actualizados para los avatares propios de una profesión tensa y arriesgada.

El reordenamiento interno de las instituciones armadas es el objeto de estos doce decretos-ley, que, con satisfacción, hoy entrego al país y a los soldados de nuestra democracia.

Pero éste no es un proceso nuevo. En los dos últimos años las Fuerzas Armadas han adelantado un trabajo de modernización, que ha producido excelentes resultados en su efectividad operativa y que se vigorizará notablemente cuando acaben de madurar, a comienzos del año próximo, los cambios que hoy formalizamos, cuando se hayan recibido las adquisiciones recientes y cuando se haya avanzado lo suficiente en la aplicación del Plan Colombia.

La modernización en curso de las Fuerzas Armadas ha marchado sobre cuatro líneas de acción, que quiero destacar:

En primer lugar, se busca incrementar al máximo posible la movilidad y la flexibilidad de las formaciones militares, así como su habilidad para reaccionar con rapidez frente a la acciones de los atacantes y su destreza para combatir en medio de la noche.

En segundo término, adelantamos una intensa labor para profesionalizar el ejército mediante la significativa incorporación de los soldados profesionales.

Otra línea fundamental ha sido la promoción de la cultura de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario en el seno de la Fuerza Pública, y, finalmente, estamos creando los marcos legales indispensables para la marcha previsible, regular y eficiente de las Fuerzas y de la Policía Nacional.

En materia de movilidad, como lo aconseja la experiencia en todos los teatros de la guerra moderna, hemos buscado el incremento de la capacidad de traslado y movilización que adquieren las unidades militares de tierra con la ayuda del transporte helicoportado, que permite, además, dar apoyo artillero eficaz en los episodios de combate.

En el aspecto de los helicópteros, el avance que hemos obtenido ha sido más que notable. Al iniciar mi gobierno se contaba para todas las Fuerzas y para la Policía Nacional con 87 helicópteros, en buena parte fuera de alistamiento. En pocos meses, con los helicópteros que estamos incorporando, la flota llegará a los 172, con lo cual se habrá duplicado prácticamente este elemento fundamental del combate y mejorado su capacidad funcional. Pero es más: en el tema de los helicópteros Black Hawk artillados, antes de marzo del próximo año ¡habremos cuadruplicado su número, pasando de 4 a 16!

En materia de profesionalización de los efectivos militares, en esta administración se dio el paso trascendental de sustituir en cuatro o cinco periodos de reclutamiento a los soldados no combatientes por soldados profesionales. Éstos son soldados que, encuadrados en una carrera reglada, se mantienen en filas por muchos años, con una continua actualización y reentrenamiento y que pueden adquirir la adecuada veteranía en la confrontación. En desarrollo del Plan 10.000, el año pasado incorporamos 10 mil soldados profesionales; el presente año su número total llegará a 42 mil y para el próximo año estamos decididos a alcanzar la meta de por lo menos 52 mil soldados profesionales, la mayoría, entonces, ya probados y veteranos.

Los Derechos Humanos, su implantación y cumplimiento en la Fuerza Pública, ha sido otro propósito indeclinable y capital del Gobierno. En

este aspecto mis instrucciones han sido expresas, generadas por mi convicción personal de que la única fuerza legítima es la que respeta, por sobre todo, al ser humano, su dignidad y sus derechos. Por fortuna, puedo atestiguar que los altos mandos de la Fuerza Pública comparten estos valores y que han liderado entre los suyos un proceso de capacitación y concienciación en materia de respeto a los Derechos Humanos y aplicación del Derecho Internacional Humanitario.

A finales de 1998 se acusaba a miembros de la Fuerza Pública del 15 por ciento de las infracciones de los Derechos Humanos, y este año este porcentaje no alcanza el dos por ciento. No obstante los avances logrados en esta materia, no estaré satisfecho mientras haya siquiera un militar o un policía infractor. Éste es asunto en el que no puede haber medias tintas: no debe haber falta alguna, ¡ninguna!, en nuestras Fuerzas Armadas, contra los Derechos Humanos.

El contraste es evidente: en tanto las fuerzas del Estado avanzan cada día más en el tema del respeto a los Derechos Humanos, los actores armados al margen de la ley persisten en cometer actos atroces en contra de todo sentido de humanidad.

El marco legal dentro del cual se deben mover las instituciones militares y de policía ha sido también una preocupación sustantiva del Gobierno, que ha querido adoptar las disposiciones legales necesarias para proyectar por varios años la vida interna de nuestra Fuerza Pública.

Ya iniciamos el año pasado con la expedición del nuevo Código Penal Militar y con la desvinculación de todos los menores de edad de las Fuerzas Armadas.

Hoy contemplamos el fruto de un nuevo esfuerzo, en el que se trabajó incansablemente bajo el liderazgo del Ministerio de Defensa Nacional, con la participación de la Comisión de Senado y Cámara del Congreso Nacional y con el aporte de los altos mandos de la Fuerza Pública.

El resultado, que ahora entregamos al conocimiento del país, crea las pautas que deben seguir las Fuerzas Armadas y de Policía a lo largo de muchos años. Yo diría, sin temor a exagerar, que hoy estamos expidiendo las normas propias para la Fuerza Pública colombiana del siglo XXI.

Y hablemos un poco más en detalle sobre los contenidos principales de estos decretos:

Con los decretos-ley que tratan de la carrera de oficiales y suboficiales, tanto para militares como para policías, estamos dinamizando el aspecto profesional de la misma. Ahora hay mecanismos adecuados para premiar a quienes se destaquen por comportamientos heroicos en acciones de combate, y para, por otro lado, facilitar el retiro de aquellos que no cumplan bien con su trabajo o que tengan conductas reprochables. En el caso militar, se podrá ahora llamar discrecionalmente a la condición de retiro –lo cual ya existe en la Policía– a profesionales que no sean idóneos, en cualquier tiempo de su carrera, con lo cual se logra un control más efectivo en materia de Derechos Humanos. De otra parte, para mejorar la calidad de los cuadros, se abre la puerta a la incorporación de profesionales universitarios, que ingresarán directamente a la carrera de oficiales.

Estamos también introduciendo avances muy grandes en materia de evaluación y clasificación de los oficiales y suboficiales –militares y de policía–, introduciendo criterios objetivos, que sean medibles, para determinar el acceso a ascensos o al retiro, o que sirven para obtener distinciones, promociones u oportunidades de estudios especializados. Además de los criterios de justicia estricta que se introducen en las evaluaciones, las medidas, como efecto colectivo, conducen a la formación de cuerpos de oficiales y suboficiales de mejor calidad profesional y enriquecidos por motivaciones evidentes para el servicio de su vocación.

En cuanto al régimen disciplinario, adoptado separadamente para los militares y los policías, éste consulta las peculiaridades de cada cuerpo y resulta ser un valioso instrumento para la guarda de la disciplina –el más constante heroísmo del soldado– y para complementar la marcha normal de la vida castrense. Además, se constituye en una herramienta muy útil para la preservación de los Derechos Humanos.

Y quiero hacer un acto de justicia social. Un acto que prometí en el curso de mi campaña presidencial y que hoy, con gran alegría, estoy cumpliendo. Se trata de la dignificación y del reconocimiento de todos los colombianos a los soldados de nuestra Patria. Hoy les hacemos un homenaje a los hombres que luchan en las más adversas circunstan-

cias por nuestro futuro y les entregamos el Estatuto del Soldado Profesional.

A partir de hoy, los soldados de Colombia contarán con un esquema de seguridad social con la certeza de que a su retiro contarán con una pensión que les garantice la justa retribución a una vida de servicios al país, tanto para ellos como para sus familias.

Los soldados tendrán una verdadera carrera profesional que ordena su vida en el Ejército, sus ascensos y promociones, las prestaciones sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que pueden acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación normada con el Estado. ¡Los soldados de Colombia serán soldados con las garantías laborales y la seguridad social propias de los mejores colombianos!

Como es natural, visto el carácter amplísimo y global de la reforma, se han expedido decretos-ley para garantizar un mejor cumplimiento en materia de sanidad, tratamiento y rehabilitación de militares y policías, y en materias de amparo a sus familiares y dependientes.

Hasta aquí he hecho referencia a lo que está haciendo el Gobierno en el presente para fortalecer la Fuerza Pública, realizando enormes esfuerzos fiscales para sostener sus niveles de actividad en medio de la escasez.

Todo para que esa Fuerza Pública proteja a los colombianos contra la agresión subversiva, contra la de las autodefensas ilegales y contra las demás formas de violación y ataque a la ley y al orden; pero creo yo que, a estas alturas, somos todos los colombianos, aquellos por quienes nuestros soldados arriesgan cada día sus vidas, quienes debemos preguntarnos qué hace la sociedad civil en favor de sus militares y policías.

Con frecuencia, mientras realizamos nuestras labores cotidianas, deberíamos pensar: ¿En dónde están ahora nuestros soldados y policías? ¿En qué montañas, en qué valles profundos, en qué parajes selváticos, en qué pueblo o caserío marginal estarán exponiendo sus vidas y sufriendo carencias y fatigas para defender las nuestras y, junto con ellas, nuestra civilización y nuestra libertad?

Las decenas de miles de hombres y mujeres de la Fuerza Pública actúan para proteger a los niños dedicados a descubrir el mundo y a estudiar,

en tanto que los agresores capturan y seducen a los adolescentes para convertirlos en máquinas de matar. La Fuerza Pública defiende la familia, defiende el derecho de los colombianos a disponer de sus bienes y a ser libres y son nuestro baluarte frente a las minorías armadas que quieran establecer el imperio de la violencia y la retaliación.

La tragedia nacional que padecemos los colombianos reside en buena parte en ver cómo los agresores traen el conflicto al seno de los conglomerados campesinos; en ver cómo atacan los poblados hasta destruirlos; en ver cómo sacrifican, indolentes, los ganados; en ver cómo destruyen las cosechas; en ver cómo queman oleoductos y automotores; en ver cómo estos agresores asesinan civiles, militares y policías desarmados, en plazas y carreteras; en ver, por fin, cómo extorsionan y secuestran hombres, mujeres y niños, y cómo reclaman estos crímenes como su derecho.

Contra tanto oprobio es que los soldados y policías luchan y han luchado, porque defienden –como nosotros– un objetivo moral, una intención moral y una finalidad moral: el engrandecimiento de Colombia y el progreso y bienestar de su pueblo.

Hoy, cuando avanzamos con decisión en el proceso de modernización y reestructuración de las Fuerzas Armadas, un proceso que nació de su mismo seno y de su capacidad de innovación, quiero, para terminar, realizar un homenaje sincero y sentido, en nombre de todos los hombres y mujeres de Colombia que queremos la paz, a esos héroes de nuestro Ejército, de nuestra Fuerza Aérea, de nuestra Armada y de nuestra Policía, que han entregado sus vidas por su patria y también, muy especialmente, a todos los soldados y policías que hoy están privados de la libertad.

Y, aunque no es usual en un evento como éste, los invito a que nos levantemos y a que guardemos un minuto de silencio en recuerdo y respetuoso homenaje a la memoria de los caídos y a lo que han hecho por nosotros y por Colombia.

Apreciados amigos:

Las Fuerzas Armadas de Colombia han tenido un papel fundamental en la defensa de nuestra democracia y de nuestras instituciones. Han en-

frentado con valor los ataques de los violentos y han vivido en carne propia la tristeza y el dolor de un conflicto entre hermanos colombianos.

Hemos iniciado un Proceso de Paz en el que, además de poner fin a la violencia absurda, debemos consolidar la reconciliación nacional. Y así como nuestras Fuerzas Armadas han cumplido una gran tarea en la guerra, yo estoy seguro de que también la cumplirán en la paz.

Así como la Fuerza Pública ha entregado todo por el país, ¡vamos todos a devolverle esa ofrenda de valor y heroísmo con un apoyo total e indeclinable!

Quiera Dios premiar el valor y la entrega de los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas.

¡Que viva Colombia y que vivan aquellos que viven y luchan por ella!

VALOR, CORAJE Y PERSISTENCIA IDENTIFICAN A NUESTROS POLICÍAS A LA HORA DE DEFENDERNOS Y DEFENDER SUS INSTITUCIONES

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, con motivo de la celebración
de los 109 años de la Policía Nacional.*

Bogotá, D. C., 3 de noviembre de 2000.

Preservo intactas en mi memoria las palabras del agente Wéimar Muñoz, al perder a su mujer y sus tres pequeños hijos en manos de la subversión luego de una cruenta toma de la población de Colombia en el Huila.

Con voz fuerte y serena, cuando todos imaginábamos que iba a sucumbir ante el peso de su tragedia personal, les dijo a todos los colombianos lo que hubiese dicho cualquiera de los miles de héroes anónimos de la Policía Nacional, los que hoy nos acompañan y los que a través de toda la geografía se encuentran defendiendo a Colombia: "Todo lo que quiero es servir a mi patria y seguir en mi Institución".

Este es un ejemplo palpable de cuánto valor, cuánto coraje, cuánta persistencia tienen los policías de Colombia, que confirman con sus hechos y sus actos de heroísmo lo mucho que están dispuestos a ofrendar a la hora de defender a sus compatriotas y a las instituciones.

Si el peligro se ha vuelto nuestro destino común, la Policía Nacional ha sabido responder ante quienes reclaman su protección. ¡Ustedes nos han demostrado que la verdadera resistencia es la que combate por los valores que se consideraban perdidos! Con fortaleza han asumido la construcción de un porvenir que parecía dilapidado, han mantenido la fe en medio de las circunstancias más difíciles y por eso hoy Colombia reafirma su confianza en la fuerza pública y en el cumplimiento de su misión de defender el derecho a la vida de todos sus compatriotas.

La mística de la solidaridad y del servicio al país que experimentaron los primeros policías de Colombia, quienes, iluminados por las luces de mercurio, prendían y apagaban los faroles de las empedradas calles del siglo XIX, ha permanecido viva y atenta durante 109 años en el espíritu comunitario del policía colombiano del tercer milenio.

En los últimos años, los oficiales, suboficiales, personal del nivel ejecutivo y agentes de esta institución se han convertido en los reguladores de la conciencia colectiva. Su apoyo fundamental en la prevención e investigación de delitos, las acciones emprendidas para el desmantelamiento de grandes organizaciones delictivas, su lucha frontal contra los flagelos del narcotráfico y el secuestro han convertido a su institución en la coprotagonista de nuestra democracia.

Así lo demuestran sus últimas operaciones, tales como Travesía, Pacífico II, Turín, Manglar, Témpano y Cartagenita, entre otras varias, en las cuales la Policía ha logrado desde la incautación de un submarino en construcción en plena sabana de Bogotá hasta el descubrimiento de sofisticados túneles que se estaban construyendo hacia el patio de máxima seguridad de la Penitenciaría Nacional de La Picota.

En lo que va corrido del año se han erradicado 50.383 hectáreas de cultivos ilícitos, de las cuales el 83 por ciento corresponde a cultivos de coca. Por otro lado, se han destruido 47 pistas clandestinas, 314 laboratorios de procesamiento y se han capturado más de 6 mil personas sindicadas de cometer delitos de narcotráfico y conexos. Finalmente, cerca de 26 toneladas de cocaína lista para exportar han sido incautadas, lo que convierte a la Policía Nacional en un actor determinante en la lucha contra los delitos que afectan directamente a la juventud del mundo.

Y hoy registramos con especial satisfacción los magníficos resultados de la operación Nueva Generación, que culminó esta misma semana con la captura de cerca de 50 narcotraficantes en Medellín, Bogotá, Barranquilla y Cartagena, que enviaban por lo menos una tonelada de droga al mes hacia México y los Estados Unidos. Esta operación exitosa, realizada en coordinación con la Fiscalía, es una muestra más de que la Policía de Colombia nunca ha bajado la guardia en la lucha contra los nuevos narcotraficantes.

Con sus acciones, los miembros de la Policía Nacional han opuesto a la violencia de las armas, la inteligencia, y a la agresión psicológica y física, la fuerza de la esperanza. Bien saben que en su labor diaria preservan el tesoro incalculable de la vida misma.

Sus esfuerzos han permitido rescatar durante el presente año a 160 personas secuestradas, capturar a 439 secuestradores y a 801 extorsionistas, cifra récord de los últimos tiempos. Así mismo se ha evitado el pago de aproximadamente 900 mil millones de pesos por secuestro y 17.400 millones de pesos por extorsión.

Con orgullo, hoy podemos decir que para el policía del siglo XXI la esencia del ejercicio del poder y la razón de ser de su servicio están en el ciudadano.

Los hechos han comprometido a la Institución a realizar acciones inmediatas; con su apoyo estamos combatiendo el miedo, la apatía, la indiferencia y la falta de solidaridad frente a la acción del delincuente. Prueba de ello es la inauguración en los próximos días de una unidad Gaula para atender la problemática generada por la delincuencia común y la subversión en la zona del Sumapaz y del Tequendama.

Gracias a la desvelada labor de la Policía Nacional, muchos aspectos de la seguridad ciudadana han mejorado en los últimos tiempos. En efecto, en relación con el período enero-septiembre del año pasado, durante el presente año se han reducido los robos a residencias en un 31 por ciento, el hurto a personas en un 22 por ciento y al comercio en un 32 por ciento; los asaltos a entidades financieras se han reducido en un 40 por ciento y los accidentes de tránsito, en un 8 por ciento.

La Policía Nacional de Colombia ha ido más allá de la satisfacción de las necesidades de seguridad y la tranquilidad pública: ha generado toda una cultura de la solidaridad.

Con la creación y organización de los Frentes de Seguridad Local y de las Escuelas de Seguridad Ciudadana; la adecuación de los Centros de Atención Inmediata; el liderazgo en el Programa Nacional de Participación Comunitaria, y el apoyo al programa presidencial Haz Paz –que

ha promovido Nohra con especial dedicación-, tanto en la prevención y atención de la violencia intrafamiliar como en la especialización de las policías en la atención de casos de esta naturaleza, estamos incrementando la acción social y comunitaria de la Policía.

En este contexto se destaca el Plan Integral de Seguridad Ciudadana propuesto por el general Gilibert, el cual constituye un regalo cívico de gran valor instrumental para los nuevos alcaldes y gobernadores. Con su aplicación, los ciudadanos podrán conocer el significado real de la seguridad.

Históricamente, nuestros alcaldes no han contado con procesos de planificación adecuados en materia de seguridad ciudadana. Sin embargo, como lo vimos durante la reciente contienda electoral, la mayoría de candidatos incluían dentro de sus programas de gobierno el tema de la seguridad y convivencia ciudadana como uno de los puntos más críticos para cada uno de sus municipios.

Por ello, queremos brindar, desde el Gobierno Nacional, a las administraciones locales que comienzan a laborar a partir del próximo primero de enero, una herramienta que les permita diseñar planes locales de seguridad coherentes y eficientes, en el contexto de la planeación participativa del desarrollo, con el fin de que las comunidades conozcan mejor los problemas de su entorno más inmediato y se les pueda garantizar su intervención en el diseño de soluciones para su seguridad.

En colaboración con la academia y la Policía Nacional, y con base en la experiencia de los alcaldes salientes, estamos diseñando una guía metodológica que contendrá los pasos por seguir en la elaboración de dichos planes. El aporte de ustedes, como autoridades de promoción de la convivencia y prevención de la inseguridad, será vital para los nuevos alcaldes.

Ustedes, miembros de la Policía Nacional, son los amigos permanentes de todas las personas residentes en el territorio colombiano. Así lo atestiguan 786.500 personas beneficiadas de las alianzas estratégicas entre las comunidades y la Policía, encaminadas a una resolución pacífica de los conflictos.

El director general de la Policía y su equipo de oficiales vienen trabajando fuertemente en este sentido. Por eso el Gobierno seguirá apoyando a la institución para que el programa de Policía Comunitaria tenga un cubrimiento nacional. Así lo hemos demostrado a los colombianos en el desarrollo de la Estrategia Nacional para la Convivencia y Seguridad Ciudadana por medio de la cual ya se han generado espacios de trabajo mancomunado donde se respeta la vida, la integridad y el bien común del gran capital humano que representa nuestra sociedad.

Para el Gobierno es claro que la Policía Nacional debe ser concebida como un instrumento fundamental en la ejecución de la política criminal. Gracias a los aportes del presupuesto nacional se construyó la cárcel de Valledupar, que inauguraré en unas semanas, y se está construyendo la de Acacías. Con una inversión total de 50.000 millones de pesos, cada centro de reclusión contará con una capacidad de 1.600 cupos.

En este sentido, nuestros retos están dirigidos hacia una mayor integración en las labores de la policía judicial, a un mayor aceleramiento de los procesos de enjuiciamiento y a la consolidación de un sistema penitenciario y carcelario adecuado.

Así mismo, como lo anuncié en mi alocución televisada de la semana pasada, con su ayuda cambiaremos el curso de la historia de la investigación criminal. Gracias al Plan Colombia crearemos el más ambicioso sistema de interconexión de las instituciones con funciones de policía judicial en el país.

La Dijín, el DAS y la Fiscalía General de la Nación, conjuntamente con el Instituto Nacional de Medicina Legal, mejorarán cualitativamente sus laboratorios de criminalística, en materias tales como el registro dactilar e identificación de ADN.

Con lo último en tecnología, avanzaremos en la resolución de casos de derechos humanos y tendremos el más completo registro balístico que permitirá obtener las huellas balísticas de las armas implicadas en crímenes. Estoy convencido de que, con estas herramientas, seguimos y seguiremos siendo, para frustración de los criminales y satisfacción de

nuestro pueblo, la primera barrera de contención contra el delito y la impunidad.

Delinquir no paga, pues con el desarrollo de todos estos procesos, el delito se investigará mejor, se enjuiciará con prontitud y se recluirá a los transgresores de la Ley.

Amigos policías:

Hoy quiero exaltar la memoria del general Saulo Gil Ramírez Sendoya, con cuyo nombre se ha distinguido la promoción que hoy se gradúa, y de los 282 hombres de la Institución que durante este año ofrendaron su vida en cumplimiento del juramento que hicieron de servir a la patria y a sus conciudadanos. Igual que Ricaurte, el héroe de San Mateo, dieron más importancia al deber que al valioso precio de sus vidas. Su heroísmo hace parte de nuestra historia y es el mayor aliciente para continuar la lucha por conseguir una convivencia civilizada entre todos los colombianos.

Personalmente tuve la oportunidad de conocer al general Ramírez Sendoya, quien fue un ilustre director general de la Policía y cayó víctima de la intolerancia en el ocaso de su vida, cuando el 20 de mayo del año pasado le impuse de manera simbólica su tercera estrella, que lo elevaba al lugar que le correspondía en el escalafón de su amada Institución. A su hijo, a su familia, a sus amigos y a los miembros de la Policía que sirvieron bajo su mando les extiendo mi abrazo solidario.

Honor, desprendimiento, disciplina, devoción por la patria y voluntad de servicio es su gran legado para las nuevas generaciones de la fuerza pública. ¡El recuerdo de héroes como él nos impulsa a seguir adelante!

La Policía Nacional ha padecido en carne propia los rigores de esta contienda absurda. Las semillas del odio y la barbarie han sido sembradas sobre nuestros campos y nuestras ciudades por la insensatez de la subversión, el narcotráfico y la delincuencia organizada.

Los recientes ataques terroristas a las poblaciones de Dabeiba y Bagadó; 293 miembros de la Policía en poder de la subversión y un número

significativo de policías incapacitados física y mentalmente hacen parte de un historial de terror que atenta contra la libertad individual y que impacta de manera sensible a la sociedad entera.

Nuestro país necesita la paz más que nada. La capacidad, la inteligencia y la creatividad de los colombianos no se pueden seguir agotando en el enfrentamiento bélico, sino que debe estar al servicio de la construcción de la Nación.

En este compromiso de vida, el Gobierno Nacional, el Ministerio de Defensa, la Policía Nacional, los colombianos de bien y todos aquellos a quienes nos duele la patria, seguimos en la búsqueda de una salida al conflicto que debilita en todas sus potencialidades al país entero. Devolver a la libertad a todos aquellos que se encuentran injustamente privados de este derecho natural, sin condiciones ni exigencias, sería el acto de paz más certero de todos los que se dicen partidarios de una sociedad más justa.

Para el Gobierno y la Nación entera es claro que la fuerza pública posee el valor, la voluntad y la dedicación necesaria para responderles a los ciudadanos, y es bueno saber que cada vez más la Policía Nacional y las Fuerzas Militares obran en forma coordinada y conjunta, haciendo así más exitosa su operación.

La encomiable labor de más de cien mil hombres y mujeres que integran la Policía y que hoy exaltamos constituye un aporte significativo al proceso de paz. Todos los esfuerzos de 109 años de vida institucional hacen de este día un momento histórico en cada uno de los miembros de la Policía Nacional. Por ello, el Gobierno, consciente de los actos meritorios realizados por ustedes, quiere decirles gracias... muchas gracias, policías de Colombia, y la mejor forma de hacer este reconocimiento es mediante las condecoraciones que hoy les son impuestas. Estas preseas se constituyen en estímulos, al parecer minúsculos ante la magnitud de su trabajo, pero ante todo son el testimonio de su valentía, abnegación y espíritu de servicio.

Igual mensaje de gratitud y de esperanza quiero dejar a los integrantes de la Promoción General Saulo Gil Ramírez Sendoya que hoy ascienden

al rango de oficial de la Policía. Colombia espera todo de ustedes y yo estoy seguro de que sus carreras profesionales serán un ejemplo de servicio y de amor a la patria.

Apreciados integrantes de la Policía Nacional:

Hoy reconocemos y aplaudimos su tesón y dedicación por hacer de Colombia un país más humano, y por generar nuevos escenarios de confianza y diálogo en el desarrollo de toda una cultura de la seguridad ciudadana. Sigán perseverando en este objetivo, porque, como bien lo señalaba Plutarco, al referir las palabras de un gran líder romano ante sus tropas: "Como veis, soldados, la perseverancia surte mayor efecto que la violencia".

SE FORMAN MILITARES NO SOLO PARA LA GUERRA SINO TAMBIÉN SERES HUMANOS INTEGRALES PARA LA SOCIEDAD Y LA VIDA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la clausura de los cursos de Altos Estudios Militares, Estado Mayor
e Integral de Defensa Nacional de la Escuela Superior de Guerra.*

Bogotá, D. C., 22 de noviembre de 2000.

La reunión del comandante en jefe con sus soldados no solo representa el más importante encuentro de la democracia, donde las armas renuevan su disposición de proteger las instituciones legítimas del Estado, sino también el tributo que toda la patria rinde, en cabeza de quien simboliza la unidad nacional, a quienes han ofrendado su vida y están dispuestos a darla por el más precioso legado de nuestros libertadores: este pedazo de universo, bendecido por la gracia de Dios, que llamamos, con orgullo, Colombia.

Sepan, soldados de la patria, que nadie como el Presidente de la República entiende la trascendencia de este momento en su doble contenido: un ceremonial obligado de respeto por la institución castrense, por la memoria de nuestros héroes y de nuestros mártires, así como el escenario propicio para señalar la ruta y trazar el derrotero para la defensa de nuestra nacionalidad.

El escudo de Colombia decreta, con reverencia republicana, libertad y orden. No son fortuitas esas palabras, pues son el contenido mismo de nuestro espíritu como nación y del compromiso de las Fuerzas Armadas con la patria. Es un binomio de valores que Santander resumió con fortuna cuando dijo: "Si las armas os dieron la independencia, sólo las leyes os darán la libertad". Hoy no me cabe duda de que son esas mismas leyes las que nos dan el derecho de usar las armas para seguir preservando nuestra libertad.

En las actuales circunstancias, cuando el país se pregunta sobre la razón y la justificación de un proceso de paz con grupos alzados en armas atrapados en su propia violencia, quienes al parecer tienen más munición que persuasión, es cuando más tenemos que entender que, a diferencia de las batallas, ninguna guerra termina con la destrucción del enemigo. La guerra finaliza con la recuperación de la presencia del Estado en todo el territorio, como la única garantía válida de la preservación de las libertades. La principal obligación del Gobierno es devolver el imperio total y absoluto de la institucionalidad democrática en todo el país.

Nuestras instituciones están siendo atacadas, y lo están, no solo por la violencia que desangra al país y a la economía, sino por el nefasto fenómeno del narcotráfico, el cual como debilitador de la moral pública y principal proveedor de recursos de la guerrilla, las autodefensas y muchas otras expresiones delictivas, ha sido el más grave problema de seguridad que ha enfrentado el país a lo largo de su historia como nación.

Estos dos fenómenos: violencia y narcotráfico, que se alimentan y degradan entre sí, como un círculo vicioso, son hoy los grandes generadores de pobreza, de desempleo y de inseguridad para una gran parte de la población colombiana, que solo quiere trabajar y progresar en paz y por medios lícitos.

Hoy las demás naciones han comenzado a entender la responsabilidad que les cabe en la lucha antidrogas y están aportando los primeros recursos, destinados, no solo a las actividades de interdicción de la droga, sino también a procesos de sustitución de cultivos y desarrollo alternativo, que garanticen una subsistencia digna a los campesinos que abandonen la siembra de coca y amapola, y a programas de inversión social, especialmente enfocados en las zonas de conflicto.

Porque la institucionalidad no son solo autoridades civiles y militares, no es sólo el imperio de la ley sobre todo el territorio ni el monopolio de la fuerza de parte del Estado. La institucionalidad es también la capacidad del Estado para llegar con inversión social y calidad de vida a los colombianos más vulnerables.

Con el apoyo de la comunidad de naciones podremos aumentar en el país los recursos destinados a procesos de fortalecimiento institucional, de profesionalización y dotación de las Fuerzas Armadas, de mejoramiento y modernización de la justicia, de inversión social, y de atención a los desplazados y víctimas de la violencia.

Queremos y estamos trabajando por unas instituciones fuertes y actuantes. Para ello, al tiempo que adelantamos un proceso de paz, con generosidad pero con firmeza, también estamos fortaleciendo las Fuerzas Armadas de Colombia, como las únicas fuerzas legítimas de la institucionalidad.

He partido siempre del principio de que la solución política al conflicto, y unas Fuerzas Armadas fuertes, manteniendo eso sí el espacio al diálogo, son la garantía necesaria para que éste avance, en busca de resultados favorables y permanentes para el país. En efecto, el diálogo perdería credibilidad ante la nación si se permitiera alimentar la creencia de que por la fuerza se pueden alcanzar propósitos políticos, a menudo excluyentes y totalitarios.

El diálogo y la negociación no se realizan para debilitar la institucionalidad, ni en contra de las fuerzas militares. El proceso de paz tiene como finalidad la construcción de una nación participativa y reconciliada, donde las armas estén en poder exclusivo de quienes tienen la legitimidad para detentarlas.

La paz que construimos no puede ser la paz que solo se imagina la guerrilla, ni la paz que cada uno busca a su manera. Solo debe ser la paz que le sirva a toda la nación.

Pero en su construcción todos tenemos una enorme responsabilidad. Ella no depende de unos pocos, sino también depende de todos los colombianos. Naturalmente, también depende de ustedes y de todas nuestras fuerzas militares. Ellas han tenido un papel fundamental en la guerra y asimismo deben tener un papel fundamental en la construcción de la paz.

No concibo una paz a espaldas de nuestras fuerzas militares ni unas fuerzas militares de espaldas a la paz. Tampoco creo una paz en su

contra. Sólo creo en la paz con su participación, con su discernimiento y con su apoyo, el cual ha sido y será siempre claro y firme, pues ellas solo actúan a favor de nuestra nación.

Nadie puede equivocarse en esta materia. Sé que cuento con las fuerza militares para lograr la paz; sé que las fuerzas militares son también abanderadas de la paz; sé que su participación será definitiva, y sé que ellas cumplirán un gran papel en la búsqueda de la paz.

Podemos y debemos proseguir simultáneamente la búsqueda de un arreglo político del conflicto y el incremento de la capacidad de las Fuerzas Armadas, para seguir cumpliendo su misión constitucional de proteger a los colombianos. La experiencia ha demostrado que los dos procesos no son excluyentes frente al objetivo buscado, y además, está bien claro que la guerrilla jamás podrá imponerse mediante el uso del crimen y de las armas.

En el fortalecimiento de las instituciones es fundamental la lucha contra los grupos de autodefensa. Nada tan dañino para una institución como nuestras fuerzas militares como los grupos de autodefensa. Yo no voy a permitir que en eso el país se equivoque: no vamos a tolerar que, con el pretexto sarcástico de proteger a la población civil, se organicen fuerzas oscuras que solo contribuyen a aumentar el conflicto y a debilitar a las Fuerzas Armadas de Colombia y, con ello, a nuestra democracia. Porque cada peso, cada hombre, cada respaldo que ganan los grupos al margen de la ley, que dicen proteger a los colombianos en contra de la subversión, es un peso, un hombre y un respaldo menos a nuestras fuerzas militares.

Colombia llevaba demasiado tiempo con un pie de fuerza insuficiente, en buena parte temporal como es el caso de los soldados bachilleres, sin profesionalización ni garantías laborales adecuadas, y con equipos logísticos y de transporte que no les proporcionaban la suficiente capacidad operativa para sortear la difícil geografía colombiana. ¡Así no podíamos contrarrestar con éxito a quienes se empeñan en sembrar miseria y dolor en el país!

Hoy, pasada ya la mitad de mi mandato, puedo decir con verdadera satisfacción ante los hombres y mujeres de las fuerzas militares de Colombia que la situación es bien distinta y que será aun mejor.

Cuando asumí mi gobierno, las fuerzas militares contaban escasamente con 53.000 soldados regulares y 21.000 soldados profesionales. ¡Y con un ejército de ese tamaño teníamos que cubrir un millón ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados de territorio! Yo me propuse la meta de casi duplicar -¡sí, duplicar!- este personal y de dotarlo de buenas condiciones logísticas y de garantías laborales y de seguridad social. La meta, ambiciosa pero realista, fue pasar en cuatro años de 74.000 a 140.000 soldados regulares y profesionales.

Fue así como, en desarrollo del Plan 10.000, en 1999 llegamos a un número promedio de 32.000 soldados profesionales; este año completaremos 43.000, y el año 2001 llegaremos a la meta de tener hasta 55.000 soldados profesionales -¡150 por ciento más que en 1998!-. Vale decir, el próximo año habremos cumplido el primer propósito de cambiar a más de treinta mil soldados inexpertos y sin capacidad de combate por un número similar de soldados de carrera, con preparación física y mental suficiente para garantizar la seguridad y la tranquilidad a los colombianos.

Y en cuanto a los soldados regulares, hemos aumentado ya su número en 9.500, desde 1998, y se incrementarán en 1.500 más el próximo año, para alcanzar un total cercano a los 65.000.

Así las cosas, para fines del año 2001 tendremos unas fuerzas militares integradas por cerca de 120.000 soldados -55.000 profesionales y cerca de 65.000 regulares-, todos con amplia capacidad operativa. Mi meta es llegar a 140.000 soldados, incrementando en 20.000 más el cuerpo de soldados regulares, agilizando la preparación de los cuadros de oficiales y suboficiales necesarios para este incremento.

A partir de decisiones que tomamos hace pocos meses, los soldados de Colombia cuentan con un esquema de seguridad social, seguros de que a su retiro gozarán de una pensión que les garantice la justa retribución a una vida de servicios al país, tanto para ellos como para sus familias.

Los soldados tienen ahora una verdadera carrera profesional que ordena su vida en el Ejército, sus ascensos y promociones, las prestaciones

sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que pueden acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación normada con el Estado. ¡Los soldados de Colombia son ahora soldados con las garantías laborales y la seguridad social propias de los mejores colombianos!

En cuanto a nuestra capacidad táctica, también hay que destacar el hecho de que vamos a incrementar la flota de helicópteros a disposición de las fuerzas militares, aumentando así su capacidad de movilización y de apoyo en todos los frentes. El avance que hemos obtenido ha sido definitivo. Al iniciar mi gobierno se contaba para todas las fuerzas y para la Policía Nacional con 87 helicópteros, en buena parte fuera de alistamiento. En pocos meses, la flota llegará a los 172, con lo cual se habrá duplicado prácticamente este elemento fundamental del combate y mejorado su capacidad funcional. Pero es más: en el tema de los Black Hawk artillados, antes de marzo del próximo año ¡habremos cuadruplicado su número, pasando de 4 a 16!

El crecimiento y modernización de las fuerzas se ve también en el incremento de sus resultados operacionales. Comparando las cifras del primer semestre del año pasado con las del primer semestre de este año, vemos cómo las bajas ocasionadas en la subversión, las autodefensas, la delincuencia común y el narcotráfico aumentaron en un promedio del 45 por ciento; las capturas en estos mismos cuatro grupos aumentaron en un promedio del 62 por ciento, en tanto que las bajas dentro de nuestras propias tropas disminuyeron en un 43 por ciento. Estas son las fuerzas militares que todos los colombianos respaldan y quieren ver actuar con éxito en defensa de la vida, la honra y bienes de sus compatriotas.

Colombia, apreciados amigos, tiene una única salida a todos sus problemas, y esa salida pasa por el fortalecimiento y la defensa de sus instituciones republicanas y democráticas. El papel de las fuerzas militares en esta misión es imprescindible.

Con la reciente expedición de los decretos de reestructuración y modernización de las Fuerzas Armadas hemos avanzado también mucho en el objetivo de fortalecerlas y profesionalizarlas. El Estatuto del Soldado

Profesional es un claro ejemplo del compromiso del Gobierno con los hombres y mujeres que ofrecen lo mejor de sus vidas a la defensa de la patria.

Igualmente, es destacable el gran salto hacia adelante que se ha vivido en el interior de las fuerzas militares en el tema de la promoción, defensa y protección de los derechos humanos y en la aplicación del Derecho Internacional Humanitario, con el cual están hoy comprometidas, como nunca antes en su historia. Porque aquí debe quedar suficientemente claro que toda decisión del Presidente, su ministro y los altos mandos militares que involucre el retiro de miembros de las Fuerzas, se hace con el convencimiento absoluto de que sólo una fuerza pública segura de su papel en la sociedad, actuante en materia de la defensa de los derechos humanos y en la transparencia de sus actuaciones, será una fuerza pública victoriosa. En materia de derechos humanos, señoras y señores, actuamos por convicción, no por imposición.

Gracias a una amplia labor de divulgación pedagógica, a través de la cual se han capacitado cerca de 100 mil miembros de la fuerza pública en estas materias, y al alto grado de conciencia que existe dentro de la institución militar, los casos de violaciones a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario atribuidos a la fuerza pública bajaron del 16 por ciento en 1995 al 2 por ciento en 1999, y seguirán bajando, hasta que llegemos al cero por ciento.

Además, hemos realizado importantes avances en la Justicia Penal Militar, gracias a la expedición y entrada en vigencia del nuevo Código Penal Militar, que delimita claramente el fuero militar; excluye de la jurisdicción militar delitos como la tortura, el genocidio y la desaparición forzada; restringe el principio de la obediencia debida, y separa las funciones de comando de las de investigación y juzgamiento, entre otras reformas.

Hace pocos días me reuní con unos ilustres compatriotas, quienes me manifestaron lo siguiente: "Señor Presidente: Las Fuerzas Armadas que usted va a entregar al terminar su mandato serán unas Fuerzas Armadas completamente distintas y mucho mejores a las que recibió: Habrán triplicado su número de soldados profesionales e incrementado en

más del 20 por ciento el número de soldados regulares; habrán cuadruplicado su capacidad de movilidad; serán más profesionales y mejor dotadas; tendrán una carrera reglamentada y mejores condiciones laborales y de seguridad social; serán aun más respetuosas y conecedoras de los derechos humanos; más victoriosas, y contarán con un mayor respaldo popular, que es la esencia misma de su existencia".

Esos colombianos ilustres eran nadie menos que el señor ministro de Defensa, Luis Fernando Ramírez; el general Fernando Tapias y el general Jorge Enrique Mora. Debo confesar que sus palabras me llenaron de alegría, porque mi compromiso es total hacia las Fuerzas Armadas de nuestra Colombia.

Apreciados amigos de las fuerzas militares y señores graduandos:

La Escuela Superior de Guerra, bajo la acertada y consagrada dirección del general Henry Medina, se ha propuesto formar cada vez más militares, no solo para la guerra o la actividad castrense, sino también seres humanos integrales para la sociedad y para la vida.

Son militares que, como dije en una oportunidad, están convocados por la historia a desarrollar la maravillosa tarea de discernir, que va más allá de la mecánica, pero necesaria, obediencia. Discernir, como afirmé entonces, es una virtud que conduce al militar a la obligación de dar consejo y de entregarlo al Presidente de la República, rodeado de la confidencialidad que el discernimiento exige. Es ayudar a preparar el camino para que quien tiene la función constitucional de decidir lo haga con clarividencia.

Son militares que entienden que su mayor contribución a la democracia, como personal que no puede deliberar, es permitir que los demás colombianos sí lo hagan, y que la voluntad popular sea realidad en las acciones de los gobernantes.

A quienes hoy se gradúan en este alto centro de excelencia académica les auguro los mayores éxitos, dentro del discernimiento que proporciona la nueva formación militar. Ustedes serán también el mayor ba-

luarte de la institucionalidad que nos hemos propuesto defender y fortalecer.

La fuerza jamás podrá legitimarse a sí misma. Y quienes hoy me escuchan lo saben muy bien, porque han interiorizado el verdadero sentido de la milicia, cuando obra bajo los preceptos sagrados de la libertad y el orden: la defensa a ultranza de las instituciones que nos permiten vivir en sociedad y con justicia.

Porque sólo comprendiendo la razón que legitima el uso de la fuerza, sabremos si nosotros usamos las armas, o si son las armas las que nos usan a nosotros.

FORTALECIMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS DE COLOMBIA, ÚNICAS LEGÍTIMAS DE NUESTRA INSTITUCIONALIDAD

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
durante la entrega de seis helicópteros Black Hawk a las Fuerzas Militares.*

Base Militar de Tolemaida, Melgar, Tolima, 13 de febrero de 2001.

Hoy estamos aquí reunidos para exaltar la dedicada labor de 39 miembros de la Fuerza Aérea Colombiana y de la Aviación Militar, así como 3 de la Aviación de la Policía Nacional, por los servicios distinguidos que han prestado al país, con coraje, dedicación y entrega, protegiendo con sus vidas los derechos y libertades de nuestro pueblo colombiano de las acciones de los violentos e intolerantes.

Los 24 oficiales, 13 suboficiales y los 2 técnicos que reciben esta condecoración meritoria constituyen un núcleo ejemplar de profesionales, del cual cuatro de ellos han recibido el mismo reconocimiento en tres ocasiones y seis en dos, demostrando que se trata de una conducta ejemplar continua en la cual se expresan una admirable disciplina y un gran pundonor profesional.

Los demás miembros de la Fuerza Pública que en el día de hoy reciben esta condecoración por primera vez son un valeroso grupo de oficiales y suboficiales de recientes promociones que muestran con su esfuerzo y dedicación una perfecta adhesión a los valores institucionales, demostrándoles a los colombianos que son dignos de la altísima misión que les ha sido confiada.

Los hombres hoy condecorados vienen de participar en la Operación Berlín, adelantada en el Magdalena Medio y en la sensible región del Catatumbo, donde se empleó exitosamente la acción coordinada de las fuerzas de tierra y de las formaciones aéreas del Ejército, la Fuerza Aérea y la Policía Nacional, demostrando los avances logrados en las operaciones conjuntas y el ánimo de colaboración profesional en la búsqueda de los objetivos comunes de proteger y velar por la tranquilidad de todos los colombianos.

Quiero resaltar el profesionalismo de las tropas en el desarrollo de esta exitosa operación, las que fueron contundentes en la realización de sus acciones pero cuidadosas protegiendo a decenas de niños y adolescentes reclutados con coacción y engaños por parte de los alzados en armas, llevados a participar en un conflicto que muy seguramente no alcanzan a comprender, que les impide ir a la escuela, realizar con sus amigos actividades propias de su edad y compartir con sus familias y amigos los mejores años de sus vidas, y que, a cambio, los enfrenta prematuramente a los horrores de una guerra que no eligieron.

En la Operación Berlín se demostró que la invitación a los subversivos a dejar las armas, en cuya divulgación son tan eficaces nuestras naves y aviadores, tiene cada vez más acogida. Con la dejación de las armas por muchos combatientes se salvaron vidas y se demostró que tenemos un indestructible vínculo que debe prevalecer sobre todas las diferencias: ser colombianos.

El año pasado 316 miembros de la insurgencia buscaron a nuestros hombres para entregar sus armas y acogerse a la ley y al orden que rigen nuestra patria, y que les ofrece a quienes busquen el regreso a la comunidad un trato civilizado y una ayuda efectiva para que se abran paso por las vías legales, mediante la educación y el trabajo.

La Fuerza Pública, así, se hace también coautora de la paz, invitando y facilitando la integración a la sociedad civil de aquellos que algún día tomaron por error el camino de la violencia.

Esta Fuerza Pública que tanto admiran y quieren los colombianos, es, por otra parte, la que garantiza la supervivencia del régimen democrá-

tico en Colombia y, por lo tanto, es un factor decisivo para la búsqueda de la paz.

Por esta razón, al tiempo que adelantamos un proceso de diálogo, con generosidad pero con firmeza, también estamos fortaleciendo las Fuerzas Armadas de Colombia, como las únicas fuerzas legítimas de nuestra institucionalidad.

Para ello, nos hemos esforzado por consolidar en el país unas mejores Fuerzas Armadas. En los cuatro años de mi gobierno, estamos triplicando el número de soldados profesionales e incrementando en más de 20 por ciento el número de soldados regulares. Además, estamos cuadruplicando la capacidad de movilidad de las tropas, con esfuerzos concretos, como el que hoy presenciamos al incorporar nuevos helicópteros a nuestra flota aérea.

Estas Fuerzas Armadas que nos hemos propuesto dejarle al país son cada vez más profesionales y están cada vez mejor dotadas, gozan de una carrera reglamentada y de excelentes condiciones laborales y de seguridad social, son respetuosas y concedoras de los Derechos Humanos, y, por eso, son hoy en día unas Fuerzas Armadas victoriosas, que cuentan con un amplio respaldo popular, que es la razón misma de su existencia.

En este programa de fortalecimiento de la Fuerza Pública se inscribe en el de la Aviación del Ejército que hoy incorpora a su formación seis helicópteros Black Hawk de transporte de tropas, los cuales han sido adquiridos con los recursos de la Nación en cumplimiento de la estrategia de controlar la subversión, proteger a la población de las acciones criminales y depredadoras de las autodefensas ilegales, y de perseguir al narcotráfico, que financia todas las formas de violencia.

El esfuerzo del Gobierno por comprar los helicópteros que hoy quedan a disposición de las Fuerzas Armadas de Colombia forma parte, entonces, de una gran estrategia de fortalecimiento y de nuestro compromiso indeclinable con los hombres y mujeres que defienden la institucionalidad de nuestra patria y las vidas de todos los colombianos.

Hemos destinado entonces 263 millones de dólares para la compra de 19 helicópteros de los cuales el Ejército Nacional ya cuenta con 6 y la Fuerza Aérea con 5. Los 8 restantes estarán en el país a mediados de este año.

Se unen, pues, en este día el reconocimiento al heroísmo y sacrificio de nuestros soldados y policías y un nuevo eslabón en el fortalecimiento de sus formaciones, como parte de una política encaminada a garantizar el imperio de la ley y a ofrecer una sólida base al proceso en marcha que, con la ayuda de todos, nos conducirá al logro de la paz.

¡LAS FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA: CADA VEZ MEJORES!

*Discurso del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo del quincuagésimo aniversario del Comando General de las
Fuerzas Militares, celebrado en la Escuela Militar de Cadetes
"José María Córdoba".*

Bogotá, D. C., 16 de abril de 2001.

Hoy celebramos un aniversario especial del Comando General de las Fuerzas Militares de Colombia y vengo ante ustedes en la triple condición que mi patria me ha otorgado. Quiero hablar primero como el comandante supremo de las Fuerzas Militares de Colombia. Quiero también hablar como el Presidente de todos los colombianos y como el ciudadano que quiere y admira a sus Fuerzas Armadas.

En mi calidad de comandante supremo de las Fuerzas Militares me siento orgulloso de estar liderando el proceso que ha llevado a los cambios más importantes en su interior. ¡Nadie podrá dudar de que me la he jugado y me la seguiré jugando por los soldados de mi patria porque mi compromiso es con las fuerzas legítimas de la nación!

Con la insuperable dedicación y con el acertado criterio del ministro de la Defensa, Luis Fernando Ramírez, de la mano de quien, con talento y visión, lidera el conjunto de la Institución, el general Fernando Tapias Stahelin, y de hombres tan valiosos como el general Mora, como el general Velasco, como el almirante Soto, tenemos unas Fuerzas Militares no solo distintas de las del pasado sino listas para enfrentar el futuro que todos anhelamos: la obtención de la paz en Colombia.

Hoy me presento ante mis Fuerzas Militares con la frente en alto y con la mirada firme que me otorga la tranquilidad de haber actuado frente

a ellas con toda la dedicación posible. Ningún miembro de las Fuerzas Militares puede poner hoy en duda que su comandante supremo ha hecho por ellas lo que nunca se había logrado. Hace ya algunos días el propio general Tapias me lo decía: No ha habido nunca en Colombia un presidente que les haya dado tanto a sus Fuerzas Militares.

Ante todo, frente a mis Fuerzas Militares siempre he actuado de una manera sincera, leal, honesta, con transparencia y siempre con sinceridad. No lo entendería de otra forma. No lo haría de otra manera, por mis propias convicciones democráticas y morales. Claro está que esto mismo es lo que siempre he esperado de parte de mis tropas.

No hay que olvidar que cuando yo recibí mi mandato, las Fuerzas Militares contaban con poco prestigio, tenían su dignidad menoscabada, no poseían mayor capacidad operacional y su presupuesto estaba destinado casi por entero a la construcción de guarniciones militares. Como si esto fuera poco, nuestras Fuerzas Armadas tenían una mala imagen en el ámbito internacional, tanto en su desempeño en el campo de los derechos humanos como en su efectividad táctica y estratégica. ¡Cuántos oficiales se vieron en la penosa situación de no obtener visas para viajar al exterior!

También tengo que decir que el triste y doloroso hecho del secuestro de cerca de 450 miembros de la Fuerza Pública agravaba la situación descrita, desmoralizando nuestras tropas.

¡Qué contraste! Ninguno de estos hechos lamentables se ha vuelto a repetir en semejante magnitud desde cuando iniciamos este proceso de fortalecimiento de las Fuerzas Armadas que hoy está rindiendo sus mejores frutos.

Colombia llevaba demasiado tiempo con un pie de fuerza insuficiente, en buena parte temporal y con una alta rotación, sin profesionalización ni garantías laborales ni sociales adecuadas, y con equipos logísticos y de transporte que no le proporcionaban la suficiente capacidad operativa para sortear la difícil geografía colombiana. ¡Así no podíamos contrarrestar con éxito a quienes se empeñan en sembrar miseria y dolor en el país!

Hoy, pasada ya la mitad de mi mandato, puedo decir con verdadera satisfacción ante los hombres y mujeres de las Fuerzas Militares de Colombia que la situación es bien distinta y que será aun mejor.

Cuando asumí mi gobierno, las Fuerzas Militares contaban escasamente con 53.000 soldados regulares y 22.000 soldados profesionales. ¡Y con un ejército de ese tamaño teníamos que cubrir un millón ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados de territorio!

Con el cambio de soldados bachilleres por profesionales, en desarrollo del Plan 10.000, al final del 2001 habrá 55.000 soldados profesionales, lo cual representa un incremento del 150 por ciento.

A este esfuerzo se suma la incorporación en el presente año de 10.000 soldados regulares adicionales que hacen parte del denominado Plan Fortaleza, el cual contempla un incremento anual del mismo número de soldados hasta 2004, con lo que el número de soldados regulares pasará de 53.000 en 1998 a 105.000, incremento equivalente a casi el ciento por ciento.

La meta total, ambiciosa pero realista, es alcanzar para el año 2004 un número superior a 160.000 efectivos con buena capacidad de combate.

A partir de decisiones que tomamos hace algunos meses, además, los soldados profesionales de Colombia cuentan con un esquema de seguridad social, seguros de que a su retiro gozarán de una pensión que les garantice la justa retribución a una vida de servicios al país, tanto para ellos como para sus familias.

Los soldados tienen ahora una verdadera carrera profesional que ordena su vida en el Ejército, sus ascensos y promociones, las prestaciones sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que pueden acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación normada con el Estado. ¡Los soldados de Colombia son ahora soldados con las garantías laborales y la seguridad social propias de los mejores colombianos!

Con respecto a nuestra capacidad táctica, también hay que destacar el hecho de que vamos a incrementar la flota de helicópteros a disposición

de las Fuerzas Militares, aumentando así su capacidad de movilización y de apoyo en todos los frentes. El avance que hemos obtenido ha sido definitivo. Al iniciar mi gobierno se contaba para todas las Fuerzas y para la Policía Nacional con 87 helicópteros, en buena parte fuera de alistamiento.

En pocos meses, la flota llegará a los 172, con lo cual se habrá duplicado prácticamente este elemento fundamental del combate y mejorado su capacidad funcional. Pero es más: en el tema de los Black Hawk artillados ¡habremos cuadruplicado su número!

Cuando se realiza –como lo haré a continuación– el recuento estadístico de sus méritos, no se hace sino ratificar lo que ya todos los colombianos saben: que sus Fuerzas Militares están haciendo un gigantesco esfuerzo para preservar el orden social y, sobre todo, que el esfuerzo ha deparado en excelentes resultados.

En todos los campos los resultados demuestran un avance fundamental. Si se atiende, por ejemplo, a las acciones contra la subversión y contra los grupos ilegales de autodefensa, la mejoría es notable. Durante el año 2000 se neutralizaron 274 ataques guerrilleros, es decir, un 201 por ciento más que en el año 1999. En los 738 combates que se libraron fueron dados de baja 937 subversivos y 1.088 fueron capturados. Esto significa que, en relación con el año 1999, se aumentó en un 29 por ciento el número de bajas y en un 35 por ciento el de capturas.

Asimismo, en lo referente al decomiso de armamento, se incrementó en un 80 por ciento la incautación de los distintos tipos de material bélico y en un 76 por ciento la de vehículos. Por todo lo anterior, cuando el poderío de las Fuerzas Militares se hace tan patente, no es raro encontrar que se incrementó en un 154 por ciento el número de los desertores de la insurgencia.

Cada vez se hace más claro, para muchos alzados en armas, que la opción de la vida civil, de la democracia y de la tolerancia es la única sensata y que la guerra solo asegura la propia aniquilación.

Respecto al terrible mal de las autodefensas, la acción de las Fuerzas Militares también da muestras fehacientes de los esfuerzos para conte-

nerlos. Entre 1999 y 2000 se aumentó en un 200 por ciento el número de bajas y en un 61 por ciento el de los detenidos. Se decomisó un 50 por ciento más de armamento y un 32 por ciento más de vehículos. Esto prueba, a pesar de las falsas generalizaciones y las infaltables acusaciones injustas, que las autoridades nacionales están comprometidas en la lucha contra aquellos grupos que siembran miseria y terror por nuestro territorio, bajo la supuesta intención de ejercer justicia. ¡No hay error más grande que creer que se puede alcanzar el cielo apoyándose en los hombros del diablo!

En el campo de la lucha contra el narcotráfico y el secuestro, donde las Fuerzas Militares tienen una decisiva participación, los logros también son alentadores. Comparando el año 1999 con el 2000, se aumentaron en un 105 por ciento las operaciones antisequestro y en un 103 por ciento las operaciones antiextorsión. El feliz resultado de las primeras es el rescate de 508 personas durante el año pasado. Con la colaboración de la población civil y la comprobada efectividad de los grupos Gaula, esperamos poder reducir de una manera importante este flagelo inhumano en el menor tiempo posible.

Respecto al narcotráfico, las cifras de las operaciones de las Fuerzas Militares también arrojan buenas perspectivas. En el año 2000 se incautaron 53 toneladas de cocaína, 23 de marihuana y 739 de hoja de coca. En relación con el año anterior, subieron en un 185 por ciento las incautaciones de la primera, en un 322 por ciento las de la segunda y en 332 por ciento las de la tercera. Por si fuera poco, cabe decir que la destrucción de laboratorios y de hectáreas de coca y marihuana creció, respectivamente, en un 96 por ciento, un 5.968 por ciento y un 2.850 por ciento. Son cifras realmente impresionantes que demuestran, junto con los 959 capturados y los 245 mil galones de insumos detectados, la magnitud de los esfuerzos y la eficacia de los mismos.

En el terreno de los derechos humanos, un tema sobre el cual mucho se especula pero poco se demuestra, es evidente una notable mejoría tanto en lo referente a la capacitación como en lo relativo a denuncias. Durante el 2000, denominado El año de la Efectividad Operacional y de la Defensa de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario, se dictaron 134 cursos sobre el tema, que fueron recibidos por

unos 5.300 miembros de la Institución. Al respecto se estructuró un nuevo modelo pedagógico y, desde el primer semestre del presente año, funciona el programa de especialización en Derecho Internacional de Conflictos Armados.

Asimismo, los casos de presuntas violaciones a los derechos humanos han disminuido considerablemente. Hoy ni siquiera el 2 por ciento de las violaciones a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario es atribuido a miembros de nuestras Fuerzas Militares, y resulta claro ante propios y extraños que los verdaderos violadores de los derechos humanos se encuentran en las filas de la subversión, de las autodefensas y de la delincuencia común.

A este paso, pronto conseguiremos unas Fuerzas Militares totalmente libres de este lamentable fenómeno y, en esa medida, invulnerables a las acusaciones de quienes, por desinformación o por presiones políticas, dudan de su integridad y de su estricto cumplimiento de las normas nacionales e internacionales.

Nada de lo anterior se hubiera podido conseguir sin los cambios institucionales y estratégicos que hemos efectuado paralelamente. Durante el año pasado se produjeron cambios tan importantes como el mejoramiento de la cultura institucional y del sistema de manejo de recursos, la implantación del Plan de Transparencia con el fin de prevenir los casos de corrupción, la actualización de los currículos de las escuelas de formación y la reforma del marco legal, gracias a la cual hemos consolidado unas fuerzas militares con mayor capacidad de gestión y de profesionalización.

Igualmente, dentro del conjunto del proceso de modernización, no sólo se redefinió la doctrina operacional –pasando de una estructura funcional a otra de procesos– y se adecuaron las estructuras orgánicas –fortaleciendo los Estados Mayores y fomentando la descentralización administrativa– sino que se puso al día el sistema de comunicaciones, se reestructuraron los Batallones de Contra guerrilla y se crearon o activaron divisiones como la Central de Inteligencia Conjunta, CIC; la Central de Inteligencia Militar del Ejército; el Centro Nacional de Entrenamiento Militar, Cenae, y el Centro de Entrenamiento para Soldados Profesionales, Cespól.

Ustedes pueden verlo: Ha sido una concienzuda y silenciosa labor de reorganización y fortalecimiento la que ha permitido alcanzar los éxitos por todos conocidos. Esto sin duda se debe a que cuentan ustedes con un comandante supremo de las Fuerzas Militares que, como lo dije, se la ha jugado por ustedes y que nunca ha dudado un instante en hacerlo.

No casualmente, como lo han demostrado distintas encuestas, las Fuerzas Militares hoy son la institución con más credibilidad en el país. La opinión pública es cada vez más consciente de cómo el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada Nacional son los baluartes de su seguridad y de sus libertades.

Se ha comprendido que es gracias al coraje de las tropas y, por supuesto, al tesón y a la reflexión de sus comandantes, que la gran mayoría de los colombianos puede trabajar, divertirse y llevar, en sus hogares, una apacible vida familiar. Se ha comprendido que las Fuerzas Militares son las murallas protectoras que rodean la serenidad de la vida cotidiana.

¿Cuántas vidas cuesta esa serenidad? ¿Cuántos esfuerzos, planes y afanes se requieren para que muchos no sean pisoteados por el dolor y el desasosiego? Esa es una pregunta que los colombianos se están haciendo. Qué bueno es escucharla. Qué bueno es saber que se reconoce el trabajo y, sobre todo, el sacrificio implicado en el mantenimiento de ciertos valores. Esa es la razón de su masivo reconocimiento y respaldo.

Pero esto, señores, implica también grandes compromisos por parte de las fuerzas militares, con su país y con su Presidente.

Como su comandante, espero ante todo la máxima lealtad con el país y con la democracia. El honor militar de las Fuerzas Armadas de Colombia contiene ante todo la obligación máxima de la lealtad con las políticas de Estado y con las directrices del Presidente.

La fuerza sin dirección política es simplemente violencia. La debida obediencia de las Fuerzas Militares nunca puede verse mancillada. Nadie, en el interior de nuestro ejército o por fuera de él, puede poner en duda su total acatamiento a la voluntad de la democracia que ha sido depo-

sitada por los ciudadanos en cabeza del máximo comandante de las Fuerzas Militares, que es el Presidente.

La lealtad también está en evitar, con convicción plena, la tentación equivocada de deliberar. La vocación histórica de nuestro ejército y su formación dentro del Estado de derecho y la democracia así lo imponen. No faltarán los que impulsen a nuestros hombres a caer en esta tentación. La sabiduría del buen militar estará siempre en evitarla, conservando, eso sí, la capacidad de discernir con la confidencialidad que ella implica.

La lealtad también es sinceridad y transparencia. Siempre he oído el consejo sincero de nuestros generales, no sólo formalmente sino en la realidad. Como su Comandante siempre espero contar con la franqueza y con la diafanidad en cada una de las actuaciones de los soldados de Colombia. No entendería nunca que los miembros de las Fuerzas Militares no fuesen sinceros con su Comandante así como ustedes nunca permitirían que sus soldados no lo fuesen con ustedes.

Esa sinceridad que exijo implica ante todo discreción. Bien lo dijo nuestro Libertador en una famosa carta al general Santander: "Me parece muy bien la carta de usted a Páez, pero diré, con franqueza, que escribir confidencialmente para publicar estos escritos no es muy propio de la amistad ni del decoro de un gobierno. Si Páez ha empezado con esta carrera indecente, nosotros no debemos seguirla. A mí me disgusta infinito esta conducta con respecto a mí, pues una confianza que se hace pública es una violación del secreto".

La lealtad es también la defensa de las instituciones, empezando por la defensa del propio honor de nuestro ejército.

No se equivoquen. Hoy los grupos de autodefensa mancillan a diario el honor de nuestras tropas que siempre han sido fieles a la patria. Cada acción de un grupo de estos solo logra poner en entredicho nuestra eficiencia y nuestro compromiso con la Constitución, so pretexto de combatir la subversión.

Recientemente, el general Fernando Tapias afirmaba muy acertadamente que "el principal peligro para Colombia en los próximos dos o tres

años son los grupos paramilitares porque gradualmente se están convirtiendo en una amenaza peor que la que pretenden solucionar". Todo punible ayuntamiento con los grupos de autodefensa, venga de donde viniere, no es más que una deshonra para los hombres de nuestro Ejército que han sido respetuosos de las instituciones.

Recientemente lo dije ante la comunidad internacional y hoy lo repito: Quiero hacer una claridad sobre los grupos de autodefensa, que con frecuencia se pretenden vincular, casi siempre a la ligera o siguiendo las denuncias de los guerrilleros, con las fuerzas armadas de Colombia. El Gobierno y el país lo saben: Ellos son unos criminales desalmados, cuya actividad se alimenta únicamente de odio, de venganza y de ambición, que no representan a las instituciones ni a los ciudadanos de bien. Si algunos pocos militares descarriados del buen juicio, de manera individual, los han apoyado o han sido negligentes en su persecución, los hemos ido detectando, sancionando y separando del servicio. Pero las Fuerzas Armadas de Colombia no son aliadas de este grupo delictivo, al cual no le reconocemos ni le reconoceremos jamás un carácter político.

Hoy quiero reafirmar un principio básico: La lucha contra estos grupos la hacemos por convicción democrática y por el respeto que sentimos con nuestras tropas. ¡Qué errados están quienes pretenden difundir la especie que esta lucha se hace por imposición de la subversión! Esta ignominia solo es digna de quienes hoy tienen una visión errada de la lealtad y del honor de nuestras Fuerzas Militares.

También he venido a hablarles como Presidente de esta adolorida nación, cansada de tanta violencia y de tanta sangre que inútilmente hemos derramado en un conflicto que todos quisiéramos terminar ya, y quiero ante ustedes ratificar mi compromiso con la paz de mi pueblo. Este no es un invento propio ni obedece a un simple capricho de unos pocos. Este es el anhelo de todos los colombianos y todos debemos trabajar para lograrla.

¡Quiero la paz de Colombia porque estoy seguro de que la guerra mataría la patria! Quiero la paz para Colombia porque mis compatriotas depositaron en mí ese mandato sagrado, con la más alta votación de la historia.

¡Qué errados están los que aún piensan que solo con más violencia lograremos encontrar el anhelado derecho a la paz que nuestra Constitución consagra! Ustedes han sufrido el rigor de la guerra; son nuestros soldados los que han ofrendado su vida y su libertad por proteger las nuestras y por eso estoy seguro de que nuestras Fuerzas Militares son las que mejor valoran y comprenden que debemos hacer todo por la paz.

Pero como ya lo he dicho antes, quiero la paz de mi patria pero no a cualquier precio. Siempre la buscaré respetando nuestras leyes, nuestra Constitución y los valores de nuestra democracia, de la unidad territorial y de la defensa de los derechos humanos.

Muchos se han empeñado en decir que este anhelo de paz nos ha llevado a entregarlo todo o, en términos más coloquiales, a arrodillarnos para alcanzarla sin haber logrado nada hasta ahora.

Esa es sin duda una visión pobre y corta de lo que significa el difícil camino de la paz. Esa es la visión equivocada de quienes, por cualquier circunstancia, le tienen miedo a la paz.

Sé que el camino de la paz es muchas veces incomprendido, es difícil y sobre todo lleno de enormes obstáculos que muchas veces resultan difíciles de superar. También está lleno de inconformismo y apatía de quienes creen que este conflicto no es de ellos.

Nuestro ejército no puede confundir la voluntad de paz con la debilidad en la búsqueda de la paz. No puede confundir el diálogo y la negociación con la complicidad, no puede confundir la complejidad del proceso con la entrega de la nación. Nuestras Fuerzas Militares deben saber con precisión que en esta búsqueda de la paz el Presidente nunca ha actuado ni actuará de espaldas a sus soldados; pero también tiene la certeza de que ninguno de ellos le dará la espalda a la paz de Colombia.

Como Presidente de los colombianos espero de mis Fuerzas Militares la comprensión, el apoyo y la franqueza para avanzar firmes en el recorrido que significa un proceso de paz.

Por fortuna para los colombianos, en nuestras Fuerzas Militares contamos con líderes inteligentes y prudentes que comprenden la magni-

tud del momento histórico por el que pasa Colombia. Pero si en algún momento quienes carecen de esa visión de futuro, quienes han estado más cerca de la derrota y de la humillación o quienes han perdido su capacidad de ver más allá de la coyuntura logran generar inquietudes y dudas dentro de nuestras tropas, la misión que tenemos no será diferente de la de hacer ver a nuestros hombres que la lucha por la paz es de todos y para el bien de todos.

Como Presidente así lo haré y siempre ha sido ese mi compromiso. Nuestras tropas siempre deben saber que cuentan con el Presidente, que tienen en él a un amigo leal y transparente. ¡Eso nadie lo puede poner en duda!

Señores generales: Permítanme parafrasear algunos fragmentos de nuestro Libertador Simón Bolívar en una memorable carta al general Santiago Mariño: "...Generales, yo soy el mejor amigo de ustedes. Desgraciadamente algunos de los de ustedes no lo son míos; de aquí nacen todas las alteraciones que hemos sufrido y que yo espero que no volveremos a sufrir, tanto para salvarnos como para salvar nuestra patria querida...".

Y continuaba el Libertador en su carta: "... Temamos los mismos escollos donde otros han padecido o sucumbido. Por último tenga usted presente a la posteridad que ha de juzgarnos, sin cábalas y sin chismes, solo por los hechos; usted tiene la pasión de la gloria; procure conservarla como la ha adquirido: la ambición es una mancha para la verdadera gloria y el mayor esplendor de este brillante adorno, le viene más de la moderación que del poder. El poder sin la virtud es un abuso y no una facultad legítima; usted posee todo lo que le conviene a la felicidad del país y a su propio honor; en busca de otro mayor no pierda usted el que tanto le ha costado".

Como ciudadano quiero hablarle con el corazón a mi ejército, a mis soldados, a mis infantes, a mis suboficiales, a mis oficiales, a todos los que hoy defienden nuestra patria empuñando las armas legítimas de la nación.

Quiero hablarles con el corazón para decirles que estamos agradecidos con cada uno de ustedes. Orgullosos de la labor que cumplen y de los esfuerzos y sacrificios que realizan día a día.

En nombre de mis compatriotas quiero decirles que nuestro pueblo quiere y respalda como nunca a nuestras Fuerzas Armadas, porque han mostrado su patriotismo y su fe en Colombia. Porque han sacrificados sus vidas y sus familias para que los demás podamos vivir mejor.

Hoy podemos decirle a Colombia con certeza y satisfacción: El éxito y la fortaleza de las Fuerzas Militares de nuestro país son indiscutibles. Con la misma seguridad con que puedo decir que el Sol saldrá mañana, puedo también afirmar, por fortuna, que nuestras fuerzas militares defienden, cada vez con mayor contundencia y valor, las leyes y el bienestar público. Nadie puede negar este hecho. Hacerlo, resistirse a aceptar las evidencias que lo demuestran, sería aplicar las facultades de la imaginación, pero no las del entendimiento. Quien conozca los hechos sólo puede decir: ¡las Fuerzas Militares de Colombia son cada vez mejores!

Estimados amigos:

Como Presidente de la República, como comandante supremo de las Fuerzas Militares, voy a entregar al final de mi mandato un ejército totalmente distinto del que recibí en el año 1998. ¡Esto lo hemos logrado gracias al liderazgo de su comandante supremo y al arduo trabajo de todos ustedes! Colombia tiene hoy unas Fuerzas Militares mucho mejores, más respetadas, más eficientes y mucho más fuertes que hace 32 meses ¡y no podemos perder el camino que hemos avanzado!

Apreciado general Tapias:

En esta celebración con motivo del quincuagésimo aniversario del Comando General de las Fuerzas Militares, permítame mencionar nuevamente unas palabras de nuestro Libertador Simón Bolívar:

"Piérdase enhorabuena ocasión, tierra, ganado, caballos, paisanos y aun dinero; pero no perdamos la moral y el material de nuestro ejército, aunque también perdamos algún personal. Conservemos sobre todo el prestigio favorable que se ha concebido del ejército colombiano; conservemos inmaculada nuestra gloria; y yo ofrezco a usted un resultado final digno de nuestra causa. Grabe usted profundamente en su alma estas ideas; proféselas usted como la fe del día, y ámelas con su corazón

para que la repugnancia no las combata y aun las destruya. Aleje usted de su espíritu toda consideración que no coadyuve a fortificar este plan. Llame usted a su ayuda todos los pensamientos y todas las pasiones que puedan servir a completarlo. El espíritu de usted es fecundo en arbitrios, inagotable en medios cooperativos, la eficacia, el celo y la actividad de usted, sin límites. Emplee usted todo esto y algo más por conservar la libertad de la América y el honor de Colombia. El designio es grande y hermoso y por lo mismo digno de usted".

LA NACIÓN RECONOCE EL VALOR, LA CAPACIDAD Y EL PATRIOTISMO DE NUESTRAS FUERZAS ARMADAS

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, en la celebración del nonagésimosegundo
aniversario de la Escuela Superior de Guerra de Bogotá.*

Bogotá, D. C., 3 de mayo de 2001.

Una reflexión sobre la legitimidad de la fuerza

Hace dos años, el 6 de mayo de 1999, vine por primera vez, en mi condición de Presidente de la República, a esta Escuela, el principal centro de formación de los militares colombianos, con ocasión de su nonagésimo aniversario.

En dicha ocasión expuse ante un auditorio compuesto, como hoy, por los más altos oficiales de Colombia, mi visión de las Fuerzas Armadas y su papel en la sociedad, los lineamientos del proceso de paz que entonces daba sus primeros pasos y la urgencia de construir en el interior de nuestras instituciones militares una cultura de los derechos humanos.

Pues bien: han pasado 24 meses desde ese día y hoy regreso a este centro de la estrategia y el pensamiento militar con la satisfacción de haber promovido desde mi gobierno la más grande transformación y modernización de las Fuerzas Militares de los últimos tiempos.

Hoy vengo ante ustedes con la certeza de que Colombia tiene, por fortuna, unas Fuerzas legítimas dotadas de mejores recursos, ampliadas en su número, con mejor capacidad de transportación y movilidad, respaldadas por una carrera profesional debidamente reglada, con se-

guridad social para los soldados profesionales, más modernas y mucho más exitosas.

Los contundentes éxitos de Mitú en 1998; de Hato Corozal y Puerto Inírida en 1999; las acciones que impidieron en varias oportunidades la toma de la Vía al Llano, la operación Berlín en Santander o la recuperación del infame corredor del secuestro en el Sumapaz, en el 2000, o, ya en este año, la operación Gato Negro en el Vichada, que ha logrado no sólo destruir innumerables laboratorios para el procesamiento de droga sino también capturar al más buscado capo brasileño, o la reciente operación Dignidad que terminó con la captura de 62 miembros de los grupos ilegales de autodefensa, son solo algunos de los más destacados ejemplos de cómo las Fuerzas Militares de Colombia, obrando conjunta y coordinadamente, con inteligencia, estrategia y capacidad operativa, sí pueden derrotar a los criminales y garantizar cada vez más la protección a la población civil del país.

¡Estas son las Fuerzas Armadas que nos enorgullecen! ¡Las Fuerzas legítimas de una nación que reconoce su valor, su capacidad y su patriotismo!

El año pasado, en un seminario organizado por la Escuela Superior de Guerra sobre el papel de las Fuerzas Militares en una democracia en desarrollo, observé que era un craso error pretender que las Fuerzas Militares –que obran en cumplimiento de su deber constitucional de defender la soberanía, la independencia, la integridad territorial y el orden constitucional de Colombia– son solo un actor del conflicto armado, aislado, ajeno a nuestros propios intereses y nuestra solidaridad.

Entonces dije algo que hoy quiero retomar porque en estos momentos tiene mayor vigencia que nunca:

Las Fuerzas Militares no son las Fuerzas del Gobierno, sino las Fuerzas de toda la sociedad colombiana. En el conflicto interno que por desgracia vive nuestro país sólo hay dos partes: por un lado, la sociedad que componemos todos y, por otro, los actores armados al margen de la ley.

Cada soldado, cada oficial y cada policía que muere o es herido en cumplimiento de su deber es un mártir de Colombia: es alguien que luchó y

sufrió por nosotros, por cada uno de los 40 millones de colombianos que habitamos esta tierra de esperanza.

Nada más equivocado que pretender que ellos luchan su guerra, cuando su guerra es la de todos nosotros y es por todos nosotros. Ellos son la sociedad colombiana: ¡Dejarlos solos es dejarnos solos!

Apreciados amigos:

Revisando el último ejemplar de la revista de las Fuerzas Armadas, editada en un esfuerzo maravilloso por la Escuela Superior de Guerra, encontré un texto muy dicente y dolorido del escritor Fernando Soto Aparicio, del cual quiero traer a cuento el siguiente aparte:

"Colombia es una tierra buena, generosa, noble, iluminada (...) Colombia es un joropo que sube como una mano tibia por la piel de la tarde; es un paisaje donde el cielo y la llanura se funden en el beso del horizonte; es un camino que se pierde entre los árboles, nuestros hermanos mayores a los que lamentablemente les hemos perdido el respeto; es un campo cruzado por los surcos, que fueron nuestro común denominador hasta que empezaron a sembrarlos de muertos (...) Colombia es un sentimiento regado por dentro, como la luz de una lámpara a la que no logrará apagar nadie".

Sí, esa es Colombia, ese es nuestro país que a ustedes y a mí nos duele hasta los tuétanos; que no entendemos cómo ni a qué horas se comenzó a resquebrajar; que no sabemos por qué algunos se afanan en destruir, bajo el pretexto de salvarlo.

Yo sé que a ustedes, oficiales y soldados de nuestras Fuerzas Militares, más que a ningún otro colombiano, les ha tocado presenciar con horror los desmanes y la crueldad de los insensatos, les ha tocado combatirlos para defender a sus compatriotas, sin comprender, a ciencia cierta, qué es lo que ha llevado a estos hombres y mujeres a disparar contra sus hermanos.

A veces, cuando presenciamos la demencia rayana en la bestialidad de las masacres perpetradas por los grupos ilegales de autodefensa, de los

cobros de cuentas entre los criminales, de la destrucción de poblaciones humildes e inermes por parte de la guerrilla, del secuestro de seres humanos para jugar con su vida y ensombrecer las de sus familiares por un puñado de pesos, de la voladura de torres de energía y tubos de oleoducto, de los actos terroristas que se llevan la vida de los inocentes, se nos agotan las razones para seguir creyendo en la paz.

Pero esta es una fe que nunca podemos perder, porque perderla sería como perder la esperanza de vivir. Como dice el mismo maestro Soto Aparicio, "nuestro conflicto interno se ha convertido en una guerra sin cuartel y, como todas las guerras, sin vencedores pero con vencidos". Siguiendo sus palabras: "Nadie gana una guerra: la pierden todos. Y nosotros, los colombianos, llevamos más de medio siglo perdiéndola".

Esa es la verdadera dinámica de la violencia. Mientras ella sea el argumento de los contradictores, nunca podremos considerarnos vencedores.

Hoy se los digo de corazón, con el dolor de un colombiano y un padre de familia que contempla aterrado los actos absurdos de violencia que sacuden día a día a nuestro pueblo: No entiendo cómo es posible que hoy, en pleno siglo XXI, todavía haya quienes persisten en creer que se puede construir patria encima de la sangre derramada; que se puede construir mañana matando, secuestrando e intimidando.

¡No, señores! La violencia solo produce más violencia. La violencia no es más que el miedo a no tener la razón y a no contar con las armas de la inteligencia para imponer nuestras ideas.

En mi última intervención en la Escuela Superior de Guerra, en noviembre del año pasado, terminé mi discurso con estas palabras: Sólo comprendiendo la razón que legitima el uso de la fuerza, sabremos si nosotros usamos las armas, o si son las armas las que nos usan a nosotros.

Hoy es un momento propicio para continuar con esta idea y preguntarnos cuándo la fuerza es legítima y por qué lo es la fuerza usada, dentro de los parámetros del Derecho Internacional Humanitario, por

nuestros militares y no lo es aquella que es usada contra la población civil, como tristemente lo hacen los actores armados ilegales en nuestro país.

La humanidad ha pasado, a través de su historia, de la barbarie a la civilización, aunque algunos, en pleno tercer milenio, se resistan a abandonar la primera.

El hombre ha comprendido que ya no tiene que ser el lobo de su hermano, como afirma el duro aforismo, sino que bien puede ser su prójimo, obrando con inteligencia y compasión.

Las sociedades, en la medida en que encauzaron su existencia a través de instituciones establecidas, dotaron también a sus ejércitos de unas reglas y principios de honor que los alejaron de la crueldad y los volvieron legítimos. Aprendimos que, como seres humanos, el fin jamás justifica los medios cuando estos pasan por encima de los derechos más básicos de los demás.

De los primeros guerreros de la historia que luchaban a muerte y sin contemplaciones, que hacían de la ley del más fuerte una forma de vida y que no tenían ninguna consideración humanitaria, hemos logrado evolucionar hasta obtener unas Fuerzas Armadas modernas y justas, en las que los soldados solo empuñan las armas para disuadir a los violentos que atacan a la población indefensa, y son verdaderos profesionales, comprometidos con los derechos humanos, el progreso y el desarrollo social y económico de su nación.

Hemos pasado de la guerra insensata del violento a la lucha diaria de unas Fuerzas Armadas que obran dentro del Estado de Derecho y que son su fundamento.

¿Y en qué basan su legitimidad? Yo hablaría de una especie de trípode con tres soportes que son el fundamento de su accionar legítimo: En primer lugar, la actuación dentro del Estado de Derecho, encuadrada siempre dentro de la ley que rige nuestras instituciones democráticas; en segundo lugar, el apego a las normas y principios que informan los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario, y, en ter-

cer lugar, el respaldo mayoritario de la población civil, que es la primera beneficiaria y la razón de ser de sus actividades.

Con apego a la ley, con respeto a los derechos humanos y con apoyo popular hay legitimidad en la fuerza. Si falta alguno de estos tres factores, la fuerza se vuelve ilegítima y deriva más bien en una debilidad: la debilidad de la violencia.

Entonces: ¿Es legítima la fuerza que utilizan las autodefensas cuando masacran a sus compatriotas so pretexto de que colaboran o pertenecen a la guerrilla? No, no lo es. La justicia por la propia mano, olvidando todos los cauces de la civilidad, de las instituciones y del sentido humanitario, no pasa de ser una venganza cruel y despiadada, que nos avergüenza y nos repugna.

Como dijo Gandhi, "si todos en el mundo aplicáramos la Ley del talión del ojo por ojo, lo único que conseguiríamos es una humanidad de ciegos".

Nuestras Fuerzas Armadas, las Fuerzas Armadas que representan a los colombianos de bien, tienen por eso que perseguir –y lo están haciendo– con todo el valor, con toda la convicción y con toda la decisión a los criminales grupos de autodefensa que pretenden absurdamente ser sus aliados, pero que no hacen otra cosa que minar su prestigio, mientras buscan una supuesta justicia que jamás llegará de sus manos ensangrentadas.

El pasado martes tuve la oportunidad de visitar Buenaventura y de felicitar personalmente a los valientes hombres de la Armada Nacional y del Ejército Nacional que capturaron a 62 miembros de las autodefensas, muchos de los cuales pudieron haber participado en la infame masacre del Alto Naya. Esta es una acción que enaltece a las Fuerzas Militares y que calla a quienes insisten en vincularlas institucionalmente con esos grupos criminales.

El Gobierno y las Fuerzas Militares de Colombia están combatiendo a las autodefensas ilegales y lo hacen, no por imposición externa, sino porque tienen el convencimiento de que su principal tarea es proteger la vida de todos los colombianos.

Pero sigamos: ¿Es legítima la fuerza que utilizan los grupos guerrilleros cuando destruyen los poblados de los humildes, cuando siembran terror y amenazas, cuando secuestran y extorsionan a los colombianos? No, no lo es. Así no se construye país ni se convence a nadie. Como dijo Martin Luther King, ese gigante luchador por la igualdad entre los hombres:

"La violencia crea más problemas sociales que los que resuelve y, por tanto, no conduce nunca a una paz permanente".

Hace poco menos de dos meses otros guerrilleros muy distintos, los del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, llegaron a la famosa Plaza del Zócalo en Ciudad de México, y si recogieron alguna simpatía en su pueblo fue porque entendieron que la violencia no es el camino para el cambio. Como afirmó el autodenominado subcomandante Marcos, en el Zócalo se dieron cuenta de que había sido acertado dejar las armas a un lado, que no era eso lo que provocaba que tuvieran interpelación con la sociedad, que la apuesta a una movilización pacífica era correcta y que daba resultados.

¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para que nuestros subversivos entiendan que por la fuerza jamás van a convencer y que sembrando miedo no se lucha contra la pobreza ni contra la iniquidad?

Siguiendo con las palabras venidas de México, recuerdo una frase que dijo el presidente Fox en su reciente visita a Bogotá: "La guerrilla tiene el reto de dejar las armas para combatir la pobreza".

Todos lo sabemos. Resulta casi obvio, pero algunos tardan en entenderlo: Sólo sin armas, sólo en paz, se puede luchar contra la pobreza.

Entonces, ¿qué fuerza es legítima? Únicamente la fuerza que se sustenta en el trípede de la ley, los derechos humanos y el respaldo popular. Únicamente la fuerza que defiende, la fuerza que repele la agresión injusta, la fuerza que evita que maten o secuestren a sus hermanos.

Esa es la fuerza de las Fuerzas Militares de Colombia: la fuerza del Derecho, la fuerza de la paz, la fuerza de las instituciones democráticas,

la fuerza que protege a la población colombiana y que es apoyada por ella, la fuerza que jamás arremete contra los indefensos.

Por eso estamos trabajando por unas Fuerzas Militares más grandes, más profesionales y más modernas. No sólo para enfrentar la guerra absurda de los intolerantes, sino también para construir el futuro de paz que todos anhelamos.

Recordemos la hermosa frase del poeta Amado Nervo: "Sé fuerte para tener derecho a ser pacífico".

Hoy no cabe duda: Las Fuerzas Militares de Colombia son cada día más fuertes y su solidez es un soporte para la paz. ¡Fortalecer las Fuerzas Militares es fortalecer la legitimidad en Colombia!

Cuando asumí mi gobierno, las Fuerzas Militares contaban escasamente con 22.000 soldados profesionales y 53.000 soldados regulares. Con el cambio de soldados bachilleres por profesionales, en desarrollo del Plan 10.000, al final del 2001 habrá 55.000 soldados profesionales, lo cual representa un incremento del 150 por ciento. A este esfuerzo se suma la incorporación en el presente año de 10.000 soldados regulares adicionales que hacen parte del denominado Plan Fortaleza, el cual contempla un incremento anual del mismo número de soldados hasta el 2004, con lo que el número de soldados regulares pasará de los 53.000 en 1998 a 105.000, incremento equivalente a casi el ciento por ciento.

La meta total, ambiciosa pero realista, es alcanzar para el año 2004 un número superior a 160.000 efectivos con buena capacidad de combate.

Los soldados, además, tienen ahora una verdadera carrera profesional que ordena su vida en el Ejército, sus ascensos y promociones, las prestaciones sociales y los servicios que los cobijan, las indemnizaciones a que puede acceder y, en general, las condiciones básicas de su relación normada con el Estado. ¡Los soldados de Colombia son ahora soldados con las garantías laborales y la seguridad social propias de los mejores colombianos!

Con respecto a nuestra capacidad táctica, también hay que destacar el hecho de que vamos a incrementar la flota de helicópteros a disposición

de las Fuerzas Armadas, aumentando así su capacidad de movilización y de apoyo en todos los frentes. El avance que hemos obtenido ha sido definitivo. Al iniciar mi gobierno se contaba para todas las Fuerzas y para la Policía Nacional con 87 helicópteros, en buena parte fuera de alistamiento. En pocos meses, la flota llegará a los 172, con lo cual se habrá duplicado prácticamente este elemento fundamental del combate y mejorado su capacidad funcional. Pero es más: en el tema de los Black Hawk artillados ¡habremos cuadruplicado su número!

Nuestras Fuerzas Militares están cambiando para bien, no cabe duda. Además, hoy cuentan con una Brigada Antinarcóticos que combate el flagelo de las drogas por toda la geografía nacional, con una Fuerza de Despliegue Rápido que nos muestra cada vez mejores resultados, y con una Brigada Fluvial de Infantería de Marina que ha sido fundamental para la protección de las más apartadas poblaciones.

Las nuestras son unas Fuerzas Armadas que interiorizan cada día más el tema de los derechos humanos, donde más de 100.000 de sus miembros se han capacitado en esta materia y están también comprometidos con la aplicación del Derecho Internacional Humanitario.

Son las Fuerzas Armadas de la sociedad colombiana: las que nos representan, las que juegan a favor de todos los colombianos, de quienes quieren solamente vivir y prosperar con tranquilidad, orden, libertad y seguridad.

Y son también las Fuerzas Armadas de nuestros niños, las que ellos admiran y en quienes ellos confían. En efecto, según una última encuesta realizada por el Centro Nacional de Consultoría y la Unicef, los niños de Colombia confían primero que todo en la Iglesia y en segundo lugar en la Policía y el Ejército, por encima aun de lo que creen en la televisión. Esa es una muestra palpable del arraigo que han adquirido y tienen las Fuerzas legítimas de la nación dentro de cada familia colombiana.

Estimados amigos:

Si he hecho esta reflexión sobre la fuerza y su legitimidad o ilegitimidad es porque estoy, como todos los colombianos, absolutamente hastiado de la violencia que nos rodea.

¿Es que no podemos hablar sin matarnos? ¿Somos acaso, como temía García Márquez, un pueblo condenado a cien años de soledad?

No es tan difícil. No se requieren acuerdos complicados ni articulados inacabables llenos de incisos y recovecos para que dejemos de matarnos y de hacernos daño. ¡Sólo sentido común! ¡Sólo sentido de humanidad! ¡Sólo un mínimo de respeto por las demás personas! Sólo entender, como lo ha dicho Juan Pablo II, que el derecho a la vida es el derecho fundamental, que el mandamiento de no matarás nos cobija a todos y nos cuestiona a todos, que tenemos que parar esto alguna vez y que es mejor que sea ya, para que no tengamos que arrepentirnos después.

¿Será tan difícil que los actores armados al margen de la ley, tengan la justificación que tuvieren, escuchen este clamor nacional y dejen de recurrir a la violencia?

Hoy los invito a todos –a ustedes, señores oficiales de las Fuerzas legítimas de la nación, pero también a quienes equivocadamente usan la fuerza, como las guerrillas o las autodefensas– a que pensemos con sinceridad qué país queremos para nuestros hijos.

Bastaría cerrar los ojos e imaginarlo. Queremos un país donde las familias estén unidas y crezcan en armonía y amor.

Queremos un país donde todos podamos salir a las calles o viajar por las carreteras sin temer el sobresalto de un asalto o la inmensa tragedia de un secuestro. Queremos un país que podamos recorrer caminando, en bus, en carro, sin miedo; donde florezca el turismo nacional. Queremos un país donde los campesinos vuelvan a labrar, donde sea posible ser hospitalario sin que invitar a un plato de comida se convierta en una sentencia de muerte. Queremos un país donde los extranjeros puedan visitarnos, puedan invertir y puedan dejar sus divisas en nuestras hermosas ciudades. Queremos un país en donde prosperar no sea una condena, en donde crear empleo y empresa sea un motivo de orgullo y no de temor.

¿Será tan difícil? ¿No es ese el país que queremos todos?

Estamos trabajando sin descanso para alcanzar una paz integral, pero, mientras ella llega, ¿no podemos dejar de matarnos? ¿No pueden las

fuerzas irregulares dejar de asesinar, dejar de bombardear pequeños pueblos, dejar de volar las fuentes de energía, dejar de torpedear la economía nacional, dejar de secuestrar y de sembrar dolor, dejar de extorcionar y devolver a todos los que hoy están absurdamente retenidos? ¿Es mucho pedir que recuperemos el sentido de lo que significa ser humanos?

Quienes quieren conquistar el corazón del pueblo no deberían olvidar que, como dijo Molière, nunca se entra, por la violencia, dentro de un corazón.

La oportunidad para cesar la violencia es hoy y ahora. Los procedimientos son lo de menos si se tiene la voluntad de rectificar. El momento es ¡hoy y ahora!, para que toda Colombia vuelva a respirar. Para que recuperemos ese país que se nos está rompiendo y que nos está rompiendo el alma.

Señores comandantes y oficiales de las Fuerzas Militares de Colombia:

Lo he dicho muchas veces y lo repito hoy. Me siento muy orgulloso de las Fuerzas Militares de mi país, las mismas que tengo el honor y el privilegio de liderar como jefe supremo.

Me siento muy orgulloso de la calidad de los hombres que hoy las dirigen:

Contar con el respaldo de un gran colombiano como el general Fernando Tapias, con su compromiso, su profesionalismo y su lealtad, es una fortuna que no termino de agradecer.

Contar con el temple, la audacia y la integridad de hombres como el general Mora, como el almirante Soto y el general Velasco es una garantía de que los tres componentes de nuestras Fuerzas Militares avanzan juntos, coordinados y decididos en la búsqueda de un mejor porvenir para Colombia.

Contar con la valentía y la entrega de oficiales como el general Carlos Alberto Fracica, comandante de la Fuerza de Despliegue Rápido, o el

mayor Juan Pablo Franco, o los pilotos de la Fuerza Aérea, quienes probaron su coraje y efectividad en la reciente operación que permitió la captura del delincuente transnacional Luis Fernando Da Costa, "Fernandiño", es la mejor seguridad de que seguiremos combatiendo el crimen donde se presente.

Contar con el valor militar de los hombres de la Armada Nacional y del Ejército que capturaron a 62 miembros de los grupos ilegales de autodefensa nos permite decirles a todos los colombianos que pueden estar tranquilos, porque sus Fuerzas Militares, obrando con inteligencia y conjuntamente, hacen lo posible por proteger sus vidas y por castigar a los criminales.

Pero para obtener estos resultados, para lograr tener las Fuerzas Militares que hoy enorgullecen a Colombia, debemos resaltar un aspecto que es el que hoy nos congrega en esta institución que cumple 92 años de existencia: la educación militar.

Como ustedes saben, hemos realizado una completa reforma a las Fuerzas Armadas de Colombia, contenida en los decretos que expedimos, en desarrollo de facultades concedidas por el Congreso de la República, el pasado mes de septiembre. Ahora es el momento para completar y cerrar con broche de oro esta tarea con una completa y ambiciosa reforma a la educación militar, en la cual ya estamos trabajando.

En efecto, desde 1999 hemos venido implementando un nuevo modelo educativo que forme unos militares más integrados a la sociedad que defienden y a la que pertenecen. Lo castrense debe dejar de ser visto como la antítesis de lo civil. Lo que queremos hoy es militares que entiendan la sociedad en la que viven para que puedan servirle mejor, que estén al día en los últimos avances técnicos y del pensamiento, que conozcan una estrategia que vaya más allá de las operaciones de combate y que produzca efectos favorables en la población.

Gracias a la transformación que se ha venido realizando en forma silenciosa pero efectiva en el pènsum de esta Escuela Superior de Guerra, con la colaboración y asesoría de los mejores profesionales de las distintas universidades del país, hoy estamos formando líderes militares

listos para enfrentar los desafíos del tercer milenio. Esta es una labor que se ha visto especialmente reforzada por la creación y funcionamiento desde el año pasado del Centro Colombiano de Estudios Estratégicos sobre Seguridad y Defensa Nacionales.

Sin duda, la tarea que ha cumplido la Escuela Superior de Guerra desde su fundación, en 1909, por Decreto del general Rafael Reyes, cuando la formación académica fue encargada a expertos oficiales chilenos, hasta el día de hoy, cuando es un centro de educación superior reconocido como tal por el Ministerio de Educación, dirigido con misticismo y entusiasmo por el mayor general Henry Medina Uribe, ha sido fundamental para la evolución de nuestras Fuerzas Militares. Usted, general Medina, a través de su compromiso, lealtad y liderazgo, ha sabido proyectar esta institución para convertirla en un centro de estudios moderno e integral que es hoy orgullo de la nación.

Si hoy contamos con altos oficiales de las más altas calidades profesionales; si hoy tenemos muchos civiles comprometidos con la realidad nacional y conocedores de sus Fuerzas Militares; si hoy estamos estructurando una visión integral del país, de la estrategia y del papel de los militares en nuestra democracia, es por la magnífica labor desempeñada por este centro de estudios a lo largo de su historia, una labor que hoy es más dinámica y tiene mayor proyección que nunca.

Por eso, me siento muy satisfecho al imponer hoy a esta Escuela Superior de Guerra, la más alta cúspide académica militar de Colombia, la Cruz de Boyacá, como un reconocimiento de la patria colombiana a sus 92 años de buenos servicios y a todos los buenos hijos que se han formado en ella.

¡Sigán siendo faro de conocimientos y de valores para los militares de Colombia! ¡Sigán haciendo crecer el espíritu militar en el altar del servicio, del honor y de la Patria!

Estimados oficiales de las Fuerzas Militares de Colombia:

Hoy podría repetir con convicción las palabras que dirigió el general Santander a la Guarnición de la Plaza de Bogotá en 1832: "Os mando

como magistrado de la Nación, os encargo como vuestro general y os ruego como vuestro camarada, que continuéis siendo lo que habéis sido, soldados de la patria; obedeciendo a vuestros superiores, prestando vuestros servicios en la conservación de las instituciones y del honor nacional y manteniendo la disciplina, que os ha hecho acreedores a la estimación pública".

Respetar estos tres pilares: ley, derechos humanos y voluntad popular, es la única forma de ser un militar de honor.

Colombia, nuestra Colombia, espera todo de nosotros. Por eso vamos a usar la fuerza legítima para defender las instituciones, pero también por eso vamos a exigir a aquellos que persisten en usar la fuerza ilegítima de la violencia contra los suyos que atiendan el clamor de los millones de compatriotas que estamos cansados, que estamos hartos de su insensatez.

Todos los colombianos debemos ser instrumentos de paz, no de guerra. Para ello nos estamos preparando. Para ello estamos luchando. Para que la vida, la alegría, las risas y la esperanza vuelvan a renacer en nuestro suelo.

Sintamos entonces todos, desde el corazón, estas palabras inspiradoras del gran poeta antioqueño Carlos Castro Saavedra:

"¡Ninguno se abandone ni se quede

Abandonado en medio de su frente.

Acudan todos a escoltar la vida

Y a quitarle las armas a la muerte!".

CAPÍTULO IV

IDEARIO PARA LA PAZ

LA PAZ SOLO CRECE DONDE SE SIEMBRA PAZ

*Intervención del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la instalación del Seminario Internacional Celam-kas.*

Bogotá, D. C., 20 de septiembre de 2000.

He sido invitado hoy por el Celam y por la Fundación Konrad Adenauer a hablar sobre la paz en este encuentro con el que culmina un ciclo que trata los problemas principales y los grandes desafíos de América Latina, como son los de la pobreza, la corrupción, la participación de la comunidad y la pérdida de valores en el mundo contemporáneo.

Ahora para terminar un milenio y comenzar otro, estas Instituciones, el Celam, que une la vocación de paz de la Iglesia latinoamericana en concordancia con el pensamiento y el liderazgo de Juan Pablo II, y la Fundación Konrad Adenauer, que es mensajera de paz y de progreso en el mundo de la cooperación internacional y que funda sus concepciones en el pensamiento del gran estadista generador del modelo político de una democracia de participación ordenada por la economía social de mercado, han querido ellas dos colocarnos frente al desafío de reflexionar sobre la paz.

Yo he aceptado venir acá para decirles a ustedes, en voz alta, cuáles son las razones que me mueven para mantener un compromiso tan grande con la paz.

Ustedes me perdonarán si en algún momento llego a ofender a alguien que espera escuchar de mí un mínimo pensamiento contra la paz. Recuerdo muy bien haber leído un texto de Emanuel Mounier que

transcribía el famoso pensamiento de Goering, uno de los jefes de la Alemania nazi, que decía:

"Cuando escucho la palabra humanismo saco mi revólver".

Digo esto porque hay gente amiga de la paz cuando ella es el resultado de la destrucción del enemigo. Yo no soy partidario de esa paz. La paz por destrucción es el comienzo de aquello que se ha dado en llamar siembra vientos y cosecharás tempestades.

No quiere esto decir que no se trabaje con fortaleza.

No quiere esto decir que no se aplique el poder del Estado donde debe aplicarse.

No quiere esto decir que el Estado se cruce de manos para dejar que transite libremente la muerte.

Esto quiere decir que el Estado, sin dejar de cumplir lo que debe cumplir por exigencia constitucional, abre caminos de reconciliación y de convivencia para todos aquellos que esperan vivir y continuar viviendo en una sociedad regida por la libertad, la justicia social, la solidaridad y la paz.

Esto quiere decir que el gobernante con la plenitud de sus ojos abiertos ofrece ser líder en los caminos de la paz.

Esto quiere decir que el gobernante está dispuesto a dar siempre el primer paso pero a exigir, igualmente, que los demás caminen junto a él.

Algunas personas quieren de palabra la paz, pero esperan que se haga la guerra y, lo que es más grave aun, algunas personas olvidan el Evangelio que a todos nos obliga y reclaman la paz por destrucción.

No seré yo quien construya una paz que surja de una guerra inútil. Con toda claridad, repito una y otra vez ante ustedes lo que he dicho permanentemente ante el mundo: Colombia no sufre una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil.

Yo quiero reafirmar una y otra vez la máxima de Gandhi de que no hay caminos para la paz, sino que la paz es el camino.

La paz tiene tropiezos, tiene dificultades. Pero el país y el mundo saben que a mi gobierno le asiste una inmensa voluntad de lograr esa paz, así sea en medio de la adversidad. Y así como hemos demostrado una fe inquebrantable en allanar esos caminos, esperamos que las Farc-Ep obren en consecuencia.

Solamente con la paz tendremos nosotros la certeza de que se respetará nuestro derecho a la vida, el derecho a conservar y a acrecentar nuestra dignidad, el derecho a mirar el porvenir desde la tranquilidad de nuestra esperanza.

Solamente con la paz puede una nación y puede una comunidad generar riquezas, crear empleo, abrirse los caminos de la satisfacción de las necesidades básicas y superar la pobreza.

Solamente con la paz –como decía el gran filósofo israelita– volveremos a ver a los hijos conduciendo al lugar del reposo eterno a sus padres y no sucederá como ahora, que vemos esos grupos de gente madura y de ancianos que conducen a los cementerios la juventud trunca de sus hijos que no tuvieron ninguna oportunidad sobre la Tierra.

La paz interesa a todos, porque el único y principal principio de acuerdo para construir una nueva sociedad es tomar la decisión de que la paz sólo crece donde se siembra paz.

Es lógico que frente a este radicalismo por la paz estén en desacuerdo quienes viven de la guerra, quienes ganan dinero con la angustia ajena, quienes han montado la grande dinámica de la venta de armas y quienes están dispuestos a enriquecerse con la fácil moneda de la agresión.

Yo sé, también, que este radicalismo por la paz suena mal en los oídos de quienes practican la política del sálvese quien pueda; de quienes esperan tranquilamente que los otros mueran por conseguirles una paz frente a la cual no tienen compromisos.

Más aun, permídenme si lo digo claramente, y aquí a *sotto voce*, que hay gente entre nosotros –aun en círculos muy cercanos a éste de noso-

tros– que aplaudiría con plenitud de regocijo si mis palabras fueran para convocar a una guerra total.

Caer en la violencia es fácil, recuperar la cordura es un largo proceso. Cuarenta años de violencia hemos vivido, pero no podemos ser tan inconscientes de no concederle a la paz la paciencia que le hemos otorgado a la violencia.

Yo bien sé que la paz debe tener unos cimientos claros para no ser una paz falsificada. La paz no puede fundarse sobre una falsa retórica ni sobre una palabrería fácil.

Cuando se habla de paz se deben tener compromisos con lo que la paz exige. Permítanme que les enuncie algunos de aquellos compromisos:

El primero de ellos: quien dirige la paz tiene que decir siempre la verdad. No hay paz que crezca sobre el terreno de la mentira.

En segundo lugar, la paz requiere un compromiso permanente contra la corrupción. Quien tolera la corrupción le crea condiciones favorables a la muerte.

Tercero, la paz solo crece donde hay justicia social; y quienes me conocen saben exactamente que éste fue el sentido verdadero de aquella frase que pronuncié en mi primer discurso presidencial cuando afirmé que "sin pan no hay paz". Es la paz la que nos otorga el derecho al "pan nuestro de cada día".

Cuarto, la paz requiere un amor profundo por la libertad. Sólo quien aspira a ser libre es capaz de entender que la libertad nunca surge de la guerra sino del haber sido constructores leales de la convivencia. La paz solo es posible en el desarrollo. Lo han dicho tantas veces los pontífices, lo han repetido tantas veces ustedes al afirmar que "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz"; y bien recuerdo que Juan Pablo II afirmaba que "no hay solidaridad si no es para el desarrollo y no hay desarrollo si no es para la solidaridad".

En quinto lugar, la paz requiere participación comunitaria. Requiere que todos nos pongamos a trabajar aquí y ahora. Requiere que haya

un compromiso absolutamente de todos por conseguirla. Lo más grave no son los hechos de violencia de quienes actúan en nombre de la muerte, lo más grave es la omisión de los que debieran trabajar por la paz. Lo más grave son esas "mayorías silenciosas" de los que no se atreven a poner un compromiso claro sobre la balanza de la paz para inclinar a favor de la convivencia el respaldo de toda la población.

En sexto lugar, la paz necesita constancia. Cada día debiera comenzar con un agradecimiento a Dios por estar vivos y con una petición a Él para que haga de nosotros "instrumentos de la paz".

Mucho me llama a mí la atención el pensamiento coherente de Juan Pablo II cuando habla del "derecho a la paz" como el derecho que hace posible el cumplimiento de todos los demás. La violencia no resuelve nada. La guerra siempre destruye, nunca edifica. La violencia debilita las bases morales de la sociedad y prepara nuevas guerras. La violencia anula la creatividad y da un golpe mortal a la convivencia. La violencia adiestra para matar, y quien se adiestra para matar sólo comprenderá en el futuro el lenguaje de la muerte.

En esto hay que ser radical. Estas afirmaciones así de tajantes las hago mías, son mi convicción. Estas afirmaciones así de tajantes son de Juan Pablo II y expresan su convicción.

Estas afirmaciones así de tajantes, espero, igualmente, que sean "su convicción".

Necesitamos una paz para poder construir los derechos humanos. Hay que querer y amar la paz para construirla. Siempre al final de la guerra, quienes la han firmado han sentido el dolor y la nostalgia de las muertes inútiles de los combatientes y de las víctimas. Una sociedad poseída por la violencia es una comunidad empobrecida. Es absolutamente urgente que la vida de cada uno sea importante para todos. Es absolutamente indispensable proteger y defender la vida de quienes han sido colocados injustamente en medio del fuego cruzado de quienes se enfrentan. Es preciso que se respete la población civil; es preciso que se aleje a los niños de la guerra.

No puede haber ni niños soldados ni niños guerrilleros. El respeto a los niños hace obligatoria la opción de enseñarlos a amar la vida y a sus

semejantes y no adiestrarlos para matar. Si alguien tiene necesidad de paz son los niños, tienen derecho a ella y ellos deben ser el argumento decisivo para que cese la violencia y nos pongamos en la tarea todos de construirles la paz.

La paz es un deber que reclama acciones en su favor no sólo del gobernante, también del guerrillero, del industrial, del sindicalista, del empleado público, del oficinista, del comerciante, del profesional, de los padres de familia, de los maestros, de los religiosos; en fin, de todos porque todos nuestros esfuerzos deben desembocar en la paz.

Si una ayuda se puede demandar de la Iglesia es el cumplimiento de aquella misión de ayudarnos a educar a los ciudadanos en el arte de reconciliarse.

Bien saben ustedes que nuestro lenguaje, que nuestras expresiones han venido cargados de rabia, de odio y de rencor. Vale la pena recordarle a la gente el significado de las palabras que definen la convivencia, educándolos en el sentido de que la paz es solidaridad, que la paz es verdad, que la paz es justicia social, que la equidad hace parte de la paz y que todo atentado contra la equidad social es igualmente un atentado contra la paz.

Educar para la paz significa abrir puestos de trabajo; significa en algunas oportunidades ganar menos de lo que se piensa, pero ganarlo en paz.

Significa trabajar con mayor calidad lo que se produce y producirlo en paz. Es preciso que entendamos que la paz es posible, que no hay guerras inevitables, que la paz es dinámica y creadora de nuevas estructuras de convivencia ciudadana, que la paz debe ser hecha tanto en el corazón de cada uno, como en la mano que sale de cada uno para estrechar la del prójimo.

Todos hablan de un coeficiente intelectual para crear el desarrollo y nos hemos dedicado a cultivar este coeficiente intelectual. Yo quiero proponerles a ustedes la educación de un "coeficiente espiritual" capaz de generar la paz.

Este gobierno ha tomado la opción por la paz, consciente de que la paz es posible, de que es necesaria y de que no hay alternativa para la paz.

Sin embargo, debo advertir claramente que no hay que confundir la convicción con la debilidad porque el bien común, la defensa de los derechos de las personas, el cuidado de la dignidad de cada uno de nosotros exigen que el gobierno acuda en defensa de quienes son inocentemente agredidos, acuda en defensa de la gente de bien que ha puesto en sus manos su seguridad.

Entendamos claramente que hacer la paz no es solamente hablar acerca de ella. Entendamos claramente que la paz es como aquel tejido en donde cada puntada cuenta.

Trabaja por la paz la familia donde se excluye la violencia contra los hijos y de la pareja entre sí.

Trabaja por la paz la escuela que renuncia al castigo físico y psicológico para reconvenir desde los valores a quienes hayan transgredido los códigos de la convivencia escolar.

Trabaja por la paz el empresario que paga el salario justo.

Trabaja por la paz quien labora honradamente.

Trabaja por la paz quien aplica el sistema preventivo para no tener que cortar mañana el árbol que hoy ha comenzado a torcerse.

Trabaja por la paz quien evita la corrupción por acción y quien para no caer en la omisión de combatirla la denuncia.

Trabaja por la paz quien dice siempre la verdad sin pretender obtener de ello utilidades indebidas.

Trabaja por la paz el que está dispuesto a darles una espera a quienes trabajan por la paz y a entregarle a la comunidad una esperanza.

Trabaja por la paz quien vive en paz consigo mismo.

Bien sé yo que la paz no es tan solo ausencia de la guerra; bien es cierto que la paz no consiste tan solo en no matar sino también, y de una manera igualmente importante, en ayudarle a vivir a la vida.

Es por ello que son urgentes las tareas de la paz, sobre todo en la familia y en la escuela, en el trabajo directo con los hijos y con los alumnos, porque no cambiará una sociedad si no cambiamos nosotros mismos. Hay quien ha afirmado que "solo hombres nuevos podrán crear un mundo nuevo".

En segundo lugar, es preciso reunirnos para trabajar juntos. Hay quienes suponen que la paz es tan solo una tarea de gobierno cuando en realidad hacer la paz significa salir al encuentro de los demás para caminar juntos.

En tercer lugar, es absolutamente indispensable dialogar con los otros para generar consensos, es decir, verdades compartidas. Encontrarse en el diálogo es conocerse y aprender a respetarse; y el respeto consiste en perderles el miedo a las aspiraciones de los demás; porque si aspiramos a fundar una democracia debemos tener la certeza de que la democracia no es hija del miedo sino de la confianza.

Además, es preciso aprender, como bien se decía anteriormente, a leer los signos de la historia. Las acciones del presente iluminan el pasado pero también orientan el futuro; hoy día sabemos muy bien qué no debió haberse hecho en el ayer, pero estamos también aprendiendo a ver claramente qué es lo que debe hacerse para el mañana.

No podemos olvidar en ningún momento que el derecho de la paz y el derecho a un desarrollo integral y solidario son inseparables. Quien lea nuestro Plan de Desarrollo, quien analice el Plan Colombia, quien mire detenidamente los planes y programas de nuestras entidades públicas descubrirá que todo apunta en esta dirección.

Cómo no preocuparse con la carencia de empleo para que cada persona desde el puesto de trabajo tenga un escenario para sentirse responsable de sí misma y contribuyendo al bienestar de los demás. Es por ello que no podemos abandonar la reflexión permanente sobre la gestión económica y sobre los fines humanos y concretos de la economía. No puedo olvidar nunca aquella verdad de que no ha nacido el hombre para la economía sino la economía para el hombre.

En definitiva, optar por la paz es optar por un nuevo modelo de desarrollo, por una cultura de la solidaridad, por una cultura de la responsabilidad frente a todos, por una cultura de la productividad y sobre todo por una cultura que elimine de plano el "cainismo social" de quienes no se sienten responsables del destino de sus semejantes.

Permítanme terminar repitiendo ante ustedes algo que aprendí de Juan Pablo II, en mi visita al Vaticano, cuando afirmaba que "la paz es un edificio en continua construcción", que todos somos ingenieros y obreros de la paz.

Hace unos días veía yo de nuevo por televisión la figura del Abbé Pierre que en 1956 orientó toda la reclamación por la paz y por la economía diciendo que la tarea consistía en reconocer que el hombre es el centro único del universo. La Iglesia y los Estados tienen la misma vocación al aceptar que el camino para la Iglesia es el hombre y que el camino para la política es el mismo hombre.

Todos nosotros sabemos que el ser humano es capaz tanto de lo bueno como de lo peor. Es por ello que nuestra convicción de cristianos y de demócratas integrales nos ha hecho apostar por este proceso educativo que consiste en enseñarnos unos a otros a crear la paz desde la redefinición de nuestros valores.

Permítanme para concluir no sólo pedir la colaboración de todos ustedes en el ámbito latinoamericano, sino solicitar de todos ustedes la oración cotidiana por la paz de Colombia. Una cosa es realmente cierta, la violencia y la destrucción nos han enseñado a creer en la Providencia y nuestra fe en la Providencia nos ha enseñado que debemos tener la capacidad de dar respuesta a los más altos compromisos. Hemos llegado a un mundo que confiesa que las certezas se terminaron. Yo personalmente pienso que es ahora cuando comienza la certeza de la paz.

Bien sé que el ser humano es un callejón sin salida, pero él es la única salida.

LA PAZ COMIENZA POR LA PROTECCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA

*Mensaje del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con motivo del "Congreso Nacional de Reconciliación" convocado
por la Conferencia Episcopal de Colombia.*

Bogotá, D. C., 25 de septiembre de 2000.

Su Santidad el papa Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptor hominis*, afirma que la paz consiste en "el respeto a los derechos inviolables del hombre". Yo me siento, inevitablemente, identificado con esa definición. La paz, a la cual considero un deber político y moral, comienza por la protección de la dignidad humana.

Cuando ella es vulnerada, cuando las bajas de la violencia quieren superar la altura de nuestra humanidad, podemos decir que comienza la guerra. La guerra comienza cuando se deja de tratar al hombre como hombre. Quienes han comprendido este mensaje saben por eso cuándo construyen la entrada al paraíso y cuándo, en su defecto, horadan la roca que conduce a las puertas del infierno.

Este criterio es una guía para todos los gobiernos. Es esencial no olvidar que el crecimiento del poder está subordinado al crecimiento de las personas que habitan una nación. Bien nos lo recuerda, en el texto antes citado, el Sumo Pontífice: "los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que con base en el respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre". Más allá de ese límite empiezan los ríos de miseria que todos conocemos.

Sin embargo, con eventos como el que hoy los convoca, el país se aleja de esas orillas. El Congreso Nacional de Reconciliación, al cual infortunadamente me ha sido imposible asistir, es uno de esos espacios

que animan a quienes estamos trabajando por la paz a continuar en su búsqueda. Por desgracia, quizás por ceguera o por ese lento veneno que es el uso inadecuado del poder, no todos escuchan este llamado.

Hay algunos que consideran todavía la violencia como el motor de la historia. Cuantos muertos queden en el camino o cuantos sufran o griten de dolor resulta para ellos secundario: sus fines justifican todos los medios. Yo creo, sin embargo, que así no se cuece la historia sino la ruina y que las nuevas épocas surgen de trabajar para la vida y no para la muerte.

La semana pasada, en el seminario convocado por el Celam, dije que, lamentablemente, algunas personas quieren solo de palabra la paz, pero esperan que se haga la guerra y, lo que es más grave aun, algunas personas olvidan el Evangelio que a todos nos obliga y reclaman la paz por destrucción

Ojalá la luz rompiera los muros de esa ceguera. Creo evidente que más valdría trabajar por ver a un pueblo en paz, izando un alba, celebrando fiestas y no funerales. El bien, como la verdad, no claudica nunca. Lo que claudica, lamentablemente, es el deseo de los hombres por comprenderlo.

En mi caso, como cabeza del Gobierno Nacional, no ha sido otro mi deseo que avanzar hacia la consecución de ese bien. Desde antes de mi posesión y durante mi presidencia, he trabajado por ver un país en paz. Sé que la Iglesia colombiana, que ha seguido esa máxima del Concilio Vaticano II, según la cual ella no se identifica con ningún sistema político pero sí salvaguarda la humanidad de la política, comparte intensamente el mismo deseo.

Estamos en tiempo de crisis, pero, como nos lo dice la etimología, la palabra crisis alude a la necesidad de tomar decisiones. Por eso, cuando ella aparece en las páginas de nuestros diarios, lo que está en juego es cómo nuestra sociedad afronta esta urgencia, cómo discrimina entre un mejor y un peor futuro.

Hoy reitero ante ustedes que los colombianos no podemos ser tan inconscientes de no concederle a la paz la paciencia que le hemos otorgado a la violencia.

Foros como el Congreso Nacional de Reconciliación, ayudan, en estos momentos críticos, en la elección de las salidas del laberinto. Bien decía al respecto un poeta alemán: "donde hay peligro, crece también lo salvador".

Reciban un saludo de su compatriota y amigo en la fe.

CULTURA DE VIDA, PAZ, DERECHOS HUMANOS Y SOLIDARIDAD, CONSTRUCTORES DE UNA NUEVA SOCIEDAD

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
durante la I Conferencia Internacional de Líderes Demócrata-Cristianos,
Populares y de Centro.*

Santiago de Chile, Chile, 9 de octubre de 2000.

LA PAZ: DESAFÍO PRIMORDIAL DE LA ACCIÓN POLÍTICA

Es preciso que me acompañen un poco con la imaginación, pensando, por ejemplo, en los hijos que por una u otra razón se van de casa a estudiar afuera, y cómo allí buscan no sólo hacer su propia vida, sino además aprenden a manejarnos según su lógica y nos dan verdaderas lecciones que es indispensable aprender.

Por favor hagan el esfuerzo de ubicarse en el lugar de un padre o de una madre preocupados que reciben de su hija única y predilecta, que hace su primera experiencia de persona libre e independiente, una carta como la siguiente:

"Queridos Papi y Mami:

Me apena mucho la demora en escribirles nuevamente, pero resulta que mi papel de cartas se perdió la noche del incendio del dormitorio ocasionado por la huelga estudiantil y la asonada subsiguiente. Yo estoy fuera de peligro y ya salí del hospital y me informa el médico que recuperaré la vista en pocos días. Lo sabremos cuando me quiten las vendas de la cara.

El muchacho que me salvó del incendio, Juan, muy amablemente me ofreció que me quedara en su apartamento con él hasta que reconstruyeran los dormitorios.

Él viene de una familia buena y por eso espero no se sorprendan si les participo de nuestro próximo matrimonio. De hecho, ustedes siempre han querido un nieto y por tanto me da mucha alegría anunciarles que el nieto vendrá en cosa de un mes más o menos.

Por favor, no le pongan bolas a la anterior práctica de composición y gramática castellana. No ha habido tal incendio, no he estado en ningún hospital, no estoy embarazada ni siquiera tengo novio.

Lo que pasó fue que me rajaron en matemáticas, lo mismo que en química, francés y física, y simplemente quería que recibieran esta noticia dentro de la perspectiva adecuada.

Todo mi amor.

María".

Realmente María conocía bien a sus padres. Lo catastrófico se reduce siempre a lo conflictivo y esto a su vez, encuentra una realidad más cierta que es lo problemático.

Es lo que acontece con el tema de la paz en Colombia, donde se escuchan a menudo tantas cosas y tan brutales, que hacen aparecer la catástrofe tan evidente que sería mejor no hacer nada. O presentan todo con tal pesimismo que realmente se da la certidumbre de no existir ninguna salida.

Como en la carta de María, yo les puedo asegurar que la integridad del país está a salvo y sus instituciones están firmes. Aceptemos que hay malas notas en algunas materias, pero tenemos el chance de presentar nuevos exámenes, de habilitar la materia, de recuperarla y, como dice la misma niña, mirar la cosa dentro de la perspectiva adecuada.

Me he permitido comenzar con la lectura de esta carta porque cada vez que hablo acerca de la paz me encuentro con gente que siempre se ubi-

ca en los peores escenarios para reflexionar sobre las realidades que vive Colombia, que son graves, es cierto, pero nunca tanto como imaginan las malquerencias de algunos o el malconocimiento de otros. Esto siempre es así y aun cuando sé sobre cuál realidad estamos trabajando los colombianos, no aceptaré nunca la caricatura degradada de quienes, no habituados a la esperanza, quieren negarnos a nosotros la posibilidad de construir la propia. Y por eso quiero ser claro: En Colombia no estamos sufriendo una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil.

Encuentro muy adecuado que en las reflexiones sobre lo que debe ser el centro reformista se me haya escogido para tratar ante ustedes el tema de la paz porque construir la paz ha sido, desde mis primeros años en la política, el desafío primordial, el hilo conductor de mi actividad, la razón de ser de mi trabajo y el punto nodal de una propuesta que he hecho al país a lo largo de mi carrera política y que siempre ha estado respaldada con los mejores resultados electorales de nuestra reciente historia política.

Acepté la invitación porque en el ámbito del centro reformista encuentro no sólo el cauce de ideas y de principios que sustentan la paz en la sociedad, sino la finalidad expresa de que la acción política consiste en hacer al hombre cada vez más humano.

Revisando libros y curioseando entre documentos me he encontrado con la certeza de que la paz lo es todo. Me he encontrado que cuando se reflexiona seriamente sobre la política, la administración pública, el desarrollo comunitario, la gestión de la sociedad civil, siempre se concluye que todos ellos orientan sus esfuerzos al establecimiento de la paz, a la reformulación de la paz, a la profundización de la paz, dando con ello a entender aquel viejo principio de que la política empieza cuando se anhela la paz y llega a su mayor nivel cuando se la conquista.

Yo participo plenamente de la idea de que entre todos los derechos, hay dos que no son discutibles en ninguna de sus facetas: el derecho a la vida y el derecho a la paz. Y bien sé que en el centro reformista existe una opción privilegiada por ellos dos.

El derecho a la vida no puede separarse nunca del derecho a la paz. El derecho a la vida nos señala la vigencia irrefutable del mandamiento de

no matar. No hay ninguna razón que justifique la menor violación contra la vida. Una sociedad democrática para nosotros es una sociedad que permanentemente opta por la vida.

Es por ello que en los prolegómenos de la paz para el centro reformista existe el imperativo de que, partiendo de la certeza de la dignidad humana, hay que construir en todos los campos una auténtica cultura de la vida.

En esto no es posible irse por las ramas; la cultura de la vida implica el rechazo a toda forma de violencia sin excepción alguna.

Yo sé que a algunos les cuesta trabajo entender esta vinculación de la cultura de la vida con el rechazo de la violencia, pero quiero insistir en ello porque la violencia tiene múltiples rostros que es preciso desmascarar si se quiere vivir en paz. Existe la violencia del hambre, la violencia de la exclusión, la violencia de la pobreza, la violencia del maltrato al medio ambiente, la violencia de la difusión de las drogas, la violencia del tráfico de armas, la violencia de los conflictos armados.

Todos estos rostros básicos de la violencia se oponen a la vida y se oponen a la paz.

Cuando inauguré mi mandato como Presidente de Colombia hablé claramente de mi compromiso con la vida y la paz. Expresé claramente que la paz es la que nos asegura que todo lo demás sea posible realizarlo. Dije claramente que la opción de la paz no podrá ser un simple movimiento táctico del político sino la manifestación expresa de una convicción política.

Quienes hemos vivido, como pueblos y comunidades, el impacto de la violencia; quienes en carne propia hemos experimentado la cercanía de la muerte, el peso infamante del secuestro, la dolorosa pérdida de la libertad y aun de las señas de identidad que dicen a todos de nuestra dignidad, no podemos hacer teorías con la paz ni aceptar que la paz es solo una teoría.

Hay gente que se compromete con la paz en las palabras y en las declaraciones, pero el compromiso con la paz no conoce otro camino cierto que el de los gestos y el de los hechos de paz.

El centro reformista debe tener clara la convicción de que la paz nunca ha fracasado y que, en cambio, siempre la violencia ha fracasado. La violencia ha fracasado como recurso político, porque la violencia destruye y se lleva por la calle de en medio la moral de los pueblos y las bases que sostienen una sociedad. La violencia solo deja muertes y lágrimas y sobre ellas no puede construirse nada duradero.

En nuestra tradición hispana se dice popularmente que obras son amores y no buenas razones. Yo creo que esto es cierto, que hay que tener el coraje de hacer gestos de paz, de tomar iniciativas, de arriesgarse por la paz, de ir si es necesario hasta el fin del mundo y hasta el campamento de los rebeldes para apostarle a la paz.

La paz no es un entretenimiento costoso de la política, es la razón misma de la política.

Yo estoy convencido de que quien opta por la paz está optando por la vida. Me duele tanto mirar la infancia de tantos niños, la juventud de tantos muchachos y la madurez de tantas mujeres y hombres que no han tenido el privilegio de vivir un solo día cobijados por la certeza de la paz. Quien quiera realmente construir una nueva sociedad tiene que comprometerse a construir la paz. No es posible que el ser humano sirva tan sólo para morir.

Cómo aceptar por ejemplo que los niños estén en armas; cómo aceptar que la vida nueva se entrene para matar; cómo aceptar que su capacidad de jugar, correr y alegrarse termine mutilándolos en los campos minados y, sobre todo, cómo aceptar que se deje en ellos sembrado el sentido de la destrucción y el sentido de la muerte.

El centro reformista en su ideario debe determinar opciones expresas por la vida y por la paz, prohibiciones radicales como las del uso de la violencia y la corrupción de los niños, cuando se les hace instrumentos del matar, comprometiéndolos con la muerte.

El derecho a la vida, el derecho a la paz, son en realidad los principios fundantes de una verdadera política.

La paz, los derechos humanos y el centro reformista.

Para nosotros, en nuestro pensamiento político, el derecho a la vida y el derecho a la paz, la cultura de la vida y la cultura de la paz, conducen a una cultura de los derechos humanos que se constituye en la expresión más auténtica de la cultura de la vida y de la cultura de la paz. Los derechos humanos lo son en su integralidad y es esa relación de la unidad la que exige respetarlos absolutamente a todos.

Una agrupación política, cualquiera que ella sea; un gobierno, cualquiera que él sea; una sociedad, llámese como se llamare, no tendrá garantizado su futuro si no ha construido previamente la certeza del respeto a los derechos humanos de sus asociados partiendo del más pequeño de ellos. Una cultura de los derechos humanos, vinculada a la cultura de la vida y a la cultura de la paz, delinea con precisión el sitio donde el Estado coincide con todos los demás actores individuales o comunitarios que se preocupan por la paz.

Los derechos humanos son el punto de encuentro de la cooperación internacional, de aquella cooperación que comprende que es preciso ayudar a construir y que, además, es preciso realizar esfuerzos para habilitar, en la acción coordinada, a los distintos actores que hacen de los derechos humanos su punto de compromiso.

Lógicamente me refiero aquí a aquellos países, a aquellas organizaciones no gubernamentales y a aquellos grupos de sociedad civil internacional que quieren sinceramente cooperar en el crecimiento de la calidad de vida a través del crecimiento de los derechos humanos y no a aquellos otros que tratan de proteger afuera lo que están irrespetando adentro o que toleran en unos lo que critican en otros o que ofrecen gustosos protección permanente a quienes asesinan y secuestran.

Las siete libertades

Esta convergencia de la cultura de la vida, de la cultura de la paz y de la cultura de los derechos humanos es la que nos permite crearle el ambiente al cumplimiento de las siete libertades que constituyen los indicadores más importantes de la conquista del humanismo.

Estas tres culturas que distinguen al centro reformista promueven, por ejemplo, el que la gente se sienta libre de la discriminación de cual-

quier tipo; libre del temor, de la tortura, de la detención arbitraria y del secuestro; libre de pensar y de expresarse; libre de la miseria y capaz de sentir la alegría de vivir; libre para trabajar en la construcción del mundo; libre de las injusticias y de las violaciones del Estado de derecho y libre de tener un trabajo que lo dignifique.

No puede existir un pensamiento de paz sin una realidad de derechos humanos que encuentre caminos para su cumplimiento. Es por eso que el centro reformista se opone a las guerras, conflictos, genocidios, limpiezas étnicas y xenofobias, porque todas ellas conducen a un debilitamiento del tejido social y configuran esa violencia brutal y sistemática que de una manera tan evidente ha tenido lugar en el siglo XX.

De hecho, para nosotros la primera globalización real es la de los derechos humanos, que nos permite y nos permitirá tomar cuentas en cualquier lugar del mundo a quienes hayan maltratado la dignidad y la vida de seres humanos porque quien viola los derechos humanos ofende la conciencia humana y ofende a la humanidad misma. Los crímenes contra la humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación, porque la conciencia de los pueblos, como la conciencia de los seres humanos, carece de fronteras cuando se piensa en los derechos humanos.

La paz crece en la solidaridad

La caída del muro de Berlín dio fin al modelo de relación entre los pueblos denominado coexistencia pacífica y que centraba todo su actuar en el desarrollo de la sociabilidad, ese valor negativo que nos conduce a coexistir junto a los otros sin hacerles el bien o el mal.

La paz nos exige hoy sustituir la coexistencia pacífica por la convivencia que debe estar animada por el valor activo y dinámico de la solidaridad, que es ese valor que demanda de nosotros no sólo no hacer el mal a nadie sino la obligatoriedad, siempre y en todo momento, de hacer el bien a los demás. Y esto tiene no sólo valor entre las personas sino un enorme valor entre los pueblos porque se señala con ello el final del cainismo social, donde Caín siempre responde: ¿Acaso soy yo el guarda de mi hermano?

Para el Centro Reformista, la cultura de la vida, la cultura de la paz, la cultura de los derechos humanos y la cultura de la solidaridad son los cuatro puntos cardinales para ser constructores de una nueva sociedad y de un nuevo mundo.

La paz viene acompañada siempre si es verdadera, de verdad, justicia y solidaridad. Lo ha dicho ya Juan Pablo II, que el derecho a la paz y el derecho a un desarrollo integral son dos derechos indivisibles e inseparables.

La paz, el desarrollo y la convivencia

Sin pan no hay paz, fue una convicción que expresé en el inicio mismo de mi gobierno; y ésta es una convicción no sólo para Colombia sino para todos los países del mundo, aun para aquellos que reciben hoy en forma de migración el peso de la pobreza que se extiende.

Ha sido doloroso observar cómo los bancos y las agencias internacionales y, en general, todas las instituciones destinadas a combatir la pobreza han tenido que constatar que los modelos de desarrollo no han sido capaces de abrir caminos ciertos a la superación de la pobreza.

Si queremos la paz, el Centro Reformista deberá, como lo está haciendo, repensar y recrear opciones de desarrollo para que la real riqueza de las naciones esté conformada por el aporte de todos.

Es necesario encontrar soluciones para aquellos que están amenazados por las enfermedades, el hambre y la desnutrición, ya que nadie puede estar orgulloso de una modernización económica que presenta un terrible número de damnificados y de víctimas para los cuales no ha habido solución posible.

Bien se ha dicho que la paz es una gran estructura a cuya construcción deben concurrir todos. El trabajo por la paz es el trabajo por el desarrollo.

Yo quiero decir con toda claridad ante los partidos que conforman el centro reformista y ante todos los que se sienten responsables del nuevo mundo que nace, que la paz es posible; que la paz es real; que la paz es exigente.

Este desafío que hoy se expresa en nuestra reunión es un desafío también para la sociedad civil, para las comunidades, para los individuos, para las familias, para los educadores, para hombres y mujeres y, sobre todo, para las nuevas generaciones que deben empezar a tomar las primeras decisiones en este mundo que les pertenece.

En la línea de los desafíos

Me ha impactado profundamente el planteamiento de Alain Finkelkraut que escribía en el ensayo sobre La Humanidad Perdida: La idea de que todos los pueblos del mundo forman una humanidad única no es ciertamente consustancial al género humano. Es más, lo que ha distinguido durante mucho tiempo a los hombres de las demás especies animales es precisamente que no se reconocían unos a otros. Un gato, para un gato, siempre ha sido un gato.

Por el contrario, un hombre tenía que cumplir unas condiciones draconianas para no ser borrado, sin apelación posible del mundo de los humanos.

Es por ello que el Centro Reformista ha de partir, para que la paz sea posible, de la igualdad irrenunciable de los seres humanos.

Como bien se dice, es preciso tomar decisiones y apostarle con inteligencia al porvenir. Estoy convencido de que estamos llegando al punto crítico en donde tenemos que tomar decisiones extraordinarias.

Permítanme ustedes hacer mía una gran anécdota de Ervin Laszlo, que plantea como ninguno las urgencias de la paz en la sociedad contemporánea: Los relucientes vagones del expreso nocturno corren por las vías, impulsados por su poderosa locomotora. Dentro de los confortables compartimientos la gente conversa, lee, juega a las cartas, dormita; una madre alimenta a su hijo; un grupo de jóvenes canturrea en voz baja mientras uno de ellos rasguea una guitarra. Más adelante, el maquinista echa una ojeada a su reloj. Está en horario y piensa en la llegada a la próxima estación... y en cama caliente.

En lo profundo de la corteza terrestre, la presión aumenta a lo largo de una falla. Las rocas rozan contra las rocas, resisten por ahora, pero son

incapaces de evitar la aparición, aquí y allá, de pequeñas fisuras. Si las presiones alcanzan un umbral crítico, un temblor sacudirá la tierra y sus ondas de choque se sentirán en muchas millas a la redonda.

Esas ondas serán más fuertes cerca de la línea de la falla. No lejos de ésta hay una garganta rocosa y sobre ella un puente por donde pasa el ferrocarril. Sus esbeltos pilares de acero y cemento están incrustados en la roca y son sólidos; mientras la roca misma sea sólida.

Los primeros temblores hacen rodar piedras pequeñas, desprendidas de la ladera, hasta las vías; el maquinista echa una mirada de reojo a las piedras y vuelve a fijar la mirada en las vías: allí todo parece estar en orden. Ahora la locomotora entra en la última curva antes del tramo que conduce al puente sobre la garganta. En el coche comedor los mozos retiran los platos de la cena; los pasajeros, soñolientos, se restriegan los ojos y empiezan a preparar sus cosas. La próxima estación está cerca.

Debajo, la presión a lo largo de la falla aumenta rápidamente; el punto crítico no puede estar lejos. Bajo los altos pilares, el terreno tiembla y se desplaza imperceptiblemente. El tren entra en el terraplén que termina en el puente.

Es hora de desviar la ruta. Es el momento de la gran bifurcación. Es el momento de la imaginación, de la creación, de las decisiones.

Las preguntas, entonces, son obvias: ¿Podrán quienes dirigen el tren advertir a tiempo las señales de peligro? ¿Podrán quienes manejan el tren detenerlo? ¿Podremos nosotros, los pasajeros, salir hacia un terreno firme y seguro? Yo creo que es preciso desviar, ahora, con decisión el tren de la sociedad hacia la paz. Nadie nos perdonará mañana si no lo hacemos ahora.

Tenemos frente a nosotros la posibilidad, en este inicio de milenio, de crear una nueva sociedad centrada en el ser humano.

El Centro Reformista tiene la obligación de hacerlo y nosotros el desafío de liderarlo.

LA CONCILIACIÓN, POR LA VÍA DEL DIÁLOGO, GARANTIZA UNA PAZ CIERTA Y DURADERA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en el II Encuentro de Egresados Rosaristas:
contribución de la Universidad al Proceso de Paz.*

Bogotá, D. C., 20 de octubre de 2000.

Me embarga una profunda tristeza que quiero compartir con ustedes hoy: la muerte de nuestros soldados y policías en Dabeiba, de esos héroes que entregaron sus vidas por defender las vidas de los que estamos aquí reunidos.

Momentos como estos ponen a prueba la grandeza de un pueblo, pero también la fortaleza de sus gobernantes. Colombia no se amilana ni se doblega, no nos arrodillamos ni damos la espalda. Porque estamos convencidos de que el proyecto democrático que ha venido construyendo el país por años es el mejor legado para las próximas generaciones, les hemos ofrecido la mano generosa a quienes permanecen por fuera de él, buscando una salida política, consensuada y pacífica al conflicto armado. Queremos hacer la paz en paz. Pero no claudicamos ni entregamos la visión de un mundo mejor de 40 millones de compatriotas, por unas ráfagas de metrallera. Seguiremos, con firmeza, defendiendo la tranquilidad de todos nuestros compatriotas, más aun en momentos como éste, cuando la fuerza pública, las autoridades, los colombianos todos, sin distingos, obramos al unísono para proteger la libertad y la tranquilidad de nuestras familias y asegurar el porvenir de nuestros hijos.

Apreciados colegas rosaristas:

Es imposible para mí no recordar hoy los años que pasé en estas aulas y lo mucho que significó el legado de mis maestros y la formación rosarista que me han acompañado a lo largo de mi vida.

Por ello, siento una gran satisfacción al instalar este II Encuentro de Egresados Rosaristas, no sólo por ser esta mi Universidad, sino también porque el tema central del foro es la contribución de la Universidad en el Proceso de Paz.

Los rosaristas somos personas comprometidas con la sociedad en que vivimos y por eso creemos que, para construir una Colombia mejor, estamos obligados a ser no sólo simples espectadores de los acontecimientos del país, sino a participar activamente en la partida que determinará el futuro nacional.

En estos tiempos, como lo sentenció un caudillo conservador, se hace política o se la padece. La única alternativa es ser su actor o su víctima.

Por eso, ahora más que nunca, cuando nos encontramos en un extremo del movimiento pendular de la historia, el extremo de la violencia y algunas veces de la desesperanza, es cuando más debemos reflexionar sobre el papel político que nos corresponde a todos nosotros. Las circunstancias imponen que no haya no políticos. A lo sumo, como dirían algunos compañeros míos de clase, a algunos les toca ser políticos de mal humor.

Queridos amigos:

Nuestro país quiere y reclama la paz y por eso estamos trabajando con compromiso y esfuerzo para superar de la mejor manera posible los obstáculos que aparecen a lo largo de este difícil camino que hemos emprendido desde hace más de dos años. Mi gobierno ha entendido la necesidad de buscar la conciliación por la vía del diálogo para lograr una verdadera paz, una paz cierta y duradera.

Cuando se reflexiona seriamente sobre la política, la administración pública, el desarrollo comunitario, la gestión de la sociedad civil, siem-

pre se concluye que todos ellos orientan sus esfuerzos al establecimiento de la paz, a la reformulación de la paz, a la profundización de la paz, dando con ello a entender aquel viejo principio de que la política empieza cuando se anhela la paz y llega a su mayor nivel cuando se la conquista.

Yo participo plenamente de la idea de que, entre todos los derechos, hay dos que no son discutibles en ninguna de sus facetas: el derecho a la vida y el derecho a la paz.

El derecho a la vida no puede separarse nunca del derecho a la paz. Partiendo de la certeza de la dignidad humana, hay que construir en todos los campos una auténtica cultura de la vida. Si alguien me pidiera hoy que hiciera un ejercicio de síntesis para transmitir lo que para mí significa la palabra paz, yo diría que la paz no es otra cosa que tener la oportunidad de vivir la vida.

En esto no es posible irse por las ramas; la cultura de la vida implica el rechazo a toda forma de violencia sin excepción alguna.

Cuando inauguré mi mandato como Presidente de Colombia hablé claramente de mi compromiso con la vida y con la paz. Expresé que la paz es la que nos asegura que todo lo demás sea posible realizarlo. Dije que la opción de la paz no podrá ser un simple movimiento táctico del político sino la manifestación expresa de una convicción política.

Quienes hemos sufrido, como infortunadamente es el caso de Colombia, el impacto de la violencia; quienes en carne propia hemos experimentado la cercanía de la muerte, el peso infamante del secuestro, la dolorosa pérdida de la libertad, no podemos hacer teorías con la paz ni aceptar que la paz es sólo una teoría.

Hay gente que se compromete con la paz en las palabras y en las declaraciones, pero el compromiso con la paz no conoce otro camino cierto que el de los hechos de paz.

Mi convicción es que la paz nunca ha fracasado y que, en cambio, siempre la violencia ha fracasado. La violencia ha fracasado como re-

curso político porque la violencia destruye y se lleva por la calle de en medio la moral de los pueblos y las bases que sostienen una sociedad. La violencia sólo deja muertes y lágrimas y sobre ellas no puede construirse nada duradero.

Hay que tener el coraje de hacer gestos de paz, que permitan a todos vivir la vida, tomar iniciativas y arriesgarse por la paz. En otras palabras, no hay que tenerle miedo a la paz.

Ese es el legado moral de mi padre, el de mi familia, el de tantos buenos maestros rosaristas que me enseñaron con su ejemplo que sólo vale la pena vivir si se vive en función de servicio a la vida.

El Estado, sin dejar de cumplir sus deberes constitucionales, debe abrir caminos de reconciliación y de convivencia para todos aquellos que esperan vivir y continuar viviendo en una sociedad regida por la libertad, la justicia social, la solidaridad y la paz.

Esto quiere decir que el gobernante con la plenitud de sus ojos abiertos ofrece ser líder en los caminos de la paz. Que el gobernante está dispuesto a dar siempre el primer paso pero a exigir, igualmente, que los demás caminen junto a él.

Solamente con la paz puede una nación y puede una comunidad generar riquezas, crear empleo, satisfacer las necesidades básicas y superar la pobreza.

Es lógico que frente a este radicalismo por la paz estén en desacuerdo quienes viven de la guerra, quienes ganan dinero con la angustia ajena, quienes han montado la gran dinámica de la venta de armas y quienes están dispuestos a enriquecerse con la fácil moneda de la agresión.

Yo sé, también, que este radicalismo por la paz hiere el tímpano de quienes practican la política del sálvese quien pueda; de quienes esperan tranquilamente que los otros mueran por conseguirles una paz frente a la cual no tienen compromisos. Tal vez ellos le tienen miedo a la paz.

Peor aun –y lo digo claramente–, hay gente en nuestra sociedad que aplaudiría con regocijo si mis palabras fueran para convocar a una guerra total.

Caer en la violencia es fácil; recuperar la cordura es un largo proceso. Cuarenta años de violencia hemos vivido pero no podemos ser tan inconscientes, como lo he dicho antes, de no concederle a la paz la paciencia que le hemos otorgado a la violencia.

Cuando se habla de paz se deben tener compromisos con lo que la paz exige. Yo hablé de estos compromisos ante la Conferencia Episcopal Latinoamericana, y hoy quiero compartirlos con ustedes:

El primero de ellos es: quien dirige la paz tiene que decir siempre la verdad. No hay paz que crezca sobre el terreno de la mentira.

En segundo lugar, la paz requiere un compromiso permanente contra la corrupción. Quien tolera la corrupción está creándole condiciones favorables a la muerte.

Tercero, la paz solo crece donde hay justicia social; y quienes me conocen saben exactamente que éste fue el sentido de aquella frase que pronuncié en mi primer discurso presidencial cuando afirmé que sin pan no hay paz.

Cuarto, la paz requiere un amor profundo por la libertad. Sólo quien aspira a ser libre es capaz de entender que la libertad nunca surge de la guerra sino del haber sido constructores leales de la convivencia.

En quinto lugar, la paz requiere participación de todos. Requiere que todos nos pongamos a trabajar aquí y ahora. Requiere que haya un compromiso absolutamente de todos por conseguirla. Lo más grave no son los hechos de violencia de quienes actúan en nombre de la muerte: lo más grave es la omisión de los que debieran trabajar por la paz.

En sexto lugar, la paz necesita constancia, necesita perseverancia y trabajo, más que ningún otro objetivo. No se puede desear un bien mejor ni más útil, como decía san Agustín. Por eso vale la pena todo esfuerzo.

Hoy, en mi querido claustro de estudios, reafirmo el valor del postulado que orienta este encuentro de egresados. La Universidad, los estudiantes, los catedráticos y quienes nos hemos formado en ella, tenemos mucho que aportar y mucho que decir en este proceso, que es de todos.

Educar para la paz significa abrir puestos de trabajo; significa en algunas oportunidades ganar menos de lo que se piensa, pero ganarlo en paz.

Significa trabajar con mayor calidad lo que se produce y producirlo en paz. Es preciso que entendamos que la paz es posible, que no hay guerras inevitables, que la paz es dinámica y creadora de nuevas estructuras de convivencia ciudadana.

Apreciados amigos:

He dicho que quiero la paz, como todos los colombianos, pero no una paz de papel en medio de un vendaval, sin rumbo ni destino. La paz que permita vivir la vida a todos los colombianos exige legitimidad y autoridad. Mi primer deber, como gobernante, es proteger la vida y la tranquilidad de los habitantes del país, y estamos trabajando para ello. Y sé que debemos hacerlo transitando dos caminos que, a primera vista, pueden parecer contradictorios, pero que son el sustento de una paz cierta y duradera, estable y democrática.

Por una parte, el proceso de diálogo y negociación que venimos impulsando con decisión y paciencia. Un proceso que deberá traer a los colombianos los beneficios de una paz que vaya más allá del silencio de los fusiles.

Por otro lado, el fortalecimiento de nuestras Fuerzas Armadas, que son las únicas fuerzas legítimas de Colombia y que obran dentro del marco de nuestra Constitución, para que estén en capacidad de contener y reducir todo ataque que se presente contra el orden institucional, los derechos y la tranquilidad de los ciudadanos.

Es fortaleciendo la Fuerza Pública, apoyando sus acciones, respaldando la fuerza legítima y tranquila de la institucionalidad, como el país va a lograr la paz. En eso no nos podemos equivocar: no vamos a permitir ni a tolerar que, con el pretexto de proteger a la población civil, se organicen fuerzas oscuras que solo contribuyen a aumentar el conflicto y a debilitar a las Fuerzas Armadas de Colombia y, con ello, a nuestra democracia.

He partido siempre del principio de que unas Fuerzas Armadas fuertes, pero que dejen espacio al diálogo, son la garantía necesaria para que éste avance en busca de resultados favorables y permanentes para el país. En efecto, el diálogo perdería credibilidad ante la nación si se permitiera alimentar la creencia de que por la fuerza se pueden alcanzar propósitos políticos, a menudo excluyentes y totalitarios.

No hay, pues, ninguna contradicción en perseguir simultáneamente la búsqueda de un arreglo político del conflicto y el incremento de la capacidad combativa de las Fuerzas Armadas. La experiencia ha demostrado que los dos procesos no son excluyentes frente al objetivo buscado, y cada día es más evidente que la subversión puede llegar a acuerdos positivos y racionales con el Estado y la Nación, pero que jamás podrá imponerse mediante el uso del crimen y de las armas.

La modernización de las Fuerzas Armadas, en mi gobierno, ha marchado sobre cuatro grandes líneas de acción, que quiero destacar: En primer lugar, se ha buscado incrementar al máximo posible la movilidad y la flexibilidad de las formaciones militares, así como su habilidad para reaccionar con rapidez frente a las acciones de los atacantes y su destreza para combatir en medio de la noche.

En segundo término, hemos adelantado una intensa labor para profesionalizar el Ejército mediante la significativa incorporación de los soldados profesionales.

Otra línea fundamental ha sido la promoción de la cultura de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario en el seno de la Fuerza Pública, y, finalmente, estamos creando los marcos legales indispensables para la marcha previsible, regular y eficiente de las Fuerzas y de la Policía Nacional. Con ese objetivo expedimos hace un mes los decretos de reestructuración de las Fuerzas Armadas, que las fortalecerán y modernizarán.

En medio de este panorama de diálogo e, infortunadamente, de confrontación, es indispensable para Colombia contar con unas Fuerzas Armadas sólidas, modernas y profesionales, que representen los intereses de la nación y garanticen la tranquilidad y la seguridad de sus compatriotas.

Hoy quiero traer a colación unas palabras que con gran sabiduría expuso en 1910 ese ilustre rosarista que fue Rafael Uribe Uribe, quien vivió la terrible guerra entre hermanos, pero también luchó por consolidar la anhelada paz: Falta mucho por hacer para consolidar la paz, y por eso debemos ser infatigables en hablar de ella, en escribir sobre ella, en predicarla a toda hora y ocasión. A fuerza de repetir la palabra llegaremos a tener la cosa, por autosugestión, y solo cuando estemos persuadidos nosotros mismos, será cuando podamos convencer a los demás.

Apreciados amigos:

Los rosaristas y profesionales de otras universidades que expondrán sus puntos de vista en este Encuentro nos darán un panorama cierto y realista de nuestras expectativas. Dentro de ellos, quiero mencionar con especial cariño a mis maestros Juan Rafael Bravo Arteaga y Álvaro Mendoza Ramírez, y a mi buen amigo Pedro Gómez Barrero, quien hizo un alto en el camino para acompañarnos en este complejo proceso que nos llevará a la paz.

Sin lugar a dudas, los resultados de este Encuentro serán aportes fundamentales en la edificación de ese país próspero y sin violencia que todos deseamos.

La osadía hace parte del perfil de los egresados de este Colegio Mayor. Por eso los invito a que trabajemos en la construcción de la paz de Colombia.

Por mi parte, hoy puedo decirles, con alma y corazón de rosarista, que no dejaré un minuto de trabajar por este sueño.

**SI TODOS LOS COLOMBIANOS, LOS QUE
VIVIMOS EN COLOMBIA Y LOS QUE ESTÁN
EN EL EXTERIOR, SEGUIMOS LUCHANDO
POR NUESTRO SUEÑO DE PAZ, PODREMOS
CONSTRUIR UN PAÍS RECONCILIADO**

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
en la misa por la paz en la catedral de San Mateo.*

Washington, D. C., Estados Unidos, 25 de febrero de 2001.

Estimados compatriotas:

Ante todo, quiero expresarles mi alegría por esta ocasión de compartir la Santa Misa con todos ustedes. Este es un espacio solemne de reflexión y de fortalecimiento espiritual.

En viajes de Estado, no muy a menudo puedo compartir con mis compatriotas y mucho menos en la Casa de Dios. Por eso valoro profundamente esta oportunidad.

Son ustedes quienes con su esmerado trabajo representan y dejan en alto el nombre de nuestra patria. A pesar de haber emigrado en busca de nuevos horizontes y oportunidades, a pesar de la distancia, sienten a nuestra querida Colombia, se emocionan con sus triunfos y se desaniman con sus fracasos.

Todos somos Colombia. Todos somos un corazón lleno de vida. Vibramos al entonar nuestro himno, sentimos que se nos quema el alma al escuchar el ritmo de un bambuco o un vallenato, disfrutamos los triunfos de nuestros deportistas y trabajamos día a día para construir un mejor futuro para los nuestros. Y con la misma intensidad nos duelen, profundamente, los muertos que cobra a cada momento la absurda violencia del país.

Todos somos Colombia, nuestra querida Colombia, con sus luces y sus sombras, en cualquier lugar del mundo.

Queridos amigos:

Cuando estamos fuera de Colombia son muchas las cosas que todos quisiéramos hacer por ella. Y posiblemente esto nos hace desesperar porque quisiéramos que se entendiera, por parte de los actores armados del conflicto, que es el momento de encontrarle soluciones a esa lucha absurda entre hermanos.

Cuando estamos lejos de la patria, nadie sino la familia y nuestros compatriotas, que se vuelven una extensión de ella, entienden lo que sentimos por nuestra querida Colombia.

Cuando estamos lejos de la patria, la unión con los nuestros es la forma de alcanzar los sueños. Por eso es tan importante estar unidos.

Amigos todos:

No hay mejor ejemplo para consolidar nuestro anhelo de paz que mirar las experiencias de otros países que han atravesado dificultades: los pueblos más antiguos en Europa y Asia y otros más recientes en América.

Estados Unidos, donde ustedes viven, es una nación que ofrece grandes oportunidades a sus habitantes, pero recordemos que también ha tenido épocas de sufrimiento e injusticia.

Sin embargo, esta nación supo salir adelante siempre de los períodos más convulsionados de su historia. Recordemos también cómo en los momentos en que su economía estaba sumida en una gran recesión y a lo lejos empezaba a vislumbrarse el fantasma de la segunda guerra mundial, no perdió su confianza y puso todo su esfuerzo para vencer esos obstáculos. Y lo logró.

Ningún problema o realidad social es permanente o inalterable. Los cambios son posibles y los sueños son realizables.

Por eso, creo firmemente que si todos los colombianos, los que vivimos en Colombia y los que están en el exterior, mantenemos y seguimos luchando por nuestro sueño de paz, podremos construir un país reconciliado en el que existan oportunidades para trabajar y prosperar.

Queridos compatriotas:

Renovemos hoy nuestro compromiso con ese sueño. Inundemos nuestro espíritu y nuestra querida Colombia con ese anhelo.

Que se sienta desde las cristalinas aguas de nuestro Mar Caribe hasta el impetuoso Amazonas, nuestra decisión inquebrantable de construir un país en paz y para todos.

Que se sienta que los colombianos no renunciaremos a la esperanza de que nuestros hijos crezcan bajo el manto benévolo de la paz. No perdamos la fe.

UN NUEVO "DON DE PAZ" PARA COLOMBIA

*Palabras del presidente de la República, Andrés Pastrana Arango,
con ocasión de la imposición de la Orden de Boyacá
al cardenal Pedro Rubiano Sáenz.*

Bogotá, D. C., 26 de marzo de 2001.

Hoy estamos de fiesta y es por ello que nos reunimos para celebrar juntos este "don de paz" que Su Santidad Juan Pablo II nos ha entregado, como resultado y fruto final del Jubileo, en la "creación" del cardenal Pedro Rubiano.

Yo quiero decir hoy claramente ante los colombianos presentes y ante la Iglesia que este "gesto" del Papa debe ser la oportunidad para recuperar definitivamente la esperanza.

¿Qué significa "recuperar la esperanza"?

Significa el renacer de nuestra capacidad de soñar; significa tener la certeza de que si soñamos juntos podemos crear una realidad; significa compartir valores y ponerlos en evidencia; significa compromisos con la paz, con la convivencia, con la solidaridad; significa sentir que defendemos la vida con la vida misma...

Queridos amigos:

Reunidos hoy por primera vez en torno a "nuestro cardenal", con nuestro Nuncio, con nuestro presidente de la Conferencia Episcopal, con el Celam, con todas las dimensiones institucionales de un Estado libre y democrático, hemos de prometernos a nosotros mismos que venceremos en las batallas que deben conducir a la paz.

La batalla por los principios

La batalla por los principios nos permitirá reconstruir la familia, la escuela, la alegría de la juventud, la responsabilidad ciudadana, la satisfacción de la vida cumplida de la tercera edad. Todos bien sabemos que una visión que no va seguida por la acción termina convirtiéndose en una alucinación.

La batalla por la justicia

Tenemos que ganar también la batalla por la justicia, a fin de que no se nos llene la convivencia de gritos de indignación y de impotencia. Más aun, es preciso entender que la justicia no es solo aquella que surge de los tribunales sino también la de quien paga el salario justo, la del que trabaja y produce con calidad, la del que invierte en Colombia lo que gana en Colombia, la del que generosamente convierte sus ganancias en empleo.

La batalla por la verdad

Hemos de ganar, por tanto, la batalla por la verdad. Quien lucha por la verdad se abre al diálogo. Estamos aprendiendo a decir nuestra verdad y estamos aprendiendo a escuchar las verdades de los otros; lo estamos haciendo en ese proceso donde es preciso "distendernos" para generar esa confianza que nos haga posible llegar a unir nuestras manos para abrazar las vidas que rescataremos juntos a la muerte.

¡Cuánta razón la de aquel autor que escribía que la única manera de impedir que nuestras manos maten es unir las para defender la vida!

La batalla por la paz

Queridos amigos:

tenemos, en fin de cuentas, que ganar la paz. Hacerlo no es imposible si lo hacemos juntos, al mismo tiempo. No es lícito llegar tarde a la paz. Ella es nuestro derecho fundamental. No debemos olvidar las palabras del Pontífice cuando el pasado 11 de marzo advertía sobre el peligro de la violencia:

"El terrorismo nace del odio y a la vez lo alimenta, es radicalmente injusto y acrecienta las situaciones de injusticia, pues ofende gravemente a Dios y a la dignidad y derechos de las personas. ¡Con el terror el hombre siempre sale perdiendo! Ningún motivo, ninguna causa o ideología pueden justificarlo. Solo la Paz construye los pueblos. El terror es enemigo de la humanidad".

Señor Cardenal y queridos amigos:

Estoy convencido de que todos los que estamos investidos de alguna autoridad estamos obligados no solo a dar buen ejemplo sino a ser maestros de la comunidad.

He querido enseñarles a mis compatriotas que es preciso dibujar enamoradamente la Colombia que queremos vivir y que soñamos para nuestros hijos; he querido enseñar que todos podemos contribuir a la paz, que es indispensable desarrollar el sentido de la tolerancia y aun ir más allá, encontrando la verdad del sentido de la aceptación. He querido enseñar que es preciso crearle una metodología a la paz y que es necesario mirar la cara del adversario porque su rostro confirma o niega el sentido de sus palabras.

En esta tarea –difícil por cierto– he tenido el privilegio de contar siempre con el apoyo de la Iglesia. Al visitar al Santo Padre en Roma, me animó en la continuación de este esfuerzo; trece veces durante este tiempo de gobierno ha estimulado las tareas de la reconciliación con diversos mensajes; hemos sido bendecidos con la beatificación del padre Marianito y ahora en enero escuchamos todos la petición, hecha en audiencia pública, urgiendo la continuación de los diálogos para proseguir en la construcción de la paz. Todas estas son señales de afecto y gestos de predilección por Colombia.

Y junto a este testimonio, los esfuerzos del señor Nuncio que tiene esa "fe vieja" de los que saben construir la historia; los trabajos y sacrificios infatigables de monseñor Alberto a nombre de la Conferencia Episcopal; las angustias de muchos de ustedes que hoy se sienten reforzados, respaldados, animados por "la creación" del cardenal Pedro Rubiano, primado de Colombia, "don de paz" y estímulo para conti-

nuar este camino que nos conduce de la Colombia que tenemos a la Colombia que anhelamos.

Cuando he considerado las batallas que hemos de vencer: la de la esperanza, la de los principios, la de la justicia, la de la verdad y la de la paz, encuentro que según el Evangelio ellas unifican su tarea y la nuestra porque es un propósito común de las gentes que nos identificamos con los valores cristianos abrir las puertas a "la civilización del amor" y ser "constructores de una nueva sociedad".

Boyacá y la Cruz

Su Eminencia Pedro, cardenal Rubiano:

La pensadora Ana Arendt escribió en su bello libro *Hombres en tiempos de oscuridad* que es preciso que quienes, habiendo tenido una vida esforzada y meritoria, asumen la tarea de conducir a sus hermanos al reino de justicia, de amor y de paz, lleven consigo el "viático" que les permita reforzar en cada momento el esmero por recorrer el camino.

Ya lleva Su Eminencia, como pastor, la cruz del Cristo que todos reverenciamos como Salvador. Hoy, como Presidente de todos los colombianos, he decidido otorgarle la Cruz de Boyacá, porque ella es la expresión de una comunidad nacional, de su propio pueblo, que quiere vivir a plenitud la dignidad de la libertad, la certeza de la paz y la realidad de la justicia que dieron sentido a la existencia del Libertador Bolívar. Esta es una condecoración que estableció él mismo para señalar a quienes, viviendo con honor, hacen de su estancia en el mundo un compendio de testimonios y de compromisos en favor de sus semejantes.

Este es el máximo galardón que entrega la patria colombiana a los hijos que la sirven y la honran, y quién mejor que Su Eminencia, cardenal Rubiano, para llevarlo desde hoy y para siempre junto a su corazón.

Su Eminencia ha sido y es, por fortuna, un colombiano ejemplar: un hijo de Cartago, un valluno de pura cepa; un pastor que dejó su huella amorosa en las Diócesis de Cúcuta y de Cali, y un guía que dirigió con

mano sabia la Conferencia Episcopal. Hoy orienta a su feligresía con paso certero desde la capital del país y sus palabras siempre tienen un sentido de construcción y de esperanza para todos los que las escuchamos y esperamos con devoción y admiración.

Esa Cruz de Boyacá que el Libertador reservó a los mejores hijos de la patria hoy reposará en los hombros y el pecho de un hombre bueno y exaltará el sagrado púrpura cardenalicio con los colores amados de la bandera colombiana.

Pienso al entregársela lo que de seguro Su Eminencia pensará al recibirla y es la evidencia de que "un honor recibido nos convoca a iluminar mayormente el camino con el ejemplo".

Bien sé yo que la historia tiene sus propios ritmos y que es preciso tener fe y confianza en quien ha recibido la responsabilidad de guiar y sobre todo tener la certeza de que en la paz se encuentra lo que a la paz se lleva.

Apreciados amigos:

Celebramos hoy en nuestro cardenal colombiano a un cardenal del tercer milenio que ha llegado con todos sus desafíos, con todos sus interrogantes, pero también con la plenitud de nuestros sueños.

Los retos del milenio

Cómo me alegra y me anima la clarividencia y la frescura de pensamiento de Juan Pablo II cuando en la "Carta" dirigida a todos nosotros para ingresar en el nuevo milenio nos pide no olvidar los retos que se nos presentan:

Los de la paz amenazada por la pesadilla de guerras catastróficas.

Los del respeto por los derechos humanos de tantas personas, especialmente de los niños.

El reto de defender y respetar la vida de cada ser humano.

El reto de la ecología.

El reto de las potencialidades de la ciencia.

Pero, sobre todo, esa demanda urgente por abrirles caminos a la solidaridad base de la paz y de la convivencia.

Esta noche nos hemos reunido para congratular a Su Eminencia Pedro, cardenal Rubiano, para agradecer "su creación" por el Santo Padre, para reconocer sus méritos del pasado y animar los del futuro y para agradecer a la Iglesia la compañía solícita en la búsqueda de respuestas a una sociedad que desde la esperanza desafía nuestra imaginación y nuestros compromisos.

HACER NACIÓN: PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL PROCESO DE PAZ, UNA VISIÓN DE PATRIA

*Discurso pronunciado por el presidente de la República,
Andrés Pastrana Arango, durante la Asamblea de Asomédios.*

Bogotá, D. C., 27 de marzo de 2001.

Quiero compartir esta noche con ustedes la visión del Gobierno sobre lo que considero debería ser el papel de los medios de comunicación masiva en el Proceso de Paz, porque el Proceso de Paz es también un proceso de comunicaciones.

Nótese bien que hablo de los medios en el Proceso de Paz; no de los medios frente al Proceso de Paz, como si fueran espectadores pasivos, como si ésta les fuera ajena.

Ni como Presidente de los colombianos, ni como su colega, puedo decirles qué deben hacer, aunque ustedes diariamente dediquen gran parte de su tiempo a explicarme cómo ejercer mi oficio.

Tampoco puedo dictarles a los medios su conducta, ni fijarles pautas de comportamiento. En ese tema únicamente puede imponerse su conciencia dentro de los límites que marcan la ley y los altos intereses de la nación.

Los medios de comunicación y quienes trabajan en ellos forman parte del inmenso contingente de colombianos que estamos luchando por alcanzar la paz y el progreso con justicia social.

Por eso quiero hablar con ustedes, como amigos que buscan un mismo propósito, sobre nuestro papel en la consecución de estos anhelos.

El Presidente de la República tiene la obligación de ver una Colombia posible y de empeñarse en conseguir que la nación entera llegue a ella. Por eso me eligieron: porque mi visión de patria coincidió con la de la mayoría de los colombianos.

Y en el corazón mismo de la Colombia posible que prediqué antes de asumir este cargo, y que he puesto obstinada y confiadamente en práctica durante todos los días de mi mandato, está la paz. Sin paz todos nuestros esfuerzos en otros campos serán vanos, como lo ha demostrado la historia del país.

No queremos una economía boyante para repartir la riqueza entre los muertos.

De nada sirve ofrecer magníficas carreteras a miles de secuestrados que no las pueden transitar.

Educar a los colombianos para que se vayan del país no tiene mayor sentido.

Ningún esfuerzo por inscribirnos en el mundo globalizado tendrá efecto si mostramos estadísticas salvajes de masacres, secuestros y desplazados.

Sin paz, es inútil nuestra lucha.

La visión de la paz no es un simple capricho, ni el deseo del presidente Pastrana de pasar a la historia: es una necesidad inaplazable, un reto al que alguien tenía que ponerle el pecho, sin calcular en forma egoísta el precio político que le acarrearía. Yo lo he hecho, y he pagado duro, pero no pienso cejar, y no retrocederé "ni para coger impulso".

Pero la paz no puede ser una lucha individual. El alcance del poder presidencial no es suficiente: la paz la logran los pueblos, no los gobiernos.

Una Colombia para todos los colombianos es una meta posible. La paz es la única vía para devolvernos a todos el país, ahora cercado por el miedo y la injusticia, limitado en su poder de inversión y de maniobra.

Nuestra patria se ve agobiada por las armas que amenazan a las instituciones, sin respetar ni a las más sagradas: las familias se desintegran cuando uno de sus miembros es llevado a la guerrilla o al equivocado mundo de las llamadas autodefensas, o convertido en sicario por el dinero sucio de la droga o cuando el padre, la madre o los hijos son brutalmente amputados de su hogar y negociados como si fueran mercancías.

El sentido de patria se ve lesionado por los comentarios de la comunidad internacional que ve horrorizada cómo un país digno inunda las noticias de sangre y violaciones a los derechos humanos por parte de los grupos ilegales. Los niños y los jóvenes cambian su alegría por desesperanza.

Los medios de comunicación sufren presiones que muchas veces terminan con sus miembros muertos o exiliados, convertidos en mártires por la verdad, héroes salidos de entre sus filas.

¡Pero no queremos una patria con héroes asesinados por la demencia de las armas fratricidas sino llena de colombianos totalmente libres!

La paz significa justicia. La paz significa empleo. La paz significa libertad. La paz devolverá la tranquilidad a nuestro territorio y a nuestra gente.

Esa es la meta que se ha propuesto mi gobierno. Esa es la meta que propongo a mis compatriotas para que la alcancemos tomados de la mano. Esa es la meta que les propongo a ustedes como punto de partida para entender su papel en el Proceso de Paz.

Apreciados amigos:

La democracia moderna supone en su base un mecanismo de elección de los gobernantes por parte de los gobernados, como lo es el sufragio, pero implica también la aceptación y puesta en práctica de principios universales como la libertad y la igualdad ante la ley.

¿Y a qué libertad me refiero? No únicamente a aquella primaria noción que se oponía a la esclavitud, basada en la posibilidad de formar una

vida individual y familiar, de decidir el propio destino, sin la interferencia de otros. Hablo de una verdadera y más amplia libertad política, donde se garantice al ciudadano la posibilidad de crecer e interrelacionarse con sus semejantes, de aportar a la sociedad, de criticar sin mordaza lo que conviene o no conviene a ésta, de participar en la construcción del presente y futuro de su entorno nacional e internacional.

Me refiero a la libertad compleja de quien piensa y hace uso de su albedrío con responsabilidad, una noción que no puede aplicarse sino a quien ya es libre. Fue Jaime Balmes, el autor de *El Criterio*, quien resumió esta idea en una sencilla máxima: "Somos responsables, porque somos libres".

Hemos avanzado desde un concepto formal de democracia a uno más complejo que abarca el respeto a la libertad de los asociados. Y hemos avanzado también en el concepto de libertad hacia una visión que la vincula necesariamente a la responsabilidad. Además, hemos ampliado la noción básica de libertad a otras que hacen parte de la libertad política, como la de pensamiento y la de expresión, dentro de la cual se incluye, como un baluarte fundamental, la libertad de prensa.

Esta libertad dignifica la sociedad y potencia el albedrío del ser humano. Como dijo Karl Popper: "La formación de opinión contiene siempre en último lugar un elemento de libre elección. Y es la libre elección la que vuelve valiosa una opinión humana".

Pero ¿cómo ha vivido Colombia, en su desarrollo democrático, el ejercicio de la libertad de prensa? Yo creo que todos podríamos concordar en que la constante general en nuestro país desde hace más de cuatro décadas ha sido su respeto por parte del Estado.

Aquí, en Colombia, la opinión humana en términos de Popper es particularmente valiosa, porque es el resultado del ejercicio de una libertad que no debe ni puede tener más límites que la responsabilidad.

En mi gobierno y en los precedentes la historia habrá de reconocer que ha sido el imperio de la libertad de prensa el que ha hecho un justo y adecuado contrapeso al poder público.

Podemos decir, sin ambages, que en Colombia existe una "institucionalización de la crítica" que ha servido como resorte para el sostenimiento de la democracia y como defensa frente a cualquier asomo de autoritarismo, sin mencionar otros fenómenos indeseables como la corrupción.

Aquí todos opinan, ¡y qué bueno que sea así!, sobre si están de acuerdo o no con el manejo de la paz, de la economía, de las relaciones internacionales, de la política interna. No tengo duda de que es este privilegio el que nos ha preservado de males mayores. Es un privilegio que los gobernantes tenemos que defender con dientes y uñas, porque es el soporte de nuestra democracia.

Lo paradójico es que aquí en Colombia no es el Estado, como ocurre en regímenes no democráticos, el que persigue o censura a "los opinadores", a los periodistas, a los columnistas, a los defensores de derechos humanos. Nuestro problema radica en un pequeño grupo de intolerantes, de desadaptados, que no aceptan convivir con quien piense distinto a ellos, que asesinan, que amenazan y que han convertido al periodismo en una de las profesiones más riesgosas del país.

Nuestro reto es también enfrentar a esos pocos violentos, buscar mecanismos para proteger a quienes tienen la valentía de decir las cosas que piensan, como las piensan, con altura y con responsabilidad social. Aquí es donde el Estado, que ya ha cumplido su primer deber de no interferir la libertad sino de propiciarla, está buscando actuar, a través del diálogo político, por una parte, y del fortalecimiento de las fuerzas armadas, por la otra, para proteger a los periodistas de los ataques de los intolerantes, vengan de donde vinieren.

Como uno de ustedes, entiendo y comparto sus preocupaciones; sé de sus riesgos y de su valentía, y continuaré apoyando, de todas las formas posibles, su labor trascendental para el fortalecimiento de nuestra democracia.

Pero también el periodista tiene una labor cotidiana de recolección y procesamiento de información. Yo, que he sufrido las tiranías de la hora de cierre, comprendo la importancia de su trabajo y, por eso, desde

cuando inicié mi gobierno, creamos la Agencia de Noticias Colombiana Ancol, adscrita a la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la República, que se ha convertido en un medio de apoyo a la labor periodística de quienes cubren todos los aspectos y temas de la gestión gubernamental.

Hoy, con orgullo, podemos mostrar los resultados de un sistema multimedia de información pública a través de una red de noticias para 40 abonados en todo el país, las emisiones de Radio Nacional Noticias, los servicios de fotografía y televisión, y el portal de internet que, el mes pasado, registró un millón novecientas veinte mil consultas.

Los ciudadanos de Colombia, como nunca antes, tienen la posibilidad de informarse oportuna y directamente sobre los actos de gobierno y las razones que los inspiran. Conocerlos y entenderlos es una exigencia de la llamada gobernabilidad democrática.

Además, recientemente, como un obsequio más que merecido de la Presidencia a los periodistas en su día, publicamos el libro *Normas esenciales sobre medios de comunicación*, el cual contempla y compila la normatividad vigente sobre medios y la más importante jurisprudencia producida al respecto. Así hacemos un aporte para que los medios, a través del cumplimiento de la Constitución y de la ley, puedan cumplir, con eficacia, una labor responsable hacia la sociedad.

Apreciados colegas y amigos:

Todos los medios, sin excepción, educan la sensibilidad y suministran ejemplos que van estructurando una forma de ver el mundo y a nuestro país.

Los largos años de violencias sucesivas que han agredido sin pausa a Colombia nos han llevado a una especie de insensibilización colectiva frente a los delitos más atroces por exceso de contacto con los mismos.

Un solo niño herido debería conmovernos hasta el llanto. Un secuestro o un asesinato deberían avergonzarnos y levantar al país entero en plan de solidaridad activa. Pero parece que ya nada nos altera, que todo

puede olvidarse, que la sangre puede utilizarse incluso como argumento de venta. Y nada de esto contribuye a la paz.

Los medios tienen la libertad amparada por las leyes, una responsabilidad fijada por ellas mismas y una influencia enorme, dada su naturaleza. En sus manos está el cómo usar esa libertad, esa influencia y demostrar tal responsabilidad.

Constantemente me inquieta el desánimo, hasta cierto punto comprensible, que muestran los líderes de opinión, muchos de ellos sentados entre nosotros, sobre el Proceso de Paz. ¿Qué los sorprende? ¿La lentitud de las negociaciones? ¿El poco avance aparente, la escasez de hechos tangibles? ¿Las contradicciones entre las palabras bien intencionadas y los actos violentos?

Frente a estas dudas podemos tomar muchos caminos. Y a ustedes, los medios de comunicación aquí congregados, les corresponde no solo escoger el suyo, sino el que les señalarán a quienes los oyen y los leen.

Algunos están diseñados por el afán de vender a cualquier costo, de vender ya, a riesgo de dañar la construcción de un país donde todos prosperemos. ¡Que el afán de riqueza no prive de riqueza a la vida ni a la nación!

Otros caminos los dicta el afán de la chiva o del espectáculo que impresione, sin importar que lo exhibido sea vergonzoso o triste para nuestros conciudadanos. ¡Que el afán de noticias no nos ciegue para orientar a la opinión con información veraz, sin dobles intenciones y respetuosa de las personas!

¡Que nuestro único afán sea el de construir patria, el de preservar y dignificar la vida, el de hacer paz!

Al terminar estas reflexiones quiero invitarlos a compartir un gran propósito común. Mi invitación es completamente desinteresada desde el punto de vista de Andrés Pastrana, el político, pero llena de intención como Andrés Pastrana, el colombiano, el periodista que ve una luz al final del túnel.

Los invito de corazón a meterse de lleno a construir la nueva nación colombiana:

Una nación que sea ejemplo para el mundo por su respeto a la vida, por su búsqueda consistente y colectiva de la felicidad; por su observancia de los derechos humanos y por que trabaje honradamente por lograr mejores niveles de vida para cada uno de sus integrantes.

Una nación donde reinen la justicia, la tolerancia y la confianza mutua.

No es mucho pedir para un pueblo que posee tantas riquezas naturales y humanas, y que puede llenarse de motivos para estar orgulloso de sí mismo.

No es la hora de sentarse a ser observadores ni cronistas de la violencia. No es la hora de seguir soñando con el país que podríamos ser ni con el país que queremos construir. Es la hora de pasar a los hechos, de trabajar juntos, de esforzarnos, de dejar atrás las diferencias y de edificar, entre todos, sobre el cimiento sólido de la democracia y de la libertad, la nueva Colombia que queremos ver renacer: ¡La Colombia del respeto y de la paz!

